



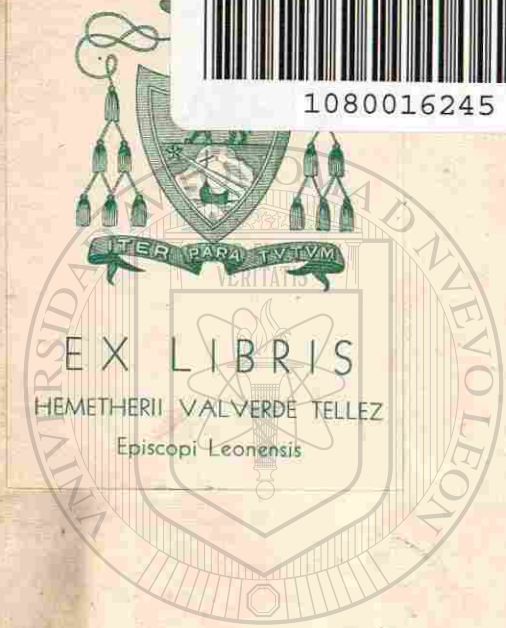
BX2160
.Ch3
1894

002205



1080016245

Antonina Acosta



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FACULTAD DE CONCEPCIÓN

LA AZUCENA MEJICANA

UANL

Herrero

San José

1894



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles



LA INMACULADA CONCEPCIÓN

La
Azucena Mejicana

DEVOCIONARIO
PARA USO DE LAS HIJAS DE MARÍA
Y ALMAS DEVOTAS DE ESTA REPÚBLICA

TERCERA EDICIÓN
aumentada con preciosas novenas en honor de Nuestra Señora

POR
GABINO CHÁVEZ
Presbítero.



MÉJICO
LIBRERÍA RELIGIOSA

Herrero Hermanos, Editores
San José el Real, 3.

1894



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

39640

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles

BX2160



Esta obra es propiedad de sus Editores. Queda hecho el depósito que marca la ley.

FONDO VETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
Imprenta de la LIBRERÍA RELIGIOSA



Á LAS ALMAS DEVOTAS

RECIBIDA con tanta aceptación LA AZUCENA, notábase en ese Devocionario que contenía las reglas de una Asociación que no se halla en Méjico, que es privativa de una ciudad de España, y eso podría ocasionar confusión para las Asociaciones del país que, aunque tienen el mismo nombre, son regidas por muy distinto Reglamento, que tienen en su Manual, y sería inútil transcribir aquí. Omitimos, pues, tanto

002205

BX2160



Esta obra es propiedad de sus Editores. Queda hecho el depósito que marca la ley.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

FONDO VETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de la LIBRERÍA RELIGIOSA



Á LAS ALMAS DEVOTAS

RECIBIDA con tanta aceptación LA AZUCENA, notábase en ese Devocionario que contenía las reglas de una Asociación que no se halla en Méjico, que es privativa de una ciudad de España, y eso podría ocasionar confusión para las Asociaciones del país que, aunque tienen el mismo nombre, son regidas por muy distinto Reglamento, que tienen en su Manual, y sería inútil transcribir aquí. Omitimos, pues, tanto

002205

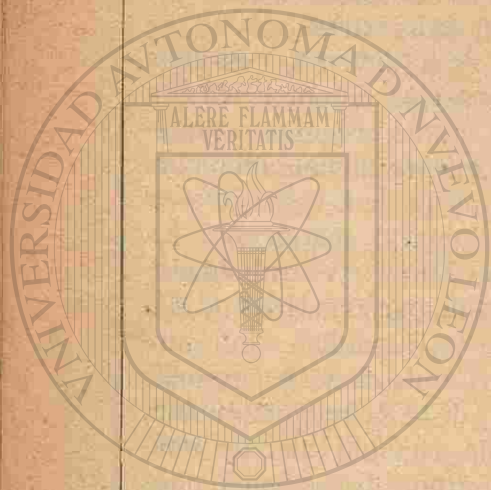
el Reglamento como todo aquello que tiene particular color local en España, la multitud de indulgencias concedidas por Obispos españoles, que acá no pueden ganarse, oraciones al sagrado Corazón de Jesús que se hallan en muchos libros y devocionarios, queriendo dejar éste exclusivamente para honrar á la Azucena del jardín celestial, la Virgen inmaculada. Mas en compensación de esas supresiones hemos añadido unas hermosas y devotísimas novenas para las principales festividades de la santísima Virgen. Bien sabido es cuánto encarga San Alfonso de Ligorio, entre las prácticas de devoción á Nuestra Señora, la celebración de esas novenas, y las que presentamos juntan á una dulce unión el estilo de Méjico, que varía

cada día las oraciones de este ejercicio y no las usa tan cortas como en otras partes.

Con esas novenas, escritas entre nosotros y conformes con nuestro modo, creemos completar felizmente el tan apetecido devocionario de LA AZUCENA, y poder llamarla justamente LA AZUCENA MEJICANA, utilísimo libro, no sólo para las Hijas de María de esta República, sino también para toda clase de personas devotas de la Reina inmaculada. Que Ella sea cada día más amada y honrada de los fieles, pues en ello sería Nuestro Señor más alabado y glorificado!

GABINO CHÁVEZ,
Presbítero.

IRAPUATO, Julio 1893.



PARTE PRIMERA

ORACIONES É INSTRUCCIONES

ORACIONES

para hacer la visita

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

EN SU SANTÍSIMA CONCEPCIÓN

Bendita y alabada sea la santísima é inmaculada concepción de María.

Por la señal, etc.

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza.
A Ti, celestial Princesa,

Virgen sagrada, María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón:
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.

PRIMERA PETICIÓN

PARA OBTENER LA PUREZA

¡Oh Virgen purísima, inmaculada María! Bajo vuestro materno amparo me acojo para que á mí y á todas las asociadas nos libréis del horrible monstruo de la impureza; dadnos santo horror á los regalos y apetitos de la carne y fuerza para huir los engaños é imposturas del mundo, odio á sus vanidades y esfuerzo para no caer bajo las sugestiones del maligno espíritu. Rogad, Madre nuestra, por mí y por todas

las asociadas, pues queremos ser de veras vuestras hijas, y alcanzarnos de vuestro divino Hijo Jesús, no sólo la humildad y la pureza, mas también un fino amor de Dios con que se abraze nuestro corazón. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

SEGUNDA PETICIÓN

ELECCIÓN DE ESTADO

Deseo ardientemente, Madre mía, luz para conocer y seguir en todo la divina voluntad, pero muy en particular para elegir y tomar el estado en que Dios me quiere; no permitáis que yerre en negocio tan importante, en el cual sólo pretendo conseguir mi eterna salvación, sirviendo y amando á Dios mientras me dure

la vida. Dignaos hacer igual gracia á todas las asociadas, para que así nos mostremos siempre fieles hijas vuestras. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

TERCERA PETICIÓN

POR EL AUMENTO DE LOS COROS

Venga, ¡oh ternísima Madre!, una mirada bondadosa de vuestros celestiales ojos sobre nuestros coros, para que, complaciéndoos en ellos, crezcan y se aumenten; que todas las que los forman participen y sientan la dulce influencia del candor de vuestra pureza, y sean con esto manantial copioso de verdadera virtud; de modo que conociendo unas cuán digno y cuán agradable es al castísimo Esposo de las almas,

Jesús, el don precioso de la virginidad, le pidan, le abracen y con constancia le guarden, mientras que las llamadas al matrimonio adquieran la castidad necesaria á su estado y la sólida virtud con que sean fieles esposas y buenas madres, agradables á Dios y útiles á la sociedad, conservando y propagando vuestra dulcísima devoción. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

CUARTA PETICIÓN

CONVERSIÓN DE LOS PECADORES

¡Oh Corazón verdaderamente maternal! Apiadaos de tantas almas que, cogidas en el lazo vil de la tentación, siguen la errada senda que las lleva á su eterno daño; enviadles un rayo de luz

que, iluminando su entendimiento, les haga ver muy claro el fin funesto de sus pasos, é inflamando su voluntad detesten de corazón sus pecados, reparen los escándalos, hagan sólida su conversión y se salven, pues han sido redimidas con el costoso precio de la sangre vertida por vuestro divino Hijo Jesús; sea así, Madre mía, para dicha de la tierra, alegría del cielo y gloria vuestra. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

QUINTA PETICIÓN

PARA DETENER EL RIGOR DE LA
DIVINA JUSTICIA

¡Virgen purísima y dulce Madre! Mi alma acongojada, viendo al abominable vicio de la impu-

reza devorar la tierra, se dirige á Vos para que, deteniendo la Justicia divina, alcancéis gracia poderosa que cambie sus sentimientos á esa multitud encenagada en las abominaciones más asquerosas; y puesto que el fuego del cielo y las aguas del diluvio cayeron sobre la tierra para castigo de tales maldades, y ya que nuevos castigos pesan hoy sobre el mundo como pequeña muestra de lo que Dios indignado va á hacer en él, dignaos interponer vuestros ruegos y alcanzar del Señor el fuego del divino amor que á todos nos purifique, las aguas saludables de su santa gracia que lavándonos nos fortalezcan para el bien obrar, sentimientos de compunción para hacer penitencia y fidelidad para que, teniendo á raya las pasiones,

imitemos vuestras virtudes, con lo que Vos seréis bendita y Dios glorificado. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS ORACIÓN

¡Oh inmaculada Virgen María! Pues nos veis cercadas de tantos peligros y no ignoráis cuán difícil nos es preservarnos de ellos á causa de nuestra fragilidad, favorecednos con vuestro auxilio, socorrednos con vuestra poderosa y ayudadnos cuanto os inspire vuestro maternal Corazón; así, libres de ellos por vuestra mediación, entraremos en el puerto de la vida eterna. Amén.



ACTO DE CONSAGRACIÓN
A LA MADRE DE DIOS

¿Qué podré ofrecerte que sea digno de Ti, ¡oh Madre del Dios humanado, oh Reina del universo? ¿Qué tributo depondré al pie de tus altares? ¿Flores que se marchitan como nuestros fugaces afectos? ¿Incienso que se desvanece en el aire como nuestras ligeras aspiraciones? ¿Pompas que deslumbran y pasan como los estériles goces de la tierra? ¡Oh! No; que para consagrártela tengo un alma criada á imagen del Altísimo, redimi-

da con la sangre de tu Unigénito, favorecida continuamente, y más ahora en este instante, con las luces de su gracia; tengo un corazón, no ya insensible y duro ó esclavo de ciegas pasiones, sino dócil á tus enseñanzas, enamorado de tus virtudes, sólo anhelante por su inmortal destino. Mis facultades, para enderezarlas á más alto objeto; mis sentidos, para sujetarlos; mi lengua, para emplearse en tu alabanza; mi ser y mi vida entera todo te lo entrego, ¡oh Señora!, pues solamente bajo tus auspicios tendré por asegurada y permanente la regeneración que han obrado en mí tus lecciones. Hacerme tu discípula es la única sabiduría, constituirme tu esclava es la verdadera libertad. Reina en mí, ¡oh María!, acepta por tro-

no mi pecho; por mí padeciste; por mí ofreciste el holocausto á Jesús como si fuera yo la única redimida; como á protegida única me has colmado de tus favores; yo quiero servirte también cual si no tuvieras otra esclava; adorarte cual si en la tierra no te quedase más adoradora. Suplan mis homenajes y mis afectos por la ingratitude, por la tibieza, por la ignorancia de tantos que te olvidan ó te desconocen. No más infidelidades, no más mudanzas, no más reservas en mi total renuncia. Reténme cautiva en los lazos de tu misericordia; ampárame contra mi propia inconstancia, para que esta posesión anticipada que te otorgo por el tiempo sea confirmada por el sello de la eternidad. Así sea.

ORACIÓN DE SAN BERNARDO

Muy propia para obtener de la santísima Virgen cualquiera gracia espiritual ó temporal.

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, de no haberse jamás oído que á ninguno de cuantos han acudido á vuestra protección é implorado vuestro socorro y asistencia le hayáis abandonado. Lleno, pues, de tal confianza, á Vos vengo, á Vos acudo, ¡oh Virgen, Madre de vírgenes!, y ante Vos me atrevo á presentarme, gimiendo temeroso bajo el peso de mis pecados. No despreciéis mi súplica, Madre de Dios; antes bien acogedla benigna y escuchadme propicia. Amén.

(Trescientos días de indulgencia por cada vez que se rece esta oración; indulgencia plenaria al mes si, recitándola cada día y recibidos los santos Sacramentos, se visita una iglesia rogando por los fines de Su Santidad.)

(Pío IX, 11 de Diciembre de 1846.)

OTRA ORACIÓN

Quisiera, Virgen María,
Madre de Dios muy amada,
Tener mi alma abrasada
En vuestro amor noche y día.
¡Oh dulce Señora mía,
Quién tuviera tal fervor
Que aventajase en amor
A los serafines todos,
Amándoos de cuantos modos
Inventó el divino ardor!

DEPRECACIÓN

Bajo vuestro amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no

despreciéis nuestras súplicas en las necesidades: antes bien libradnos siempre de todos los peligros, ¡oh Virgen gloriosa y bendita!

Dios te salve, Reina y Madre, etc.



DESPEDIDA

Virgen Madre de Dios: yo me ofrezco por hija vuestra, y en honor y gloria de vuestra pureza también os ofrezco mis ojos, mis oídos, mi lengua, mis manos, en una palabra, todo mi cuerpo y mi alma, y os pido me alcancéis la gracia de nunca más cometer ni un solo pecado. Amén Jesús.

Madre, aquí tenéis á vuestra hija.

Madre, aquí tenéis á vuestra hija.

Madre, aquí tenéis á vuestra hija.

En Vos, Madre mía dulcísima, he puesto mi confianza de que jamás quedaré confundida.

Sea por siempre bendito y alabado el santísimo Sacramento del altar, y la pura y limpia concepción de María, concebida sin mancha de pecado original. Amén.



DEVOCIÓN Á SAN LUIS GONZAGA

Siendo este Santo protector de la juventud, muchas Asociaciones le han adoptado por su especial y segundo Protector; por consiguiente, se encarga á las Hijas de María sean devotas suyas y recen con frecuencia su

ORACIÓN

¡Oh Luis santo, adornado de angélicas costumbres! Yo, indigno devoto vuestro, os encomiendo la castidad de mi alma y de mi cuerpo para que os dignéis encomendarme al Cordero immaculado, CRISTO JESÚS, y á su purísima MADRE, VIRGEN DE VIRGENES, guardándome de todo pe-

cado. No permitáis, ángel mío, que yo manche mi alma con la menor impureza; antes bien, cuando me viereis en la tentación ó peligro de pecar, alejad de mi corazón todos los pensamientos y afectos inmundos; despertad en mí la memoria de la eternidad y de Jesús crucificado; imprimid altamente en mi corazón un profundo sentimiento de temor santo de Dios, y abrasadme en su divino amor para que así, siendo imitador vuestro en la tierra, merezca gozar de Dios en vuestra compañía en la gloria. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.



002205

ASPIRACIÓN

Repetida setenta y dos veces en forma de cor-
nita para honrar los años que vivió la santísi-
ma Virgen.

*Inmaculada Virgen María,
Madre de Dios, soberana Reina
y Emperadora de las potestades
celestes.*

*¡ Socorre á los que te aman!
¡ Gloria á la Virgen immacu-
lada, por cuya mediación pode-
rosa nos ha de venir todo bien!*



AVE MARÍA PURÍSIMA, SIN PEGADO CONCEBIDA

Actos de Fe, Esperanza y Caridad sobre la in-
maculada concepción de María santísima.

ACTO DE FE

Creo que la santísima Virgen
María fué concebida sin pecado
original, porque así lo ha reve-
lado Dios, según me lo enseña y
me lo manda creer la Iglesia ca-
tólica; lo creo con la misma fe
que creo en el misterio de la San-
tísima Trinidad, en el de la En-
carnación del Verbo Eterno, que
se hizo hombre en las entrañas
virginales de la misma Señora

por obra del Espíritu Santo, y en la vida eterna que se sigue á la presente, y en esta fe quiero vivir y morir.

ACTO DE ESPERANZA

Por la fe que tengo de la inmaculada concepción de María santísima pido á Dios y espero de su misericordia infinita el perdón de mis pecados, el remedio de mis necesidades y de todos los males que afligen á la Religión y á la sociedad, la perseverancia final y la gloria eterna.

ACTO DE CARIDAD

Por la fe y la esperanza que tengo en la concepción inmaculada de María santísima, y por todos los bienes dispensados en

este privilegio á Nuestra Señora, en que tanto resplandece la bondad y misericordia divina, amo á Dios con todo mi corazón y le ofrezco todos los afectos de mi alma con un deseo ardentísimo de amarle y servirle hasta la muerte.



ESPEJO DE LA HIJA

ALERE FLAMMAM DE LA

INMACULADA VIRGEN MARÍA

En la iglesia, reverente.
En la Misa, devota.
En la Confesión, contrita.
En la Comunión, fervorosa.
En la oración, recogida.
En la clase, atenta.
En el estudio, aplicada.
En casa, nunca ociosa.
En la mesa, sobria.
En la cama, compuesta.
En la conversación, cortés.
En el hablar, considerada.
En el mirar, modesta.
En el andar, grave.
En los trabajos, la primera.

Con las compañeras, afable.
Consigno misma, mortificada.
Con los enfermos, caritativa.
Con los mayores, respetuosa y obediente.
Con los iguales, humilde.
Con los menores, apacible.
En todo, finalmente, ejemplar y edificante.

Piensa que te has de morir,
Piensa que hay gloria é infierno,
Bien y mal, y todo eterno,
Y que a juicio has de venir.





ORACIONES A LA VIRGEN MARÍA (1)

AL SALIR DE CASA Y CAMINAR

¡Oh dulcísima Madre de mi vida! Voy á salir de mi retiro y de mi casa, y me veo obligada á caminar y á tener que presentarme ante un mundo en que me veré rodeada de peligros: asistídmeme, querida Madre mía; inspi-

(1) Escritas por D. Gabino Chávez, presbítero.

radme una santa modestia; guardad mi pureza; apartad de mis oídos las perversas palabras de los hijos del siglo; haced que en todas partes recuerde que soy vuestra, para que á nadie sirva de escándalo ú ocasión de pecado, sino que vuelva á mi casa en la gracia de mi Dios y libre de todo accidente desgraciado. Bendecidme, ¡oh mi buena Madre! En vuestro nombre emprenderé mi viaje. Amén.

¡Oh María, concebida sin pecado!, etc.

Luego besará, si puede, su medalla, ó la oprimirá al menos contra su corazón.

Á LA VUELTA Á SU CASA

Heme aquí de nuevo, amada Madre mía, vuelta á mi casa y al seno de mi familia; gracias os

la necesidad y el decoro de mi estado; que huya de mí todo pensamiento de vanidad y presunción, y que no vaya á ser ocasión, con la inmodestia, de que el Señor sea ofendido; que sepa atar y concertar los pensamientos de mi alma como los cabellos de mi cabeza, para que un día aparezca pura y agradable á los ojos de mi Jesús y á los de mi dulce Madre María. Amén.

¡Oh María, concebida sin pecado!, etc.

AL COMENZAR EL TRABAJO

Mi amada Madre, mi dulcísima María, que os santificasteis tanto en el trabajo de manos que como pobre y laboriosa emprendíais: apartad de mí la pereza; haced que conserve durante

mi trabajo la presencia de Dios; ofrecedle mi cansancio y mis fatigas, y bendecidme á cada instante, no olvidando que, aunque indigna, me habéis admitido en el número de vuestras hijas. Amén.

¡ Oh María, concebida sin pecado!, etc.

Se besa la medalla.

AL ESTUDIAR LA MÚSICA Ó CANTO

Dulcísima María, cantora de los coros celestiales: haced que no dirija yo nunca lo que voy á aprender á los fines terrenales; para Vos sola quiero cantar, para Vos sola quiero tocar, Madre mía; mi garganta, mis labios y mi lengua, vuestros son. ¡Que nunca se manchen con indignos cantares! Haced que, cantándoos

con devoción y con ternura, vaya á cantar algún día vuestras alabanzas por siempre allá en la patria celestial. Amén.

¡Oh María, concebida sin pecado!, etc.



EJERCICIO DE LA MAÑANA

OFRECIMIENTO DE LAS OBRAS DEL DÍA

Levantada, después de haber dirigido el corazón á Dios, invocado y adorado profundamente á la augustísima Trinidad, puesta de rodillas y hecha la señal de la cruz, dirás:

Altísimo Dios y Señor mío: gracias infinitas os doy por el ser que me disteis, por el cuidado que de mí tenéis y porque me habéis conservado en esta noche, dejándome ver la luz del presente día: en él os ofrezco á vuestra mayor honra y gloria mis pensamientos, mis palabras, mis obras, mis deseos y trabajos. Por lo menos hoy, Dios mío, no permitáis

que yo os ofenda, y así propongo apartarme de cuanto pueda serme causa de ofenderos. Tengo además intención de ganar cuantas indulgencias pueda en los diversos actos de este día, rogando por los fines que tuvieron los Sumos Pontífices al concederlas, y aplicándolas en sufragio de las benditas almas del purgatorio y en satisfacción de mis pecados. Pongo confiadamente en vuestras manos mi alma, mi libertad, mi cuerpo, mis potencias, sentidos y todo lo que soy, á fin de que os dignéis santificarlo con vuestra gracia.

¡Oh Jesús mío, que habéis muerto por mí! Bendecid y confirmad estas mis resoluciones para que las cumpla. Os pido mil veces perdón por las muchas ofensas que contra Vos he come-

tido; llevadme como de la mano para que no dé ningún paso errado en el camino de mi salvación; escondedme en vuestras llagas, y conservadme hoy y siempre dentro de ellas, hasta que me concedáis la dicha de veros y amaros eternamente.

Credo, Padre nuestro y Ave María.

Á MARÍA SANTÍSIMA

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Yo me ofrezco del todo á Vos, y en prueba de mi filial afecto os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser. Ya que soy toda vuestra, Madre de bondad, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra. Amén¹.

¹ Cien días de indulgencia, y una plenaria al mes, por Pío IX.

AL ÁNGEL DE LA GUARDA

Ángel de Dios, bajo cuya custodia el Señor me ha colocado con amorosa piedad: á mí que soy vuestra encomendada, alumbradme hoy, guardadme, defendedme, regidme y gobernadme. Amén¹.

AL SANTO DE SU NOMBRE

¡Oh Santo Patrón y abogado mío! Sed mi protector en este día, defendedme de todos los peligros de alma y cuerpo, encended en mi corazón el fuego del amor divino, para que sea del todo fiel en la guarda de los divinos Mandamientos. Amén.

¹ Cien días de indulgencia, y una plenaria al mes, por Pío VII.

Si tuviere tiempo, podrá añadir los siguientes actos:

ACTO DE FE

Creo, firmemente ¡oh Dios mío!, todo lo que la Santa Iglesia católica, apostólica, romana me manda creer, y lo creo porque lo habéis revelado Vos, que sois Verdad infalible.

ACTO DE ESPERANZA

Espero, Señor, fundado en la abundancia de vuestras misericordias y en los méritos de nuestro Señor Jesucristo, el perdón de mis pecados en esta vida y la posesión de la otra con los medios necesarios para obtenerla.

ACTO DE CARIDAD

Os amo, Señor, porque sois la suprema bondad, hermosura y

amabilidad infinita, y quisiera tener el corazón de todas las criaturas para amaros con el amor de todas ellas. Amo á mis prójimos por vuestro amor, y les deseo todos los bienes que para mí quiero.

Al tocar las Avemarías por la mañana, medio día y noche, dirá:

¶ El ángel del Señor anunció á María.

¶ Y concibió por obra del Espíritu Santo. *Ave María.*

¶ Hé aquí la esclava del Señor.

¶ Hágase en mí según tu voluntad. *Ave María.*

¶ El Verbo eterno se hizo hombre.

¶ Y habitó entre nosotros. *Ave María.*

¶ Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

¶ Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

ORACIÓN

Suplicámoste, Señor, que derrames tu gracia en nuestros corazones, á fin de que, habiendo conocido por la voz del ángel el misterio de la Encarnación de tu Hijo, podamos por los méritos de su pasión y de su cruz llegar á la gloria de la resurrección por el mismo Jesucristo Señor nuestro. Amén.

ORACIÓN

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
PARA TODOS LOS DÍAS

¡Corazón santísimo de mi dulce Jesús, santuario delicioso de

las almas puras, abismo de perfecciones infinitas, fuente de bondad y consuelos inefables, plenitud de gracias sacrosantas, soberano y adorado bien de mi alma, el más augusto, el más amable y el más digno que hubo en todo el orbe! Vos sois el único deseo de mi corazón, luminoso astro de mi espíritu, océano de delicias inefables; ya sólo quiero vivir y morir en Vos. Poseed, benigno Jesús, mi corazón, perdonad mi ingratitude y concededme que en mi último suspiro sea víctima de vuestro divino amor. Amén.



MODO

DE SANTIFICAR LAS OBRAS DEL DÍA

Son infinitas las riquezas que se pueden atesorar para el cielo si todas las acciones van dirigidas al honor y gloria de Dios. No obréis por costumbre, ni por amor propio, ni por fin alguno puramente humano. Resplandezca en todas vuestras obras la rectitud de intención con la que deseéis agradar á Dios, único Juez de vuestras conciencias, y ora comáis, ora bebáis, ora hagáis alguna otra cosa, seguid el consejo de San Pablo: referirlo todo á la mayor gloria de Dios.

Levantad á menudo el corazón á Dios aun en medio de vuestras ocupaciones, y decid con fervor: *¡Dios mio, creo que estáis aquí presente! ¡En Vos espero, á Vos amo con todo mi corazón! Jesús dulcísimo, compadeceos de mí.*

Invocad también la asistencia de María Santísima, de los santos ángeles y de vuestros patronos y abogados.

OCUPACIONES

Empezad vuestros quehaceres santiguándoos, y ofrecedlos al Señor diciendo: Os

ofrezco, Dios mío, este trabajo, el que ruego aceptéis en unión de los muchos que padecisteis por mí.

Acostumbrad en vuestras ocupaciones á entretener el entendimiento con alguna consideración piadosa, ya de las verdades eternas, ya de la vida santísima de nuestro Señor y su bendita Madre.

AL DAR EL RELOJ

Reza un *Ave María* y di:

Os ofrezco, Señor, todos los instantes de esta hora; dadme gracia para cumplir en ellos vuestra eterna voluntad. Amén.

AL CORAZÓN DE JESÚS POR LOS QUE
AGONIZAN EN ESTA HORA

¡Oh misericordiosísimo Jesús, que ardéis en tan vehemente amor por las almas! Os ruego, por la agonía de vuestro santísimo Corazón y por los dolores

de María inmaculada, purifiquéis con vuestra sangre á todos los pecadores de la Tierra que están ahora en la agonía y que deben morir hoy mismo. ¡Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de los moribundos! ¡Virgen inmaculada, rogad por nosotros al Corazón de Jesús!

AL VESTIRSE PARA SALIR DE CASA

¡Ah Señor, qué feliz sería yo si como tengo gusto en asear y ataviar mi cuerpo, que ha de ser pasto de gusanos, emplease la misma solicitud en adornar mi alma de las verdaderas virtudes! Haced, Señor, que me despoje de la vanidad y desprecie las galas y adornos mundanos, y use únicamente de mi vestido por lo que debo á la modestia, decencia

y atenciones sociales, sin que por eso sea yo infiel á vuestra divina gracia.

AL SALIR DE CASA

Dirigid, Señor, mis pasos como dirigisteis los de Tobías; defendme, Señor, de los lazos que el mundo me tiende para perderme, y haced que nunca jamás pise el camino de la perdición. Amén.

AL COMER

Echad, Señor y Diosmío, vuestra santa bendición sobre mí y sobre los manjares que hoy me regala vuestra infinita largueza, para que, manteniendo mi cuerpo, continúe en vuestro santo servicio.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

DESPUÉS DE COMER

Os doy, Señor, gracias por el manjar con que me habéis regalado, y espero de vuestra bondad recibir un día la bienaventuranza eterna, así como ahora recibo el sustento corporal.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

EJERCICIO DE LA NOCHE

Puesta de rodillas y hecha la señal de la cruz,

1.º *Da gracias á Dios por los beneficios recibidos* diciendo:

Infinitas gracias os doy, Señor y Diosmío, por los beneficios que me habéis dispensado, por la creación, conservación, redención y largueza de otros favores, preservación de infinitos peligros de alma y cuerpo, y todo, Señor, sin merecimiento alguno de mi parte,

antes bien habiéndoos ultrajado innumerables veces.

2.º *Píde luz al Espíritu divino para conocer los pecados cometidos durante el día, y también gracia para arrepentirte de ellos, diciendo:*

Iluminad, Señor, á vuestra sierva, y enwiad sobre ella á vuestro divino Espíritu para que conozca el multiplicado número de sus faltas y las lllore y deteste con verdadero dolor.

3.º *Examina las faltas, recorriendo todas las horas del día; en dónde has estado, qué has hecho contra Dios, contra ti misma, contra el prójimo; en qué has ocupado el pensamiento; qué conversaciones has tenido, si has faltado en ellas á la caridad, á la humildad, á la castidad, á la paciencia, á la obediencia ó á cualquiera otra virtud.*

Faltas contra la *caridad*: Si no amas á Dios sobre todas las cosas; si no le das el culto y reverencia á que estás obligada por las promesas que hiciste en el santo Bautismo; si has tenido distracciones voluntarias en los ejercicios de piedad; si has omitido el ejerci-

cio de la mañana; si en el templo no has estado con la debida compostura; si has hablado, reído, divertido la vista, etc.; si has jurado ó hablado alguna cosa injuriosa contra Dios; si has dado mal ejemplo al prójimo; si no le has perdonado haciéndote algún agravio; si te has alegrado de su mal, ó lo que es más, le has hecho de tu parte ó procurado alguno; si toleras sus defectos, si los has publicado, si viéndole en alguna necesidad no le has socorrido pudiendo.

Faltas contra la *humildad*: Si presumes vanamente de ti misma; si has antepuesto tu parecer al de tus padres, maestros y superiores; si no has sufrido con paciencia las reprensiones de tus mayores ó de tus iguales.

Faltas contra la *castidad*: Si has dejado correr libremente la vista, fijándola en objetos peligrosos que puedan traerte alguna tentación; si te has detenido en algún pensamiento torpe; si has dicho alguna palabra indecente ó escandalosa, ó escuchado alguna conversación mala; si en tus acciones tanto contigo como con otras ha habido algo

ofensivo á la santa pureza, á la honestidad y aun á la modestia.

Faltas contra la *paciencia*: Si te dejas llevar de ímpetus de enfado ó de cólera, manifestando en el exterior con tus palabras y modales la soberbia de tu corazón.

Faltas contra la *obediencia*: Si no obedeces con plena voluntad y deseo de tu corazón; si no has procurado tener un mismo querer y sentir con tus superiores, sin dar lugar á juicios ó razones contrarias.

4.º *Pide perdón á Dios* diciendo: ¡Qué ingrata, Señor, he sido para con Vos, y qué poco he correspondido á los beneficios que en este día y siempre me habéis dispensado! Confundida y sumamente avergonzada de mis ingratitudes, me atrevo á postrarme á vuestros pies y pidiros humildemente perdón, Señor, de todas las faltas que por fragilidad, malicia ó ignorancia he cometido. ¡Ay Dios mío! ¿Qué se han hecho tantas resoluciones de nunca jamás pecar?

5.º *Propón la enmienda con la divina gracia*, y prosigue diciendo:

Suplicoos, pues, Señor, confundida y humillada ante vuestra divina presencia, me perdonéis, que yo os ofrezco corregirme de cuanto conozca que en mí más os ofende; haré particulares esfuerzos para enmendarme de los defectos que creo os desagradan más, y, en fin, no vivir ya en adelante sino para Vos.

Ahora pide gracia para pasar bien la noche, diciendo:

ORACIÓN

Señor mío Jesucristo: gracias os doy porque me habéis conservado en este día; ahora, con vuestra licencia, voy á tomar el reposo de la noche; pero antes, Dios mío, os ofrezco mi espíritu con todas sus facultades, mi alma con todas sus potencias, mi corazón con todos sus deseos, y mi cuerpo con todos sus sentidos. Purificad, Señor, y santificad mi

sueño, y si durante esta noche fuereis servido llevarme á vuestra divina y real presencia, no me juzguéis, Señor, con justicia, juzgadme con misericordia, pues á mí me pesa de lo íntimo de mi corazón de haberos ofendido. Madre mía, María, amparadme esta noche, y vos, ángel de mi guarda, defendedme para que siempre sea de mí Dios. Amén.

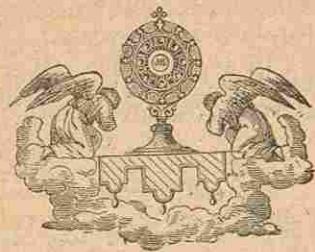
Padre nuestro, Ave María, Credo y la Lectura á la santísima Virgen.

Estando ya en la cama di:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en la última agonía.

Jesús, José y María, recibid en vuestros brazos el alma mía.



MODO DE ASISTIR FRUCTUOSAMENTE Á LA SANTA MISA

EXCELENCIAS DE LA MISA

La santa Misa es el acto más augusto que hay en la Religión, y la cosa más grande que hay en el cielo y en la tierra, que ni los hombres la pueden comprender.

La santa Misa es una viva representación de la vida, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y un verdadero sacrificio en el cual el mismo Jesucristo se pone en la hostia y en el cáliz, y se ofrece á su eterno Padre

sueño, y si durante esta noche fuereis servido llevarme á vuestra divina y real presencia, no me juzguéis, Señor, con justicia, juzgadme con misericordia, pues á mí me pesa de lo íntimo de mi corazón de haberos ofendido. Madre mía, María, amparadme esta noche, y vos, ángel de mi guarda, defendedme para que siempre sea de mí Dios. Amén.

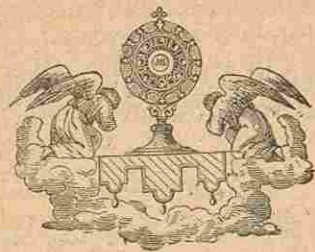
Padre nuestro, Ave María, Credo y la Lectura á la santísima Virgen.

Estando ya en la cama di:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en la última agonía.

Jesús, José y María, recibid en vuestros brazos el alma mía.



MODO DE ASISTIR FRUCTUOSAMENTE Á LA SANTA MISA

EXCELENCIAS DE LA MISA

La santa Misa es el acto más augusto que hay en la Religión, y la cosa más grande que hay en el cielo y en la tierra, que ni los hombres la pueden comprender.

La santa Misa es una viva representación de la vida, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y un verdadero sacrificio en el cual el mismo Jesucristo se pone en la hostia y en el cáliz, y se ofrece á su eterno Padre

como víctima de nuestros pecados, y renueva aquel mismo sacrificio que hizo en la cruz. Por lo cual, dice San Juan Crisóstomo, asisten millares de ángeles á la Misa, y llenos de reverencia se están adorando á Jesucristo. Oye, pues, Misa todos los días que puedas, que no hay devoción mayor ni más provechosa.

AL TOCAR Á MISA

Hija de María, ¿no oyes tocar la campana? Es la voz de tu amabilísimo Redentor que te llama para que en alas de tu fe y caridad vuelas hacia el Calvario, á su santo templo, donde de un modo incruento quiere renovar en el santo sacrificio de la Misa aquel sacrificio con que redimió á todo el género humano derramando su preciosa sangre, hecho víctima de expiación por nuestra salud.

AL IR Á LA IGLESIA

Vete al templo; ve al lugar de esa escena sangrienta, y vete con la vista baja, con el paso grave, con un traje modesto y lleno de compostura, pues vas á ver morir á tu Dios, á recibir sus últi-

mos suspiros y á prestarle algunos socorros.

AL ENTRAR EN EL TEMPLO

No te detengas en el atrio á ver el que entra y el que sale; mala preparación es ésa para presenciar un acto tan solemne, tan augusto, al par que tan terrible; penetra en aquellas bóvedas respetuosas; todo debe aterrarte: la obscuridad de ellas, su silencio sepulcral, el eco de tus pisadas y de los entrecortados suspiros de almas justas que se enternecen al recuerdo de la escena que va á representarse; ponte de rodillas, y mientras que el Sacerdote se pone las sagradas vestiduras recuerda su significación y repasa, aunque sea en compendio, los pasos de Jesús desde el huerto hasta el Pretorio.

AL PONERSE EL SACERDOTE EL AMITO

Ya le cubren el semblante en casa de Caifás y se burlan de él: mira aquella chusma infernal, que por entretener la noche le da de pescozones y le pre-

gunta burlescamente: «Adivina quién te dió.» ¡Oh! Dios mío, qué paciencia tan asombrosa! Haced que yo la tenga para sufrir todas las injurias que mis prójimos me hagan.

AL PONERSE EL ALBA

Ya os veo, Jesús mío, en casa de Herodes, cubierto con esa vestidura blanca y ser tratado como loco: concededme la gracia de que yo desprecie los vanos juicios del mundo y no haga caso de sus necias críticas.

AL PONERSE EL CÍNGULO, MANÍPULO
Y ESTOLA

Atado os veis, mi Dios, por los esclavos de Satanás; una sogá á vuestra cintura para conducirnos con paso acelerado, á vuestro cuello para derribaros mil veces en tierra, y á vuestras manos para atarlas á la espalda, sin que os puedan valer en las caídas ni limpiaros el sudor de la frente. ¿Cuándo me verá yo atado con las dulces ligaduras de vuestro amor, para nunca ofenderos?

AL PONERSE LA CASULLA

Ya os ponen la púrpura de escarnio: cual rey de burlas os presentan al pueblo, á ese pueblo ingrato, que lleno de rabia pide vuestra muerte: dadme ¡oh Jesús mío!, que me vista yo con vestidura de modestia y de candor, aun cuando haya de ser objeto de escarnio para los libertinos. A ello me anima el ver figurada en esa cenefa la cruz que ponen sobre vuestros hombros, y ver cómo, cubierta ¡ay! con corona de espinas la cabeza, os conducen al Calvario.

AL SALIR EL SACERDOTE

Ya salís, mi dulce Jesús, del Pretorio; emprendido habéis esa jornada tan terrible, última que hicisteis con pasos mortales. ¡Ay! ¡qué de aficciones os esperan! ¡qué de angustias! ¡qué de tormentos! Caeréis bajo el peso de la cruz, y os levantarán á empellones tirándoos de la barba y del cabello; veréis á vuestra Madre atribulada, se conturbará vuestro corazón, y ni aun po-

dréis darle el último adiós por no exponerla á las burlas de los soldados... ¡Quién me diera, Señor, saberos servir tan fielmente que en tan grande aflicción pudiera consolaros!

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Á LA CONFESIÓN

Ya tocáis, Señor, la falda del Calvario, y antes de subir ese penoso monte volvéis á caer bajo el madero de la cruz. Mis pecados son, eterno Dios, los que os abruman, mis crímenes, mis maldades. Yo soy el reo, y vais Vos á pagar la pena...; yo el delincuente, el que merezco mil muertes, y vais á sufrirla Vos tan ignominiosa; mis culpas, Jesús mío, mis gravísimas culpas os abruman y os condenan á morir en ese infame madero... Me pesa, Señor, me pesa con todo el corazón de haberlas cometido...; apiadaos de mí.

AL SUBIR AL ALTAR Y AL INTROITO

Llegasteis por fin á la cima del monte fatal. ¡Ay! Huesos áridos, descarnados restos de miserables que en ese sitio

expiaron sus delitos se ven esparcidos acá y acullá; quizá se ve también ahí la calavera del primer criminal, que va á recibir la sangre de su reparador y lavarse con ella... ¡Ah! ¡Con cuánta resignación os ofrecéis á vuestro eterno Padre! Puesto de rodillas besáis la tierra misma que va á regarse con vuestra última sangre... Ya principia la última escena de ese terrible sacrificio, el sacrificio de vuestro corazón. Tomad, Señor, el mío, harto rebelde á vuestro amor, y sacrificadle á una con el vuestro.

Á LOS KIRIES Y AL GLORIA

Tened misericordia, Señor, de los pecadores (así habláis, Jesús mío); perdonadles sus faltas, olvidad sus crímenes, porque yo quiero expiarlos, yo sufrir su pena, y pagando esa deuda tan enorme satisfacer vuestra justicia y hacer que resalte vuestra gran misericordia. Gracias, Jesús mío: admirada mi alma á vista de tan inefable bondad, no puede menos de exclamar:

¡gloria á Dios en las alturas!, porque en el Calvario quiere morir por los pecados de la tierra; y ¡paz á los hombres que son de buena voluntad!, porque en ese monte santo van á borrarse las enemistades con su Dios. A fijarse va una escala más alta y más fuerte mil veces que la de Jacob; no los ángeles á la tierra, ni los justos al empireo... Dios bajará á los pecadores, y los criminales arrepentidos subirán hasta los brazos del Eterno. ¡Bendito seáis, Dios mío, por vuestra indecible misericordia! Aumentadla con la gracia de hacerme digna de ella.

Á LA EPÍSTOLA

En ese monte, alma mía, van á cumplirse las profecías todas de la antigua Ley, y cuanto Moisés y los Profetas han escrito del Mesías; á sepultarse va con honor la ley de los esclavos, ley de penas, de terror, para promulgarse en seguida el Evangelio, esa ley de gracia, esa ley de amor.

AL EVANGELIO

Ya pasa al pueblo gentil la divina herencia; ahí se truecan las manos de Jacob... Raza de Canaán soy yo, mi amante Jesús; fijad sobre mi cabeza vuestra diestra, y llenadme de bendiciones; el óleo santo de la gracia venga á ungir mi duro corazón.

AL CREDO

Aunque os vea, mi Jesús, bajo la forma de un malvado, de un criminal que va á pagar todos sus delitos, y á quien espera un afrentoso cadalso, yo CREO que sois un inocente, que sois el Señor de los cielos y de la tierra, que sois el altísimo Dios, á quien el Sol y la Luna obedecen y al que sirven los más encumbrados serafines; el amor, y sólo el amor, ha podido obligaros á tomar una forma tan degradante y abatido tanto, que ni la hermosura ni aun el aspecto de hombre os ha quedado. ¡Ah, cuál os han puesto mis pecados!

AL OFERTORIO

Ya os arrancan las vestiduras que tan pegadas están á vuestro santo cuerpo, y con ellas sale á pedazos vuestra carne santísima, renúevanse todas las heridas y brota la sangre por todas partes; también se desgarran las llagas de las espinas, porque al sacaros la túnica por la cabeza sale con ella la corona. Mas ¡ay! alma mía, ¡cuánto más triste es lo que sigue! Le mandan tender sobre la cruz... una puñada le dan para que lo haga más prontamente; comprímenle contra el madero, y los nudos de éste se le meten por las renovadas llagas de los azotes; estíranle las manos y los pies para hacerlos llegar al sitio señalado para enclavárseles; aquí vuelve á ofrecerse Jesús á su eterno Padre mientras se apuntan gruesos clavos á sus manos y á sus pies...; descoyúntanle los huesos... estíranle con cordeles... ¡Ah! El golpe del martillo... el volver la cruz para remachar los clavos...; ¡qué escena, alma católica! Repásala con amargura, porque la pluma se niega á manifestártela.

AL PREFACIO

Ya levantan la cruz en alto, ya la dejan caer con fuerza en el agujero de una peña...; estremécese aquel cuerpo santísimo, y principia á correr copiosamente la poca sangre que le ha quedado... Aproxímate más, alma cristiana; acércate á esa saludable piscina; ya que están movidas sus aguas, sumérgete en ellas; ahí se curarán tus dolencias, ahí te limpiarás de inmunda lepra; se regará tu endurecido corazón, y te refrescarás del fuego de abominable impureza que te abrasa; aumenta esas aguas con las que brotan de tus ojos, llora tu desagradecimiento, tus pecados y la muerte cruel que tantas veces has dado con tus delitos al verdadero Jesús.

Á LA ELEVACIÓN

Murió; ya entregó su espíritu en las manos del Padre; este Hijo querido ya está sacrificado sobre la cima de ese monte fatal... Acércate...; ya no respira; cerrados están aquellos ojos que ani-

maban á la Naturaleza; lívidos aquellos labios que alegraban á los justos...: ya no hablan palabras de vida eterna; inmóviles aquellos pies que corrían en busca de los pecadores; yertas aquellas manos que tantos dones derramaron sobre la tierra; aproxímate más..., pon la mano sobre su corazón..., ya no late: muerto está tu Dios... ¡Ah! ¡cuál le ha puesto el pecado! Tómale de los brazos de María, pide permiso á esta Señora para que te le deje por un instante, y ve adorando todos y cada uno de esos miembros tan horrorosamente desfigurados, con tanta crueldad atormentados; recoge en seguida su sangre preciosa derramada en el suelo, pisoteada por los judíos, salpicada en las manos y ropaje de los verdugos; adórala con la mayor sumisión; en aquel cáliz está toda, como sobre aquella ara está el cuerpo; ahí está Cristo todo entero, ahí está Jesús, tu vida y tu verdadera dicha; adórale, pues, y ve saboreando con devoto ánimo la siguiente oración, en la que procura decir con grande ardor la dulcísima palabra *no permitas que jamás me separe de Ti.*

ANIMA CHRISTI

Alma santísima de Cristo, santifícame.
Cuerpo preciosísimo de Cristo, sálvame.
Sangre preciosísima de Cristo, embriégame.
Agua del costado de Cristo, purifícame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh mi buen Jesús!, óyeme;
Dentro de tus llagas escóndeme;
No permitas que jamás me aparte de Ti;
Del maligno enemigo defiéndeme;
En la hora de la muerte llámame,
Y mándame ir á Ti;
Para que con tus santos te alabe
Por los siglos de los siglos. Amén (1).

(1) Por cada vez que con devoción se rece esta oración se ganan 300 días de indulgencia; siete años de perdón si se dice después de la comunión ó celebración de la Misa, y una indulgencia plenaria al mes dado que se rece cada día. (Pío IX, 9 de Enero de 1854.)

AL SUMIR

Ya se trata de darle sepultura, mas no hay sepulcro donde colocarle; ofrécele tu pecho, límpiale con un acto de contrición para que acepte esta morada; mira el fúnebre entierro; aquí va primera la santísima Virgen, tu Madre, porque quiere hermosear el lecho en que se ha de colocar. ¡Ah! Dadme, Señora, todas las gracias, las virtudes y los dones del Espíritu Santo, vuestro divino Esposo, para ser digna habitación de vuestro santo Hijo. José y Nicodemus siguen con el sacratísimo cadáver. ¡Ay dulce Jesús mío!, que no soy digna de que entréis bajo el humilde techo de mi alma; decid, os ruego, una sola palabra, y mi alma será sana á pesar de las profundas heridas que en ella hizo el pecado.

Á LA BENDICIÓN

Consumada está la obra; pero no me apartaré, ¡oh beatísima Trinidad!, sin que hagáis descender sobre mí vuestra abundante bendición, para que,

enardecida mi alma viendo el amor que me habéis mostrado, ¡oh Padre celestial!, con darme á vuestro unigénito Hijo, la ternura de éste en sacrificarse por mí y la gracia que el Espíritu Santo me comunica, no sepa hacer otra cosa que amaros y servirlos fielmente.

AL ÚLTIMO EVANGELIO

Con Vos me voy, Madre mía, repasando lo que acaba de verificarse en el Verbo consubstancial con el Padre, hecho hombre por amor mío en vuestras purísimas entrañas. Quiero consolaros, ¡oh ternísima Madrel!, haciéndoos compañía en vuestra dura soledad! Mas ¡ah! no miréis, no, ¡oh bondadosa Señora!, mis manos manchadas con la sangre de vuestro santísimo Hijo, ni mi semblante afeado por la desenvoltura de la inmodestia con que tanto le ofendí; mirad más bien que, hiriendo mi pecho lleno de dolor, me bajo de ese monte diciendo llorosa y compungida: Me pesa, Señor, de haberos ofendido, pues verdaderamente sois el Hijo de Dios.

ACABADA LA MISA

¡Cuán bueno sois, oh Dios mío! ¿Y quién no os amaré? Todo entero os habéis dado á mí; he aquí que yo á mi vez me quiero dar toda á Vos; y así por las manos de María, mi santísima Madre, os ofrezco mi oblación, diciendo: Tomad, Señor, y recibid mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad; cuanto tengo y poseo Vos me lo disteis, á Vos lo devuelvo; sólo quiero vuestro amor con vuestra gracia y nada más, pues soy con esto bastante rica; Señor, haced que yo os ame ahora y siempre. Amén.



CONFESIÓN

¡Qué hermosa transformación la que hace en el alma el santo sacramento de la Penitencia! El culpado se convierte en inocente, el esclavo de Satanás en hijo de Dios, y el que poco antes era monstruo horrendo por la culpa, en imagen bellísima del Criador. ¡Tanto es el poder de la divina gracia que se comunica en este Sacramento! Necio es, pues, el que mira con horror á un Sacramento tan saludable, recibéndolo tan sólo, ó por temor á las censuras de la Iglesia, ó por respeto *al que dirán*. ¿Qué delincuente se detuviera perezoso en las prisiones si dependiera su libertad de la confesión ingenua de su culpa? ¿Qué náufrago no alargaría la mano á la tabla que le ofreciese la Providencia? ¿Qué enfermo consentiría en morir por evitar lo poco de mal sabor de la medicina?

ACABADA LA MISA

¡Cuán bueno sois, oh Dios mío! ¿Y quién no os amaré? Todo entero os habéis dado á mí; he aquí que yo á mi vez me quiero dar toda á Vos; y así por las manos de María, mi santísima Madre, os ofrezco mi oblación, diciendo: Tomad, Señor, y recibid mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad; cuanto tengo y poseo Vos me lo disteis, á Vos lo devuelvo; sólo quiero vuestro amor con vuestra gracia y nada más, pues soy con esto bastante rica; Señor, haced que yo os ame ahora y siempre. Amén.



CONFESIÓN

¡Qué hermosa transformación la que hace en el alma el santo sacramento de la Penitencia! El culpado se convierte en inocente, el esclavo de Satanás en hijo de Dios, y el que poco antes era monstruo horrendo por la culpa, en imagen bellísima del Criador. ¡Tanto es el poder de la divina gracia que se comunica en este Sacramento! Necio es, pues, el que mira con horror á un Sacramento tan saludable, recibéndolo tan sólo, ó por temor á las censuras de la Iglesia, ó por respeto *al que dirán*. ¿Qué delincuente se detuviera perezoso en las prisiones si dependiera su libertad de la confesión ingenua de su culpa? ¿Qué náufrago no alargaría la mano á la tabla que le ofreciese la Providencia? ¿Qué enfermo consentiría en morir por evitar lo poco de mal sabor de la medicina?

No quieras, hija de María, ser calificada de necia si, hallándote agobiada bajo el peso de las culpas, ó por siniestras preocupaciones ó por frívolas excusas, huyes del alivio que se te ofrece en este Sacramento, ó no lo frecuentas á menudo y con las debidas disposiciones. Mira que un solo grado de gracia de los que allí se comunican es de más precio que todo cuanto hermoso y bello hay en la Naturaleza. ¿Y quién á tan poca costa no atesora para el cielo lo que vale tanto? ¿Quién no solicita purificarse en esta vida de aquellas manchas que para quitarse necesitan de mucho fuego en el purgatorio?

Pero antes de pasar á la práctica de este Sacramento quiero prevenirte contra otra necedad peligrosísima, harto frecuente por desgracia aun en personas que se acercan á menudo á los santos Sacramentos: *la necedad de callar pecados*. Prudente es el rubor que impide el pecado, pero imprudente el que dificulta la penitencia. Una refinada soberbia suele ser el origen de esta confusión culpable, que tantas almas tiene precipitadas en el abismo infernal; porque, si eres humilde, te holgarás de que el confesor te tenga por defectuosa y delincuente.

Ea, rompe con valor ese rubor que oprime la garganta, y desembre tu pecho, al que como padre te guardará inviolable secreto. Nada

dirá, que nada puede decir; y aunque pudiera lo callaría, porque más hace el penitente en fiarle su mayor secreto que él en guardarlo. No creas se escandalice el confesor prudente por la enormidad del delito, porque harto conocida le es tu miseria, ó por lo que ha leído, ó por lo que ha aprendido en los demás.

Manifiesta con confianza todas tus culpas graves, según las tengas en la conciencia, y sabe que mientras así no lo hagas añades pecados á pecados, quitas el mérito á tus obras y compras leña para quemarte en el infierno. Si oras, si das limosna, si ayunas á pan y agua, si derramas toda la sangre de tus venas al golpe de la disciplina, y al mismo tiempo callas ó disimulas algún pecado, no podrás, á pesar de todo eso, entrar en el cielo; de nada te servirá. ¡Qué locura! ¡Por no querer pasar un poquito de vergüenza en el rincón de un confesonario, padecer eterna confusión!—Si no tienes valor para descubrir el mal estado de tu conciencia al propio director (que fuera lo más acertado), busca otro y comienza tu confesión por estas palabras: *Padre, vengo poseído de la vergüenza*.

Convencida Santa Teresa de Jesús de que las confesiones mal hechas precipitan á muchas almas en el infierno, escribía llena de celo á un predicador estas palabras: «Padre, predicad muchas veces contra las confesio-

nes mal hechas, porque el demonio no tiene otro lazo con que coger tantas almas cuantas coge con éste.» No basta, pues, confesarse; es preciso hacerlo bien, y con las disposiciones requeridas, de examen, dolor, propósito, confesión de boca y satisfacción. Hazlo así, que yo te aseguro feliz éxito en el Tribunal divino, ante el cual no valdrá excusa alguna. — Además, importa mucho que obedezcas ciegamente; y así, cuando el director te diga que estás bien confesada, lo creas y ahorres ciertas reflexiones extravagantes de si te has ó no explicado bien, si te han ó no entendido, si tienes ó no dolor de tus pecados, si hubo ó no falta en el examen, persuadiéndote que sólo se va seguro por el camino de la obediencia. — Evita el ser larga en el confesonario; para esto omite cuentos ridiculos, noticias que no pertenecen al Sacramento, faltas ajenas y ciertas pretensiones de mundo que hacen sospechosas las confesiones.

He aquí ahora un

**MODO PRÁCTICO
DE CONFESARSE BIEN Y CON BREVEDAD**

Primeramente pedirás la gracia al Señor por intercesión de su bendita Madre, María Santísima.

Después harás el examen; si no te has

confesado en mucho tiempo, lo harás siguiendo los Mandamientos; pero si acostumbrabas á confesarte á menudo, lo harás por lo que hayas faltado á Dios, al prójimo y á ti misma por comisión y omisión.

Luego procurarás excitarte al dolor de tus pecados, acercándote al confesor con aquella humildad, confusión y dolor con que el hijo pródigo se acercó á su padre, ó con el arrepentimiento que tuvo la Magdalena al acercarse á Jesucristo.

Ponte, si hay otros aguardando, en el lugar correspondiente, y con el posible recogimiento te excitarás más y más al dolor de tus pecados, repitiendo á menudo los actos de contrición y atrición.

Cuando te corresponda confesarte te persignarás y santiguarás, y profundamente inclinada dirás: *Yo pecadora*, etcétera, y darás principio á la confesión de este modo:

Padre, hace tantos dias que no me he confesado. Cumplí la penitencia, ó no. Tengo tal estado. He examinado la conciencia, y me acuso:

En primer lugar, de haber faltado en tales cosas. (Aquí se dirá la falta.)

En segundo lugar, de haber sido omisa en tal y tal cosa.

En tercer lugar, de haber dicho tal ó tales palabras que no debía, etc., etc.

Por materia más cierta de este Sacramento, me acuso de todos los pecados de mi vida pasada cometidos contra tal Mandamiento (aquí se dirá el Mandamiento en que hayas faltado en la vida pasada), confesado ya, y en particular del primero y último, y del que es más grave en la presencia divina; de éstos y de todos me acuso y pido con toda humildad perdón á Dios, y á vos, Padre, la penitencia y absolución con propósito de enmendarme asistida de la divina gracia.

Escucharás después con atención las palabras ó la exhortación que te hará el Padre confesor, al cual responderás con brevedad é ingenuamente á las preguntas que te hiciere; y mientras hablare el confesor debes estar atenta, sin pararte en examinar si te ha quedado algo que decir, ni distraerte en otras cosas; finalmente, al tiempo de recibir

la absolución dirás el acto de Contrición: *Señor mio Jesucristo, etc.*

Será bueno que la persona que trata de perfección dé cuenta, no en cada confesión, sino de vez en cuando, á su director cómo le va en la oración, si es puntual, si se ha detenido en ella todo el tiempo señalado, si en la víspera se prepara á ella leyendo el punto, si nota lo principal que le pasa, etc.

Con este método se puede fácilmente confesar, y con poco tiempo adelantar en la perfección y llegar por este camino á la patria celestial, á la cual, y no á otro fin, deben dirigirse nuestros pensamientos, obras y deseos.

EXAMEN DE CONCIENCIA

Para hacer bien el examen conviene que te recojas en lugar retirado, y allí, puesta en la presencia de Dios, adórale, y piensa que aquella confesión para que te preparas ha de ser la última de tu vida. Luego podrás hacer estas

REFLEXIONES PREPARATORIAS

¡Insensata! Quizá esta noche misma va á pedirte Dios cuenta de tu alma...; la sentencia está dada: no se muere más que una vez, y á la muerte sigue el juicio. Es forzoso comparecer ante el tribunal de Jesucristo para recibir cada cual, ó premio del bien, ó castigo del mal que hubiere hecho. ¡Cuán terrible cosa es caer con el peso de las culpas en manos del Dios vivo! Júzgate, pues, á ti misma, y no serás condenada.

ORACIÓN PARA ANTES DEL EXAMEN

Espíritu Santo, fuente de luz: iluminad mi entendimiento para conocer mis pecados tan distintamente como los conoceré cuando me presente delante del tribunal de la soberana Justicia. Dignaos inspirarme el odio y horror que merecen, junto con una firme resolución de no cometer-

los más; quebrantad la dureza de de mi corazón y moved mi lengua para manifestarlos todos, sin callar ninguno por vergüenza ó por otra torcida intención.

Examina ahora tu conciencia, y para que te sea más fácil pondremos aquí varios exámenes; pero ni creas que ellos te dicen todo cuanto puedes hacer, porque los pecados varían hasta el infinito según la edad, conocimiento y circunstancias de cada persona, ni pienses que sea pecado mortal todo cuanto aquí se te propone, ni, por último, caigas en el reprehensible extremo de creer que no te examinas bastante, y por esto vuelvas á empezar cien veces el examen. Pregunta á tu confesor, y éste te dirá cuánto tiempo te conviene emplear en hacerle para que ni sobre ni falte; por lo demás, ten confianza en Dios, cuyo espíritu es de amor, y no de temor y servilismo.

EXAMEN PARA LAS PERSONAS
QUE CONFIESAN CON FRECUENCIA

Faltas.

1.º *Contra Dios.*— Omisiones ó descuidos en nuestros deberes de piedad,

irreverencias en los templos, distracciones voluntarias en la oración, resistencia á la gracia conocida, juramentos, quejas, falta de confianza y de resignación.

2.º *Contra el prójimo.*—Juicios temerarios, desprecios, odio, envidia, deseo de venganza, disputas, arrebatos de genio, imprecaciones, injurias, maledicencias, burlas, calumnias, agravios á los bienes y á la reputación, malos ejemplos, escándalo, falta de respeto, de obediencia, de caridad y de fidelidad.

3.º *Contra sí mismo.*— Vanidad, respetos humanos, mentiras, pensamientos, deseos, palabras y acciones contrarias á la pureza, gula, cólera, impaciencia, vida inútil y sensual, pereza en el cumplimiento de los deberes de nuestro estado.

EXAMEN SOBRE LOS MANDAMIENTOS

Principiarás recordando: 1.º Cuánto tiempo hace que no te has confesado, y si has puesto en práctica los medios que te dió el confesor para la enmienda.—2.º Si has cumplido la peni-

tencia que te impuso, ó si la retardaste culpablemente.—3.º Si en la última ó en las anteriores confesiones dejaste de acusarte de algún pecado por olvido, recuérdalo para decirlo ahora. Si lo dejaste por vergüenza ó por otra causa culpable, ó si no tuviste dolor ó propósito de la enmienda, en este caso es necesario principiar el examen desde la última confesión bien hecha, puesto que hay que renovar las mal hechas que hayan seguido.

En el primer Mandamiento examinarás si ignoras las cosas que todo cristiano debe saber para salvarse.—Si has negado ó dudado de alguno de los misterios de nuestra santa Religión, ó has hablado contra ellos.—Si has desconfiado de la misericordia de Dios ó confiado temerariamente en ella.—Si te has quejado de su Providencia.—Si has profanado lugar, persona ó cosa consagrada á Dios.—Si has creído en supersticiones, cooperado á ellas ó consultado á los que obran por mal arte, verbigracia: preguntando al demonio, asistiendo á reuniones de espiritistas, etcétera.—Si has leído ó tienes en tu

poder libros, escritos ó periódicos que hablen mal de la Religión.

En el segundo: Si has jurado con mentira ó con duda de si era verdad lo que jurabas. — Si has jurado con verdad pero sin necesidad. — Si has blasfemado de Dios, de la santísima Virgen ó de los ángeles y santos. — Si has hecho votos ó mandas á Dios, á la Virgen ó á los santos y no las has cumplido.

En el tercero: Si has trabajado en día festivo sin necesidad y sin permiso del párroco, y por cuánto tiempo, y si te ha visto la gente y por lo mismo has dado escándalo. — Si has mandado trabajar á otros. — Si en los domingos y días de fiesta no has oído Misa entera, ó si en ella has estado hablando, durmiendo ó mirando objetos que no debías. — Si has sido causa de que otros no la oyesen. — Si no has cumplido con los preceptos de la confesión y comunión pascual, y si has confesado ó comulgado sacrilegamente. — Si desde los veintín años no has ayunado en los días de precepto sin tener impedimento. — Si has dejado de observar las vigiliass ó abstinencias prescritas por la Iglesia.

En el cuarto: Si no has respetado, obedecido y socorrido á tus padres. — Si no les has obedecido cuando te prohibían salir de casa, juntarte con malas compañías, etc. — Si no les has obedecido cuando te mandaban asistir á Misa, al Catecismo, sermón y otras cosas buenas. — Si no has contado con ellos para la elección de estado. — Si no has cumplido su última voluntad ni pagado sus deudas, y no los has encomendado á Dios después de su muerte. — Si has faltado al respeto á tus maestros, á los superiores.

En el quinto: Si has tenido ó tienes odio ó enemistad con alguno: si no has procurado ó admitido la reconciliación. — Si has deseado mal á otro. — Si has provocado á otros á pecar ó los has escandalizado.

En el sexto: Si has tenido pensamientos, deseos ó miradas deshonestas, y te has deleitado voluntaria y advertidamente en estas cosas. — Si has pecado ó deseado pecar con persona soltera, casada ó parienta. — Si has tenido acciones torpes sola ó con otros. — Si has faltado con palabras, cantares ó cuentos des-

honestos.—Si has visto ó tienes en tu poder pinturas, estampas, impresos ó escritos deshonestos.—Si has asistido á bailes ó espectáculos peligrosos.

En el séptimo: Si has hurtado ó dañado al prójimo en sus bienes.—Si pudiendo no restituyes lo ajeno ó no resarcas el daño causado.—Si comprando ó vendiendo has engañado en el precio, medida ó calidad de las cosas.—Si has prestado con usura ó excesivo interés.—Si has comprado á sabiendas cosas robadas.—Si no has devuelto las llamadas.—Si has cooperado á sabiendas al daño del prójimo.—Si no has cumplido las obligaciones de tu profesión ú oficio.—Si defraudas á tu prójimo en lo que justamente se le debe.—Si en las dudas de licitud de algún contrato no lo has consultado con el confesor ó con otra persona de conciencia y de saber.

En el octavo: Si has mentido, y si ha sido con perjuicio.—Si has levantado falsos testimonios ó calumniado á otros.—Si has descubierto algún pecado oculto de otra persona aunque sea cierto, ó sembrado discordias entre las familias.—Si has formado juicios teme-

rarios ó murmurado de vidas ajenas.—Si no has restituído la fama y dado satisfacción al prójimo ofendido.

El noveno y décimo van incluidos en el sexto y séptimo, y los mandamientos de la Santa Iglesia lo están también en el tercero.

Examina ahora las faltas que has cometido contra los deberes de tu estado.

Nota importante. Después de haber examinado tu conciencia y reconocidos ya los pecados que has cometido, pondrás mucho cuidado en excitarte al dolor verdadero de ellos. Es ésta la condición más necesaria, y sin la cual ni en la confesión, ni fuera de ella, puede ser perdonado el pecado. ¿Cómo ha de admitir Dios á su gracia y amistad al que no siente pesar de la ofensa que contra su divina Majestad cometió? No seas, pues, del número de aquellos desgraciados que por recibir este Sacramento sin dolerse y detestar sus pecados, no hacen buenas confesiones.—Para evitar tanta desventura esfuerzate por que tu dolor tenga estas condiciones necesarias:

1.^a Que no esté solamente en la boca, contentándote con rezar el *Señor mío Jesucristo* sin atender á lo que dices, sino en lo íntimo del corazón.—2.^a Que llegue á detes-

tar el pecado como el mayor mal que te puede suceder.—3.º Que se extienda á todos los pecados mortales sin excepción de ninguno.—4.º Que se funde, no en razones humanas, como sucedería si uno sintiese haber hecho algo porque de ahí se le sigue deshonor, pérdida de fortuna ó de salud, etc., sino en alguno de los motivos sobrenaturales señalados en el Catecismo, ya de atrición, ya de perfecta contrición, la cual es mucho mejor.

En materia de tanta importancia pide á Dios por la intercesión de la Virgen Santísima que te dé ese sincero arrepentimiento, rezándole al efecto alguna oración. Para excitarte al verdadero dolor podrás decir la siguiente

ORACIÓN

PARA ANTES DE LA CONFESIÓN

Afectos de confusión.—¡Omnipotente, Eterno, Dios mío, Señor mío, Señor de infinita belleza, de infinita majestad! Veis aquí delante de Vos un monstruo de ingratitude. Vos me habéis criado á vuestra imagen, y para

mi servicio habéis criado todas las cosas; me habéis conservado hasta ahora, librándome de innumerables peligros del alma y del cuerpo, temporales y eternos; me habéis hecho hija vuestra en el santo Bautismo, y admitídomé á participar los méritos de vuestra sangre en los sacramentos de la Confesión y de la Comunión, dándome también de este modo á Vos mismo; me habéis llamado muchas veces á penitencia, y me habéis aguardado mucho tiempo, pudiendo repentinamente condenarme; habéis comprado mi salud con el precio infinito de vuestra vida, dignándoos por mi amor hacerlos hombre y padecer tantas miserias y tantas injurias, hasta morir en una cruz.

Afectos de dolor.—Yo, perver-

sísima pecadora, no sólo no os he agradecido como debía tantos beneficios y tanto amor, mas he despreciado vuestra amistad, pisado vuestra ley; no he hecho caso de vuestras promesas, de vuestras fatigas, de vuestra sangre, de vuestra pasión y de vuestra muerte. ¿Quién ha sido jamás tan ingrato á su rey, como yo lo he sido para Vos, Rey mío, Padre mío, Criador mío, Bienhechor mío y todo mi bien? ¿Cómo puedo yo sin lágrimas acordarme de cuántas veces me pudiera haber llevado la muerte en todos aquellos tiempos tan malgastados, y no me llevó?

Afectos de temor.— ¡Cuántos millares de almas por ventura arden ahora en el infierno por menores culpas que las que yo entonces cometí! ¿Qué fuera de

mí si me hubieseis llamado en aquel tiempo, como llamasteis á otros? ¿Pues quién ató las manos á vuestra justicia en aquella hora? ¿Quién detuvo el castigo de vuestro furor al tiempo que yo con mis pecados lo provocaba? ¿Qué visteis en mí, por qué quisisteis que yo fuese de mejor condición que aquellos á quien arrebató la muerte en medio de las ilusiones y peligros de la mocedad? Mis pecados daban voces contra mí, y Vos os hacíais sordo para ellos.

Afectos de arrepentimiento.—

¡Oh malditos pecados, ojalá no os hubiera jamás conocido! ¡Oh malditos placeres, por los cuales os he abandonado á Vos, Dios mío, fuente de vida eterna! ¡Oh, si hubiera elegido antes todos los males que jamás ofenderos! Aho-

ra reconozco mis culpas y me confieso digna de todo castigo en vuestro divino acatamiento. Pero ya que no queda más remedio que el arrepentirme, desearía satisfacer á vuestra Majestad, injuriada por mí, ingratisima peccadora, con el más generoso aborrecimiento que ha habido jamás en algún corazón criado y con la más pura contrición que jamás ha experimentado algún santo. Deseo todo este dolor y lo pido humildemente, pero no lo merezco. No merezco levantar los ojos á Vos y llamaros Padre. Verdaderamente no merezco perdón.

Afectos de confianza. — Mas ¿qué puedo yo hacer sino arrojarme á vuestros pies, confesaros mis maldades y pedirlos á Vos, que sólo podéis hacerlo, que os dignéis borrarlas? Si no lo me-

rezco yo, lo merece aquella sangre que habéis derramado por mí y la promesa que me habéis hecho de recibirme á penitencia. En esto espero, por esto lo pido. No me despreciéis, Señor mío, aunque soy dignísima de que me despreciéis, y no miréis la multitud de mis pecados y de mis ingratitudes, mas la grandeza de vuestra misericordia infinita.

Afectos de contrición. — Protesto que aborrezco por amor vuestro todos mis pecados más que cualquiera otro mal; que me pesa de todo corazón de haberos disgustado á Vos, sumo Bien mío; y aunque no hubiera infierno ni paraíso, me pesara otro tanto del mismo modo, y aborreciera sumamente mis pecados sólo porque vos les tenéis tanto odio y aborrecimiento.

Afectos de propósito de la enmienda.—Estoy resuelta, pues, con vuestra gracia, á mudar de vida, y á perder antes todas las cosas que á ofenderos más; y porque sé que no puedo tener vuestra ayuda si no huyo las ocasiones de pecar, estoy resuelta á huirlas, y no volveré jamás á aquellos peligros de perder vuestra gracia, en que otras veces neciamente me he puesto. Veis aquí que para confirmar todo esto quiero confesarme y limpiar en vuestra santísima sangre mi pobre alma.

Vos, que sabéis volver bien por mal, dadme gracia, por vuestra santísima Pasión, para que me confiese dignamente. Asistidme en las tentaciones, alumbrad mi entendimiento, esforzad mi voluntad, de suerte que mantenga

inviolable la resolución hecha de querer antes morir que volver á pecar.

ORACIÓN

PARA DESPUÉS DE LA CONFESIÓN

¡Amorosísimo Redentor mío! Yo os suplico, por vuestros merecimientos y por la intercesión de vuestra santísima Madre y todos los Santos, que os sea agradable y tenida por buena esta confesión mía; y que cualquiera cosa que á ésta y á las demás que he hecho le haya faltado dé la suficiente contrición, puridad é integridad, lo supla vuestra piedad y misericordia, y que según ella tengáis por bien de tenerme más copiosamente absuelta en el cielo. Amén.

Si tienes ocasión y tiempo, cumplirás in-

mediatamente la penitencia que te impuso el confesor, á no ser que él haya dispuesto otra cosa; y si no puedes inmediatamente, la cumplirás cuanto antes.

CONFESIÓN GENERAL

Es necesaria.—A los que han omitido culpablemente algún pecado grave en la confesión.—A los que se han confesado sin dolor ni propósito.

No es conveniente.—A los escrupulosos que, habiendo hecho confesión general una ó más veces, la quieren volver á hacer porque no se aquietan con las confesiones hechas.—A los que, habiendo tenido vida distraída y hecho confesión general, es peligroso volver á recordar ciertos pecados pasados.

Provechos que de ella sacarás.—1.º Alcanzar mayor seguridad de conciencia con que responder á los temores de si fueron buenas tus confesiones pasadas.—2.º Renovar el arrepentimiento y confusión por las culpas, para purificarte mejor de ellas teniéndolas más presentes.—3.º Concebir mayor dolor de los pecados viendo juntos todos los que has cometido en toda tu vida.—4.º Ejercitarte en amar y servir más al señor, que tanto te ha sufrido y esperado, y tanto ha padecido por ti.—5.º Animarte á hacer digna penitencia, para tener que responder á tantos car-

gos como contra ti tiene el Juez supremo.—

6.º Alcanzar el conocimiento propio (que es el primer paso de la perfección), viendo cuál has sido y cuál serás si Dios te desampara.

—7.º Aumentar la gracia y grados de gloria con el ejercicio de la humildad, caridad, esperanza y otras virtudes.





COMUNIÓN

La acción de comulgar es la más grande y la más útil que puede hacer un cristiano. En la comunión, la criatura recibe á su Criador, el vil gusanillo á un Dios omnipotente, el esclavo á su Señor, el redimido á su Redentor. El mismo Unigénito del Eterno Padre, que vestido de nuestra naturaleza y lleno de infinita gloria asiste á su derecha en los cielos, baja á hospedarse real y verdaderamente en nuestro pecho, nos comunica las inesfables riquezas de su amor, uniendo su carne immaculada y preciosa á la carne flaca del que lo recibe. El hombre se junta por medio de esta comida celestial intimamente con Jesucristo. La criatura miserable llega á vivir por medio de esta unión con la vida misma de su Redentor; es hecha partícipe y consorte de la naturaleza divina; se le lavan todas las

manchas; se le comunica una gracia tal y tan sublime que podría causar envidia á los serafines mismos; todos los malos movimientos de su cuerpo y de su alma quedan reprimidos; ésta recibe una fuerza tal, que se hace capaz de causar temor al infierno todo; en suma: todas las virtudes quedan afianzadas con este manjar, pudiendo decir el cristiano que la fuerza de Dios es su fuerza porque vive con su misma vida.

Para que resulte en nosotros dicha tan envidiable de la comunión sagrada, es necesario que nos preparemos mucho y que sepamos el beneficio que Dios nos hace en alimentarnos con supropia carne. *No se trata de preparar habitación para hombres, sino habitación para el mismo Dios.* Purifiquemos nuestra alma de toda imperfección probándonos á nosotros mismos, como lo manda el Apóstol.

Acerquémonos con una humildad profunda, considerando... quién viene... á qué viene... para qué viene... Viene el Rey inmortal de los siglos, riquísimo, hermosísimo, poderosísimo, en su misma carne, sangre, alma y divinidad; viene á hospedarse en el pecho de una miserable criatura que tantas veces le ha ofendido y que ha merecido mil infiernos. Viene para decirnos: *todo te lo daré, aunque sea, no la mitad de mi reino, sino mi reino todo; porque entregándome yo mismo á ti, ¿qué te podré negar?* Acerquémonos con el

alma y el cuerpo puros y castos, porque vamos á aplicar nuestros labios á las carnes de aquel que se apacienta entre lirios. Acercémonos con grande fervor, con grandes ansias de recibirlo, porque á proporción de nuestros deseos será la utilidad que nos resulte. Acercémonos con grande amor, y para que esto se haga como conviene retirémonos por un rato, antes de comulgar, á un sitio separado á excitarnos con expresiones afectuosas y jaculatorias encendidas.

PREPARACIÓN PARA LA SAGRADA COMUNIÓN ¹

Soberano Señor y Rey de gloria, que debajo de las cortinas de blancos accidentes estáis haciendo ostentación de amor, y por secretas vías, cual cazador divino, tiráis encubierto mil flechas, con que rendís las almas, convidando á la mía que llegue á recibirlos y se deje cazar de vuestro amor, y

(1) De los *Soliloquios* del P. Villegas, de la Compañía de Jesús.

esto con tal fineza que llegáis á ofrecerle la vida eterna sólo porque os reciba, y la amenazáis con muerte eterna si no os obedeciere. ¿Qué he de hacer, Rey de la gloria, en este caso? Que mi alma confusa no sabe qué escoger. Si os considera á Vos, y de ese inmenso Sér la eterna majestad y el poder infinito, ¿cómo osará llegar á un Dios tan grande, que de sólo oír su nombre tiembla el infierno, y aun del cielo las más firmes columnas se estremecen? Si á sí misma se mira, su bajeza y miseria, sus pecados y culpas, hállase tan indigna, tan corrida y confusa, que de sólo pensar que ha de llegar á Dios, á quien tiene ofendido, quisiera no ser, quisiera aniquilarse.

¡Oh Dios eterno! ¡Oh inmensa Majestad! ¿Qué confusión es és-

ta? ¿Qué laberinto es éste en que me hallo? Si no os recibo como me lo mandáis perderé vuestra gracia, y con ella la vida; cierta será mi muerte eterna y temporal. ¡Y qué muerte mayor que perderos á Vos, que sois manjar de vida! Pero si recibiendoos no me dispongo conforme á la inmensa grandeza de vuestra Majestad, ¿qué pena habrá bastante á castigar mi loco atrevimiento? ¡Ay Dios del alma mía! ¡Ay Dios eterno! Decidme, ¿qué haré para que acierte en cosa en que tanto me va? ¿Rendiréme al temor que tengo de enojaros, ó al amor y deseo de teneros contento? En fin, Amado mío, venza el amor, venza, ¡oh mi dulce Jesús!, la confianza que en Vos tengo. Con ésta animoso me llevo á vuestra mesa á comer vuestro Pan, y con ésta

esforzado pierdo el temor y gozoso me llevo y asiento á vuestro lado. Ea, alma mía, acércate y no temas, que aunque tu Dios es fuego, fuego es que abrasa, pero también regala; fuego es de amor, que sin herir el cuerpo, abrasa el alma y á todas sus potencias, y quitando sus penas se las convierte en glorias. Ea, llega con confianza, que cuanto más enferma, más necesaria te es la eficaz medicina y el médico sabio. Y cuanto más helada, más fuego has menester. ¿Qué haces? ¿Estás fuera de ti cuando así te retiras de este Sacramento? ¿Estás helada, y apártaste del fuego? ¿Estás manchada, y huyes de quien te ha de limpiar? ¿Estás enferma, y apártaste del médico que te ha de curar? Ea, llega, no temas, que por grande que sea

tu frialdad y tibieza, es mayor el fuego de su amor y el volcán de su pecho.

¡Oh alma mía, y qué dichosa eres! Dichosa tú mil veces, pues ves ahí presente en este augustísimo Sacramento lo que tantos patriarcas y reyes adoraron por sombras y se alegraron de verle aunque de lejos. Mírale bien, y advierte que no hay en el cielo y tierra otra cosa mejor ni más hermosa y bella que puedan ver tus ojos. Él es el Deseado de las gentes, el Padre de los siglos, el Salvador del mundo. Él es el engendrado *ab æterno* en el pecho del Padre entre resplandores de gloria, y el engendrado en tiempo en el vientre de María entre resplandores de gracia. Mírale bien, y advierte que es tan lindo y hermoso que en su rostro desean

verse los ángeles, y sus ojos son gloria de los cielos y alegría de la ciudad de Dios. Llégate á Él, no temas, que Él es tan apacible que te oirá con agrado y te dirá piadoso lo que al ciegucecito del Evangelio: *¿Qué quieres que te haga?*—¿Qué me pedirás, alma, que yo no haga por ti? Alma por quien bajé del cielo y descendí á la Tierra; alma por quien hedado con amor mi vida; alma que me has costado la sangre de mis venas; alma á quien yo doy á comer mi cuerpo y á beber mi sangre, ¿qué me podrás pedir que yo no te lo conceda?

Ea, sentidos y potencias, venid aprisa á recibir á Dios; agradeced humildes tan grande dignación, favor tan superior como es que un Dios inmenso, eterno, omnipotente, á quien alaban las

estrellas de la mañana, á quien el Sol y Luna obedecen alegres, á quien sirven gloriosos ejércitos de alados serafines, y á quien asisten siempre millares de millares de espíritus angélicos, vencido del amor bajó á la Tierra, y ahora disfrazado va á entrar en la casa pajiza de mi pobre corazón para hospedarse en él y para honrarle con su Persona real, soberana y divina.

Dulcísimo Jesús, Salvador mío, Esposo enamorado de las almas: dadme esos brazos, y descanse yo en ellos para siempre. Entrad en mis entrañas, tomad la posesión del alma y corazón. Sed Vos su dueño, su pastor y guía, su vida y salud, su centro y su descanso, su vida y consuelo, y todo aquello que vuestra Majestad gustare hacer ó servirse de mí

y de todas mis cosas. Sólo os suplico, soberano Señor, que pues os dignáis de ser Esposo mío con tan alta unión como se hace en este divino Sacramento, seamos para en uno los dos: Vos siempre mío, y yo siempre vuestra; Vos á mi lado, y yo siempre al vuestro; Vos contento de mi dejándome que os sirva, yo pagada de Vos con que os dejéis servir. Y de hoy más, Rey de la gloria, habéis de ser tan mío y yo tan vuestra, que no ha de haber un sí y un no entre los dos; mi voluntad tan sujeta á la vuestra, que ya no han de ser dos, sino una sola. Desde hoy, cual fiel esposa, os ofrece mi alma guardar fidelidad; ya no dará lugar al vano amor de criaturas, como hasta aquí le ha dado. Ya he caído en la cuenta de mi perdido

bien; ya reconozco y lloro los yerros de mi vida pasada, cuando, errando mi voluntad, andaba ciega sin encontrarse con Vos, que sois su último fin, su centro y su descanso.

¡Ay tristes horas las que á Dios ofendí! ¡Ay tristes años los que viví sin Dios! ¡Ay culpas más, qué de mal me habéis hecho, pues me apartasteis de los brazos y corazón de Dios, en quien vivía el alma contenta y satisfecha, teniendo en él Esposo que la amaba, Padre amoroso que la defendía, vigilante Pastor que la guiaba, Amigo fiel que la tenía á su lado, y todos los bienes que puede desear el corazón humano! Bien sabéis Vos, Señor, cuánta verdad es ésta, y que mejor que lo dice la lengua lo siente el corazón, y con sentidas lágrimas

mas y suspiros ansiosos llora mi alma al haberos perdido. ¡Ay vida de mi alma! ¡Ay mi dulce Jesús! *¿Qué puedo yo querer en el cielo, ó qué puedo yo desear en la Tierra, sino á Vos solo, que sois mi único bien, toda mi hacienda y toda mi riqueza, todo mi gusto y todo mi deleite, toda mi gloria y todo mi contento?* (Salmo LXXII.)

Afuera, afuera aficiones del mundo tan vanas como viles, que no podéis llenar los senos de mi alma. Á Vos sólo, mi Dios, que sois mi sumo bien eterno é inmutable, amo sobre todas las cosas. Con Vos estoy contenta, y en Vos sólo tengo cumplido mi gusto. Como Vos, Señor, me dejéis que os ame, doy suelta á todos los amores de vanas criaturas. Aborrézcanme todas con

tal que Vos me améis. Despidanme de sí con rigor y desprecio con tal que Vos me admitáis con amor y piedad. Viva yo siempre estando á vuestro cargo, presente á vuestro amor y á la memoria vuestra; y pues hoy os dignáis de ser mi huésped y morar en mi pecho, venid, llenad mi corazón y abrasadle en amor. «Venid, Padre de pobres; venid, luz de las almas, descanso en los trabajos y consuelo en el llanto. ¡Oh luz del corazón! ¡Oh dulce huésped mío, venid, venid aprisa, y llenaréis los senos de mi alma, que ansiosa os llama y os desea gozar.»

Ea, Señor, inclinad esos cielos de gracias y virtudes, y descendan con Vos; que pues Vos, Rey del cielo, queréis humillaros y venir á mi pecho, ¿qué mucho que

los cielos se humillen y descendan con Vos? Vengan, Señor en vuestra compañía todas las virtudes, que adornando mi alma la conviertan en el cielo, para que Vos, como Rey de los cielos, viváis con gusto en ella como en morada propia y palacio real digno de vuestra real Persona. Amén.



HACIMIENTO DE GRACIAS

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN (1)

Dulcísimo Jesús, Redentor mío: ¿de dónde á mí tanto bien que vuestra divina Majestad haya querido venir á mí y hospedarse en mi pecho? ¡Oh alma mía! Bendice al Señor, dale mil gracias por favor tan crecido, por merced tan inmensa, como es que un Dios eterno, inmenso, omnipotente, se haya querido aposentar en tan humilde choza. En fin, Señor, lo habéis hecho como quien sois y como de Vos se podía esperar. ¿Qué podía hacer

(1) De los *Soliloquios* del P. Villegas, J. S.

un Hijo de Dios vivo, un Hijo de la Virgen santísima, María, sino un favor como éste que sobrepuja toda alabanza humana, todo encarecimiento? ¡Oh! ¿Qué podía esperarse de un Señor como Vos, tan generoso y noble, tan afable y tan amoroso, sino excesos de amor, finezas de amistad?

Ea, alma mía, llega gozosa á besarle la mano, dale la bienvenida al Rey del cielo, al Hijo del Altísimo, y cántale la gloria de un exceso de amor, como hoy ha hecho en bajar á la Tierra sólo por verte y hacerte compañía. Mira que por ti sola, y por gozar tus brazos, cual fino amante viene tan disfrazado que, desmintiendo espías y ocultando deidades, en un momento baja desde el empíreo cielo, y oculto á los sentidos se ha entrado por tus

puertas. Ea, alma mía: llégate á Él, no temas; bien puedes acercarte, que no viene de guerra, sino de paz y amor; no viene á castigarte, sino á favorecerte; no á tratar de pendencias y riñas, que ésas ya se acabaron, sino de paz y amores, que de esto sólo trata en este Sacramento. Ea, llega á pedirle mercedes, que está muy para hacerlas; no pierdas la ocasión, que es la mejor del mundo, así para pedir las como para alcanzarlas.

Potencias y sentidos míos, venid aprisa á adorar al Señor; venid y gozaréis de vuestro Salvador; venid, venid conmigo y adorémosle juntos; lloremos nuestras culpas delante de sus ojos, que Él es tan buen Señor, tan manso y piadoso que no os echará de sí. ¡Oh Rey de la gloria!

No, no os habéis de ir sin dejar bien pagada la posada; no os habéis de ir sin enriquecer primero mi alma con vuestra gracia y dones, que es muy de príncipes pagar el hospedaje con real munificencia. ¡Oh qué buena mano, Señor, soléis tener en enriquecer pobres! Mostradlo hoy remediando mi desnudez y pobreza. No os pido hagáis conmigo más de lo que de Vos se puede esperar. Y aunque os pido, mi Dios, paga de la posada, bien reconozco os debo la comida y bebida de vuestro cuerpo y sangre que me habéis dado en ella, y es de valor inmenso é infinito... ¡Oh qué sabroso manjar! ¡Oh qué regalada bebida! ¡Oh qué carne tan substancial! No tiene Dios en su gloria plato más regalado, comida más sabrosa, vino más

generoso, mesa más real que ésta, en que nos da á comer su cuerpo virginal y á beber el vino generoso de su sangre, que engendra vírgenes. ¡Oh alma mía, y qué dichosa has sido en sentarte á esta mesa! ¡Oh qué néctar tan dulce! ¡Oh qué sangre tan encendida en el divino amor! ¡Oh qué lindos y generosos espíritus que cría! ¡Oh cómo se amortiguan con este soberano bocado las pasiones, y las que antes ladraban importunas, con él se adormecen y callan! ¡Oh mi dulce Jesús! Haced, mi Dios, que ya no guste yo de cosa alguna, sino de solo Vos: haced que quede bien tomada la tinta de vuestra sangre en mi alma, para que, aunque dejéis Vos de estar sacramentalmente en mi pecho, no se vaya de mí vuestra gracia, no se

destina mi alma ni pierda el color y lustre que causa dondequiera que vuestra gracia está. No haya en mi alma y cuerpo, desde esta hora y punto, mancha ó pecado alguno, por pequeño que sea, que ofenda vuestros ojos, que os obligue á mirarme con enojo y rigor, ó con menos cariño.

Sagrados serafines que en el fuego de amor estáis ardiendo: ¿no me diréis qué haré para pagar á Dios tan excesivo amor, finezas de amistad que sólo caben en un pecho tan noble y generoso como el suyo? ¡Oh Rey de la gloria! ¡Oh vida de mi alma! ¡Oh Esposo mío dulcísimo! Si conmigo os mostráis en este divino Sacramento tan fino amante que me habéis dado en él perdón de mis pecados, remisión de mis culpas, consuelo y compañía en mis

trabajos, todos vuestros tesoros y todos los bienes juntos, y, lo que es más, á Vos mismo con ellos todo entero, sin reservar nada que no sea todo mío, ¿qué no podré esperar de vuestro amor, de vuestra piedad? ¡Oh! ¿Qué don puede haber tan excesivo y grande que iguale con el que me habéis dado en daros á Vos mismo? Os alaben, Señor, los cielos, y la Tierra, y todas vuestras criaturas os bendigan por esta gran piedad y misericordia que con mi alma usasteis.

Soberano Señor, Salvador mío: si dondequiera que entrasteis, vi- viendo acá en la Tierra peregrino, hicisteis tantas y tan grandes mercedes, ¿por qué no esperaré yo ahora, estando ya en el Cielo y bajando glorioso á morar en mi pecho, le habéis de enrique-

cer como de vuestra mano? Entrasteis en el vientre virginal de María, y le disteis el primado de todas las criaturas y la corona y cetro de los cielos y Tierra. Entrasteis en este mundo, que estaba helado y muerto, y dísteisle la vida de la gracia. Entrasteis en el portal pajizo de Belén, é hicisteislo palacio real y corte imperial. Entrasteis en Egipto, y derribasteis por tierra sus ídolos, y le poblasteis de monjes y ángeles en pureza. Entrasteis en casa de Zaqueo, y de pecador le hicisteis santo. Entrasteis en casa de Zacarías, y santificasteis al Bautista; en la casa de Obedón, y dejásteisle rico; y en el infierno, é hicisteisle paraíso. Pues, Señor, si sois ahora el mismo que entonces y sólo habéis trocado el puesto, mas no la condición, ¿por qué

no esperaré yo, soberano Señor, de la grandeza vuestra que habéis de usar conmigo de vuestra acostumbrada misericordia, pues os habéis dignado de entrar en mi pobre morada?

Ea, ángeles santos; ea, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, virtudes, potestades, querubines y serafines, venid, venid aprisa y veréis las inmensas mercedes que ha hecho Dios á mi alma: ea, venid y rendidle las gracias por tan grandiosos dones, pues no soy yo bastante para dárselas por la menor de sus misericordias. ¡Oh Salvador del mundo! ¡Oh Esposo de las almas! ¿Con qué os pagaré yo tan rica dádiva, tan soberano don? Os diré abrasado de amor, con el gran patriarca San Ignacio: «Recibid, Señor, toda mi li-

bertad, mi memoria, mi entendimiento, mi voluntad, todo mi haber y poseer, cuanto tengo ó poseo todo es vuestro; Vos, Señor, me lo disteis: á Vos, Señor, lo devuelvo; dadme vuestro amor y gracia, y esto sólo me basta.» Sea yo todo vuestro, y hágase en mí siempre vuestra santísima voluntad, y no permitáis, ¡oh Rey de la gloria!, que en este vuestro templo de mi cuerpo, que hoy consagráis con vuestra real presencia, éntre cosa inmundada; antes conservadle siempre puro y sin mancha, como palacio real y casa propia en que descanséis y moréis por mil eternidades, por siglos sin fin. Amén.



ORACIONES

ENRIQUECIDAS CON INDULGENCIAS

ORACIÓN QUE SOLÍA REPETIR SAN
IGNACIO DE LOYOLA

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, pu-
ríficame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh mi buen Jesús!, óyeme;
Dentro de tus llagas escóndeme;
No permitas que me aparte de Ti;
Del maligno enemigo defién-
deme;
En la hora de mi muerte llá-
mame
Y mándame ir á Ti,

Para que con los santos te alabe,
Por los siglos de los siglos.
Amén.

Trescientos días de indulgencia cada vez; siete años si se reza después de la Misa ó sagrada Comunión, y al mes una plenaria. (Pío IX, 9 de Enero de 1854.)

ORACIÓN Á JESUCRISTO CRUCIFICADO

Miradme, ¡oh mi amado y buen Jesús!, postrado en vuestra santísima presencia; os ruego con el mayor fervor imprimáis en mi corazón los sentimientos de fe, esperanza, caridad, dolor de mis pecados y propósito de jamás ofenderos, mientras que yo, con todo el amor y con toda la compasión de que soy capaz, voy considerando vuestras cinco llagas, comenzando por aquello que dijo de Vos, ¡oh Dios mío!, el santo profeta David: *Han taladra-*

*do mis manos y mis pies, y se
pueden contar todos mis huesos*

Gana *indulgencia plenaria* el que, después de haber confesado y comulgado, rece esta oración delante de un crucifijo y ruegue según la intención de Su Santidad por algún espacio de tiempo. (Pío IX, 31 de Julio de 1858.)

ORACIÓN DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer: Vos me lo disteis, á Vos, Señor, lo torno: todo es vuestro; disponed á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

Trescientos días de indulgencia una vez al día. (León XIII, 26 de Mayo de 1883.)

ACTO DE AMOR

Dame amor, vida mía; te daré voces
Para que, dándome amor, en él te goces;
Si tu amor, Esposo, á mí me dices,
Yo te diera en mi amor cuanto quisieses.
Amarte quiero más que no gozarte,
Y gozarte nada más que para amarte;
Escoria soy; mi Dios; mas aunque escoria,
Un Dios quisiera ser para tu gloria;
Pero, al verme yo Dios, tanto te amara
Que por hacerte Dios lo renunciara.
Mas ¡ay! Esposo mío, yo me muero
De ver que nada soy y que te quiero:
Úneme á Ti, querido de mi vida;
Será la nada en todo convertida.
Si pudiera á tu sér algo robarte,
Sólo amor te robara para amarte;
Mas si mi amor á tu gloria derogara,
Aunque pudiese amarte no te amara.
Ámate, pues, Amado, allá en tu abismo,
Por mí, por Ti, por todos, á Ti mismo.

A. M. D. G.

VENTAJAS

DE LA COMUNIÓN FRECUENTE

1. El sacramento de la Eucaristía nos une con Cristo, pues Él mismo dice: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él.*—2. Quita los pecados, y por eso dice el sacerdote á los que han de comulgar: *Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.*—3. Apaga los ardores de la concupiscencia, porque es alimento de los escogidos y vino que engendra vírgenes.—4. Preserva de caer en culpas graves, pues dice el Salvador: *Que quien lo come vive por Él, y que es pan para la vida del mundo.*—5. Da fortaleza contra las tentaciones, conforme á lo que dice David: *Preparáste una mesa contra los que me atribulan.*—6. Aumenta la gracia conforme al nombre que tiene de Eucaristía, que significa buena gracia.—7. Enciende la caridad, porque vino Cristo á encender fuego en la Tierra, y quiere que se encienda en el pecho donde Él entra.—8. Comunica consolación espiritual, por lo cual le llama la Iglesia *pan suavísimo*, y el mismo Cristo *pan bajado del cielo.*—9. Es prenda de la glo-

ria futura, como lo llama la Iglesia, y Cristo dice que quien *come su carne tiene la vida eterna.*—10. Da salud corporal si conviene para el alma, porque no es ahora Cristo menos benéfico que en vida mortal, cuando salía de Él virtud que sanaba á todos.—11. Alumbra el entendimiento, y así le llama el Eclesiástico *pan de entendimiento*, y abrió los ojos de los discípulos de Emaús para que conociesen á Cristo.—12. Es viático de nuestra peregrinación, en cuya virtud caminamos á la bienaventuranza, como Elías al monte de Dios, Horeb, con el pan, que era figura de este Sacramento.

COMUNIÓN ESPIRITUAL

Consiste la comunión espiritual en un grande deseo de recibir dignamente á Jesús sacramentado, y participar de las gracias y favores que Él prodiga á los que logran la feliz suerte de acercarse debidamente á la sagrada Mesa. Pero este deseo para ser eficaz exige que no tengas pecado mortal en la conciencia, ó que te excites primeramente á contrición de tus pecados.

La comunión espiritual es la devoción más fácil, breve y útil, á la par que la ocupación más dulce y provechosa.

Puede hacerse en todo lugar, en toda ocasión, sin perder tiempo y sin que sufran

atraso nuestras tareas ú ocupaciones, ni puedan impedirla las enfermedades: basta quererla.

Su utilidad se conoce porque, apareciéndose Jesucristo á una sierva suya, le dijo que la gracia que se le comunicaba con la comunión espiritual era tanta cuanta recibía al comulgar sacramentalmente. Aunque sea menor la que se te comunique por ser tú menos fervorosa, siempre será mucha si procuras hacerla con toda la devoción y fervor que puedas.

MODO PRÁCTICO DE COMULGAR ESPIRITUALMENTE

¡Oh Jesús y Señor mío! Creo con firmísima fe que estáis realmente en el augusto Sacramento del altar! ¡Dios mío, qué feliz sería yo si pudiera recibirlos en mi corazón! Espero, Señor, que vendréis á él y lo llenaréis de vuestra gracia. Os amo, dulcísimo Jesús mío. ¡Cuánto siento no haberos amado siempre!

¡Ojalá nunca os hubiera agravado ni ofendido, dulcísimo Jesús de mi corazón! Deseo recibirlos en mi pobre morada.

Aquí calla, adora á Jesús y entrégate á Él sin reserva. Dice San Agustín: «Si con fe viva deseas comulgar, ya comulgas espiritualmente.»

ORACIÓN MENTAL

Si deseas, hija de María, obtener la ciencia de los santos, dedica algún tiempo del día al ejercicio de la oración mental. Esta práctica es la más excelente, útil y necesaria de la vida espiritual; pero entiende que para meditar con fruto es necesario pedir incesantemente á Dios esta gracia; y á la manera que un mendigo se aplica con grande afán á aquella industria con la que espera hacerse rico, asimismo debes con anhelo y eficacia pedir este don de la oración, con el que no sólo disminuirás la pobreza de tu alma, sino que la harás rica en virtudes, asegurándole la vida eterna. Mas como Dios quiere que pongamos de nuestra parte algunas diligencias, he aquí el

MODO DE HACERLA SEGÚN EL MÉTODO
DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

La causa de la perdición de muchas almas está en la falta de meditación. Para hacerla con facilidad y provecho ayudará la instrucción siguiente:

Preparación remota.—1.º Mortificación de los sentidos.—2.º Recogimiento habitual.—3.º Profunda humildad.

Preparación próxima.—1.º Leer el asunto de la meditación la noche anterior.—2.º Pensar en ella antes de dormirse y al despertar.—3.º Excitar en el corazón sentimientos análogos á la meditación.—4.º Empezarla con sosiego, confianza y humildad.

Principio de la meditación.—Ponerse á algunos pasos del sitio en que se va á hacer la meditación, pensar algunos instantes que Dios nos ve y mira lo que vamos á hacer. Decirnos: ¿quién soy yo? ¿Qué voy á hacer? ¿En presencia de quién? ¿Y por qué?

Oración preparatoria.—Dios mío, os suplico me concedáis la gracia de

que todas las facultades y operaciones de mi alma se dirijan sinceramente á honra y gloria vuestra.

Preludios.—1.º Recordar ligeramente la verdad que se va á meditar.—2.º Composición de lugar.—3.º Pedir una gracia especial, conforme al asunto de la meditación y á la necesidad en que nos hallemos, que nos haga *conocer, querer, practicar* lo que nos convenga.

Cuerpo de la meditación.—Ejercitar la memoria, el entendimiento y la voluntad.

MEMORIA.—Recordar el asunto de la meditación con sus circunstancias.

ENTENDIMIENTO.—*Examinar:* 1.º Lo que debo considerar.—2.º La conclusión práctica que debo sacar.—3.º Cuáles son los motivos. *Reflexionar* cuán conveniente, necesaria, agradable, útil y fácil sea dicha *conclusión.*—4.º ¿Cómo la he observado hasta aquí?—5.º ¿Qué debo hacer en adelante?—6.º ¿Qué obstáculos debo superar?—7.º ¿Qué medios debo emplear?

Durante la meditación.—Excitar la voluntad y hacer actos de fe, de caridad, de contrición, de gratitud, gozo,

alabanza, etc., según el asunto lo pida.

VOLUNTAD.—1.º Ante todo no olvidarse de unir la oración á estos sentimientos del corazón.—2.º Hacer propósitos prácticos personales, apropiados al estado presente del alma, y apoyados en la humildad, desconfianza de sí mismo y confianza en Dios, acompañándolos de súplicas para obtener la gracia de cumplirlos.

Conclusión de la meditación.—Recapitular la meditación y afirmarse en las resoluciones que se hayan tomado.

Coloquios.—Dirigirse á Dios Padre, á Jesucristo, á la Virgen santísima ó á algún santo de nuestra devoción, pidiéndoles aquella gracia que más necesitamos para la reformation de nuestras costumbres y provecho espiritual. Terminaremos con alguna oración vocal.

Examen de la oración.—1.º ¿Cómo he hecho la meditación?—2.º ¿En qué ha consistido y por qué la he hecho *bien* ó *mal*?—3.º ¿Qué conclusiones prácticas he sacado? ¿Por qué motivos? ¿A qué afectos me he sentido movido? ¿Qué actos, qué peticiones he hecho? ¿Qué resoluciones he tomado? ¿Cuáles han

sido las luces que más me han impresionado?—4.º Tomar una de estas luces, un pensamiento ó sentencia que nos pueda servir de ramillete espiritual durante el día.



MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DÍAS DE LA SEMANA

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

DOMINGO

FIN DEL HOMBRE

1.º Es *importante*. Estoy en el mundo para salvarme: ¿lo entiendes, alma mía? No estás en el mundo para divertirte, para comer, vestir, descansar, y mucho menos para pecar; estás en el mundo sólo para salvarte. ¿De qué te serviría tener bajo tu dominio toda la Tierra si al cabo te hubieses de perder? Reyes, emperadores, filósofos, literatos, ¿de qué os sirve ahora vuestro poder y doctrina si no habéis sabido salvar vuestra alma?

2.º Pero este negocio de la salvación es *muy incierto*. La salvación del alma no se compra con el oro: se gana haciéndose violencia; se pierde por un

solo pecado mortal de pensamiento. Para salvarse no basta haber sido santo ó inocente una vez; es preciso perseverar hasta la muerte. ¿Pues qué seguridad tengo yo de salvarme? Mi vida pasada está toda sembrada de pecados y de recaídas. Mi vida presente es un abismo que yo no conozco. Mi vida futura, ¿qué será? No lo sabe sino Dios.

Finalmente, éste es un negocio *irreparable*. Si pierdo un pleito, si pierdo la salud, puedo esperar algún remedio; pero si pierdo el alma una sola vez, ya no hay remedio por toda la eternidad. Si me cortan una mano, me queda otra; si me sacan un ojo, otro me queda; pero el alma es una sola; ó sola salva, ó sola condenada. ¿Y pienso tan poco en salvarme, ó más bien me tengo por tan segura? ¡Y vivo tranquila, cuando si ahora muriese no sé si me salvaría!

Fruto.—Procura asegurar la salvación eterna de tu alma por medio de una confesión general, y escoge un buen confesor para entablar una vida sólidamente cristiana.

LUNES

PRECIOSIDAD DEL ALMA

1.º Considera, alma mía, cuán preciosa eres por la nobleza de tu *origen*. ¿De qué manos has salido? De las manos de Dios. ¿A imagen de quién has sido hecha? A imagen y semejanza de Dios. Esta no es una exageración, no es una figura ó modo de hablar; es verdad de fe. Crió Dios al hombre de la tierra, y le hizo á su imagen y semejanza.

¡Y tú, no sólo no piensas en tu nobleza, sino que pierdes por el pecado esta hermosa imagen para tomar la del demonio!

2.º Considera también cuán preciosa eres por el precio de tu *rescate*. Alma mía, tú estabas perdida, y para siempre. ¿Quién es el que te ha rescatado del poder del demonio? Tu Padre celestial. ¿Y qué es lo que éste ha dado para rescatarte? ¿Oro, plata, piedras preciosas? ¡Ah! Mucho más, infinitamente más. Ha dado por tu rescate la

vida y la sangre de su divino Hijo. ¡Y una vida tan preciosa, una vida que tanto cuesta, la pierdes tú después por un capricho ó por una satisfacción pasajera!

3.º Considera, en fin, cuán preciosa eres por la felicidad de tu *destino*. Eres hija del supremo Monarca del mundo, llamada á sentarte cerca de su trono y á reinar juntamente con Él. Pero la hija de un príncipe que debe ser algún día coronada, ¡con cuánto cuidado y esmero se educa en la corte de su padre! Y tú, alma mía, heredera del paraíso, ¿dónde estás? ¿dónde habitas? ¡Oh Dios mío! En medio del cielo, como un animal inmundo. ¿Y no te avergüenzas? ¿No temes ser desheredada de Dios?

Fruto.—Si para conservar un tesoro, del que no hemos de gozar por más tiempo del que durare la vida, tenemos por prudente tomar todas las precauciones, ¿qué diligencia será demasiada para impedir que se mancille la divina hermosura de nuestra alma? La mejor precaución para este objeto es huir de las ocasiones próximas de pecar.

Por lo tanto, conviene romper con todas las amistades peligrosas, evitar las visitas nocivas y los espectáculos menos decentes, cueste lo que costare.

MARTES

DEL PECADO MORTAL

1.º *Teme si has pecado.*—Si por tu desgracia has cometido algún pecado mortal, ¿sabes bien lo que has hecho? Procurar con todas tus fuerzas destruir y aniquilar á tu Dios y Señor, Criador y Redentor, Bienhechor y Padre; corresponder vilmente á sus beneficios, desobedecerle con descaro, rebelarte contra Él, perder la gracia, negarle por Padre, quedar despojada de las buenas obras, perder la herencia de la gloria y merecer ser precipitada en el infierno. ¿Puede darse mayor desgracia?

2.º *Teme si vives en pecado mortal.*—¡Ay de tí! Dios es tu enemigo, y tú eres esclava del demonio, ¿Cómo te atreves á reír, á jugar y á dormir segura? ¿No ves que, si Dios se cansa de

sufrirte, puedes morir y condenarte en un momento? Millares de ángeles cayeron en el infierno por un solo pecado. ¿Y tú te tienes por segura habiendo cometido tantos? ¡Oh deplorable ceguedad!

3.º *Teme, porque puedes pecar más.*— Aunque no estés en pecado, siempre estamos todos en peligro de caer. Una tentación violenta, ú otro peligro inesperado, puede precipitarnos cuando menos pensemos. El ángel pecó en el cielo, Adán en el paraíso, y Judas y San Pedro en la escuela de Jesucristo; pues tú también puedes en un punto quedar hecha un demonio. Tiembla, pues, de tan gran peligro.

Fruto.—Tan espantosa es la malicia del pecado, que por todas vías se debe procurar arrojarlo del alma y cerrarle para siempre la entrada. Un medio poderoso para no caer en pecado mortal es trabajar por evitar las culpas veniales y hacer mucho caso de las faltas pequeñas.

MIÉRCOLES

SOBRE LA MUERTE

1.º Que piense ó no en ello, *he de morir*: ha de llegar un día en que he de dejar los parientes, los amigos, las conveniencias, cuanto tengo en el mundo, y hasta la propia vida: mi habitación ha de ser un sepulcro lleno de gusanos; mi casa será la eternidad; feliz ó desgraciada, no lo sé. Esta es una verdad que no necesita de la fe para ser creída, porque está pasando diariamente á nuestros propios ojos. Mueren los viejos y los niños, los pobres y los ricos, los pecadores y los justos; murió María santísima, murió Jesucristo, yo también he de morir.

2.º *No sé cuándo ni cómo*.— Pero ¿dónde? ¿cómo? ¿en casa? ¿en la iglesia? ¿en la cama? ¿yendo de camino? No lo sé. ¿De calentura lenta? ¿de enfermedad aguda? ¿de un accidente? ¿de una caída? No lo sé. ¿Y cuándo ha de ser? ¿de aquí á treinta años? ¿de aquí á veinte? ¿en este mismo año? ¿en

este mes? ¿en esta misma noche? No lo sé. Sólo Dios lo sabe, que ha dicho que la muerte vendrá, como ladrón nocturno, cuando menos se piense.

3.º *No estoy todavía dispuesta*.— ¿Y vivo como si nunca hubiese de morir, y sin acordarme siquiera de la muerte? Si muriese ahora mismo, según lo que me dice la conciencia, ¿dónde iría? ¡Acaso de aquí al infierno! Así lo reconozco; este pensamiento me hace temblar: ¿pues cómo no pongo remedio? Voy dilatándolo de un mes á otro, de un día á otro; siempre voy acercándome á la muerte, y siempre vivo en mi pecado. ¡Ay de mí! Si llego á morir en desgracia de Dios, ¿de quién podré quejarme?

Fruto.— Antes de acostarte harás todos los días examen de conciencia, imaginando que ha llegado ya para ti la hora de partir de este mundo.

JUEVES

SOBRE EL JUICIO UNVERSAL

1.º *En el día del juicio me he de presentar delante del Juez inexorable.*— ¡Qué terror me causará su vista! Era mi padre, y no le amé; era mi dueño, y le dejé; era mi Dios, y le desprecié. Con una sola mirada me pondrá delante mi ingratitud, mi infidelidad, mi perfidia. ¿Acudiré entonces á María? ¿Pero cómo tendré valor, si con mis pecados crucifiqué muchas veces á su Hijo? ¿Me defenderá el ángel de mi guarda? ¿Cómo, si nunca le obedecí? El demonio fué siempre mi amigo, y él será allí mi acusador.

2.º *Mis pecados se han de referir delante de todo el mundo.*— ¡Qué vergüenza! Delante de mis compañeras, que me tenían por un ángel; delante de mis padres, que me creían inocente; delante de mi confesor, á quien engañé. Y se han de referir todos sin dejar ninguno, hasta los pensamientos más ocultos, hasta los deseos más recóndi-

tos: aquel pecado que cometí yo sola, aquel pecado que cometí con una compañera, el que cometí en aquella habitación, en aquella tienda, en aquella iglesia. ¡Qué confusión tan grande!

3.º *Después se ha de pronunciar sentencia de salvación ó de condenación.*— La ha de pronunciar Jesucristo, Juez de vivos y muertos, llamándome bendita ó maldita. ¿Cuál será mi suerte? ¿Ir con Jesucristo al reino de los cielos, ó con Satanás á los calabozos del infierno? ¿Pero la sentencia no podrá suspenderse? No, ni por un instante. ¿No se podrá revocar? Nunca, ni en todos los siglos. ¡Qué alegría me causará oír que el Salvador me dice: *Ven, bendita de mi Padre, á poseer el reino que te tengo preparado!* Pero ¿qué terror me causará si oigo que me dice: *Maldita, apártate de mí; al fuego eterno!* ¡Oh Dios mío! ¿Cuál será mi sentencia? ¿Y cómo es que, estando citada á comparecer en juicio, apenas me acuerdo de una cosa en que tanto me va?

Fruto.— Si todas nuestras acciones se deben manifestar al mundo en el úl-

timo día de la cuenta, es necedad imperdonable apartarse del camino de la salvación por respetos humano, por un *qué dirán*. Antes bien, al ofrecérseme una ocasión de pecar, debiera yo preguntarme: ¿Qué me dirá Dios en el día del juicio? ¿Qué dirá el mundo entero al ver que por no disgustar á los hombres injurié al eterno Juez?

VIERNES

PENAS DE LOS CONDENADOS

1.^o *Tormentos en el cuerpo.*—Pecadora, ¿ves aquel horroroso calabozo lleno de fuego y humo? Para ti está preparado si no mudas de vida. Mirale bien: allí arderá tu cuerpo, cómplice de tus pecados. Te entrará el fuego por la boca, por la garganta, y hasta las entrañas; quedarás como hierro encendido en la fragua, y por todas partes echarás chispas con la fuerza de los golpes que te han de dar los demonios. ¿Cómo podrás vivir en aquel fuego infernal, cuando no puedes sufrir ahora en un dedo la llama de una vela?

2.^o *Tormentos en el alma.*—Entretanto, ¿cuáles serán tus pensamientos cuando arda también tu alma en aquellas voraces llamas? Considerar que pudiste salvarte á poca costa, y no lo quisiste. Acordarte de aquel sermón, de aquellos ejercicios, de aquel buen libro, de aquella inspiración con que Dios te llamaba, y de que no quisiste escucharle. Mirar desde allí en el cielo á muchas compañeras de tu mismo estado, edad, carácter, colegio y congregación, y hallarte tú en el infierno. Y con esto rabiarse, desesperarse, maldecirte á ti misma, al ángel de tu guarda, á los santos de tu devoción, á María santísima y á Jesucristo. ¡Oh qué vida tan infeliz! ¡Oh qué ocupación tan miserable la del infierno!

3.^o *Tormentos por toda la eternidad.*—Y si llegas á caer en aquel fuego, ¿permanecerás en él por mucho tiempo? ¿Cien años? Más. ¿Mil años? Más. ¿Un millón de años? Más... mucho más, ¿Millones y millones de millones? Más... mucho más. ¿Pues por cuánto tiempo ha de ser? Mientras Dios sea Dios, para siempre, por toda la eterni-

dad. Y en tan largo tiempo, ¿no habrá un instante de descanso? Nunca. ¿Podré siquiera mover un dedo? Nunca. ¿Ni aun tendré alivio por un abrir y cerrar de ojos? Nunca. ¿Me darán á lo menos una gota de agua? No, nunca. ¡Oh fuego, oh infierno, oh eternidad!

Fruto.—Antes de tomar nuevo estado de vida, antes de dar principio á cualquiera acción de importancia, preguntate á ti misma: ¿será esta obra ó este oficio causa de mi condenación eterna?

SÁBADO

APRECIO DEL TIEMPO

1.º *Es breve.*—Pasa el tiempo, y con el tiempo paso yo también. Quince, veinte, treinta, cuarenta años de mi vida han pasado ya, y no volverán más. ¿Y cuántos me restan? No lo sé; pero sé que son pocos; el tiempo es breve: yo mismo digo que los días vuelan sin sentir. Pero en comparación de la eternidad, no sólo es brevísimo el tiempo, sino como nada.

2.º *Tiempo breve y tiempo precioso,* porque en este cortísimo tiempo puedo merecer la eterna felicidad. Cada momento bien empleado me puede acrecentar un grado más de gloria en el paraíso. Media hora bien empleada en ajustar las cuentas de mi alma, puede sacarla de las manos del demonio y ponerla en las de Dios. Un poco de tiempo que destine cada día á la oración, á oír Misa, á leer en un libro espiritual, puede tenerme lejos del pecado y asegurarme la salvación.

3.º *Tiempo breve y espantoso.*—En todos los instantes puedo pecar, puedo morir y condenarme. ¡Infeliz de mí, que en tiempo tan corto podía hacerme santa, y soy todavía pecadora! He perdido el tiempo en vanidades, en niñerías, en diversiones y en pecados. ¿Qué fruto he sacado de haber perdido hasta ahora el tiempo? Si no pienso seriamente en gastarlo mejor en adelante, llegará un día en que pediré á Dios una sola hora para convertirme, y esta hora no llegará nunca por toda la eternidad.

Frutos.—Esfúerzate en atesorar riquezas celestiales aumentando mere-

cimientos, con obras de virtud y misericordia hechas con pura intención de agradar á Dios: por ejemplo, oyendo á menudo el santo sacrificio de la Misa con devoción, rezando todos los días el santo Rosario en honor á la Virgen santísima, socorriendo á los pobres necesitados, visitando los enfermos, etc., todo por complacer á Dios: ¡Qué inmensos tesoros pudiéramos acopiar para el cielo si no dejáramos perder ninguna ocasión de santificarnos con actos repetidos de virtud!



MODO FÁCIL

DE MEDITAR LA PASIÓN DE JESUCRISTO

Considera quién es el que padece.— Es Cristo, Dios y hombre verdadero, Hijo del eterno Padre y de la purísima Virgen María: en cuanto Dios, infinitamente bueno; en cuanto hombre, el Santo de los santos, que no tiene culpa por que merezca padecer, ni necesidad de padecer para gozar de la gloria que se le debe.

Por quién padece.— Padece por los hombres el que no quiso padecer por los ángeles, y padece *por mí*, que soy tan ingrata á sus beneficios. Por mí, que le he ofendido muchas veces haciendo más caso de las persuasiones engañosas del enemigo que de sus preceptos y consejos; por mí, que he seguido al demonio, que me desea llevar al infierno, y le he dejado á Él, que tan á su costa procura llevarme al cielo...

cimientos, con obras de virtud y misericordia hechas con pura intención de agradar á Dios: por ejemplo, oyendo á menudo el santo sacrificio de la Misa con devoción, rezando todos los días el santo Rosario en honor á la Virgen santísima, socorriendo á los pobres necesitados, visitando los enfermos, etc., todo por complacer á Dios: ¡Qué inmensos tesoros pudiéramos acopiar para el cielo si no dejáramos perder ninguna ocasión de santificarnos con actos repetidos de virtud!



MODO FÁCIL

DE MEDITAR LA PASIÓN DE JESUCRISTO

Considera quién es el que padece.— Es Cristo, Dios y hombre verdadero, Hijo del eterno Padre y de la purísima Virgen María: en cuanto Dios, infinitamente bueno; en cuanto hombre, el Santo de los santos, que no tiene culpa por que merezca padecer, ni necesidad de padecer para gozar de la gloria que se le debe.

Por quién padece.— Padece por los hombres el que no quiso padecer por los ángeles, y padece *por mí*, que soy tan ingrata á sus beneficios. Por mí, que le he ofendido muchas veces haciendo más caso de las persuasiones engañosas del enemigo que de sus preceptos y consejos; por mí, que he seguido al demonio, que me desea llevar al infierno, y le he dejado á Él, que tan á su costa procura llevarme al cielo...

Qué padece.—Tormentos, afrentas, deshonras, suma pobreza, desnudez, tristeza en el alma y dolores gravísimos en el cuerpo. Considera en cada paso lo particular que padece Cristo; por ejemplo, en los azotes á la columna, la multitud y rigor de ellos, la afrenta del castigo, la vergüenza de verse desnudo, las injurias que le dicen en la cruz, el dolor de los clavos, la sed, la hiel y vinagre, la afrenta de estar entre ladrones, etc.

Cómo padece.—Con tanto amor que todas las afrentas y dolores que sufre por los hombres le parecen breves y ligeras por la grandeza del amor; y si lo que padece por todos fuera necesario padecerlo por mí sola, amor tenía para todo. Con gran *silencio y paciencia*, sin abrir su boca para quejarse, ni de los jueces que le condenan sin culpa, ni de los verdugos que le atormentan sin compasión, ni de mí, que con mis culpas fui causa de sus penas, antes rogando por sus enemigos y por mí, ofreciendo por todos la sangre que derrama. Con exacta *obediencia*, no solamente á su Padre, cuya voluntad es que

padezca, mas aun á los verdugos, haciendo lo que le mandan, vistiéndose ó desnudándose, etc. Con profundísima *humildad*, no excusándose de los delitos que le imputan á pesar de ser tan graves y Él tan inocente. Y, finalmente, con ejercicio *de todas las virtudes*.

Por qué padece.—Para satisfacer por mis culpas, perdonar mis pecados, lavar me y blanquearme con su sangre, para que yo no padezca los tormentos del infierno, para comprarme el cielo, etcétera.

Con estas consideraciones me he de mover á cinco afectos principales:

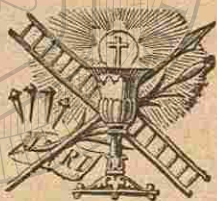
- 1.º *Agradecimiento* á Cristo por lo que padece por mí.—2.º *Amor* de quien así me ama.—3.º *Aborrecimiento* de los pecados, que son causa de los tormentos de mi Señor.—4.º *Deseo* de padecer algo por quien tanto padece por mí.—5.º *Propósito* de imitar las virtudes que veo practicar á mi divino Maestro.

Dice el Beato Alberto Magno que la sencilla memoria y devota meditación de la Pasión de Cristo aprovecha más al hombre que ayunar un año entero á pan y agua, que disciplinarse cada

día hasta derramar sangre y que rezar cada día todo el Salterio. Citan y aprueban esta sentencia muchos varones doctos y espirituales.

(Del Devocionario manual.)

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



MEDITACIÓN. — DE LA GLORIA

PREPARACIÓN

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Invócale.*

CONSIDERACIONES

1.^a Considera qué gusto da, en una noche muy serena y hermosa, ver el cielo con tanta multitud y variedad de estrellas; imagina unida esta belleza con la de un hermoso día, de manera que la luz del Sol no estorbe la vista clara de las estrellas y de la Luna, y después asegura sin reparo que toda esta hermosura junta es nada en comparación del

cielo empíreo. ¡Oh qué lugar tan apetecible y amable! ¡Oh qué ciudad tan preciosa!

2.^a Considera la nobleza, hermosura y muchedumbre de los ciudadanos y habitantes de este lugar dichoso; aquellos millones de millones de ángeles, querubines y serafines; aquel ejército de apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y matronas santas, que no tienen número. ¡Qué dichosa compañía! El menor de éstos excede á todo el mundo en belleza; pues ¿qué será verlos todos juntos? ¡Qué felicidad la suya, Dios mío, de estar cantando sin intermisión el dulce cántico del amor eterno! Gozan siempre de una constante alegría, se comunican unos á otros indecibles contentos, y viven gozando de una feliz é indisoluble sociedad.

3.^a Considera, finalmente, el bien que lo gran todos en gozar de Dios, que con su amabilísimo aspecto eternamente los regala, y derrama en sus corazones un abismo de delicias. ¡Qué dicha estar siempre unidos á su primer principio! Son los bienaventurados en el cielo como unos felices pajarillos que revolotean y cantan sin cesar en el aire puro de la divinidad, que por todas partes lo rodea con increíbles placeres. Allí cada uno, á cual mejor pero sin envidia, canta las alabanzas del Criador, diciendo: «Bendito seáis para siempre, dulce Criador y Salvador, que tan bueno sois para nosotros y tan liberalmente

nos comunicáis vuestra gloria.» Dios recíprocamente bendice con una bendición perpetua á todos los santos. «Benditas seáis vosotras para siempre,—dice,—amadas criaturas mías, que me habéis servido, y que me alabaréis eternamente con tanto amor y afecto.»

AFFECTOS Y RESOLUCIONES

1.^o Admira y alaba esta patria celestial. ¡Oh cuán hermosa eres, amada Jerusalén mía, y qué bienaventurados tus habitantes!

2.^o Echa en cara á tu corazón su poco ánimo, que le ha hecho hasta ahora apartarse tanto del camino de esta gloriosa morada. ¿Por qué causa me he alejado tanto de mi felicidad suma? ¡Ah necia! Mil veces he dejado estas eternas é infinitas delicias por placeres insulsos y livianos. Pues ¿dónde estaba mi entendimiento cuando por tan vanos y despreciables deseos menospreciaba unos bienes tan dignos de ser apetecidos?

3.^o Aspira, sin embargo de eso, animosamente á esta mansión de delicias. Pues os habéis dignado, soberano y piadoso Señor, enderezar mis pasos por vuestros caminos, ya nunca me he de volver atrás. Vamos, alma mía, vamos á aquel descanso infinito; caminemos hacia aquella tierra de bendición que nos está prometida. ¿Qué hacemos en

este Egipto? Me desembarazaré, pues, de tales y tales cosas que me extravían ó retardan en este camino. Practicaré tales y tales que pueden conducirme allá.

Da gracias, ofrece, suplica.

(De San Francisco de Sales.)

ALERE FLAMMAM
VERITATIS PALABRA DE DIOS

Entre los medios más oportunos para adquirir la devoción débese contar la *palabra de Dios*, oída con espíritu atento y humilde. La misma experiencia demuestra esta verdad en el conocido aprovechamiento de aquellas almas que frecuentan los templos para asistir á tan santo ejercicio. Por eso el demonio ofrece cuantos estorbos puede inventar su malicia para impedirlo. La visita, el paseo, la diversión, el cumplido, la ceremonia de mundo, no son otra cosa más de dos veces que una mera razón de estado ó un fatal desperdicio de tiempo, en que aparta el demonio á muchas almas de aquellas exhortaciones en las que teme se han de convertir. ¡Oh cuántos se perdieron sin remedio por no asistir á los sermones! Teniales Dios vinculado el au-

xilio oportuno á aquella plática, á que no acudieron por su culpa, y de aquí tuvo principio su perdición. Es una cosa cierta que muchos de los que se condenan se salvarían oyendo la palabra de Dios por boca de sus ministros, y que no pocos dieran sazonados frutos de perfección como prendiera en sus almas el grano del Evangelio. Las voces del Señor estimulan á los perezosos y despiertan á los dormidos, siendo indudable que por este medio lograron infinitos la santificación. ¡Qué poco se convirtiera David si no oyera las voces de Natán! ¡Qué tarde se vistiera de saco y cilicio Nínive si no diera oídos á Jonás cuando le predicaba! Oye, pues, hija de María, la palabra de Dios; consévala en tu memoria para practicarla, que así lograrás la devoción verdadera, y en premio la eterna bienaventuranza.

Para que puedas sacar provecho de la palabra de Dios observarás las siguientes reglas: ®

1.ª Pedir luz al divino Espíritu á fin de que illustre tu entendimiento y haga dócil tu corazón.

2.^a Escuchar la palabra de Dios con gran atención y con el único objeto de aprovecharse.

3.^a Escucharla como palabra de Dios, y no como palabra de hombre, y, por consiguiente, no mirar en quien la predica al hombre, sino á la persona de Dios, cuyas veces hace el ministro.

4.^a Aplicarse á sí mismo, y no á los demás, las verdades que se oyen.

5.^a Después del sermón ó instrucción, reflexionar atentamente sobre las cosas que más impresión han hecho en nuestra alma, pedir á Dios la gracia de no echar en olvido las verdades conocidas y poner en práctica las resoluciones que se han hecho.

LECTURA ESPIRITUAL

Si quieres, hija de María, nutrir tu alma de una piedad sólida y verdadera, acostúmbrate á leer buenos libros; ellos son los directores y predicadores mudos que nos aconsejan; reprenden y dicen las verdades sin lisonja ni temor; son como un maná celestial que alimenta nuestro corazón y le nutre de buenos y santos deseos. ¡Cuántos no deben su conversión á la lectura de un libro devoto! San Agustín, San Columbano,

San Ignacio de Loyola y otros muchos á quienes habló el Señor por los libros piadosos, prueban hasta la evidencia lo provechosa que es la lectura espiritual. Mas para que uses bien de este prodigioso medio de santificación he aquí la reglas que debes guardar:

1.^a No dejes pasar día alguno sin hacer tu lectura espiritual.

2.^a No leas indistintamente cualesquiera libros de piedad; lee los que te señalare el confesor ú otra persona prudente é instruida.

3.^a Proponte por objeto adelantar en la virtud, teniendo un verdadero deseo de conocer la voluntad de Dios y servirle más fielmente.

4.^a Antes de la lectura levanta tu corazón á Dios y dile: *Hablad, Señor, que vuestra sierva escucha.*

5.^a Lee pausada y atentamente: suspende la lectura de vez en cuando para hacer serias reflexiones, sobre todo cuando sientas iluminado tu entendimiento ó inflamado tu corazón.

6.^a Pon en práctica luego las resoluciones.

7.^a No tengas prisa por leer mucho; lee despacio, y dedica cada día á la lectura el tiempo que tu director te señalare.



LECTURAS Y CONSEJOS

AMOR Y PRÁCTICA DE LAS PEQUEÑAS VIRTUDES

Nada más importante para quien vive con otros que practicar los que se llaman *pequeñas virtudes*, cuyo nombre se les da porque se refieren á objetos pequeños: una palabra, un gesto, una mirada, una atención. Sin ellas no hay paz doméstica, que es el principal consuelo en medio de las penas y calamidades que nos afligen en este valle tenebroso de nuestra peregrinación. ¡Desgraciada la casa donde en la práctica no se hace caso de estas virtudes! Pa-

dres é hijos, hermanos y hermanas, amos y servidores, todos viven en discordia; les falta aquel *supportantes invicem* de San Pablo, es decir, el sufrimiento mutuo.

Nada más fácil que su práctica. Los grandes actos de virtudes pocas veces pueden practicarse. Muchos de nosotros pasamos el tiempo de nuestra vida sin que una ofensa grave nos hiera ó una grosera calumnia nos infame, y así sería no ejercitar nunca, ó por lo menos muy rara vez, la paciencia si hubiésemos de esperar esas grandes ocasiones; así es que quien en la oración se ejercita sólo en pensar en lo que haría en ellas, sale más iracundo é intratable. No, estas *pequeñas virtudes*, además de tener ocasiones muy frecuentes para practicarse, no tienen estos peligros, ni aun el de la vanagloria (que tantos méritos roba á las personas piadosas). El perdón de una grave ofensa puede aún humanamente ser cosa gloriosa, pero el de una pequeña injuria nunca excita la admiración; y, sin embargo, ¡cuántas de éstas se te ofrecen que perdonar á cada instante!

Y, por consiguiente, ¡cuántos méritos muy sólidos puedes reunir á poca costa! En efecto, al insolente que te hiera en una mejilla, preséntale la otra; he aquí una acción evangélica que parece maravillosa; pero el callar cuando una mano torpe desordena el cabello ó desarregla el traje, ni siquiera se advierte.

Guardémonos de creer que se practican haciendo un obsequio á una persona á quien se quiere, pues esto es ceder á la amistad, á un sentimiento natural. Ante todo, la práctica de estas virtudes estriba en la caridad, esto es, en que sus actos sean por amor de Dios, y entonces tienen el grande mérito del óbolo de la viuda, alabada por nuestro Señor Jesucristo, y el premio de la vida eterna prometida á Pedro y sus hermanos, aunque sólo habian dejado unas redes viejas. Después debemos saber que su más verdadero ejercicio consiste en sufrir á los impertinentes é ingratos, y eso aun cuando sintamos rebullir en el fondo del corazón nuestras pequeñas pasiones; así, lo más exquisito de ellas se alcanza cuando se disimula una antipatía, un pesar,

un disgusto, una aversión. Esta especie de hipocresía es muy loable, porque, lejos de ser como la del mundo, disimular para hacer mal, es para hacer bien al prójimo.

¿Cuáles son, pues, las *pequeñas virtudes*? Son muchas; vedlas en compendio. Cierta indulgencia que perdona las faltas ajenas, aun cuando no pueda prometerse igual perdón para las propias; cierto disimulo que hace parecer que no se perciben defectos notables ó visibles, en vez de descubrir los ocultos; cierta compasión que para aliviarlas hace suyas las penas de otros, y una caritativa alegría en las satisfacciones ajenas; cierta bondad que nos hace aceptar y aplaudir sin envidia lo juicioso de otros, aunque no se nos haya ocurrido; cierta solicitud que se anticipa á las necesidades de los demás para evitarles ó la pena de sentirlos ó la humillación de pedir su alivio; cierta afabilidad tranquila que escucha á los importunos sin manifestar disgusto, é instruye al que no sabe sin reprensiones ásperas; cierta urbanidad que en los deberes de buena crianza muestra, no el disimulo de las gentes de mundo, sino una cordialidad sincera y cristiana. En resumen: son la afabilidad, la condescendencia, la sencillez, la mansedumbre, la suavidad en las miradas, en las acciones, en las

maneras y en las palabras, teniendo cada una de ellas por motivo la caridad, ó sea el amor del prójimo por Dios. Tales son las preciosas *virtudes* que, practicándose en cosas *pequeñas*, te valdrán, ¡oh hija de María! un gran cúmulo de méritos en la vida eterna.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



RESPECTO EN LOS TEMPLOS

Yo soy tu Dios y tu Salvador, que te hago oír mi voz el día de hoy diciéndote las quejas de mi Corazón.

1.^a Es mi templo casa de oración, y no debes entrar en él con paso precipitado y poco reverente, ni venir á él con el fin de lucir tus trajes, ni llamar hacia ti la atención que á mí sólo me es debida. Tu porte debe ser honesto y sin aquellos adornos propios solamente de un paseo ó reunión profana; tu cabeza *bien cubierta*, como lo tengo ordenado por mi Iglesia.

2.^a Cuando te pones en mi presencia cuida de adorarme con respeto, y haz la señal de la cruz como es debido, con atención y reverencia, y no como por mofa y escarnio.

maneras y en las palabras, teniendo cada una de ellas por motivo la caridad, ó sea el amor del prójimo por Dios. Tales son las preciosas *virtudes* que, practicándose en cosas *pequeñas*, te valdrán, ¡oh hija de María! un gran cúmulo de méritos en la vida eterna.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



RESPECTO EN LOS TEMPLOS

Yo soy tu Dios y tu Salvador, que te hago oír mi voz el día de hoy diciéndote las quejas de mi Corazón.

1.^a Es mi templo casa de oración, y no debes entrar en él con paso precipitado y poco reverente, ni venir á él con el fin de lucir tus trajes, ni llamar hacia ti la atención que á mí sólo me es debida. Tu porte debe ser honesto y sin aquellos adornos propios solamente de un paseo ó reunión profana; tu cabeza *bien cubierta*, como lo tengo ordenado por mi Iglesia.

2.^a Cuando te pones en mi presencia cuida de adorarme con respeto, y haz la señal de la cruz como es debido, con atención y reverencia, y no como por mofa y escarnio.

3.^a Evita toda palabra, toda mirada, toda acción que no se dirija exclusivamente á mí, pues me desagradada toda conversación é inmodestia en mi casa.

4.^a Mis altares me son todos consagrados, y en ellos me sacrifico todos los días; así no te sirvan de apoyo, ni para sentarte en sus tarimas, sino en caso de necesidad.

5.^a Amo la limpieza interior y exterior, y me disgustan los que, teniendo reparo en escupir en un palacio ó casa particular, no hacen escrúpulo de hacerlo en mi templo, donde realmente resido y en el que tengo esparcidos multitud de ángeles.

6.^a Yo he criado todas las cosas, cada una para su objeto; y los animales, que son para servicio ó recreo del hombre, no son para traerlos á mi templo, donde distraen é inquietan á las almas recogidas en mí.

Este lugar es santo y terrible, porque en él resido como suprema Majestad, y como Juez que he de pedirte estrecha cuenta de las irreverencias cometidas en él.

DE LA VERDADERA DEVOCIÓN

Muy varios, y generalmente errados, son los dictámenes que regularmente se forman sobre el carácter de la devoción verdadera. Apenas hay virtud en que más fácilmente se equivoquen las personas, siendo así que ninguna es más familiar en el camino de la perfección. Persuádense algunos que está en rezar ciertas preces ó número de oraciones vocales, que por ningún caso omiten; si así fuera, apenas se hallara en el pueblo cristiano quien no fuese verdaderamente devoto. Porque ¿quién hay que no rece el Rosario á Nuestra Señora, ó no tribute cada día el obsequio de algunas oraciones vocales al Santo de su devoción?

No consiste en esto la devoción, ni en rezar mucho, enternecerse mucho, saber muchas cosas de la otra vida y hablar de ellas. Si el cristiano no tiene consagrado á Dios su corazón, su lengua y sus manos y todas las obras, no es sólidamente devoto; y como esto no se alcanza sin una seria meditación y victoria de las pasiones, por eso son poquitos los verdaderamente devotos.

Es, pues, la devoción una virtud que inclina la voluntad criada á practicar con prontitud cuanto juzga ser obsequio de la divina; y así la impele á la puntual observancia de

los Mandamientos del Señor, al cumplimiento de sus peculiares obligaciones y á obedecer á la inspiración sobrenatural, siguiendo los consejos del Evangelio.

De esta doctrina, que es del gran maestro de espíritu San Francisco de Sales y muy conforme á la de Santo Tomás, se infiere: lo primero, que los que atropellan algún Mandamiento de Dios ó descuidan alguna obligación precisa de su estado, no cumpliendo, ó cumpliendo sólo por ceremonia, sus empleos ó cargos, no son en realidad devotos. Lo segundo, que la verdadera devoción está reñida con los que se dejan dominar de la pereza y ociosidad. Lo tercero, que para ser una alma verdaderamente devota, á más de la amistad con Dios por medio de la gracia, debe tener su voluntad enteramente sacrificada á la divina: que quien se contenta con ciertas exterioridades, rehuye el trabajo y es sordo á la inspiración divina y nada resignado, dista tanto de la devoción verdadera como la sombra del cuerpo ó el hombre vivo del pintado. Lo cuarto, que los ejercicios llamados comúnmente devociones son actos de la devoción cuando nacen de un ánimo verdaderamente devoto, y el alma de tales ejercicios es hacerlos devotamente.

El Espíritu Santo, que ó por sí ó por sus ministros ordena la devoción en las almas, no sigue el mismo camino con todas. El reli-

gioso ó religiosa y el eclesiástico pueden y deben tener más devoción y más devociones que el seglar. El padre de familias y el que tiene un empleo público que ocupa á todo un hombre, ni debe ni puede abarcar tantos ejercicios devotos cuantos una persona libre que no tiene especiales obligaciones. Lo que importa es que, muchas ó pocas, sean más ó sean menos las devociones, se hagan con espíritu sosegado, humilde, atento y respetuoso; para lo cual ayudará reflexionar que fuera acaso mejor no hacerlas que hacerlas mal. Es Dios el fin último de nuestros devotos obsequios, es la misma perfección y santidad; pues póngase toda la mente y todo el corazón en ellos, para que no desdiga la oferta de la Majestad á quien se hace.

De tres maneras podemos sacar de nuestras devociones fruto contra la pasión dominante: ya dirigiéndolas al Señor para impetrar por este medio gracia abundante con que pelear hasta vencerla; ya ofreciéndolas en satisfacción de los defectos cometidos; ya sacando de ellas mismas propósitos eficaces de no tornar á cometerlos. De no practicar con este espíritu las devociones nace que muchos no adelantan un paso más hoy que ayer, esté año que el pasado, en el camino de la perfección cristiana. Hállanse personas que pasan gran parte del día en la iglesia sin tener rastro de mortificación. Si las

dejan con sus plegarias, están muy satisfechas; pero tóquenlas un poquito en lo vivo, y luego saltan, como víboras impacientes, al aviso ó á la corrección que las humilla.

Advertencia.— Porque quien está en pecado mortal es enemigo de Dios, importa mucho dar principio con el acto de contrición á todas las devociones para que sean aceptas y agradables á Su Majestad. Señálese hora para hacerlas, y no se dejen de propósito para cuando las potencias están fatigadas con los negocios temporales, ni para cuando se está en la cama, que fuera exponerlas á la flojedad, al sueño y á la irreverencia.

DE LA FE

Sabemos que Dios es quien ha revelado lo que la fe nos enseña por los motivos de credibilidad, que son los siguientes:

1.º *Consonancia de los misterios con la razón*, que á ninguno contradice, aunque no los alcanza todos; porque no fueran dignos de la grandeza de Dios si cupieran en el entendimiento del hombre.— 2.º *Milagros innumerables que se han hecho y hacen cada día en confirmación de la fe*, por los cuales habla Dios como por propia lengua, en que no cabe engaño ni doblez.— 3.º *Constancia invencible de muchos millones de mártires*, que han firmado con su sangre la infalibilidad de lo que

creemos.— 4.º *Eficacia de la predicación*, que sin armas ni poder, en boca de pobres pescadores, conquistó el mundo para Cristo con la fuerza de la verdad.— 5.º *Conversión de los hombres más sabios y prudentes del mundo*, que después de largo examen aprobaron y recibieron la fe, queriendo vivir y morir en ella como en religión de verdad y salvación.— 6.º *Consentimiento de pueblos y naciones* diferentes, diferentes y contrarias en intereses, usos y costumbres, á quienes sólo la verdad pudo unir en una misma creencia.— 7.º *Santidad y pureza de los que viven según las reglas de la fe*, porque no puede ser la ley mala y buenos los que la cumplen: por otro lado, vicios de los que no la guardan ó carecen de ella.— 8.º *Castigos que Dios hace en los que impugnan la fe*, tratándolos como enemigos suyos y de la verdad.— 9.º *Cumplimiento de las profecías acerca de Cristo y de la Iglesia*, pues sólo Dios puede decir lo futuro y cumplir lo que ha dicho.— 10.º *Perseverancia de la Iglesia católica desde que se fundó*, por más de mil ochocientos años, siendo combatida de continnas herejías que se han sucedido unas á otras, deshaciéndose como sombras en presencia de los rayos del sol. Hay otros motivos y razones que fuera largo referir.

EJERCICIO DE LA FE

Ejercitémosla en las ocasiones siguientes: 1.^a *Todos los días*, acerca de los misterios que se contienen en el Credo.—2.^a Acerca del sacramento de la Eucaristía, principalmente al oír Misa y visitar á Jesús sacramentado en la iglesia, ó al acompañarle por las calles.—3.^a En las *adversidades*, creyendo que Dios nos puede sacar de ellas, esperando que nos sacará, pues sabe cómo y cuándo conviene.—4.^a En tiempo de la *tentación*, creyendo que Dios está presente, ve, oye y prueba nuestras obras, palabras y pensamientos para premiarnos ó castigarnos.—5.^a Cuando oímos ó leemos algunas palabras de la Escritura, creyendo que Dios las dice y no puede faltar, procurando aprovecharnos de su enseñanza.—6.^a Cuando suceden grandes *males* y desórdenes en la nación ó pueblo, creyendo que el Señor gobierna el mundo con sabia providencia y permite los males para sacar de ellos los bienes que Él sabe.—7.^a Al hacer cualquiera

buena obra, ofrezcámosle aquel pequeño tributo de nuestra cortedad, creyendo que Dios es infinitamente digno de ser amado y servido por su bondad y perfecciones.—8.^a Aborrezcamos los errores y herejías, pidiendo á Dios que las destruya, haciendo cada día especial oración por la conversión de los infieles, herejes y cismáticos.

DE LA ESPERANZA

Esta virtud nos hace confiar que recibiremos de Dios la gracia y gloria, el perdón de los pecados y todos los medios que conducen para conseguir la bienaventuranza. Es tan agradable al Señor, que, como dice Jeremías, ninguno esperó en Él y quedó confuso, porque el Señor es bueno para los que confían en Él.

Los motivos para esperar tan grandes bienes son:

- 1.º La infinita *bondad de Dios*, que nos crió para la bienaventuranza y quiere lograr el fin de esta obra de sus manos.—2.º Su infinita *misericordia*, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.—3.º La infinita *liberalidad* con que nos dió á su Hijo unigénito; porque quien nos dió lo que más estima no nos negará todo lo de-

más, que es menos y como nada comparado con tal don.—4.º La *sangre* preciosísima de *Jesucristo*, que excede infinitamente á todos los pecados del mundo y se derramó por los nuestros.—5.º El habernos dejado Dios en los *Sacramentos* y ejercicio de virtudes tantos medios para alcanzar su gracia y crecer en ella, lo cual es indicio claro del mucho deseo que tiene de concedérnosla.—6.º *Haber perdonado* á la Magdalena, al Buen Ladrón, á San Mateo, á la Samaritana y á otros muchos pecadores tan grandes ó mayores ofensas que á nosotros, admitiéndolos á grande santidad, para que no desconfiemos de alcanzar lo que ellos alcanzaron si nos arrepintimos como ellos se arrepintieron.—7.º *Habernos esperado* tantos años, no echándonos al infierno después del primer pecado, antes bien dándonos tiempo para hacer penitencia.—8.º *El que nada le ofenda tanto como la desesperación*, como dijo á Santa Catalina de Sena; porque agravía mucho su grandeza quien cree ser mayor la malicia humana que la misericordia divina.

CONDICIONES DE LA ESPERANZA

Esperemos: 1.º Con *verdad*, sabiendo que todos los bienes nos han de venir de la bondad y misericordia de Dios por los méritos de su Hijo. — 2.º Con *hu-*

mildad, conociendo que no merecemos alcanzar lo que esperamos.—3.º Con *temor*, acordándonos de la justicia cuando pensamos en la misericordia, por que la esperanza no nos haga descuidados.—4.º Con *paciencia*, como espera el labrador la sazón del fruto, confiando que en el tiempo conveniente nos concederá el Señor lo que pedimos.—5.º Con *perseverancia*, no cesando de esperar ni de pedir hasta conseguir lo que deseamos.—6.º Con *discreción*, poniendo los medios que Dios nos ha dejado para conseguir lo que nos quiere dar.—7.º Con *fortaleza*, diciendo, en el mismo tiempo que nos aflige y parece que nos desampara, como el santo Job: *Aunque me mate no dejaré de esperar en El.*

DE LA CARIDAD

Es la reina de las virtudes, que nos manda amar á Dios sobre todas las cosas, con toda el alma, con todo el corazón y con todas las fuerzas; y esta virtud nos es tan necesaria, que cada uno ha de decirse con el Apóstol: "Aunque hable todas las lenguas, y tenga don de profecía, y ciencia de todas las cosas,

y fe con que traspase los montes de un lugar á otro, si no tengo caridad nada sé.,,

Las razones principales para amar á Dios son éstas:

1.^a Es infinita la bondad, hermosura, grandeza, sabiduría, poder y todas las perfecciones de Dios, las cuales no pueden menos de amar los que las ven con claridad, y debemos amar con todo nuestro corazón las que por la fe conocemos y por los efectos experimentados.—2.^a Dios nos amó primero, desde la eternidad, antes que fuésemos y pudiésemos amarle, y es justo corresponderle.—3.^a Bastándose á sí mismo y no necesitando de nosotros, nos dió el ser sólo por hacernos bien, y crió el cielo y la tierra para nosotros.—4.^a Destinó á sus ángeles para guardas y ayos nuestros, mandándoles que nos defendan y conduzcan á buen fin en todos los pasos y caminos.—5.^a Habiéndole ofendido y siendo sus enemigos, bajó del cielo á la tierra y se hizo hombre para redimir á los hombres el que no quiso hacerse ángel para salvar á los ángeles.—6.^a Hecho hombre, tomó todas nuestras miserias, hambre, sed, frío, calor, fatiga, desnudez, pobreza, trabajos, persecuciones, afrentas, dolores y muerte, para redimirnos con ellas y darnos ejemplo y consuelo en todas las aficciones que podemos padecer.—7.^a No acabándose su amor con la vida, se nos dejó por prenda de su voluntad

á sí mismo en el sacramento de la Eucaristía, dándonos en comida y bebida para sustento y regalo de nuestras almas.—8.^a Los muchos beneficios particulares que nos ha hecho, escogiéndonos entre tantos infieles para que entrásemos en su Iglesia, perdonándonos cada día muchos pecados, llamándonos con inspiraciones, dándonos bienes temporales, á pesar de que merecemos males eternos y estar en el infierno desde la primera culpa grave que cometimos.—9.^a Siendo justo que el hijo ame á su padre, la esposa á su esposo, el amigo á su amigo, el favorecido á su bienhechor, Dios es para nosotros más que padre, y que esposo, y amigo y bienhechor; pues sus beneficios no se pueden contar, su amor no se puede declarar y nuestra obligación no se puede explicar.

OBRAS DE LA CARIDAD

1.^a Cumple enteramente la ley de Dios; porque, como dice Cristo y su discípulo amado, quien guarda los mandamientos del Señor éste es el que ama al Señor.—2.^a Siente cualquier defecto que comete contra su amado, porque al amor, aun las faltas ligeras parecen graves.—3.^a Se acuerda frecuentemente del que ama, pues donde está

nuestro tesoro allí está nuestro corazón.—4.^a Parécele poco cuanto hace y padece por el Señor, porque el amor hace las penas ligeras: así le parecían á Jacob pocos días siete años de trabajos padecidos por Raquel.—5.^a Ama á los prójimos por ser imágenes vivas de su Señor, obra de sus manos y empleo de sus favores: que quien ama de veras al amante, ama también al amado.—6.^a Ama todas las otras cosas por Dios, porque el amor perfecto se enseña de todo el corazón y no permite otro amor como compañero, sino como siervo, que obedece á su Señor.—7.^a No sirve por interés, porque el amor verdadero ama por amar y glorificar más á su amado, sin que haya nada que pueda entibiar su amor.—8.^a Desea padecer las mismas penas y afrentas que padeció su amado por parecerse á Él en los dolores y hacerle compañía en la Pasión.—9.^a Desea que todos amen á quien ama, siente que haya quien le ofenda, y procura apartar á los hombres de las culpas é infundir á todos el amor de Dios.

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD
DE DIOS

Del ejercicio de las tres virtudes teologales nacerá la conformidad con la voluntad divina, que es la cumbre de la perfección, teniendo un querer y no querer con Dios, amando lo que Él ama y aborreciendo lo que Él aborrece, que es lo que nos enseñó Cristo cuando en el Huerto dijo á su Eterno Padre: «No se haga mi voluntad, sino la tuya.»

Las razones que persuaden esta conformidad son las siguientes:

- 1.^a Dios, con su infinita sabiduría, conoce lo que más conviene para bien del universo y de sus escogidos, y ve que son aciertos lo que á nuestra ignorancia parecen yerros.—
- 2.^a La voluntad de Dios en todo lo que quiere y permite es sumamente perfecta, y por eso debe ser regla de todas las voluntades criadas.—
- 3.^a Nada sucede en el mundo sin que Dios lo quiera ó permita por algunos fines de su divina Providencia; y lo que para los hombres es acaso, para Dios es consejo de su sabiduría.—
- 4.^a Quiere Dios los males de pena, y vienen ordenados por su Providencia, aunque tal vez los ejecuten los malos, cumpliendo el Señor, como dice San Agustín, sus voluntades buenas de Él por medio de las voluntades malas de los hombres.—

5.^a Permite las culpas, aunque las aborrece, para sacar de ellas mayores bienes.—6.^a En todo lo que hace, juntamente con su gloria mira á nuestra utilidad, porque ama á todos los hombres como criaturas suyas y quiere que todos se salven.—7.^a Nos está mejor que se haga la voluntad divina que la nuestra, como le está mejor al enfermo que se haga la voluntad del médico que la suya, porque nosotros queremos ordinariamente lo que nos está mal, y Dios quiere siempre lo que nos está mejor.

EJERCICIO DE LA PRESENCIA DE DIOS

Nuestros ángeles de guarda están siempre viendo á Dios claramente y le obedecen con prontitud. Si nosotros traemos siempre á Dios presente haremos su voluntad en la tierra, como ellos la hacen en el cielo. Huiremos las culpas, considerando presente al Juez que nos ha de castigar, y ejercitaremos las virtudes atendiendo á que nos mira el que nos ha de premiar. Cumpliremos el consejo del Apóstol, que nos exhorta á orar en todo lugar y tiempo, y podremos decir con él: «Nuestra conversación es en los cielos.» Este medio ense-

ñó Dios á su gran siervo Abraham para alcanzar la perfección cuando le dijo: *Anda en mi presencia y sé perfecto*; que en frase de la Escritura quiere decir: y serás perfecto.

Propondremos dos modos de presencia de Dios, para que cada uno elija aquel en que sintiere más provecho, ó varíe, usando ya el uno, ya el otro.



VARIOS MODOS DE PRESENCIA DE DIOS

PRIMER MODO DE PRESENCIA DE DIOS

OFRECERLE CADA OBRA

*Ahora coméis, ahora bebéis, ahora
hagáis otra cualquier cosa, hacedlo
todo á gloria de Dios. (I Cor., X, 31.)*

Este modo de presencia de Dios que nos enseña el Apóstol, refiriendo á su honra y gloria todas nuestras acciones buenas ó indiferentes, es de suma perfección, y el que sugirió á San Ignacio de Loyola el glorioso timbre con que se honra; porque *la mayor gloria de Dios* fué el deseo de sus pensamientos, el objeto de sus palabras y el alma de sus obras.

Comprende este ejercicio dos actos

principales: uno de fe, contemplando á Dios presente, y otro de amor y caridad, ofreciéndole la obra que queremos hacer, diciendo: *Señor: por vuestro amor hago esto porque Vos lo queréis y para mayor gloria vuestra.*

Quien desee practicar este ejercicio con mayor merecimiento y suplir con los deseos lo que falta á las obras, que siempre son pequeñas é imperfectas, ha de observar cuatro puntos acerca del acto de caridad: 1.º Referir la obra á mayor gloria de Dios.—2.º Unirla con las obras de Jesucristo.—3.º Levantar la obra de punto, deseando hacer mucho más de lo que hace.—4.º Poner la obra en manos de la Virgen para que la ofrezca á su Hijo, que es consejo de San Bernardo; porque de aquellas manos purísimas recibirá mejor el Señor nuestras obras que de las nuestras, inmundas y llenas de culpas.

Pongo ejemplo.—*Damos una limosna; digamos á Dios, en cuya presencia estamos:*

- 1.º Esta limosna doy, Señor, por vuestro amor y á mayor gloria vuestra.
- 2.º Y os la ofrezco unida con la san-

gre y méritos de mi Señor Jesucristo.

3.^o Quisiera, por vuestro amor, socorrer á todos los pobres del mundo y del purgatorio.

4.^o Y ruego á la Virgen María os presente esta misma obra y deseo, para que de sus manos recibáis lo que no merezcó aceptéis de las mías.

Vamos á comer; digamos á Dios:

1.^o Porque Vos lo queréis y para poder serviros, tomo este sustento á mayor gloria vuestra.

2.^o Y os lo ofrezco unido con lo que comió y bebió en este mundo mi Señor Jesucristo.

3.^o Como tomo este sustento, diera la vida por vuestro amor si fuera necesario.

4.^o Y ruego á la Virgen María os presente, etc.

De la misma manera, si asistimos á una Misa, deseemos asistir con gran pureza á todas las que se dicen en el mundo, etc. Si rezamos el Rosario, deseemos rezarlo muchas veces, alabando debidamente á Dios y á su Madre, etcétera.

Este ejercicio se hará muy fácil á

quien le continuare, y de sumo interés porque estará mereciendo desde la mañana hasta la noche con todo lo que hiciere, y serán sus días verdaderamente llenos.

SEGUNDO MODO DE PRESENCIA DE DIOS

MIRAR EN LAS CRIATURAS AL CRIADOR

Benedicid todas las obras del Señor al Señor. (Dan., III, 57.)

No todas las criaturas pueden alabar á Dios, porque solamente son capaces de ello las racionales; pero podemos y debemos los hombres alabar al Criador en todas, pues todas las crió para nosotros, mirando este mundo como un espejo clarísimo en que reverberan todas las perfecciones divinas, su bondad en las cosas buenas, su hermosura en las hermosas, su poder en las fuertes, y en todas su providencia y sabiduría. Quien mira las criaturas con ojos de fe y de piedad, no le apartan de Dios, antes le llevan á Él, y por eso las llamó San Gregorio caminos para el Criador. De esta manera las miraba

San Antonio el Grande, para quien todo el mundo era libro de meditación, porque todas las criaturas le daban materia de alabar al Criador.

La práctica de este ejercicio es que, considerando á Dios presente, de cuanto viéremos, ú oyéremos, ó hiciéremos ó padeciéremos tomemos ocasión para alabar al Señor ó sacar algún buen afecto que se ordene á su servicio y gloria.

Si comemo , demos gracias á Dios porque nos ha dado de comer, y consideremos cuán suave es Dios para los que le gustan. Si nos vestimos, bendigamos á Dios, que se vistió de nuestra carne para redimirnos, etc. Si contemplamos la hermosura del sol ó del cielo, consideremos cuánto más hermoso es Dios y cuánto mayor gozo será verle. Si admiramos la santidad de algún hombre, admiremos más la santidad de Dios, de quien aquél participa la suya como de fuente, y pidámosle nos dé á nosotros alguna parte. Si oímos alguna música suave, digamos: Si esto así deleita, ¿cuánto más deleitará la música de los ángeles?; y privémonos si pode-

mos de aquel gusto por amor de Dios. Si padecemos ardiente calentura ó dolor agudo, digamos: Si esto no puedo sufrir, ¿cómo sufriré el fuego del infierno, que merezco por mis culpas?

ACTO DE CONFIANZA EN DIOS

(*Por el Padre de la Colombière.*)

Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en Ti, y de que no puede faltar cosa alguna á quien de Ti las aguarda todas, que he determinado vivir en adelante sin ningún cuidado, descargándome en Ti de toda mi solicitud. Despójeme los hombres de los bienes y de la honra; privénme las enfermedades de las fuerzas y medios de servirte; pierda yo por mí mismo la gracia pecando: que no por eso perderé la esperanza, antes la conservaré hasta el postrer suspiro de mi vida, y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno para arrancármela.

Aguarden unos la felicidad de sus riquezas ó talentos; descansen otros en la inocencia de su vida, en la aspereza

de su penitencia, en la multitud de sus buenas obras ó en el fervor de sus oraciones: en cuanto á mí, toda mi confianza se funda en mi misma confianza. Confianza como ésta jamás salió á nadie fallida. Así que seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque tú, Dios mío, eres de quien lo espero todo.

Bien conozco que de mí soy frágil y mudable; sé cuánto pueden las tentaciones contra las virtudes más robustas; he visto caer las estrellas del cielo y las columnas del firmamento; pero nada de eso logra acobardarme.

Mientras espere de veras, libre estoy de toda desgracia; y de que esperaré siempre estoy cierto, porque espero también esta esperanza invariable. En fin, para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de Ti, y que nunca tendré menos de lo que hubiere esperado. Por tanto espero que me sostendrás sin dejarme caer en los riesgos más inminentes, y me defenderás aun de los ataques más furiosos, y harás que mi flaqueza triunfe de los más espantosos enemigos. Espero que me amarás

á mí siempre, y yo á mi vez te amaré sin intermisión; y para llegar de un solo vuelo con la esperanza hasta donde puede llegarse, espero á Ti mismo, ¡oh Criador mío!, para el tiempo y para la eternidad. Amén.

DEL TEMOR DE DIOS

Se alcanza considerando: La caída de los ángeles, que del cielo bajaron al profundo del infierno siendo sabios, fuertes y poderosos.—*La caída de muchos hombres* de gran santidad, aunque eran columnas del templo de Dios.—*La flaqueza común de los mortales*, sujetos á todos género de pecados, sin haber maldad que no puedan cometer.—*Nuestra propia flaqueza*, experimentada en tantas culpas de obra, palabra y pensamiento.—*Los cuatro novísimos*, muerte, juicio, infierno y gloria, sin saber la suerte que nos espera.—*Los muchos que se condenan*, aun de los católicos, por no obrar conforme á su fe.

Se pierde: Por el olvido de Dios.—Por falta de meditación.—Por la cos-

tumbre de pecar.—Viendo y dando malos ejemplos.

Deben temer todos: Los que no han salido de la culpa.—Los que han conseguido la gracia.—Los que van por el camino de la virtud.—Los que acaban este camino.

En todas las cosas: En las obras malas, la ofensa.—En las obras buenas, la soberbia.—En los trabajos, la impaciencia.—En la felicidad, la corrupción.—En los beneficios divinos, la ingratitude.—En los castigos, la obstinación.

DE LOS MOTIVOS PARA OIR CADA DÍA
MISA CON DEVOCIÓN

1.º Debemos honrar á Dios, según nuestra posibilidad, como á nuestro Criador y Señor, y con ningún sacrificio podemos honrarle mejor que con el de la Misa.—2.º Es justo agradecer á Dios cada día los beneficios que recibimos continuamente de su liberalidad, y no le podemos ofrecer paga mayor ni mejor que este sacrificio de agradecimiento, en que ofrecemos al Padre su mismo Hijo.—3.º Habiendo instituido Cristo la Misa para memoria y representación de la Pasión y muerte que sufrió por nosotros, es muy puesto en razón que los que no pudimos asistir á los

misterios cuando se obraron, asistamos á la representación que de ellos hace el mismo Cristo.—4.º Si el hijo gusta de ver cada día á su padre, el discípulo al maestro, el enfermo al médico, el amigo al amigo, es justo que no pasemos ningún día sin visitar á Cristo, que es para nosotros Amigo, Médico, Maestro, Padre y todas las cosas.—5.º Cristo, que está en la gloria á la diestra de su Padre, se pone cada día en el altar para favorecernos; y pues Él viene del cielo á visitarnos, no será mucho que nosotros vayamos de nuestra casa al templo para verle y adorarle.—6.º Bajan muchos ángeles para asistir á la Misa, y es honra y provecho de los hombres asistir al divino Sacrificio en compañía de los espíritus soberanos, que ofrecerán al Señor las oraciones y afectos de los presentes y rogarán particularmente por ellos.—7.º Siendo la Misa el socorro más poderoso que se puede hacer á los vivos y difuntos, es pereza y desidia muy reprehensible, por no dar algunos pasos, dejar de hacer este gran bien que podemos á los vivos y á los muertos.—8.º Cada día pecamos y contraemos nuevas deudas; pues el sacrificio de la Misa es la paga más caudalosa, más cierta y menos costosa que podemos ofrecer á Dios, porque se ofrece en ella la satisfacción del Salvador del mundo, que se aplica particularmente á los que la oyen, y por quien se oye y dice.—9.º Esta-

mos rodeados de continuos peligros de cuerpo y alma, y nuestro enemigo el demonio nos cerca para tragarnos: pues ningún escudo ni arma hay más fuerte que la Misa, que quiebra las fuerzas al enemigo, alcanza el socorro del cielo y nos gana por amigos á los ángeles allí presentes.—10. No hay medio mejor de crecer en la perfección que este Sacrificio, donde se ejerce la fe en el misterio más dificultoso, la esperanza con la prenda más cierta, la caridad con el mayor incentivo, la oración y casi todas las virtudes con singular excelencia.—11. Dios ha confirmado con muchos y muy grandes milagros los frutos de la Misa, librando de incendios, rayos, muertes repentinas, falsos testimonios, cárceles y otros males á los que habían asistido á ella, para mostrar cuán agradable le es á su Majestad, y á nosotros cuán provechoso oír Misa cada día.—12. El demonio hace continua guerra al sacrificio de la Misa desde su institución, procurando deterrarle del mundo por medio de los herejes, y solicitando que no la oigan los cristianos, por privar á Dios de esta honra y á los hombres de este socorro. Siquiera por resistir y dar en el rostro al enemigo de Dios, hemos de oír Misa cada día con la mayor devoción que nos sea posible.

ORACIÓN, LIMOSNA Y AYUNO

ORACIÓN.—*Excelencias que contiene:* 1.^a Es acto eminente de religión.—2.^a Conversación del hombre con Dios.—3.^a Memorial para conseguir mercedes.—4.^a Escudo contra las tentaciones.—5.^a Seguridad en los peligros.—6.^a Ejercicio de las principales virtudes.

Circunstancias que ha de tener: 1.^a Presencia de Dios, á quien hablas.—2.^a Intención de glorificarle.—3.^a Atención á lo que dices.—4.^a Devoción á lo que haces.—5.^a Reverencia á la Majestad.—6.^a Pronunciación de las palabras.

Se ha de ofrecer por todos: Por el Papa y el clero.—Por el Rey y potestades seculares.—Por los parientes y amigos.—Por los bienhechores y perseguidores.—Por todos los vivos.—Por todos los fieles difuntos.

La hacen eficaces estas virtudes: Santidad de quien pide.—Bondad de lo que se pide.—Intención con que se pide.—Confianza.—Humildad.—Perseverancia en pedir.

LIMOSNA.— *He aquí sus efectos:* 1.º Hace al hombre semejante á Dios.—2.º Traslada al cielo las riquezas.—3.º Libera de males al cuerpo.—4.º Alcanza perdón de culpas.—5.º Conserva la gracia de Dios.—6.º Es prenda de la bienaventuranza.—7.º Negocia la buena muerte.—8.º Patrocina en el juicio.—9.º Aumenta los bienes temporales.—10. Sustenta á Cristo.—11. Da eficacia á la oración.—12. Corona el ayuno.

Se ha de dar á toda clase de pobres: Parientes, domésticos, religiosos, vergonzantes, enfermos, mendigos.—A los pobres que piden.—A los pobres que no piden.

La realizan seis circunstancias: Dar con presteza, con largueza, con alegría, con humildad, con afabilidad, por mano propia.

AYUNO.—*Utilidades que trae:* Reprime las tentaciones sensuales.—Excita pensamientos celestiales.—Satisface por las culpas.—Cierra la puerta á muchos vicios.—Ayuda á todas las virtudes.

Se han de evitar estos abusos: Buscar alivio para no sentirle.—Buscar

manjares regalados y exquisitos.—Comer demasiado de los ordinarios.—Exceder en la colación.

Puede tener varios motivos: Ayunar por obedecer.—Por satisfacer al precepto.—Por mortificarte.—Por agradecer á Dios.—Para dar limosna.

DE LAS TRIBULACIONES

Muchos frutos proporcionan las cruces y trabajos sufridos con paciencia.

—1.º Hacen aborrecible esta vida, que tanto encanta á los hombres.—2.º Hacen deseable aquella patria, donde hay descanso sin fatiga, dulcedumbre sin amarguras, rosas sin espinas.—3.º Nos hacen acordar de Dios, y acudir á él como acuden los niños afligidos á su madre.—4.º Nos hacen semejantes á Cristo y á su Madre, que nunca vivieron sin cruz.—5.º Nos dan prendas de que somos predestinados para la gloria, porque acostumbra Dios afligir en esta vida á los que ha de glorificar en la otra.—6.º Nos hacen correr en el camino de la virtud, porque, como decía San Ignacio de Loyola, no hay ca-

mino más corto para la perfección que padecer mucho por amor de Jesucristo.—7.º Los trabajos, finalmente, nos libran de las penas que hemos de padecer en el purgatorio, y nos aumentan la gloria que hemos de gozar en el cielo por toda una eternidad.

REMEDIOS CONTRA LOS VICIOS
DE LA LENGUA

Considerar que Dios está presente y nos oye.—Pensar cuán estrecha cuenta hemos de dar de todas nuestras palabras.—Pedir al Señor la gracia de tener á raya la lengua.—Hablar poco y de cosas espirituales ó útiles.—Tener presentes cuatro circunstancias que propone San Ambrosio: Quién habla, á quién, en qué lugar, en qué tiempo.

DE LA ELECCIÓN DE ESTADO

La elección de estado es el negocio más serio y de mayores consecuencias para cada uno, pues de él depende nuestra salvación ó condenación, y que disfrutemos ó carezcamos de paz verda-

dera. De los que eligen estado y oficio contra la voluntad de Dios, pocos consiguen la salvación; raros alcanzan la perfección; ninguno encuentra paz y sosiego para su alma.

Para acertar en la elección has de observar estas cosas: 1.ª *Pedir á Dios luz con oraciones, limosnas, ayunos y penitencias para conocer el estado que más te conviene, según lo que dice la Escritura: Cuando no sabemos lo que debemos hacer un solo remedio nos queda, que es levantar á Ti nuestros ojos.*—2.ª *Resignarte en la voluntad de Dios, proponiendo ejecutar lo que entendieres que Dios quiere de ti.*—3.ª *Pensar, despacio y con verdadero deseo de acertar, las razones que se te ofrecieren de una y otra parte para elegir este ó aquel estado, oficio ú ocupación, teniendo en todo por norte tu salvación, y advirtiéndote que el amor propio te traerá razones humanas para que abrasces lo más cómodo, y el enemigo trabajará por desviarte del camino que Dios te presenta.*—4.ª *Consultar á algún varón sabio, prudente y temeroso de Dios, descubriéndole tus costum-*

bres é inclinaciones y las razones que se te han ofrecido en pro y en contra.—
5.^a Después de la consulta y examen haz aquello que quisieras haber hecho á la hora de la muerte, sin que te atemorices por las dificultades que no podrán menos de salirte al encuentro; pues el que te llama á un estado te dará fuerzas para cumplir con tus obligaciones.—6.^a Los padres, tutores ó demás personas que tienen influencia sobre el que hace elección, deberían tener presentes las consideraciones anteriores y no oponerse á la voluntad de Dios.

DE LA ETERNIDAD

La de los *bienaventurados* es un día que no tiene noche; la de los *condenados* es una noche que no espera día; la de los *justos* es una fuente de delicias que nunca cesa de correr; la de los *pecadores* es un río de amargura que nunca deja de pasar; la de los *buenos* es un gozo perpetuo sin disminución; la de los *malos* es un tormento perpetuo sin alivio; la de los *predestinados* es una vida que nunca muere; la de los

réprobos es una muerte que siempre vive.

DEL PECADO VENIAL

El pecado venial cometido á sabiendas y con plena advertencia, y no por mera fragilidad, tiene su malicia propia; porque aun cuando con él no perdemos la gracia de Dios, no deja de ser una desobediencia que le desagrada mucho y tiene malísimas consecuencias. Dispone para el mortal, según aquello del Espíritu Santo: *Quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá en las grandes*. Dispone, como enseña Santo Tomás: 1.^o *Directamente*, porque da fuerzas á las pasiones que arrastran al mal.—2.^o *Indirectamente*, privándonos de aquellas gracias especiales sin las que caemos fácilmente en culpas mayores.—A demás causa desgana y hastío de los perjuicios espirituales.—Merece trabajos, deshonoras, enfermedades y la misma muerte, que da Dios á veces por ligeras culpas.—Hace que se retire Dios del alma y la deje en tinieblas y desconsuelos.—Se paga

con fuego y otros tormentos en el purgatorio.

Máximas que se han de tener presentes: 1.^a Que ni por conseguir algún bien, ni por evitar mal alguno, es lícito cometer con plena advertencia un pecado venial.—2.^a Que si le llamamos pecado leve ó venial, es comparándole con el pecado mortal, y no porque en sí sea mal ligero.

Medios de que podrás valerte para la enmienda de los pecados veniales que cometes por costumbre: 1.^o Un detenido examen general y particular de todos ellos.—2.^o Imponerte alguna penitencia por cada uno que cometas.—3.^o Apenas caigas en alguno, hacer un acto de contrición.



CONSEJOS

A LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA PARA PERSEVERAR EN EL CAMINO DE LA VIRTUD Y ALCANZAR SU SALVACIÓN.

1.^o Lo primero, hija mía, guardarás con el mayor cuidado los Mandamientos de Dios y de nuestra Madre la Iglesia; para lo cual procurarás saberlos bien y entenderlos, como igualmente lo demás de la Doctrina cristiana, pues no podrá cumplir sus obligaciones el que ignore el Catecismo.

2.^o Entre todos los males no hay ninguno mayor que el pecado, y así huirás de todo pecado como de la cosa más mala que pueda haber. “Huye del pecado,—dice el Espíritu Santo,—como de la vista de una serpiente.”

3.^o Si tuvieres la desgracia de caer en algún pecado, principalmente si es grave,

con fuego y otros tormentos en el purgatorio.

Máximas que se han de tener presentes: 1.^a Que ni por conseguir algún bien, ni por evitar mal alguno, es lícito cometer con plena advertencia un pecado venial.—2.^a Que si le llamamos pecado leve ó venial, es comparándole con el pecado mortal, y no porque en sí sea mal ligero.

Medios de que podrás valerte para la enmienda de los pecados veniales que cometes por costumbre: 1.^o Un detenido examen general y particular de todos ellos.—2.^o Imponerte alguna penitencia por cada uno que cometas.—3.^o Apenas caigas en alguno, hacer un acto de contrición.



CONSEJOS

A LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA PARA PERSEVERAR EN EL CAMINO DE LA VIRTUD Y ALCANZAR SU SALVACIÓN.

1.^o Lo primero, hija mía, guardarás con el mayor cuidado los Mandamientos de Dios y de nuestra Madre la Iglesia; para lo cual procurarás saberlos bien y entenderlos, como igualmente lo demás de la Doctrina cristiana, pues no podrá cumplir sus obligaciones el que ignore el Catecismo.

2.^o Entre todos los males no hay ninguno mayor que el pecado, y así huirás de todo pecado como de la cosa más mala que pueda haber. “Huye del pecado,—dice el Espíritu Santo,—como de la vista de una serpiente.”

3.^o Si tuvieres la desgracia de caer en algún pecado, principalmente si es grave,

procura inmediatamente salir de él, haciendo actos de fervorosa contrición y confesándote lo más pronto que puedas. Así como el que ha tragado un veneno va corriendo á tomar algún remedio para vomitarlo y arrojarlo fuera, así el que haya tenido la desgracia de tragar el veneno del alma, que es el pecado, debe al momento acudir á la penitencia, que es su remedio.

4.º Y no sólo has de aborrecer los pecados graves, sino también los que se llaman veniales; pues aunque éstos no dan muerte al alma, la dejan enferma y lastimada. Todo pecado es ofensa de Dios; y así, el solo pensar que puedes ofender á Dios te debe hacer temblar.

5.º Por esta causa huirás también de todas aquellas cosas que puedan ponerte en peligro de pecar. Por ejemplo, si sabes que de hablar con tal persona, de ir á tal casa, de mirar tal objeto, de escuchar tal conversación, te pones en peligro de caer en algún pecado, aunque no sea más que de pensamiento, debes huir cuanto puedas de tales ocasiones y peligros, y no dejarte llevar en esta materia de los dictámenes del mundo, que no tiene por peligro hoy en día para las jóvenes sino lo que llega á comprometer su honor. Quien se proponga huir de esto y nada más, y asista sin reparo á toda clase de reuniones, se llenará de pecados y llevará

indignamente el nombre de hija de una Madre toda pura y sin mancha.

6.º No basta sólo el apartarse del mal; es menester además obrar el bien, guardando los Mandamientos de la Iglesia y practicando las

VIRTUDES CRISTIANAS

Humildad.—La humildad es el fundamento de las demás virtudes, y así amarás esta virtud contentándote con aquel estado y condición en que Dios te haya puesto á ti y á tu familia; y si para sustentarte tienes que ayudarte de la labor, darás gracias al Señor de que te haya puesto en el mismo estado que la Virgen santísima, la cual, con el Patriarca San José, tenían que sustentar al Hijo de Dios con el trabajo de sus manos.

Si el Señor te hubiere puesto en estado de no necesitar de estos auxilios, no por esto te envanecerás ni estarás ociosa, sino que trabajarás en componer ropas para las iglesias ó para los pobres, ó en otras obras de caridad. Jamás se emplearán mejor unas manos delicadas.

Castidad.—La castidad es una virtud celestial que hace á los hombres ángeles; por eso es tan delicada que, si no se tiene mucho cuidado y vigilancia, se pierde. Para conservar esta virtud tan preciosa y tan propia de las *Hijas de María Inmaculada* te es necesaria la oración, la mortificación, la modestia y la desconfianza continua de ti misma, con la cual huirás siempre las ocasiones y obtendrás una victoria que sólo se alcanza con la fuga.

Mortificación.—La mortificación es necesaria para refrenar nuestras malas inclinaciones. Harás, pues, algunas mortificaciones corporales, como ayunar algún día de la semana y víspera de los santos de tu devoción; siempre que para sustentarte tienes que ayudarte de la labor, darás gracias al Señor de que no sea en detrimento de tu salud, tal vez delicada, y refrenar tus ojos y apartándolos de la vana curiosidad, tus oídos cerrándolos á conversaciones peligrosas, tu lengua guardando silencio y evitando palabras inútiles. En la comida te podrás mortificar privándote de golosinas y cosas de tu gusto, y en

el sueño levantándote algo más temprano de lo regular. Pero en lo que has de poner especial cuidado es en la mortificación interior, domando tu genio, acordándote siempre de aquella gran máxima evangélica: *Tanto aprovecharás cuanto más fuerza te hicieres, y sufriendo con paciencia las flaquezas é impertinencias de los tuyos.* No olvides jamás que *si santa has de ser, los de tu casa lo han de hacer.*

Modestia.—En todas tus acciones ha de resplandecer la modestia.

Tus vestidos serán sencillos; y si acaso te obligare á otra cosa la autoridad de tus padres ó mayores, sea siempre dentro de los límites de la modestia, contra la cual nadie tiene autoridad para exigir de ti cosa alguna, abominando, por consiguiente, *siempre y en toda ocasión* los trajes escotados. Acuérdate, por otra parte, de que María santísima era pobre y vestía como pobre, y así aborrecerás el lujo y la vanidad, que pierde temporal y eternamente á tantas de tu sexo y es causa de ruina para tantas familias. No olvides, no, que el amor á los trajes y galas ha perdido á

muchas mujeres. Evita toda singularidad y extravagancia, acordándote de la máxima de San Francisco de Sales: *que á la verdadera virtud tanto se opone el lujo como el desaliño*, y nunca dejes de llevar interiormente el escapulario ó la medalla de tu amante Madre María.

Ama el retiro y la soledad, saliendo lo menos que puedas de casa; no desees ver ni ser vista, pues la que quiere agradar al mundo no puede agradar á Dios. En la iglesia estarás con recogimiento interior y exterior. Asistirás á los ejercicios espirituales donde haya más piedad, recogimiento y provecho para el alma, huyendo cuanto puedas de aquellas funciones de ruido y tumulto, que sólo sirven para distraer y quitar la devoción.

Obediencia.—Sé dócil y obediente á tus padres y mayores, y con tus hermanas y compañeras afable y caritativa. *No seas caprichosa, ni presuntuosa, ni, sobre todo, envidiosa*; pues la envidia es un vicio que, como gusano oculto, roe las entrañas y es causa de muchos pecados en las mujeres.

Caridad.—La caridad es la reina de las virtudes. Haz con tu prójimo todas las obras de caridad y misericordia que puedas y sean compatibles con tu edad, sexo y estado; estima en mucho y contribuye cuanto puedas á conservar y aumentar las asociaciones dedicadas á hacer buenas obras, como visitar á los enfermos, socorrer á los pobres, enseñar la doctrina á niños é ignorantes, prepararlos para la confesión y comunión, etc., teniendo presente lo que dice Jesucristo en el Evangelio: *que lo que se hace con los pobres y pequeñuelos es hacerlo con su misma persona*. Darás limosna según tus facultades, con licencia de tus padres ó mayores, y consejo de tu director, á quien en esto y en todo lo concerniente á tu espíritu mirarás como intérprete de la voluntad divina.

Paciencia.—La paciencia nos es necesaria para no perder el mérito de los padecimientos. Llevarás con paciencia y resignación aquellos trabajos con que el Señor quisiere probarte en esta vida á ti ó á tu familia, como las enfermedades, dolores, pobreza, etc. Procura

también sufrir con resignación y sin desmayo las censuras, críticas y oposición de los que intenten alejarte del servicio de Dios ó resfriarte en él, ya vengan de las personas del mundo, ya de los de tu misma casa, pues muchas veces lo permite el Señor para probar más la virtud.



MAXIMAS Y SENTENCIAS ESPIRITUALES

¿De qué sirve el ganar el mundo y perder el alma?

Todo se acaba, pero la eternidad no pasa nunca.

Piérdase todo con, tal que no se pierda á Dios.

Ningún pecado por ligero que sea es pequeño mal.

El que quiera agradar á Dios niéguese á sí mismo.

Todo lo que se hace por propia satisfacción es perdido.

Para salvarse es preciso temer las caídas.

Todo lo que quiere Dios essanto y perfecto.

El que no desea más que á Dios, está siempre contento en cualquier suceso.

El mundo entero no puede satisfacer nuestro corazón, y Dios sólo le contenta.

Todo nuestro bien consiste en amar á Dios, y el amor de Dios consiste en hacer su divina voluntad.

Toda nuestra riqueza está en la oración.
El que es verdaderamente humilde de corazón se complace en verse despreciado.

Para quien piensa en el infierno merecido, es ligera toda otra pena.

La verdadera caridad consiste en hacer bien al que nos hace mal.

En las cosas terrenas, escoger lo peor; en las espirituales, lo mejor.

Nunca deja Dios sin premio un buen deseo.

Vida santa y gustos sensuales no pueden estar juntos. El que confía en sí mismo se pierde; el que confía en Dios todo lo puede.

¿Qué otro mayor gusto puede tener un alma que saber que da gusto á Dios?

Dios se comunica intimamente al que todo lo deja por su amor.

Todo lo sufre en paz el que contempla á Jesús crucificado.

Es gracia especial que debemos pedir á Dios el tener devoción á su divina Madre.



SECRETOS DE LA VIDA INTERIOR

La VIDA INTERIOR es un principio de muerte, y esta muerte interior es un principio de vida.

La muerte interior es la abnegación perfecta; el desprendimiento absoluto, el despojo total de sí mismo.— Es necesario morir á todo para vivir de Dios y para Dios: no hay otro camino para llegar á la vida...

Dios sólo por testigo.— Jesuista por modelo.— María por apoyo, y después... ¡nada, nada... sino amor y sacrificio!...

Dios sólo en mi espíritu para ilustrarle.— Dios sólo en mi corazón para poseerle.— Dios sólo en mis acciones para santificarlas.— Mi Dios es mi todo... (San Francisco de Asís.)

El alma que aspira á la VIDA INTERIOR debe hablar poco..., orar mucho..., no estar asida á nada..., encerrarse en el santuario de su

corazón..., dejar pasar lo que pasa..., y no estar unida más que á Dios, que sólo es eterno y durable.

¡Pero no lograremos esto sino elevando con frecuencia nuestro espíritu hacia Dios..., haciendo continuamente reflexiones sobre nosotros mismos..., contradiciendo nuestro amor propio..., procurando con todo esfuerzo el recogimiento del pensamiento y del corazón..., la mortificación constante de los sentidos y la íntima unión con Dios!..

Los obstáculos para la VIDA INTERIOR son la disipación, la conversación demasiada con las criaturas, la infidelidad á las gracias, la satisfacción de los sentidos y los halagos del amor propio.—También las ilusiones pueden ser muy peligrosas en la vida interior...—Desconfía siempre de ti misma; procura gobernarte siempre por la obediencia, y jamás camines sino con humildad, prudencia y consejo.

¡Animo, alma mía! Sigamos á Jesús por sus huellas ensangrentadas...— Amor por amor.—Pobreza por pobreza.—Sacrificio por sacrificio.—Muerte por muerte.—Amar á Jesús es imitarle...—Imitarle es sufrir...—La grandeza de los sufrimientos es siempre proporcionada á la grandeza del amor... (San Bernardo.)—Amemos sufriendo... Suframos amando.—¡Oh! ¡Cuán dulce es el padecer á quien sabe amar á Jesucristo!..

¡Un Dios crucificado!... He aquí el eráculo de todas nuestras dudas, la respuesta á todos nuestros pretextos, la solución de todas nuestras dificultades... Que Jesús crucificado sea nuestra dulzura, nuestro consuelo, nuestra muerte y nuestra resurrección...

¡Feliz el alma que se gloria en la cruz y no se desanima en las fatigas de este camino! Ella gustará las delicias de la VIDA INTERIOR, que no consiste en otra cosa más que en la muerte á todo lo que no es Dios, en un estado escondido en el secreto de Dios, en nuestro Señor Jesucristo.

La bienaventuranza del cielo consiste en gozar.—La bienaventuranza de la tierra está en padecer.

Inmolarse es amar. ¡Oh Dios mío! ¡Cuán dispuesta estoy á inmolarlo todo!..



DÍA DE RETIRO MENSUAL (1)

En la primera ó última semana de cada mes elegirás un día que juzgues más á propósito, y en él entrarás en cuentas contigo misma, examinándote cómo has procedido en el mes anterior. Para hacerlo con más fruto, la materia de la meditación de la mañana sea tal que excite en el ánimo eficaces sentimientos y ardientes deseos de reforma de vida.

El principal ejercicio de este día consiste en el minucioso examen, en que veas cómo te has conducido en aquel mes; lo que juzgo tan interesante, que si por las muchas ocupaciones no pudieres tomar otro tiempo distinto del de la oración, después de haber movido tu voluntad con la meditación de algún punto á propósito, dedicarás todo lo restante de la hora á este utilísimo medio de santificación.

Para hacer con provecho tan santo ejercicio empieza por invocar al Espíritu Santo, pidiéndole te ilumine y te descubra todos los defectos y miserias de tu alma: puedes rezar con este fin el *Veni, Sancte Spiritus*.

(1) Compuesto en latín por el P. Jerónimo Nadal, de la Compañía de Jesús. Es utilísimo, sobre todo para las personas que tratan de veras de santificarse.



EXAMEN

PARA CON DIOS.—Si cada día has cumplido con todos los ejercicios espirituales que te habías propuesto, sin omitir ninguno: *íntegramente* no acortando el tiempo destinado; *ordenadamente*, esto es, sin inmutar el orden que te habías propuesto, á no ser con causa justa; *fevorosamente*, y con la debida atención, poniendo para ello cuanto está de tu parte.

Te examinarás en particular del modo cómo has cumplido con la oración de la mañana, la santa Misa, los exá-

menes, tanto particular como general; la lección espiritual, la comunión, las visitas al santísimo Sacramento, la unión con Dios entre día, las devociones á María santísima, al santo ángel de la guarda, al santo protector del mes y demás santos de tu devoción.

Exáminate también si has cumplido con la santa práctica de renovar la pureza de intención en las obras principales del día, y de examinarte al fin brevemente, sobre el ejercicio de la presencia de Dios por medio de oraciones jaculatorias, principalmente en las ocasiones en que te hallaste tentado ó recibiste algún particular beneficio de Dios, etc., ó cuando algún movimiento interior de devoción parecía exigirlo.

PARA CON EL PRÓJIMO.—Mira si te has portado con verdadera *humildad*, reputándote inferior á todos en tu interior y teniéndote por más despreciable y vil, dando en el exterior la preferencia á los otros cediendo y posponiéndote en cuanto puedas, sin ofensa de Dios ni violación de tus reglas si eres religiosa.

Con paciencia: Sufriendo á los que

por cualquiera causa te son molestos; y en particular te has de examinar si tienes aversión de ánimo con alguno acaso con el especioso pretexto de que tiene algunas imperfecciones impropias de tal persona, cubriéndote con capa de celo sin mezcla de misericordia.

Con caridad afectuosa: Extendiendo esta preciosa virtud á todos sin parcialidad, ni exceso de familiaridad, huyendo de la detracción y la murmuración como de peste, en particular cuando se trata de aquellas personas que nuestro Señor te ha dado por superiores.

Con verdadera edificación y buen ejemplo: En las conversaciones, procurando que sean santas ó útiles; en tu porte, modesto, grave, sin permitir juegos de manos, chanzas, ni otras libertades que desdicen hasta de una buena educación, cuanto más de una persona piadosa; en fin, en la observancia más exacta de la modestia.

Celo de las almas: Mira cómo aprovechas las ocasiones de atraer las almas de la virtud; si procuras con suave solícitud el bien de aquellos que Dios ha puesto á tu cuidado para instruir á

los ignorantes, convertir á los pecadores, perfeccionar á los justos; si cuidas que tus conversaciones sean espirituales y santas.

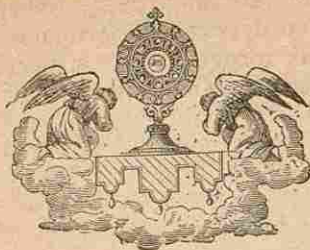
PARA CONTIGO MISMA. — Examínate cuánto has aprovechado en el verdadero conocimiento de ti misma, en la voluntaria mortificación de los sentidos, especialmente de los ojos, oídos y lengua; cómo guardas la circunspección en las palabras y la abnegación de tu propia voluntad, refundiéndola, en cuanto te es posible, en la santísima, justísima y adorable voluntad de Dios.

En la guarda de tu corazón: Velando sobre sus afectos é inclinaciones desordenadas, ya á los intereses y bienes temporales, ya á los honores y propia estimación, ya á las demasiadas comodidades y entretenimientos mundanos, ya á las lecturas poco provechosas ó perjudiciales. Mira con atención cómo guardas las obligaciones de cristiano, repasando uno por uno los Mandamientos de la ley de Dios, y no te hagas ilusión de que basta cumplir unos Mandamientos y no otros: es éste un error bastante común el día de hoy.

Mira también cómo guardas los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, y si con poco ó ningún motivo te eximes de oír Misa aun en las fiestas, de ayunar, de tomar las Bulas para ti y los tuyos. Mira también cómo cumples con las obligaciones de tu estado, y si no las sabes pregúntalas á tu confesor; éste es un punto muy descuidado aun entre personas de virtud. Mira bien las obras de misericordia, y examínate si las cumples como debes según tu posición. Examina, por fin, tus gastos, para ver si en el vestido ó en otras cosas convendría gastar menos; examina el empleo del tiempo, pues es un caudal de cuyo buen manejo se siguen tantas utilidades como perjuicios de su mal empleo. Repasa también el método de vida que te tienes prescrito, y examínate de cómo lo cumples, así como los propósitos que hiciste en el día de retiro anterior. Compárate, finalmente, contigo misma, para que conozcas si de uno á otro mes has aprovechado y héchote mejor, ó si, por el contrario, has decaído en el fervor y vuelto atrás, siendo rebelde á las luces con que te ha fa-

vorecido el Señor. Saca la cuenta de las faltas del examen particular, ve lo que has aprovechado y si te convenirá mudar otra materia ó insistir en la misma.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



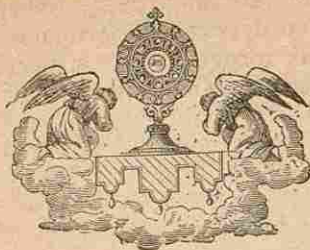
MÉTODO PRÁCTICO PARA PREPARARSE Á LA MUERTE

MODO CRISTIANO DE RECIBIR LA PRIMERA
NOTICIA DE LA MUERTE PRÓXIMA

Puesta de rodillas en tu habitación con un Crucifijo en la mano, imagínate que tu ángel de guarda te anuncia la proximidad de tu muerte por estas palabras: *Esto dice el Señor: dispón de tu casa, porque vas á morir y no vivirás; ha llegado para ti el fin de tu vida: he aquí el juez á la puerta; da cuenta de tu administración.* Inmediatamente, con ánimo alegre clama-

vorecido el Señor. Saca la cuenta de las faltas del examen particular, ve lo que has aprovechado y si te convenirá mudar otra materia ó insistir en la misma.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



MÉTODO PRÁCTICO PARA PREPARARSE Á LA MUERTE

MODO CRISTIANO DE RECIBIR LA PRIMERA
NOTICIA DE LA MUERTE PRÓXIMA

Puesta de rodillas en tu habitación con un Crucifijo en la mano, imagínate que tu ángel de guarda te anuncia la proximidad de tu muerte por estas palabras: *Esto dice el Señor: dispón de tu casa, porque vas á morir y no vivirás; ha llegado para ti el fin de tu vida: he aquí el juez á la puerta; da cuenta de tu administración.* Inmediatamente, con ánimo alegre clama-

rás con el profeta David: *Pronta estoy, Señor; soy vuestra sierva y la obra de vuestras manos; en ellas está mi vida. Heme alegrado porque se me ha dicho: vamos á la casa del Señor. Y así, saca, Dios mío, mi alma de la cárcel del cuerpo para alabar tu santo nombre.* A estos sentimientos añadirás la siguiente

ORACIÓN

¡Oh Dios! Señor de la vida y de la muerte, *por cuyo inmutable decreto está establecido que muera el hombre una sola vez* en pena de la culpa: vedme aquí sometida á esta vuestra ley. Acepto con gusto y pronta voluntad la muerte que yo, rebelde pecadora, he merecido muchas veces para presentar alguna expiación de mis culpas, y para que más prontamente pueda llegar adonde nunca os pueda ofender.

Por lo tanto, *moriré, ¡oh Señor!* con entera conformidad, en el lugar, modo y tiempo que dispusiereis. Si me destináis una muerte dolorosa y acerba, beso vuestra paternal mano; hágase vuestra

voluntad: todo esto todavía no es el infierno; más que esto merecen mis pecados. *Moriré en odio de mi misma*, para que la polilla y los gusanos corroan esta carne, que fué instrumento de tantos pecados. *Moriré por motivo de humildad*, para que sea reducida al polvo y á la nada; para que sirva á todos de objeto de horror, pues soy indigna de que la tierra me sostenga; para que el mundo se purgue de tan infame pecadora, que no queriendo sufrir el suave yugo del Señor, tan desca-radamente se apartó de su último fin.

EXAMEN DE LA VIDA PASADA
Y DEL ESTADO PRESENTE DEL ALMA

Lo primero que le viene á la memoria á aquel á quien se anuncia el peligro de la muerte, es la representación de la vida pasada y el estado presente de su alma, en la cual, como en un grande cuadro, ve retratada claramente y con toda individualidad sus acciones. Utilísimo, pues, será que ésta se examine ahora con anticipación, para lograr por este medio el perfecto conocimiento de sí misma. Por lo tanto, ve examinándote con detención acerca de los puntos siguientes:

1.º *¿Cuál es el estado presente de tu alma?*—Si hubieras de salir ahora de esta vida, ¿estarías preparada?... Apelo á tu conciencia.. Di, ¿estarías preparada? ¿Conservaste la estola de la inocencia que recibiste en el bautismo? Ó si la has manchado por el pecado mortal, ¿la has limpiado por una sincera penitencia? ¿Te has confesado siempre bien y de todos tus pecados? ¿Se halla adornada tu alma con la vestidura nupcial de la gracia santificante? ¿Quisieras salir de este mundo en el estado en que ahora te encuentras? ¿Ninguna cosa hay que angustie tu alma ni te remuerda en la hora de la muerte? ¡Qué temeridad será vivir en un estado en que no quisieras morir!

2.º *¿De qué modo has vivido?*—¿Qué es lo que has buscado con tantos cuidados y fatigas? ¿En qué has empleado el tiempo, el trabajo? ¿Por ventura ha sido para la eternidad, para tu alma, para Dios, ó más bien para la vanidad, el ocio, para el demonio? Dime: de tantos años como has vivido, ¿has pasado siquiera un mes, un día, sin cometer un pecado venial? ¿Has consa-

grado una hora entera al servicio divino sin mezcla alguna de defecto? ¿Qué has hecho por Jesucristo? ¿Qué has padecido para conseguir el cielo? ¿Has hecho por lo menos algún acto heroico? ¿Qué es lo que más particularmente te atormentará cuando, puesto al borde de la eternidad, estés próxima á entregar tu alma á Dios? ¿Qué responderás al divino Juez cuando te pida cuenta especial de tal y tal acción?

3.º *¿De qué manera quisieras haber vivido entonces?*—¿Con qué intención y perfección quisieras haber practicado las obras cotidianas? ¿Qué estado tomarías entonces? Ó en el ya elegido, ¿de qué modo quisieras haber servido á tu Dios? ¿Te pesaría en aquel momento de haber empleado tu vida en ejercicios de piedad? ¿Apruebas la vida que hasta aquí has tenido? ¿De qué te sirve ahora haber dado tantos gustos á tu cuerpo, haber disfrutado de todas las comodidades y haberte elevado sobre los demás? ¿Qué te perjudicaría ahora el haber vivido oculta, enferma, pobre y despreciada? ¡Ah! El único dolor á la hora de la muerte será

haber vivido con tibieza; el único consuelo, lo que por Dios y por nuestra alma hayamos hecho y lo que con resignación hayamos padecido.

4.º *¿Cómo morirás?*—Acaso esa inconstancia en que vives entre el bien y el mal, entre la tibieza y el fervor, ¿te podrá asegurar lo perseverancia final? La muerte es el eco de la vida; sería, pues, un milagro que muriese bien y santamente el que tibia y malamente haya vivido. ¿Por ventura tienes seguridad de que vencerás aquella última tentación con la cual el infernal enemigo hará los últimos esfuerzos para hacerte caer en pecado? Por el contrario, ¿no será de temer que de esa pasión que te domina, si no la refrenas, se valga el demonio como de instrumento para ponerte asechanzas á la hora de tu muerte? ¿Has practicado por ventura alguna buena obra singular ó extraordinaria, que sirva para esperar con especial fundamento la gracia final y la gloria? ¿Borraste con obras de penitencia el resto de la pena que contrajiste? ¿Te librarás de las llamas del purgatorio?

Hechas con detención estas reflexiones, escribe ó fija bien en tu memoria los propósitos que hicieres. ¡Oh qué feliz y prudente es el que vive de la misma manera que quisiera hallarse á la hora de la muerte!

RECEPCIÓN ESPIRITUAL DEL SAGRADO VIÁTICO Y EXTREMAUNCIÓN

La mejor y más principal preparación para la muerte consiste en la cuidadosa purificación y expiación del alma. Imagínate, pues, que por instantes, avisada ya de la proximidad de tu muerte, te hallas postrada en cama, gravemente enferma y próxima á recibir el sagrado Viático y á ser ungienda con el santo óleo. Así, pues, preparándote breve pero eficazmente para recibir la sagrada comunión, comulgarás espiritualmente como si fuera por Viático.

Después, con el santo Crucifijo irás tocando los sentidos que se ungen con el santo óleo, haciendo la señal de la cruz en cada uno de ellos y pronunciando devotamente la fórmula para

cada sentido, diciendo: Por esta santa unción y su piadosísima misericordia, me perdone el Señor cuanto le he ofendido por la vista †, por el oído †, por el olfato †, por el gusto y habla †, por el tacto y pasos †. Amén.

Al mismo tiempo te dolerás de todo corazón de los pecados que hayas cometido por estos sentidos, y para aplacar á la divina Majestad le ofrecerás los dolores que Jesucristo padeció en los mismos sentidos. Por último, pedirás á Dios fervorosamente dos gracias, á saber: el entero perdón de todas tus culpas y penas, y la perseverancia final.

RECOMENDACIÓN
DEL ALMA Y SU SEPARACIÓN DEL CUERPO

Figúrate que ya, desahuciada de los médicos, te vas acercando á la agonía, y que el confesor te presenta la imagen de Jesucristo crucificado, y poniéndote la candela encendida en la mano, con una voz suave y compasiva empieza á decirte: *Sal, alma cristiana, de este mundo: hoy mismo será tu habitación en la santa Sión, donde habita*

tu Dios y Señor. Pero como todavía no estás de ello segura, colocada entre la esperanza y el temor de una eternidad feliz y otra desgraciada, incierta de tu futura suerte empiezas á temer y temblar...

Más ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué te conturbas? Espera en Dios, que puede, sabe y quiere salvarte; tus pecados, aunque sean los más graves, siempre son inferiores á su misericordia. Es Padre benigno, que se compadece de las miserias de sus hijos; que conoce nuestra nada, y cuyas misericordias son sobre todas sus obras. Y ciertamente, el que nos dió á su Hijo, ¿por ventura nos negará el cielo? ¡Ah, alma mía, no se le puede hacer mayor agravio al Señor que poner en duda su clemencia! Además de esto, tienes por abogado para con el Padre á Jesucristo, justo y santo; sus llagas piden por ti; su sangre es el precio pagado por ti; los méritos la sangre, las llagas de Jesucristo son tuyas. Si todo esto lo presentas á la Justicia divina, más es lo que pagas que lo que debes.

Mira, alma mía, á tu Amor crucifica-

do cómo inclina la cabeza para darte el ósculo de paz, cómo extiende sus brazos para estrecharte con ellos; mira en la llaga de su costado abierta una puerta espaciosa para que entres en su Corazón divino, y en él, como en un sagrado asilo, te refugies. Espera, pues, y confía. Mira también á la compasiva Madre de los pecadores, María, Madre de las Misericordias, intercediendo con el divino Juez, que es su Hijo.

Después fija la vista en el Crucifijo, y como si fueras ya á expirar harás con gran fervor los actos siguientes:

Creo en Vos, ¡oh Dios mío!, suma Verdad: me humillo delante de Vos, pues soy nada: me pesa de haberos ofendido, ¡oh suma Bondad!: propongo antes morir que volver á cometer un solo pecado, ni aun venial. Espero de vuestra infinita misericordia el perdón, la gracia y la gloria. Os amo, dulce Bien mío, sumamente amable; os amo sólo por ser quien sois; os amo sobre todas las cosas y con todas mis fuerzas. Os doy gracias, amado Bienhechor mío, por tantos beneficios como me habéis

hecho en toda mi vida. Deseo con todas mis ansias llegarme á Vos como á mi último fin, y unirme con Vos para no separarme jamás.

¡Oh Trinidad sacrosanta!, concededme la gracia final. Deseo ya que este cuerpo terreno se disuelva para vivir con Cristo. ¡Oh gozos verdaderamente infinitos los que tiene Dios preparados para los que le aman! ¡Dios mío y todas las cosas! Yo quiero y deseo recibir la absolución sacramental y ganar cuantas indulgencias están concedidas para la hora de la muerte. ¡Oh misericordia de mi Dios! Señor, en tus manos encomiendo mi alma. Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

ACEPTACIÓN DE LA MUERTE

Dios mío, Vos habéis determinado mi muerte desde la eternidad. Yo la acepto con todo mi corazón, y os la ofrezco en sacrificio y holocausto, alegrándome de la destrucción de mi cuerpo por que resplandezca más la absoluta autoridad y dominio que tenéis sobre la vida y la muerte. Os la ofrez-

co igualmente en sacrificio de propiciación y en penitencia de mis pecados, y me alegro que estos ojos, que tanta libertad se han tomado contra Vos, queden con la muerte ciegos hasta el fin del mundo.

Me alegro que esta lengua, que tantas veces se ha empleado en palabras vanas, murmuraciones y mentiras, quede con la muerte muda, y sea comida de gusanos en el sepulcro.

Me gozo de que estas manos y estos pies, que han sido instrumentos á mi corazón para tantos pasos torcidos y acciones desordenadas, queden con la muerte sin movimiento y sin acción entre los horrores de una hedionda sepultura.

Me gozo de que este mismo corazón, que siendo formado para daros todos sus afectos los ha empleado en miserables é indignas criaturas, pague con la muerte traición tan infame, sea arrojado á la tierra y reducido á ceniza. Yo, Señor, me alegro que la muerte, como ministro de vuestra justicia, eche á la tierra y reduzca á menudo polvo á mi miserable cuerpo, que ha sido la infa-

me casa en que mi corazón, sentidos y potencias, traidoras á vuestra Majestad, han formado tantas conjuraciones contra Vos.

Acepto gustosa la muerte, por ser voluntad vuestra que yo me sujete á ella. Acepto gustosa la muerte porque con ella se acabarán mis pecados. Acepto gustosa la muerte por no veros tan ofendido de las criaturas. Acepto gustosa la muerte para honraros, Señor, y desagraviaros de las ofensas que he cometido, persuadida de que con sacrificio ninguno os puedo de mi parte honrar y desagraviar mejor que con esta aceptación de la muerte, que también la acepto gustosa porque con ella pago y satisfago, más que con cualquiera otra penitencia, las penas que merezco por mis culpas.

Finalmente, acepto gustosa la muerte porque espero de vuestra bondad y misericordia infinita me habéis de conceder la gracia de ver vuestro hermosísimo rostro y amaros eternamente en la gloria.

ORACIÓN

Á JESÚS CRUCIFICADO PARA OBTENER UNA BUENA MUERTE

Señor mío Jesucristo, Dios de bondad, Padre de misericordia: me presento ante Vos con el corazón humillado y contrito, y os encomiendo mi última hora y lo que después de ella me espera.

Cuando mis pies, perdiendo su movimiento, me adviertan que mi carrera en este mundo está próxima á su fin, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis manos, trémulas y entorpecidas, no puedan ya estrechar el Crucifijo, y á pesar

mío lo deje caer sobre el lecho de mi dolor, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis ojos, vidriados y desencajados por el horror de la inminente muerte, fijen en Vos sus miradas lánguidas y moribundas, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis labios, fríos y convulsos, pronuncien por última vez vuestro adorable nombre, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi cara, pálida y amoratada, cause lástima y terror á los circunstantes, y mis cabellos, bañados con el sudor de la muerte, erizándose en la cabeza, anuncien que está cercano mi fin, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis oídos, próximos á

cerrarse para siempre á las conversaciones de los hombres, se abran para oír de vuestra boca la sentencia irrevocable que ha de fijar mi suerte por toda la eternidad, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi imaginación, agitada de horribles fantasmas, me cause mortales congojas, y mi espíritu, perturbado con el temor de vuestra justicia por el recuerdo de mis iniquidades, luche con el infernal enemigo, que quisiera quitarme la esperanza en vuestra misericordia y precipitarme en los horrores de la desesperación, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi corazón, débil y oprimido por el dolor de la enfermedad, se vea sobrecogido por el temor de la muerte, fatigado

y rendido por los esfuerzos hechos contra los enemigos de mi salvación, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando derrame las últimas lágrimas, síntomas de mi destrucción, recibidlas, Señor, como un sacrificio de expiación, á fin de que yo muera como víctima de penitencia; y en aquel momento terrible, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis parientes y amigos, juntos alrededor de mí, se estremezcan al verme y me encomienden á Vos, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando, perdido el uso de los sentidos, el mundo todo desaparezca de mi vista, y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte, *Jesús*

misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando los últimos suspiros del corazón esfuerquen al alma para salir del cuerpo, aceptadlos, Señor, como hijos de una santa impaciencia de ir á Vos, y entonces, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi alma salga para siempre de este mundo, dejando el cuerpo pálido, frío y sin vida, aceptad la destrucción de él como un homenaje que rindo á vuestra divina Majestad; y en aquella hora, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

En fin, cuando mi alma comparezca ante Vos y vea por primera vez el esplendor de vuestra Majestad, no la arrojéis de vuestra presencia; dignaos recibirme en el seno de vuestra mi-

sericordia para que cante eternamente vuestras alabanzas; y entonces, ahora y siempre, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

ORACIÓN

¡Oh Dios mío, que al condenarnos á la muerte nos habéis ocultado su momento y hora! Haced que viviendo en la justicia y santidad todos los días de mi vida, merezca salir de este mundo en vuestro santo amor. Por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo. Amén.

Se ganan 100 días de indulgencia rezando estas oraciones una vez al día, y una plenario al mes confesando, comulgando, etc. (Pío VII y León XII.)





DEL EXAMEN PARTICULAR

Bien practicado, es uno de los medios más eficaces para enmendarse y adelantar en la virtud. El método que enseña San Ignacio de Loyola en el libro de los *Ejercicios espirituales* es el siguiente:

Al levantarse por la mañana, hacer firme propósito de evitar con diligencia aquel pecado ó defecto que se quiere corregir, ó de practicar actos de aquella virtud que se desea alcanzar,

Llegada la hora del examen, pedir á Dios nuestro Señor gracia para acordarse cuántas veces se ha caído en aquel pecado ó defecto y para enmendarse en adelante; y vistas las faltas (recorriendo las diversas ocupaciones del día, los sitios donde se ha estado, las personas con quienes se ha tratado), pedir perdón á Dios y proponer de nuevo la enmienda hasta el próximo examen.

Cuatro remedios para hacer más eficaz el examen particular: 1.º Cada vez que se caiga en aquel pecado ó defecto de que se lleva examen, poner la mano en el pecho doliéndose de haber faltado, lo cual se puede hacer aun delante de muchos sin que conozcan lo que se hace.—2.º Mirar si hay enmienda del primer examen al segundo.—3.º Si se hace dos veces al día el examen, conferir los dos de hoy con los dos de ayer, y mirar si ha habido enmienda.—4.º Comprar una semana con otra para el mismo fin.

ASUNTOS PARA EL EXAMEN PARTICULAR

DE LA HUMILDAD

I. No decir palabras que puedan redundar en mi alabanza y estima.

II. No holgarme cuando otro me alaba y dice bien de mí: antes tomar de eso ocasión para humillarme y confundirme más, viendo que no soy tal como los otros piensan ni cual debía ser, y con esto se puede juntar holgarme cuando alaban á otro y dicen bien de él. Cuando tuviere algún sentimiento de esto ó algún movimiento de envidia,

apuntarlo por falta, y también cuando tuviere algún contentamiento vano de que dicen bien de mí.

III. No hacer cosa alguna por respetos humanos, ni por ser visto y estimado de los hombres, sino puramente por Dios.

IV. No excusarse, ni mucho menos echar la culpa á otro, ni exterior ni interiormente.

V. Cortar y cercenar luego los pensamientos vanos, altivos y soberbios que me vinieren de cosas que tocan á mi honra y estima.

VI. Llevar bien todas las ocasiones que se me ofrecieren de humildad, y en esto tengo de ir creciendo y subiendo por estos tres grados: 1.º Llevándolas con paciencia; 2.º, con prontitud y facilidad; 3.º, con gozo y alegría. Y no tengo de parar hasta tener gozo y regocijo en ser despreciado y tenido en poco, por parecer é imitar á Cristo nuestro Redentor, que quiso ser despreciado y tenido en poco por mí.

VII. Lo séptimo se puede traer examen particular, así en esta materia como en otras semejantes, de hacer algu-

nos actos y ejercicios de humildad, ó de otra virtud de que trajere uno examen particular, así interiores como exteriores, actuándose en aquello tantas veces á la mañana y tantas á la tarde, comenzando con menos, y yendo añadiendo más, hasta que vaya ganando hábito y costumbre en aquella virtud.

DE LA CARIDAD FRATERNAL

I. No murmurar ni decir falta alguna de otro, aunque sea ligera y pública, ni deshacer sus cosas, ni dar muestra alguna de desestima de él, ni en presencia ni en ausencia, sino procurar en cuanto se pueda que en mi boca todos sean buenos, honrados y estimados.

II. Nunca decir á otro: «Fulano dijo esto de Ud.», siendo cosa de que puede recibir algún disgusto, por pequeño que sea, porque es sembrar discordias y cizaña.

III. No decir palabras picantes ni de que otro se pueda mortificar, ásperas ó impacientes. No porfiar, ni contradecir, ni reprender á otro que no sea subordinado.

IV. Tratar á todos con amor y caridad, y mostrarlo en las obras, procurando acudirles, ayudarles y darles contento en cuanto pudiere; y especialmente cuando tiene cargo de otros, ha de procurar mucho esto, y suplir con el buen modo, y con las buenas respuestas y palabras, lo que no pudiere con la obra.

V. Evitar cualquiera aversión, y mucho más el mostrarla, como sería dejar por algún disgusto de hablar á otro y de acudirle en algo pudiendo, ó dar significación alguna de estar quejoso de él.

VI. No juzgar mal á nadie, antes procurar excusar sus faltas consigo y con otros, teniendo mucha estima de todos.

DE LA MORTIFICACIÓN

I. Mortificarme en las cosas y ocasiones que se ofrecen sin andarlas yo á buscar, ahora vengan inmediatamente de Dios, ahora vengan por medio de los Superiores, ó por medio de nuestros prójimos, ó por otra cualquiera vía, procurando llevarlas bien y aprovecharme de ellas.

II. Mortificarme y vencerme en todo aquello que me impidiere cumplir con mis obligaciones, y hacer bien las cosas ordinarias, así espirituales como exteriores; porque todas las faltas que en esto hacemos son, ó por no vencernos y mortificarnos en padecer algún trabajo, ó por no abstenernos de algún gusto y deleite.

III. Mortificarme andando con la modestia que debo, y especialmente en los ojos y lengua, cuando en eso hubiere alguna falta.

IV. Mortificarme en algunas cosas que lícitamente pudiera hacer, como en no ver alguna cosa curiosa, no preguntar ni querer saber lo que no importa, no decir algunas cosas que tengo ganas de decir, y otras cosas semejantes; trayendo examen de hacer tantas mortificaciones de éstas á la mañana, y tantas á la tarde, comenzando con menos y yendo añadiendo más, porque el ejercicio de estas mortificaciones voluntarias, aunque sea en cosas pequeñas, es de muy gran provecho.

V. Mortificarme en las mismas cosas que tengo obligación de hacer, de esta

manera: que cuando voy á comer, estudiar, leer, pasear ó á otra cualquiera ocupación de que gusto, mortifique primero mi apetito y voluntad, diciendo interiormente: «No quiero, Señor, hacer esto por mi gusto, sino porque Vos lo queréis.»

DE LA ABSTINENCIA Ó TEMPLANZA

I. Observar los ayunos y abstinencias prescritos por la Iglesia.

II. No exceder en la cantidad la regla de la templanza, ni en la calidad de los manjares hacer excesos reprehensibles.

III. No comer con mucha ansia ni con mucha prisa, sino con modestia y decencia, no dejándome llevar del apetito.

IV. No hablar de cosas de comida, y mucho menos quejarme de ella.

V. Cortar y atajar pensamientos de gula.

DE LA PACIENCIA

I. No dar señal alguna exterior de

impaciencia, sino reprimir todos los movimientos y afectos contrarios.

II. No dar lugar á que éntre en el corazón perturbación alguna, sentimiento, indignación ó tristeza, y mucho menos deseo de venganza alguna, aunque sea muy ligera.

III. Tomar todas las cosas y ocasiones que se me ofrecieren como enviadas de la mano de Dios para mi provecho, y de cualquiera manera y por cualquier medio ó vía que vengan.

IV. Irme ejercitando y actuando en esto por estos tres grados: lo primero, llevando todas las cosas que se me ofrecieren con paciencia; lo segundo, con prontitud y facilidad; lo tercero, con gozo y alegría, por ser aquélla la voluntad de Dios.

DE LA CASTIDAD

I. Traer recato en la vista, no mirando á personas ni cosas que puedan ser incentivo de tentación.

II. No decir ni oír palabras que toquen á esta materia ó que puedan despertar movimientos ó pensamientos.

tos malos, ni leer cosas semejantes.

III. No dar lugar á pensamientos ningunos que toquen á esto, aunque sea muy de lejos, desechándolos con mucha diligencia y presteza luego al principio.

IV. No asistir á espectáculos ó reuniones en que peligre esta virtud tan delicada; y si no puede evitarlos, estar muy sobre aviso.

V. Guardar consigo mismo mucha decencia y honestidad.

DE HACER LAS OBRAS ORDINARIAS
BIEN HECHAS

I. No dejar día ninguno de hacer algunas devociones.

II. Hacer bien los ejercicios espirituales, Misa, rezo, etc., procurando sacar de ello el fin y el fruto para que está ordenada cada cosa, y no haciéndola como por costumbre, por cumplimiento y ceremonia.

III. Hacer las cosas como quien las hace por Dios y delante de Dios.

IV. No cometer faltas deliberadas.

V. Hacer mucho caso de faltas veniales para librarme de las mortales.

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD
DE DIOS

I. Tomar todas las cosas y ocasiones que se ofrecieren como venidas de la mano de Dios, que me las envía con entrañas de padre para mi mayor bien y provecho, y conformarme en ellas con su santísima y divina voluntad, como si viese al mismo Cristo que me está diciendo: «Hijo, yo quiero que ahora hagas ó padezcas esto.»

II. Procurar ir creciendo y subiendo en esta conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas por estos tres grados: lo primero, llevándolas con paciencia; lo segundo, con prontitud y facilidad; lo tercero, con gozo y alegría, por ser aquélla la voluntad y contento de Dios.

III. No tengo de parar en este examen y ejercicio hasta que halle un entrañable gusto y regocijo en que se cumpla en mí la voluntad del Señor, aunque sea con trabajos, menosprecios y dolores, hasta que todo mi gozo y contento sea la voluntad y contento de Dios.

IV. No dejar de hacer cosa que entienda ser voluntad de Dios y mayor gloria y servicio suyo, procurando imitar en esto á Cristo nuestro Redentor, que dijo: «Yo siempre hago aquello que agrada á mi Eterno Padre.»

Andar en este ejercicio será muy buen modo de andar en la presencia de Dios y en continua oración, y muy provechoso.

El examen de la mortificación que pusimos arriba se podrá traer mejor por vía de conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas y ocasiones como venidas de la mano de Dios, de la manera que aquí se ha dicho, y de esta suerte será más fácil y gustoso y más provechoso, porque será ejercicio de amor de Dios.

Advertencia.—No queremos decir que el examen particular se haya de traer por el orden que aquí se ponen las virtudes, ni por el orden de los grados ó partes que se ponen en cada una de ellas; sino la regla que en esto se ha de tener ha de ser que cada uno escoja la virtud de que más necesidad tuviere, y en ella comience por aquella

parte ó grado que más ha menester; y en concluyendo con eso, vaya escogiendo de lo demás lo que más le conviniere hasta alcanzar la perfección de aquella virtud con la gracia del Señor.





TESTAMENTO ESPIRITUAL

DE SAN CARLOS BORROMEIO PARA HACER-
LE EN SALUD Y RENOVARLE Á LA HORA
DE LA MUERTE.

Siendo innumerables los peligros á que está sujeta la vida humana, y conociendo, yo pecador, que he nacido para morir, y no sé la hora, con el fin de que no me halle la muerte desprevenido he determinado disponerme con la ayuda de Dios; y así, postrado á los pies de mi Señor Jesucristo, crucificado por mi amor, declaro á todas las criaturas del cielo y de la tierra que mi última voluntad es la que aquí explico en la forma siguiente:

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Primeramente digo que, como fundamento de mi salvación, protesto en presencia de Dios omnipotente, de la Virgen santísima, Madre suya, y de toda la corte celestial, que mi vo-

luntad es vivir y morir obediente á la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, creyendo firmemente, como creo, todos los artículos de la fe enseñados por los santos Apóstoles, como los propone y explica nuestra Santa Madre Iglesia. Así, pues, si alguna vez me ocurre alguna cosa contra ellos, la tengo desde luego por error y por tentación del enemigo. Y si dijere ó hiciere algo que sea contrario, lo que Dios no permita, en virtud de esta cláusula lo revoco y anulo, y es mi voluntad que se tenga por no dicho ni hecho.

Declaro por esta mi última voluntad que en mi muerte deseo recibir el santo sacramento de la Penitencia, confesándome enteramente de mis pecados; y si por algún accidente no me pudiere confesar, es mi voluntad confesarme y dolerme de todos ellos y llorarlos amargamente, no tanto por el temor de las penas eternas, cuanto por haber ofendido al sumo Bien, á quien debo servir y amar sobre todas las cosas, lo cual ahora propongo firmemente con su divina gracia todo el tiempo que me resta de vida.

Es mi voluntad recibir también el santo Viático; y si por alguna causa no pudiere ser, declaro que mi voluntad es recibirle á lo menos espiritualmente, adorando de corazón á mi Señor Jesucristo sacramentado, y suplicándole que se digne acompañarme en tan peligroso viaje, defenderme de los enemigos

infernales y llevarme al puerto seguro de la eterna bienaventuranza.

Declaro asimismo que mi voluntad es pasar de esta vida habiendo recibido el sacramento de la Extremaunción; y no pudiendo recibirlo, ruego á mi Dios y Señor se digne ungirme con el óleo santo de su misericordia, perdonándome los pecados que cometí con los cinco sentidos corporales.

También es mi voluntad acabar la vida esperando de la infinita misericordia de Dios el perdón de todos mis pecados y la salvación de mi alma, teniendo como tengo por infalible la palabra de mi Señor Jesucristo que dijo: *No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores.*

Confieso que aun las obras buenas las hice siempre con muchas imperfecciones y negligencias. Y para que el demonio quede confuso declaro que no presumo por solas mis obras merecer el cielo, sino principalmente por los infinitos merecimientos y preciosa sangre de mi Señor Jesucristo derramada por mi salvación eterna.

Es mi voluntad padecer con paciencia y conformidad hasta el último aliento de mi vida, en unión de lo que mi divino Salvador padeció por mí, cualquiera enfermedad y dolor que Dios me envíe; y si por fragilidad y miseria caigo en alguna impaciencia ó queja inmoderada, desde ahora me arrepiento

de la culpa y mal ejemplo que dé, sea de obra, sea de palabra, rogando á Dios que no me desampare en aquel peligroso y último trance.

Perdono todas las injurias que me hayan hecho los hombres, rogándoles que también ellos me perdonen á mí; y á Dios que de ellas no les tome cuenta, sino que los ayude y asista con su gracia, usando con todos de indulgencia y piedad.

Doy gracias al Señor por todos los beneficios que me ha dispensado, así espirituales como corporales, particularmente por los de la creación, redención y vocación á su santo conocimiento, y también por haberme hasta ahora esperado á penitencia, habiendo merecido que me castigase mil veces con penas eternas. Sea para siempre bendita su bondad y misericordia.

Deseo que de esta mi última voluntad sea ejecutora la gloriosísima Virgen María, abogada de pecadores; el glorioso patriarca San José, y mis principales abogados y protectores San N. y San N., á los cuales ruego que me favorezcan en aquella hora, pidiendo al Señor se digne por su infinita clemencia recibir mi alma en la paz eterna de los Santos.

Constituyo y nombro por defensor de mi alma al Santo Angel de mi guarda en el tribunal de Dios, cuando se vea mi causa y se pronuncie sentencia definitiva, rogándole que, pues nuestro Señor le encomendó mi al-

ma, poniéndola bajo su tutela y amparo en esta vida, la proteja y coloque por sus manos en las moradas eternas de la gloria.

Ruego por las entrañas de Jesucristo á todos mis parientes y amigos que me ayuden con oraciones y obras satisfactorias, y especialmente con el santo sacrificio de la Misa, como medio entre todos el más eficaz para que si, por misericordia de Dios, fuere mi alma destinada á las penas del purgatorio, se libre pronto de ellas y vuelva á gozar de la vista de Dios, que yo les ofrezco no ser ingrato á tan gran beneficio.

Finalmente, rindiendo humildes gracias al Señor por haberme hasta ahora conservado la vida, protesto y declaro ser mi ánimo aceptar la muerte en cualquier modo y hora en que me la mande, recibéndola humildemente en satisfacción de mis pecados, y conformando en esto y en todo mi voluntad á la suya santísima y amabilísima, de la que rendidamente le suplico no permita que me aparte jamás. Amén.



EJERCICIOS ESPIRITUALES

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola fueron muy elogiados y recomendados con eficacia por los varones más ilustres en ciencia y santidad de los tres últimos siglos. — Dejando de citar en su abono, porque pudieran parecer testigos parciales, á los domésticos, como San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Francisco de Jerónimo, San Pedro Claver, Beatos Canisio y Fabro, y tantos santísimos y sapientísimos varones que, formados primero ellos en esta oficina de santidad, santificaron después por el mismo medio pueblos y ciudades enteras, podíamos nombrar entre los encomiadores de los ejercicios á San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, San Felipe Neri, San Vicente de Paul, Santa Teresa de Jesús, Santa María Magdalena de Pazzis, los venerables

Fray Luis de Granada, Blosio, Avila y otros muchos cuyos solos nombres formarían un larguísimo catálogo y sus testimonios un abultado volumen.

¿Y qué habían de hacer sino elogiarlos, cuando en sí y en otros habían experimentado su maravillosa virtud? A ellos se ha debido la entera conversión de innumerables pecadores inveterados en el vicio, y la altísima perfección y heroísmo á que se elevaron muchas almas nobles y generosas; á ellos son acreedoras las Religiones de no pocos de sus esclarecidos hijos que, viendo en aquel retiro desnuda la vanidad del mundo, aprendieron á despreciarla; á su divina eficacia han debido también corporaciones enteras el fervor y exacto cumplimiento de sus reglas que en sus miembros se vió renacer.

Tan admirables frutos y extraordinarias conversiones que desde el principio se comenzaron á hacer, dieron lugar á que los ignorantes ó malévolos asegurasen haber en ellos no sé qué de encantamiento ó magia que trastorna las conciencias. Y es verdad que como no fueron obra del hombre, sino inspiración de Dios, hay escondida en aquellas sencillas palabras una como magia divina, que es la virtud omnipotente del mismo Dios, la cual, entrando como envuelta en aquellas verdades, produce sus prodigiosos efectos en el interior del que con la consideración se las

apropia y asimila. Y así debió de suceder que el principal autor de aquel admirable libro fuese Dios, y San Ignacio de Loyola el instrumento; porque apenas dejaba la espada de soldado, estando tan solamente* iniciado en la ciencia de la virtud, supo dar unidad á los materiales de meditaciones y exámenes ya antes conocidos y practicados, y reducir á *arte* el negocio de santificarse el hombre. Y éste es el secreto de la fuerza de los ejercicios: estar entre sí sus partes tan artificiosamente unidas y trabajadas, y los medios tan bien escogidos y enlazados, que, ayudando la gracia divina en ellos depositada, indefectiblemente consiguen el fin á que se enderezan y ordenan. Ojalá que todos quisieran probar con la experiencia propia que ésta no es exageración.

Si el mundo se hiciese un gran templo y hubiese una voz que, resonando en todo él, propusiese los *Ejercicios*, ¡cuán trocado quedaría el mundo! ¡Cómo desaparecerían la mayor parte de los crímenes y pecados, y casi quedaría convertido en un edén de virtudes lo que es ahora asiento y fragna de todos los vicios! Si cuando se encuentra el cristiano turbado por los remordimientos de conciencia, y necesitado de luz para dirigir los pasos de su vida, ó sin aliento para empezar ó continuar el camino de la virtud, se retirase ocho días á hacer ejercicios, vería cómo se

le daba la paz, la luz y el esfuerzo que necesitaba.

Porque así es: ha suscitado tantas persecuciones y difundido tan calumniosas críticas contra los *Ejercicios* aquel que ataca siempre las obras de Dios y que destruye con su tiránico imperio lo que ha asentado en las almas el reino de la virtud. Y, por el contrario, los Vicarios de Jesucristo Paulo III, Paulo V, Alejandro VII, Clemente XI y XII y Benedicto XIV se han declarado sus protectores y encomiadores, y para inducir á los fieles todos á que los hagan han concedido varias gracias.

Alejandro VII, en 21 de Octubre de 1659, concedió indulgencia plenaria á los que empleen en ellos ocho días en los Colegios ó Casas de la Compañía; Benedicto XIV extendió la misma indulgencia á los que sólo hagan cuatro ó cinco días, con tal que sea bajo la dirección de los Padres de la dicha Compañía.



PLAN DE VIDA DEL CRISTIANO

No basta haberte puesto en estado de gracia por medio de una buena confesión; es preciso tomar algunas precauciones para perseverar hasta el fin. Para esto observa el plan preservativo siguiente:

Cada día. — 1.º Luego que te levantes, ofrece al Señor todas tus obras; después, si tus obligaciones te lo permiten, oye la santa Misa meditando alguna de las verdades eternas ó algún misterio de la Pasión del Señor, etc.

2.º Entre día ocúpate con mucha aplicación en las obligaciones de tu estado, cuidando de levantar cada vez que da el reloj el corazón á Dios, rezando el *Ave María* y diciendo alguna jaculatoria. Si puedes sin perjuicio de tus ocupaciones, escoge un cuarto de hora para leer en algún libro piadoso.

3.º Al anochecer, en la iglesia ó en casa, reza el santo *Rosario*; y antes de ir á la cama, puesto de rodillas examina tu conciencia

mirando cómo has pasado el día, conforme al método que se encuentra en la pág. 81.

Cada semana.—1.º Procura santificar los domingos asistiendo á la Misa parroquial, visitando algún enfermo, teniendo más lectura espiritual, tomando algún honesto recreo; no dejes de leer en algún Catecismo explicado, como el Mazo.

2.º Designa alguna mortificación para algún día de la semana con consejo de tu director.

Cada mes.—1.º Confiesa y comulga una ó más veces, según el consejo de tu confesor.

2.º Ten un día de retiro, según el orden que el mismo confesor te señale, en el que leerás y renovarás estos propósitos.

Cada año.—1.º Haz una confesión general; celebra con particular devoción las fiestas de la santísima Virgen, el día del Santo en que recibiste el bautismo y el de los Santos tus abogados.

Mientras te dure la vida.—1.º Guarda con grande cuidado los Mandamientos de la ley de Dios, los de la Santa Madre Iglesia y las obligaciones de tu estado.

2.º Evita las malas compañías, las lecturas y diversiones peligrosas; sean tus amigos temerosos de Dios.

3.º Viste con modestia, y más bien gastando menos que más de lo que te permite tu estado.

4.º Ten confesor fijo á quien descubras toda tu conciencia.

5.º No tomes resolución alguna de importancia sin su consejo ó el de otro varón prudente; tales son: obligarte con voto á algo ó comprometerte para tomar estado, ya sea el de Religión, el de matrimonio, etc.





PROPOSITOS Y RESOLUCIONES

QUE DEBEN TENER PRESENTES LAS HIJAS
DE MARÍA EN TIEMPO DE EJERCICIOS DU-
RANTE LAS ELECCIONES.

Y dije: *Ahora empiezo.*

(Psalm. LXXVI.)

¡Oh adorable Salvador mío!
Postrada á vuestros pies os ofrez-
co con toda confianza las resolu-
ciones que vuestra infinita bon-
dad se ha dignado inspirarme en
los días de mi sosiego y felicidad:
concededme la gracia de obser-
varlas fielmente hasta mi último
suspiro.

1.^a Seré muy puntual en ha-

cer los ejercicios de la mañana
y de la noche, persuadida de las
muchas gracias que á ellos están
vinculadas; procuraré asistir to-
dos los días al santo sacrificio de
la Misa y tener un rato de medi-
tación ó de lectura espiritual, y
no omitiré el examen de concien-
cia antes de acostarme.

2.^a Me confesaré al menos ca-
da mes, ó con más frecuencia si
me fuere posible, y no me escu-
charé jamás á mí misma sobre
mi falta de disposición y de fer-
vor; para ello seguiré fielmente
los consejos de mi confesor, y
combatiré con firmeza toda incli-
nación que me lleve al desaliento
y tibieza espiritual.

3.^a Me mostraré siempre muy
sumisa á mi Madre la Santa Igle-
sia, y tendré horror á todo lo que
pueda debilitar el respeto, obe-

diencia y amor que le debo. Para responder á las objeciones que se me pueden hacer contra mi santa Religión, diré: Yo creo lo que la Iglesia cree, condeno lo que ella condena, practico lo que manda practicar, y no pretendo saber más que ella.

4.^a Por mucho que me cueste, evitaré cuidadosamente lo que por su naturaleza ó por mi debilidad me fuere ocasión peligrosa. Si me espanta la dificultad, pensaré en la recompensa. ¡Una vida sosegada y sin turbación, una muerte tranquila, el cielo!!!

5.^a Resistiré con prontitud á las tentaciones, ya con un suspiro hacia Dios, ya con un movimiento de fervor de mi corazón, ó por el menosprecio de las sugerencias del maligno espíritu; en la misma agitación del combate

procuraré permanecer firme sin perder interiormente la paz de mi alma.

6.^a En mi traje observaré siempre las reglas de la decencia cristiana, é imitaré en este punto á las personas más ejemplares, huyendo también del reprehensible y pernicioso desaliño.

7.^a Pondré el mayor cuidado en la elección de amigos y lecturas, y sacrificaré á Dios el gusto de novelas y folletines peligrosos, con el fin de conservar la pureza de corazón juntamente con el gusto de ocupaciones serias y de lecturas sólidamente agradables.

8.^a Jamás me entregaré á la desgraciada ociosidad, que á tantas jóvenes pierde. No pasaré mi vida sin hacer nada ú ocupada en bagatelas; procuraré, al

contrario, hacerla útil con ocupaciones sólidas, que podré amenizar con alguna honesta recreación.

9.^a A fin de hacer la piedad agradable, no sólo á Dios, sino también á los hombres, trabajaré con todas mis fuerzas en adquirir una grande igualdad de ánimo y hacerme toda á todos por amor de mi Dios.

10. Seré atenta, cortés y caritativa para con todos; pero sabré mostrar firmeza cuando convenga sobreponerse al respeto humano por ser fiel á los deberes de mi santa Religión.

11. Detestaré la murmuración como peste de la sociedad; procuraré diestramente cortar la conversación cuando me encuentre con personas poco cuidadosas en este punto.

12. Me prepararé con una conducta verdaderamente cristiana á la elección de estado, y lo escogeré movida únicamente del deseo de agradar á Dios. Si el Señor me llama al matrimonio, preferiré ante todo un sujeto que practique fielmente la Religión. Obrar de otra suerte sería exponerme á ser muy desgraciada toda la vida. En cualquier estado que Dios me coloque trataré de ser fiel en cumplir sus obligaciones, siendo éste el espíritu de la verdadera piedad que yo quiero practicar con firmeza aunque sin ostentación.

13. Ruego á nuestro Señor Jesucristo se digne inspirarme siempre un grande amor á los pobres. Por este medio atraeré las más abundantes bendiciones sobre mí y sobre toda mi familia,

y tendré la recompensa del ciento por uno, al paso que cumpliré con lo que es de riguroso precepto para el cristiano.

14. Me asociaré á alguna buena obra con el fin de alimentar en mi corazón el celo de la gloria de Dios y salvación de las almas.

15. Todos los días de mi vida conservaré una gran devoción á mi amantísima y tierna Madre la santísima Virgen, y la inculcaré á los demás. No olvidaré tampoco á mi santo ángel de la guarda, ni al padre putativo de Jesús, el glorioso San José.

¡Oh Jesús, divino Salvador mío! Yo deposito todas estas resoluciones en el centro de vuestro divino Corazón por medio del Corazón inmaculado de María, vuestra santísima Madre, á la que diré con el mayor fervor y confianza:

¡Madre, aquí tenéis á vuestra hija!

¡Madre, aquí tenéis á vuestra hija!

¡Madre, aquí tenéis á vuestra hija!

En Vos, Madre mía dulcísima, he puesto mi confianza de que «jamás quedaré confundida».

Ave María purísima; sin pecado fué concebida María santísima.

La paz y la misericordia descansarán sobre las personas que observaren esta regla. (Gálat., VI.)

Nuestro Santísimo Padre Pío VII, á 10 de Abril de 1821, concedió indulgencia plenaria y sacar un alma del purgatorio (según estaba ya anteriormente decretado por Clemente VIII y Benedicto XIV) á todos los fieles que, confesados y comulgados, dijeren delante de un Crucifijo la siguiente oración, sin que á ella sea necesario añadir otra súplica:

QUINCE MINUTOS

EN COMPAÑÍA DE

JESÚS SACRAMENTADO

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames mucho. Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías á tu madre, á tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime en seguida qué quisieras hiciese yo actualmente por ellos. Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos, que llegan á olvidarse en cierto modo de sí propios para atender á las necesidades ajenas. Háblame, así, con sencillez, con llaneza, de los pobres á quienes quisieras consolar; de los enfermos á quienes ves padecer; de los extraviados que anhelas volver al buen camino; de los ami-

gos ausentes que quisieras ver otra vez á tu lado. Dime por todos una palabra siquiera; pero palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón; y ¿no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón más especialmente ama?

Y para ti, ¿no necesitas alguna gracia? Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia.

Dime francamente que sientes orgullo, amor á la sensualidad y al regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente..., y pídemelo luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos ó muchos, que haces para sacudir de encima de ti tales miserias.

No te avergüences, ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos y tantos justos, tantos y tantos Santos de primer orden que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad..., y poco á poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes del cuerpo y del entendimiento; salud,

memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios ó estudios... Todo eso puedo darte, y lo doy y deseo me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude á tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas? ¿qué puedo hacer por tu bien? ¿Si conocieses los deseos que tengo de favorecerte!

¿Traes ahora mismo entre manos algún proyecto? Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa? ¿Qué piensas? ¿Qué deseas? ¿Qué puedo hacer por tu hermano, por tu hermana, por tu amigo, por tu superior? ¿Qué desearías hacer por ellos?

Y por mí, ¿no te sientes con deseos de mi gloria? ¿No quisieras poder hacer algún bien á tus prójimos, á tus amigos, á quienes amas tal vez mucho, y que viven quizá olvidados de mí?

Dime, ¿qué cosa llama hoy particularmente tu atención? ¿Qué anhelas más vivamente? ¿Con qué medios cuentas para conseguirlo? Dime si te sale mal tu empresa, y yo te diré las causas del mal éxito. ¿No quisieras interesarme algo en tu favor?

Soy, hijo mío, dueño de los corazo-

nes, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, donde me place.

¿Sientes acaso tristeza ó mal humor? Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada, tus tristezas con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió? ¿Quién lastimó tu amor propio? ¿Quién te ha menospreciado? Acércate á mi Corazón, que tiene bálsamo eficaz para todas estas heridas del tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás en breve por decirme que, á semejanza de mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago... recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías que no por ser injustificadas dejan de ser desgarradoras? Échate en brazos de mi providencia. Contigo estoy; aquí, á tu lado metienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento te desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora, olvidadas, se alejan de ti, sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega por ellas, y yo las volveré á tu lado si no han de ser obstáculo á tu santificación.

¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme? ¿Por qué no me haces partícipe de ellas, á fuer de buen amigo tuyo que soy? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y hecho como sonreír tu corazón. Quizá has tenido agradables sorpresas, quizá has visto disipados negros recelos, quizá has recibido faustas noticias, una carta, una muestra de cariño; has vencido una dificultad, salido de un lance apurado... Obra mía es todo esto, y yo te lo he proporcionado; ¿por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud y decirme sencillamente como un hijo á su padre: Gracias, Padre mío, gracias? El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme? Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón; á los hombres se engaña fácilmente, á Dios no; háblame, pues, con toda sinceridad. ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más á aquella ocasión de pecado, de privarte de aquel objeto que te dañó, de

no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación, de no tratar más á aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás á ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra á quien por haberte faltado miraste hasta hoy como enemiga?

Ahora bien, hijo mío; vuelve á tus ocupaciones habituales, á tu taller, á tu familia, á tu estudio...; pero no olvides los quince minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos, en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama á mi Madre, que lo es tuya también, la Virgen santísima..., y vuelve otra vez mañana con el corazón más amoroso todavía, más entregado á mi servicio; en el mío encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

A. M. D. G.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
MEDITATIS
VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

¡Qué consuelo visitar los lugares que Jesucristo ha santificado con su presencia! Con qué transporte de gozo se ven el establo donde nació, el Calvario donde derramó su sangre, el sepulcro en que su sagrado cuerpo estuvo tres días, el Tabor donde dejó impresas las huellas de sus pies! Jesucristo no hizo más que pasar por todos estos sitios, al paso que reside día y noche en nuestros altares; sin embargo, ¡cuán pocas son las personas que le visitan, y cuántos los que le olvidan! A fin de reparar tantas ingraticudes adquiere la piadosa costumbre de visitarle cada día, si puedes, en el santísimo Sacramento. Piensa al dirigirte á la iglesia en la dicha que vas

á tener de conversar con tu amable Salvador, y entra en su casa con la modestia y el respeto que exige la santidad del lugar que se ha dignado escoger para morar con nosotros.

Efusión del corazón.—Yo me presentaré con confianza, Señor, delante del trono de vuestra misericordia, y penetrada de un religioso respeto adoraré y alabaré vuestro santo nombre.

Como Magdalena, póstrate á los pies de Jesús, llora tus pecados, admira sus misericordias, y derrama en su presencia tu corazón diciéndole:

La que amáis, Señor, aquella por quien derramasteis vuestra sangre y á la cual os habéis dado tantas veces en la sagrada Comunión, se halla atormentada por (*tal ó cual mala inclinación*), y tiene necesidad de (*tal ó cual gracia*); ¿será la primera que

habrá confiado en Vos y á quien no habréis escuchado?

Haced tiempo, ¡oh Dios mío!, que no tengo valor, que me falta celo para combatir á los enemigos de mi salvación; que no tengo constancia en la práctica de mis deberes, soy tibia en serviros, orgullosa, llena de envidia, pronta á dejarme arrebatado de la ira. ¡Ay de mí! ¡cuántas miserias!... Mas Vos podéis sanarme.

Si no puedes derramar lágrimas de arrepentimiento, permanece en silencio; ó si hablas, sea únicamente para expresar tu admiración, respeto y amor.

¡Oh Salvador y Dios mío! ¿Qué puedo desear en el cielo y á quién puedo amar en la Tierra sino á Vos? ¡Oh Dios de mi corazón! ¡oh adorable Jesús! Vos sois mi fortaleza, mi consuelo, mi tesoro y mi herencia. ¡Ah! ¡cuán cierto es

que los que no cuidan de venir á tributaros sus homenajes no os conocen, y que cuantos de Vos se apartan marchan al abismo! Por esto quiero poner mi felicidad sólo en creer en Vos y en amaros, ofreciéndos cada día mi corazón y todo mi ser.

Al pensar en lo poco visitado y honrado que es Jesús en su divino Sacramento, imagina que te dirige estas palabras: ¿Y tú también, hija mía, quieres abandonarme?, y dile:

¡Que yo os abandonaría, Dios mío, para ir á servir á los enemigos! ¡Yo os olvidaría por mis placeres! Si tal hiciese, ¿quién me indemnizaría de tan gran pérdida? ¿Quién puede dispensarme de venir á ofreceros el homenaje de mi corazón y de lo que poseo? Vos sólo tenéis palabras de vida eterna; Vos sois mi Rey, mi Salvador y mi Dios; quiero serviros

con amor el resto de mi vida.
¡Ah! ¡por cuán feliz me tengo en
poder visitaros en vuestros ta-
bernáculos!

Escucha con el mayor recogimiento las pa-
labras que Jesús hará resonar en tu corazón.
Pregúntale amorosamente lo que debes hacer
para alcanzar la vida eterna. Desprecia en
su presencia todos los bienes del mundo y es-
mérate en desagraviarle, para lo cual puedes
hacer el siguiente

ACTO DE DESAGRAVIO AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

¡Oh amantísimo Salvador mío!
Penetrada del más vivo dolor á
vista de las ofensas que habéis
recibido y recibís todos los días
en el Sacramento del altar, me
postro en vuestra presencia para
desagraviaros de ellas. ¡Ojalá pu-
diera con mi veneración y res-
peto reparar cumplidamente vues-
tro honor menospreciado! ¡Oh! Si
me fuese dado borrar con mi san-
gre tantas irreverencias, tantas
profanaciones, tantos sacrilegios
como se cometen contra Vos,
¡cuán bien empleada sería mi vida
logrando darla por tan digno mo-
tivo! Otorgadme, Dios mío, el per-
dón que imploro para los impíos

que os blasfeman, para los infieles que os desconocen, para los herejes y cismáticos que os deshonran, para tantos católicos ingratos que profanan el misterio de vuestro amor, y, finalmente, para mí, que con tanta frecuencia os he injuriado. Trocad mi culpado corazón; dadme un corazón contrito y humillado, un corazón puro y sin mancha, un corazón consagrado á vuestra gloria y víctima de vuestro amor. Por mi parte os ofrezco reparar en adelante tantas irreverencias y sacrilegios con mi modestia en el templo, con mi solicitud en visitaros, con mi devoción en recibirlos, para que, amándoos cada día en la Tierra, os ame sin cesar en el cielo. Amén.

Ruega ahora á Jesús sacramentado por las necesidades de la Santa Iglesia,

exaltación de la fe católica, extirpación de errores y herejías, paz y concordia entre los príncipes cristianos, por el santo Pontífice y demás Prelados, por las benditas almas del purgatorio y por tus bienhechores, etc.

Podrás variar esta visita de otros modos muy provechosos: 1.º Rezando los seis Padrenuestros, Avemarias y Gloria Patri que es costumbre. 2.º Diciendo el Credo muy despacio, pensando que cada artículo de él es una lanza contra un herejarca, y que al fin los has sometido todos á Jesús sacramentado. 3.º Repitiendo la oración *Anima Christi* (pág. 69), acompañándola de variedad de afectos, avivando la fe de que está allí ese mismo Señor con su alma, su cuerpo, etc., é implorar su protección. 4.º Figurándote ver á tu lado al ángel de tu guarda que te señala el tabernáculo ó sagrario, y te dice: *He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*, pídele que te haga como un manso cordero de su rebaño, sin permitir que ni tú ni yo nos volvamos lobos por nuestros pecados, y que cuantos lo son se conviertan en mansos corderos. 5.º Rezando alguna de las siguientes preces:



ORACIÓN

DE LAS

CUARENTA HORAS

1. *En tiempo de Carnaval.* — Para ganar la *indulgencia plenaria* concedida por Clemente XIII es preciso confesarse, comulgar y visitar una vez al Santísimo en la iglesia donde se halle expuesto.

2. *Durante el año.* — *Indulgencia plenaria* á todo el que durante el tiempo de la exposición se confiese y comulgue y haga una visita en la iglesia en que se halle expuesto el Santísimo. — Además, *indulgencia* de diez años y diez cuarentenas *cada vez* que se haga esta visita con propósito de confesarse. (Paulo V.)

VISITA DE LAS ESTACIONES

EL JUEVES Y VIERNES SANTO

Indulgencia plenaria comulgando el Jueves Santo ó el día de Pascua, visitando el Santísimo expuesto en las estaciones, y rogando allí por las intenciones del Sumo Pontífice. También se ganan diez años y diez cuarentenas en cada visita, haciéndola con propósito de confesarse. (Pío VII.)

LA HORA SANTA

Entre las devociones con que podemos tributar al Corazón de Jesús el culto que le es debido, la HORA SANTA es una de las más recomendadas á los socios del Apostolado de la Oración y de la Comunión Reparadora. Consiste en tener una hora de meditación ó de oración vocal, haciendo compañía en espíritu á nuestro divino Redentor cuando, puesto en agonía en el Huerto de



ORACIÓN

DE LAS

CUARENTA HORAS

1. *En tiempo de Carnaval.* — Para ganar la *indulgencia plenaria* concedida por Clemente XIII es preciso confesarse, comulgar y visitar una vez al Santísimo en la iglesia donde se halle expuesto.

2. *Durante el año.* — *Indulgencia plenaria* á todo el que durante el tiempo de la exposición se confiese y comulgue y haga una visita en la iglesia en que se halle expuesto el Santísimo. — Además, *indulgencia* de diez años y diez cuarentenas *cada vez* que se haga esta visita con propósito de confesarse. (Paulo V.)

VISITA DE LAS ESTACIONES

EL JUEVES Y VIERNES SANTO

Indulgencia plenaria comulgando el Jueves Santo ó el día de Pascua, visitando el Santísimo expuesto en las estaciones, y rogando allí por las intenciones del Sumo Pontífice. También se ganan diez años y diez cuarentenas en cada visita, haciéndola con propósito de confesarse. (Pío VII.)

LA HORA SANTA

Entre las devociones con que podemos tributar al Corazón de Jesús el culto que le es debido, la *HORA SANTA* es una de las más recomendadas á los socios del Apostolado de la Oración y de la Comunión Reparadora. Consiste en tener una hora de meditación ó de oración vocal, haciendo compañía en espíritu á nuestro divino Redentor cuando, puesto en agonía en el Huerto de

las Olivas, oraba á su Eterno Padre. De este modo consolamos su afligido Corazón y desarmamos la divina justicia irritada contra el mundo prevaricador.

En aquella noche terrible, al entrar Jesucristo en el Huerto de Getsemani, pidió á los Apóstoles que estuviesen orando una hora mientras oraba él también, y porque no lo hicieron los reprendió amorosamente. Al llegar el traidor con la gente armada, Jesucristo, que había estado orando, aunque sudando sangre de congoja y agonía, salió al encuentro, con indecible valor, á los que iban á procurarle la muerte; mas los Apóstoles, que en vez de velar habían estado durmiendo, huyeron cobardemente, abandonando á su divino Maestro.

La HORA SANTA, cual hoy se hace, con aprobación y concesiones especiales de los Sumos Pontífices, fué ordenada por el Salvador á la beata Margarita María Alacoque, á quien dijo estas palabras: «Comulgarás todos los primeros viernes de mes, y todas las noches del jueves al viernes te haré participante de la tristeza mortal que

voluntariamente quise experimentar en el Huerto de las Olivas; y esta tristeza, sin que sepas cómo, te pondrá en una especie de agonía más difícil de sobrellevar que la misma muerte. Para acompañarme en la humilde oración que entonces presenté á mi Padre en medio de las angustias de mi corazón estarás levantada de once á doce de la noche, para postrarte teniendo el rostro pegado á la tierra, tanto para aplacar la Justicia divina pidiendo misericordia para los pecadores, como para aliviar de algún modo la amargura que sentí entonces al ver el descuido de mis Apóstoles, que me obligó á reprenderlos por no haber podido velar una hora conmigo, y en aquella hora harás lo que yo te diré.»

Hallándose el P. Roberto Debrose, de la Compañía de Jesús, de Superior en la residencia de Paray-le-Monial, y viendo el grande fruto que le provenía de practicar esta devoción, empezó á reunir algunos hombres á mediados de 1829 y fundó una Congregación que tenía por fin principal hacer la Hora Santa. La Congregación fué apro-

bada canónicamente por el señor obispo de Autun, y luego por los Sumos Pontífices Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX, que la fueron enriqueciendo con especiales privilegios é indulgencias.

Pío VIII y Gregorio XVI concedieron indulgencia plenaria á los fieles inscritos en la Archicofradía de Paray-le-Monial que, repartidos encoros de tres, hagan la Hora Santa por lo menos una vez cada tres semanas. También gana indulgencia plenaria cada asociado el día que practica este piadoso ejercicio.

Por concesión de Gregorio XVI se puede empezar la Hora Santa cuando pueden los sacerdotes rezar los Maitines del día siguiente. (Esto es, próximamente: 1.º de Enero, á las dos y dieciocho minutos; 1.º de Febrero, á las dos y cuarto; 28 de idem, á las dos y media; 20 de Marzo, á las tres; 11 de Abril, á las tres y cuarto; 6 de Mayo, á las tres y media; 21 de Junio, á las cuatro menos cuarto; 6 de Agosto, á las tres y media; 3 de Septiembre, á las tres y cuarto; 24 de idem, á las tres; 13 de Octubre, á las tres menos cuarto; 8 de Noviembre, á las dos y media.)

Pío IX facilitó aún más esta santa práctica á los socios del Apostolado de la Oración permitiéndoles ganar la indulgencia plenaria haciendo la Hora Santa desde la puesta del

Sol del jueves hasta la salida del viernes, ó sea, próximamente, desde las seis de la tarde del jueves hasta las seis de la mañana siguiente.

Puede hacerse en la iglesia y fuera de ella.

La indulgencia es aplicable á las almas del purgatorio, y para ganarla es necesario confesar, comulgar el jueves ó el viernes, y rogar por la intención de Su Santidad.

La confesión se puede hacer en el mismo día de la comunión, la víspera ó en uno de los ocho días anteriores.

MODO DE PASAR LA HORA SANTA

Aunque no está prescrita determinada materia de meditación, se deduce de las palabras de nuestro Señor Jesucristo á su amante esposa la beata Margarita que conviene meditar su dolorosa agonía, sus profundas humillaciones y su amor correspondido con tanta ingratitud, y llorar la muchedumbre de ofensas que desde el principio del mundo se han hecho á la divina Majestad, y particularmente los pecados que se cometen en aquella hora.

Será muy útil valerse de las consideraciones siguientes: Cada punto se ha

de ponderar y sentir detenidamente, sin pasar de uno á otro hasta haber sacado de él todo el fruto que se pueda, ya para el entendimiento, de inspiraciones y *santos pensamientos*; ya para la voluntad, de *piadosos afectos* y saludables resoluciones. Cuando se emplee todo el cuarto de hora en la materia de meditación propuesta para él, pueden dejarse de rezar las oraciones vocales señaladas para el fin de cada uno de los cuatro puntos. Si, por el contrario, la materia de meditaciones propuesta no es suficiente para llenar el cuarto de hora, diganse entonces las oraciones vocales muy despacio, pensando al mismo tiempo en la significación de las palabras.

PRIMER CUARTO DE HORA.—Considerar la tristeza del Corazón de Jesús, que tomó sobre sí los pecados de todos los hombres.—Su quebranto al ver que su pasión y muerte habían de ser inútiles para muchas almas.—El mismo nos dice: «Triste está mi alma hasta la muerte.»

SEGUNDO CUARTO DE HORA.—Meditar la oración del Corazón de Jesús. Ora-

ción humilde, ora con el rostro en tierra, oración resignada: *Hágase tu voluntad, y no la mía*; oración perseverante: tres veces hace la misma súplica á su Padre, y no cesa de orar todo el tiempo de su agonía.

TERCER CUARTO DE HORA.—Contemplar á Jesucristo, que en aquella hora de agonía va á sus discípulos para consolarse con ellos, y los halla durmiendo una, dos y hasta tres veces.—También ahora el Corazón de Jesús busca en nosotros consuelo: *He buscado quien me consolase, y no lo he hallado.*

ULTIMO CUARTO DE HORA.—Considerar la agonía del Corazón de Jesús; cómo baña la tierra con el sudor de sangre; cómo es fortalecido por el ángel; cómo sale al encuentro á sus enemigos.

Hágase un *acto de desagravios al Corazón de Jesús*, y conclúyase rezando el *Memorare* á la santísima Virgen.

INDULGENCIAS

1. Por rezar durante algún tiempo delante de una imagen del sagrado Co-

razón de Jesús expuesto en una iglesia, en una capilla ó en un altar,

Indulgencia de siete años y siete cuarentenas cada vez (Pío IV, 1799.)

2. Ofrecimiento á Jesucristo delante de una imagen del sagrado Corazón.

¡Oh mi amable Jesús! Yo, N. N., para daros un testimonio de mi reconocimiento y reparar mis infidelidades, os doy mi corazón, me consagro enteramente á Vos y propongo con vuestra gracia no ofenderos más.

Cien días de indulgencia por una vez al día.

Indulgencia plenaria una vez cada mes á todos los que la reciten una vez todos los días del mes. (Pío VII, 1817.)

3. Rezar al sagrado Corazón, por los agonizantes del día, esta oración:

¡Oh misericordiosísimo Jesús, lleno de amor por las almas! Yo os pido, por la agonía de vuestro

sagrado Corazón y por los dolores de vuestra Madre inmaculada, que purifiquéis con vuestra sangre á todos los pecadores de la Tierra que se hallen ahora en la agonía y que van á morir hoy mismo. Amén.

Corazón agonizante de Jesús, tened misericordia de los moribundos.

Cien días de indulgencia por cada vez.

Indulgencia plenaria una vez al mes para todos los que la hayan dicho durante el mes tres veces al día y á diferentes horas. (Pío IX, 1850.)

4. Ofrecimiento de la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Os ofrezco, Padre Eterno, la preciosísima sangre de Jesucristo en expiación de mis pecados y por las necesidades de la Santa Iglesia.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío VII, 1817.)

5. Oraciones jaculatorias:

Jesús, dulce y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro.

Trescientos días de indulgencia por cada vez. (Pío IX, 1868.)

Corazón sagrado de Jesús, tened misericordia de nosotros.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío IX.)

Jesús mío, misericordia.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío IX, 1853.)

En todas partes sea amado el Corazón de Jesús.

Cien días de indulgencia. (Pío IX.)

¡Oh dulcísimo Jesús! no seáis mi juez, sino mi salvador.

Cincuenta días de indulgencia por cada vez. (Pío IX, 1853.)

Dulce Corazón de María, sed mi salud.

Trescientos días de indulgencia por cada vez.

Indulgencia plenaria una vez al mes para todos los que la digan diariamente durante un mes. (Pío IX, 1852.)

Corazón inmaculado de María, rogad por nosotros.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío IX.)

Jesús, María y José, asistidme en mi última agonía.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío VII, 1807.)

Nota bene. Todas estas indulgencias son aplicables por las almas del purgatorio.

¡Oh, qué dulce es morir después de haber tenido una constante devoción al Corazón de Aquel que debe juzgarnos! (Palabras de la beata Margarita Alacoque.)

Virgen fidelísima y amantísima Madre nuestra: auxiliadnos y protegéd á la Iglesia.



A JESUCRISTO CRUCIFICADO

UN CUARTO DE HORA Á LOS PIES DEL
CRUCIFIJO

JESUCRISTO. — Ven, hijo mío, no huyas de mí. Mira el destrozo que han hecho tus pecados en mi cuerpo, la pena y amargura causada á mi alma por tu ingratitud y desamor.

¿Ves la sangre que, hilo á hilo, corre de mi cabeza? Tus malos pensamientos consentidos me le sacan por medio de esta dolorosísima corona de espinas.

¡Ay, cuánto me punzan!

¡Mira el rostro afeado por el polvo, sudor y sangre, y por las inmundas sa-

livas de mis verdugos! ¿Reconoces tu obra? Acuérdate que al pecar me insultaste, me ofendiste en mi presencia, viéndolo yo y pudiendo arrojarte al punto á los infiernos como á los ángeles rebeldes.

La sed que me devora y la amargura de la hiel que me atormenta castigo son que sufro por tu inmortificación y por el demasiado regalo con que te tratas en comida y bebida.

Y estos brazos extendidos, y mis manos taladradas y sujetas con clavos, ¿no te recuerdan el mal empleo que has hecho de mis dones, de las riquezas de la salud y fuerzas, y aun del entendimiento, imaginación y sensibilidad de corazón, ofendiéndome con ellos?

También están clavados y sujetos mis pies por los muchos pasos que has dado para tu perdición. Tenías pereza para ir á Misa, para ir al templo á oír mi palabra predicada por mis ministros; no hallabas tiempo para visitar mis enfermos y practicar otras obras de caridad ó de justicia, y, sin embargo, no tenías pereza para asistir á sitios y reuniones donde me ofendías á mí, escandaliza-

bas al prójimo y amontonabas sobre tu cabeza tesoros de ira, irritando mi Justicia.

Hijo mío querido, los deleites prohibidos que te procuras, el regalo con que tratas tu cuerpo, la libertad que das á tus sentidos y pasiones, ¡cuán caros me cuestan á mí, que soy tu Padre! Mi cuerpo está hecho todo una llaga. Tú eras el que movías los brazos de mis verdugos para que descargasen sobre mi inocente cuerpo los terribles azotes que tal me han puesto.

¿Y nada te dice esta desnudez en que me encuentro? Y la vergüenza que pasé al ser despojado de mis vestidos en el Pretorio y en el Calvario, ¿note recuerda ofensas mías y deshonras tuyas?

Hijo mío, ¿qué te he hecho yo para que así me hayas tratado? Respóndeme.

EL PECADOR. — Perdón, Señor, pequé; tened misericordia de mí. No más pecar, no más ofenderos. No digo, Señor que no me castigéis, pues lo tengo merecido, sino que el castigo sea como de Padre misericordioso, y no como de Juez justiciero. Apelo á vuestra infini-

ta misericordia, á vuestra infinita bondad. Perdón, Señor, pequé; tened misericordia de mí.

JESUCRISTO. — Hijo mío, esas lágrimas desarmen mi justicia, tu arrepentimiento me consuela, tu amor alivia mis dolores.

Bajé del cielo para remediarte, me hice hombre para poderte redimir y darte ejemplo, padecí afrentosos y crueles tormentos, y subí á la cruz para abrirte las puertas del cielo y librarte de la eterna perdición. El grande amor que te tengo me hace padecer voluntariamente. Y en pago de este amor, ¿me prometes la enmienda? ¿Me prometes que no volverás á ofenderme?

EL PECADOR. — Señor, lo prometo, pero temo de mi inconstancia. ¡Soy tan frágil! ¡Hallo tantas dificultades para practicar el bien! ¡Mis enemigos son tan poderosos, y nunca duermen! Me brinda el mundo, me halaga la carne, me tienta el enemigo, me arrastra la costumbre y los malos ejemplos.

JESUCRISTO. — Lo sé; pero con mi auxilio todo lo podrás vencer. Soy todo poderoso, y deseo hacer alarde de mi gra-

cia consiguiendo que con ella triunfes de todos tus enemigos.

Cuando arree la tentación y te veas al borde del precipicio, acude á mí, ponte á mis pies, que yo te salvaré.

Cuando te asalten los temores de tu salvación, cuando te halles desolado, lleno de tinieblas el entendimiento, la voluntad sin fuerzas para el bien, rebelde el corazón para cumplir mis mandamientos, ven á mi presencia. Yo soy tu Dios y Señor, y tu Padre. Soy tu maestro, y te enseñaré; soy tu fortaleza, y te defenderé; soy médico de tu alma, y te curaré las heridas del pecado; soy todo tu bien.

EL PECADOR.— ¡Dios mío! ¡Al recordar mis muchos pecados me lleno de terror!

A pesar de haberos ofendido tanto, ¿me salvaré? Sois mi Juez, y me ardra vuestra justicia.

JESUCRISTO.— Juez soy, es verdad; tengo presentes todas tus maldades, y de todas ellas te he de pedir estrecha cuenta. Leo todos tus pensamientos. No se me escapa ninguno de tus deseos. Ni es mi justicia como la de los hombres,

falaz, que se doblega por temor ó se tuerce con los dones.

Pero esta sangre que ves correr de mis venas, esta cruz y estos clavos, ¿no te dan aliento? ¿Quién me ha puesto en la cruz sino el amor que te tengo? Mil mundos que hubiera yo creado los pudiera redimir con una sola gota de mi sangre ó con un latido de mi Corazón.

¡Notemas, pecador, hijo mío! Abiertos tengo los brazos para recibirte, abierto mi costado para acogerte en mi corazón.

Te salvarás, no lo dudes, si te quieres dejar conducir por mi gracia. Te está preparado en el cielo un trono hermosísimo de gloria, donde reines con mis santos y mis ángeles, en compañía de mi Madre y Madre tuya, y en mi presencia, por toda la eternidad.

Lloró á mis pies la Magdalena, la perdoné y se salvó. Se arrepintió el buen ladrón y le llevé al paraíso. Volvió el hijo pródigo arrepentido, y le acogí en mis brazos.

Dime, hijo mío querido: ahora que estás pesaroso de tu mala vida pasada, ahora que contemplas mi cruz y mis llagas, ¿qué piensas de los dolores, de los

placeres, del qué dirán, de los teatros, de la moda?...

EL PECADOR. — ¡Dios mío! ¡Cuán diferentes me parecen ahora que antes; cuán digno de amor lo que hasta el presente he aborrecido, y cuán digno de odio lo que hasta ahora he amado! Tarde te he conocido, Señor; tarde te he amado. ¡Ojalá nunca te hubiera ofendido! ¿Cómo podré reparar tanto mal?

JESUCRISTO. — El tiempo perdido no vuelve; pero procura aprovechar el poco que te queda. Apártate del mal, practica el bien y sé constante, con el auxilio de mi gracia, en los buenos propósitos. Evita las ocasiones de pecar acordándote de tu fragilidad é inclinación al mal.

Visítame frecuentemente. Pídemme con ilimitada confianza gracia para ti, para tus padres, parientes, amigos y bienhechores, y no te olvides que yo desde esta cruz rogué por mis enemigos y rogué por ti, y te aguardo con los brazos abiertos.

Cuando te sientas afligido y cuando te halles devoto y fervoroso, acógete á mi Corazón, y verás cuánto más sabro-

so es el consuelo que doy á los justos y á los pecadores arrepentidos que el que vanamente promete el mundo á sus servidores.

A. M. D. G.



VIA CRUCIS

El *Via Crucis*, dice Benedicto XIV, es una de las principales prácticas para honrar la Pasión y muerte de nuestro adorable Redentor Jesús, á la vez que el medio más eficaz para convertir á los pecadores, para reanimar á los tibios y santificar á los justos.

El origen de esta devoción se remonta á los primeros tiempos del Cristianismo. La santísima Virgen, después de la muerte de su divino Hijo, iba á visitar con frecuencia aquellos lugares regados con tan preciosa sangre, y los Apóstoles, y con ellos los primeros cristianos, á ejemplo de María, recorrían también aquel camino doloroso, que tantos recuerdos despertaba en sus almas.

Después que Santa Helena, madre del gran Constantino, visitó la Tierra Santa y descubrió en ella los preciosos instrumentos de nuestra redención, una multitud de cristianos han visitado siempre los Santos Lugares; y á pesar de las guerras y de las desgracias de los tiempos, puede decirse que jamás se ha interrumpido la cadena de estas piadosas peregrinaciones.

Habiendo caído los Santos Lugares en poder de los infieles, se hizo por consecuencia más difícil el visitarlos, y los Sumos Pontífices permitieron que se hiciesen representaciones de los mismos, concediendo á los que visitasen aquellos signos simbólicos las mismas indulgencias que ganaban los que antes iban á Jerusalén. Así consta por los Brevés y Constituciones de los Sumos Pontífices Inocencio XI, Benedicto XIII, Clemente XII y Benedicto XIV.

Con respecto al número de *indulgencias*, es cierto que son muchas, tanto plenarias como parciales, como puede verse en el *Bulario de la Tierra Santa*; pero su número exacto está prohibido fijarlo por los Sumos Pontí-

fices Clemente XII y Benedicto XIV. Son aplicables á las almas del purgatorio.

Para ganar estas indulgencias no es necesaria la confesión y comunión: basta el estado de gracia; pero si recorrer una por una las estaciones, ó cuando menos, si el lugar no lo permite, volverse hacia la cruz de la estación. Es necesario también meditar devotamente la Pasión de Jesucristo; pero las personas sencillas á quienes es difícil hacer una meditación continuada pueden contentarse con pensar afectuosamente en alguna circunstancia de la Pasión, según su capacidad.

Las personas enfermas ó imposibilitadas física ó moralmente de ir al sitio de las estaciones pueden hacerlo donde les sea más cómodo, y ganarán las mismas indulgencias, según decreto de Clemente XIV, con tal que recen un Padrenuestro y Avemaría en cada estación, cinco Padrenuestrros, Avemarias y Gloria Patri al concluir, y otro Padrenuestro y Avemaría por el Soberano Pontífice, y, por último, tengan en la mano un crucifijo indulenciado á

este fin por quien tenga facultad para ello.

PRÁCTICA DE ESTA DEVOCIÓN

Se empieza por un acto de contrición,
Señor mio Jesucristo, etc.

PRIMERA ESTACIÓN

JESÚS CONDENADO Á MUERTE

ÿ Te adoramos ¡oh Cristo! y te bendecimos.

ÿ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

¡Oh Jesús mío! Por aquella injusta sentencia de muerte, firmada tantas veces con mis culpas, libradme de la sentencia de muerte eterna que tengo tan merecida.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

ÿ Tened, Señor, compasión de nosotros.

ÿ Tened compasión.

Al pasar de una estación ú otra se dirá:

Madre llena de aflicción,
De Jesucristo las llagas
Grabad en mi corazón.

SEGUNDA ESTACIÓN

JESÚS CON LA CRUZ Á CUESTAS

‡ Te adoramos, etc.

¡Oh Jesús mío, que cargasteis sobre vuestros delicados hombros la pesadísima cruz labrada por mis pecados! Haced que conozca la gravedad de ellos y los llore toda mi vida.

Padre nuestro, etc.

‡ Tened, Señor, etc.

TERCERA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ BAJO
LA CRUZ

‡ Te adoramos, etc.

El gran peso de mis culpas,

¡oh Jesús mío!, os hizo caer bajo la cruz. Las odio y las detesto, os pido perdón de ellas, y ayudado de vuestra divina gracia nunca más volveré á cometerlas.

Padre nuestro, etc.

‡ Tened, Señor, etc.

CUARTA ESTACIÓN

JESÚS ENCUENTRA Á SU SANTÍSIMA MADRE

‡ Te adoramos, etc.

¡Oh afligidísimo Jesús! ¡oh dolorosísima María! Si en lo pasado he sido por mi indigno proceder la causa de vuestras penas y dolores, no será así, con el auxilio divino, en lo restante de mi vida, sino que os amaré fielmente hasta la muerte.

Padre nuestro, etc.

‡ Tened, Señor, etc.

QUINTA ESTACIÓN

JESÚS AYUDADO POR EL CIRINEO
Á LLEVAR LA CRUZ

‡ Te adoramos, etc.

¡Dichoso el Cirineo, oh Jesús mío, que os ayudó á llevar la cruz! Dichoso seré yo también si os la ayudare á llevar, sufriendo con paciencia y resignación las que Vos me enviareis en el curso de mi vida. Así lo propongo ayudado de vuestra gracia.

Padre nuestro, etc.

‡ Tened, Señor, etc.

SEXTA ESTACIÓN

LA VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO Á JESÚS

‡ Te adoramos, etc.

¡Oh benignísimo Jesús, que os dignasteis imprimir vuestro san-

tísimo rostro en el paño con que os enjugó la piadosa Verónica! Os ruego que imprimáis en mi alma la memoria continua de vuestras atrocísimas penas.

Padre nuestro, etc.

‡ Tened, Señor, etc.

SÉPTIMA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

‡ Te adoramos, etc.

Mis repetidas culpas, ¡oh Jesús mío!, os hicieron caer otra vez bajo el grave peso de la cruz; ayudadme, os ruego, á evitar las recaídas.

Padre nuestro, etc.

‡ Tened, Señor, etc.

OCTAVA ESTACIÓN

JESÚS CONSUELA Á LAS MUJERES
DE JERUSALÉN

† Te adoramos, etc.

¡Oh Jesús mío! Pues consolasteis á las mujeres de Jerusalén que lloraban al veros tan atormentado, consolad á mi alma con vuestra misericordia, en la cual únicamente confío, y á la que quiero siempre corresponder.

Padre nuestro, etc.

† Tened, Señor, etc.

NONA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

† Te adoramos, etc.

Por los tormentos que padecisteis, ¡oh Jesús mío!, cayendo por tercera vez bajo el peso de

la cruz, haced, os suplico, que no vuelva yo á caer más en el pecado. Sí, Jesús mío; antes morir que pecar.

Padre nuestro, etc.

† Tened, Señor, etc.

DÉCIMA ESTACIÓN

DESNUDAN Á JESÚS Y LE DAN
Á BEBER HIEL

† Te adoramos, etc.

¡Oh Jesús mío!, que fuisteis despojado de vuestras vestiduras y amargado con hiel: despojadme de todo afecto á las cosas terrenas y haced que aborrezca cuanto sepa á mundo y á pecado.

Padre nuestro, etc.

† Tened, Señor, etc.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS CLAVADO EN LA CRUZ

† Te adoramos, etc.

Por los crueles dolores que padecisteis, ¡oh Jesús mío!, al ser clavado en la cruz de pies y manos con durísimos clavos, haced que yo crucifique siempre mi carne con espíritu de una cristiana mortificación.

Padre nuestro, etc.

† Tened, Señor, etc.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

† Te adoramos, etc.

¡Oh Jesús mío!, que después de tres horas de penosísima agonía moristeis por mí en la cruz: haced que yo muera antes que

vuelva á caer en pecado; y si he de vivir, viva tan sólo para amaros y serviros con fidelidad.

Padre nuestro, etc.

† Tened, Señor, etc.

DÉCIMATERCERA ESTACIÓN

JESÚS BAJADO DE LA CRUZ, EXPUESTO EN LOS BRAZOS DE SU BENDITÍSIMA MADRE

† Te adoramos, etc.

¡Oh María dolorosísima!, ¡qué espada de dolor fué para Vos el ver muerto en vuestros brazos á vuestro querido hijo Jesús! Alcanzadme que deteste siempre el pecado, causa de su muerte y de vuestros tan grandes dolores, y que viva de aquí en adelante como verdadera cristiana y me salve.

Padre nuestro, etc.

† Tened, Señor, etc.

DÉCIMACUARTA ESTACIÓN

JESÚS ES SEPULTADO

y Te adoramos, etc.

Oh Jesús mío, quiero estar siempre con Vos como muerto; y si vivo, quiero vivir para Vos, á fin de ir después con Vos á gozar en el cielo el fruto de vuestra Pasión y muerte dolorosísima.

Padre nuestro, etc.

y Tened, Señor, etc.



ADORACIÓN DE LAS CINCO LLAGAS

Á LA LLAGA DEL PIE IZQUIERDO

Adórote, llaga santísima del pie izquierdo de mi Señor Jesucristo, y por la sangre que por ella derramasteis os suplico, benignísimo Salvador mío, me concedáis una fe viva y perdonéis los malos pasos y movimientos de mi vida disipada.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

Á LA LLAGA DEL PIE DERECHO

Adórote, llaga sacratísima del pie derecho de mi Señor Jesu-

cristo, y por el dolor que en ella padecisteis os suplico, dulcísimo Redentor mío, traspaséis mi alma con el clavo de vuestro santo temor, concediéndome una firme esperanza y la gracia de andar siempre por el camino real de vuestra santa ley.

Padre nuestro, etc.

Á LA LLAGA DE LA MANO IZQUIERDA

Adoro, amantísimo Jesús, la llaga de vuestra mano izquierda, y os doy gracias de haberla recibido por mi amor. Concededme por la sangre que de ella derramasteis una caridad ardiente, y perdonadme las ofensas que os hice con mis perversas acciones, palabras y sentidos.

Padre nuestro, etc.

Á LA LLAGA DE LA MANO DERECHA

Adoro, pacientísimo Jesús, la llaga santísima de vuestra mano derecha, y por los tormentos que en ella padecisteis por mi amor, os suplico me perdonéis el mal uso que hice de mis potencias y me otorguéis la gracia de estar en el juicio final á vuestra mano derecha con los escogidos.

Padre nuestro, etc.

Á LA LLAGA DEL COSTADO

Adórote, llaga amorosísima del costado de Jesús, y por la sangre y agua preciosa que salió de ese costado, abierto por una lanza por mi amor, concededme, Señor, la perseverancia final y penetrad mi corazón de los nobles afectos que animaban vuestro divino Corazón.

Padre nuestro, etc.

¶ Adoramus te, Christe, et
benedicimus tibi.

¶ Quia per crucem tuam re-
dimisti mundum.

OREMUS

Respice quaesumus, Domine,
super hanc familiam tuam, pro
qua Dominus noster Jesus Chri-
stus non dubitavit manibus tradi
nocentium et crucis subire tor-
mentum. Qui vivit et regnat in
saecula saeculorum. Amen.



REGUERDO CONTINUO DE LA PASIÓN DE JESÚS

RELOJ DE LA PASIÓN

JUEVES

- 8 *de la noche:* Instituye nuestro Señor
Jesucristo el santísimo Sacramento.
- 9 Oración del Señor en el Huerto, y
sudor de sangre.
- 10 Es el Señor entregado por Judas y
preso por los soldados.
- 11 Recibe el Señor una cruel bofetada.
- 12 Le condenan á muerte Caifás y los
sacerdotes.
- 1 Dan muchas bofetadas á Jesús, escu-
piéndole en el rostro.
- 2 Vendados los ojos y dándole golpes,
le dicen por escarnio: «Adivina
quién te dió».
- 3 Es negado el Señor por San Pedro.
- 4 En cantando el gallo, miró el Señor
á San Pedro, y éste rompió á llorar.

- 5 Se confirma la sentencia de muerte que de noche habían dado los fariseos.
 - 6 Envían al Señor á Poncio Pilato.
 - 7 Le llevan á Herodes, que le tiene por loco.
 - 8 Azótanle públicamente.
 - 9 Le coronan de espinas.
 - 10 Sale para el Calvario con la cruz sobre los hombros.
 - 11 Extienden y clavan al Señor en la cruz.
 - 12 Levantan la cruz con el Señor enclavado en ella.
- 1 *de la tarde:* Pide perdón al Padre por los que le crucificaron, y perdona al Buen Ladrón.
- 2 Hace entrega de María á Juan por Madre, y de Juan á ésta por hijo.
 - 3 Muere el Señor en la cruz.
 - 4 Abren con una lanzada el pecho del Señor, saliendo sangre y agua.
 - 5 Bajan al Señor de la cruz, poniéndole en los brazos de María.
 - 6 Sepultura del Señor.
 - 7 Amarga soledad de María retirada en el Cenáculo.



Á LA INMACULADA VIRGEN MARÍA

Esta devoción, con la del Corazón de Jesús, es la característica de los predestinados. Nadie como tú, hija de María, tiene tanta obligación de practicarla. Ama á María con ternura y con afecto filial, y obedece á todo cuanto esta buena Madre te mande: recato, modestia, sumisión á los mayores, aplicación al trabajo, odio al lujo y á la vanidad, y sobre todo al pecado; éstos han de ser tus sentimientos. Y como bajo el manto de la santísima Virgen no tiene entrada el demonio, acógete allí, diciendo repetidas veces: *Monstra te esse Matrem: manifestad que sois mi Madre;* y oye también la tierna respuesta de María: *Pórtale como hija.* San Estanislao de Kostka se arrobaba con sólo repetir: "MARIA ES MI MADRE."

RETRATO DE LA VIRGEN

Salomón se complació en trazar la imagen de la Virgen María con tal suavidad de pincel, que deja muy atrás las graciosas descripciones de las Peris de Oriente. Él la ve elevarse en medio de las hijas de Judá «como un lirio entre las espinas»; sus ojos son dulces y azules «como los de la paloma»; sus labios, semejantes á «una cinta de escarlata, son un panal que destila miel»; sus manos de oro, torneadas y llenas de jacintos, «están derramando gracias»; su andar es ligero como «el humo de los perfumes», y su belleza rivaliza en brillantez con «la luna que asoma en el horizonte». Sus gustos son sencillos y llenos de poesía: se complace en divagar por los sombríos valles «cuando las viñas florecen»; «sus miradas buscan las rosas encarnadas del granado», el árbol del paraíso, y se deleita en escuchar el canto plañidero de la tortolilla. Silenciosa y recogida se oculta de la vista de todos y se encierra en su morada, como la paloma que «hace su

nido en el hueco de las peñas». Es escogida para un himeneo místico con preferencia á las vírgenes y reinas de todos los pueblos; hásele prometido una corona por aquel «que es amado de su alma», y el lazo feliz que la une á su real Esposo «es más duro que la muerte». =
ORSINI.

SENTIMIENTOS

DEL ALMA ENAMORADA DE MARÍA

¡Oh Virgen sacratísima! ¡Oh Reina de los ángeles! ¡Qué hermosa os hizo el cielo, qué acabada y perfecta! Así parezca yo á los ojos de Dios, como Vos parecéis á los míos. Sois tan hermosa y bella, que con vuestra hermosura robáis los corazones. A vuestra vista todo parece feo, toda beldad se eclipsa, toda hermosura se esconde, como en saliendo el sol se esconden las estrellas. Púsose á miraros vuestro devoto capellán San Juan Damasceno, y como os vió tan bella parecióle que habíais desnatado lo

mejor de todas las criaturas, y así os llamó *la bizarria y gala de todo lo criado*. Púsose á miraros San Agustín, el sol de todos los Doctores, y parecióle tan bizarra y hermosa, que os llamó *la cara y rostro de Dios*, y no le pareció lisonja. Púsose á miraros vuestro devoto hijo Alberto Magno, y parecióle que todas las gracias y prendas que se hallaron en las famosas mujeres de la antigua Ley se hallaron con mayores ventajas en vuestro cuerpo y alma. La boca de oro de Sara, que con vuestra risa alegrasteis los cielos y la tierra. El mirar tierno y dulce de la fecunda Lía, con que ablandasteis de Dios el pecho endurecido. El resplandor del rostro de la hermosa Raquel, que con vuestra belleza deslumbrasteis el sol. La gracia y el

donaire de la discreta Abigail, con que á Dios colérico desenojasteis. El brío y fortaleza de la valerosa Judith, que entrevaliente y bizarra rendís los corazones más feroces.

En fin, soberana Princesa; del océano inmenso de vuestra hermosura salieron como arroyos la hermosura y belleza de todas las criaturas. El mar aprendió á encrespar y ensortijar sus olas, y ondear sus cristales, de los cabellos de oro de vuestra cabeza, que encrespados ondeaban hermosos sobre los hombros y cuello de marfil. Las fuentes cristalinas y sus claros remansos aprendieron quietud y sosiego de la serenidad de vuestra hermosa frente y apacible semblante. El iris más vistoso aprendió cuidadoso de vuestras cejas el arquear

bizarro para tirar las flechas de sus luces. Los dos luceros de la mañana y tarde, centellas son de vuestros ojos bellos. Las blancas azucenas y las purpúreas rosas, de vuestras mejillas hurtaron sus colores. El carmín y el coral, envidiosos suspiran por el de vuestros labios. La leche más sabrosa y la miel más suave, destellos son del panal de esa boca. El jazmín oloroso y mosqueta fragante, de vuestro aliento hurtaron sus fragancias. El cedro más crecido y el ciprés más gallardo y ajustado de talle, se tuvo por dichoso cuando se vió retrato de la gallardía de vuestro derecho y ajustado cuello. Y á la estatura vuestra, émula y envidiosa se asemejó la palma. Finalmente, Señora, toda beldad criada es sombra y huella de la hermosura

vuestra. Y así no me espanto, Princesa soberana, que el cielo y la tierra se rindan á vuestros pies, que ellos son tales, y Vos tan grande, que con sólo pisarlos los enriquecéis, y se tienen por dichosos y bienaventurados de besar vuestras plantas.

DEL P. VILLEGAS, S. J.



CONGREGACIÓN

Ó ASOCIACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Es increíble cuántas ventajas han reportado de esta piadosa y laudable institución personas de todas clases y categorías, decía Benedicto XIV. A la verdad, fortalece y acrecienta la fe, reforma y mantiene las buenas costumbres; de manera que San Bernardino no ha dudado en aplicar á las Congregaciones de la Virgen lo que San Bernardo dice de los monasterios, y muy á propósito:

- 1.º El hombre vive allí puramente.
- 2.º Cae más rara vez en pecado.
- 3.º Cuando cae, es menos gravemente.
- 4.º Se levanta con más facilidad.
- 5.º Camina más cuidadosamente.
- 6.º Descansa con más tranquilidad.
- 7.º Le baña con más abundancia el

vuestra. Y así no me espanto, Princesa soberana, que el cielo y la tierra se rindan á vuestros pies, que ellos son tales, y Vos tan grande, que con sólo pisarlos los enriquecéis, y se tienen por dichosos y bienaventurados de besar vuestras plantas.

DEL P. VILLEGAS, S. J.



CONGREGACIÓN

Ó ASOCIACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Es increíble cuántas ventajas han reportado de esta piadosa y laudable institución personas de todas clases y categorías, decía Benedicto XIV. A la verdad, fortalece y acrecienta la fe, reforma y mantiene las buenas costumbres; de manera que San Bernardino no ha dudado en aplicar á las Congregaciones de la Virgen lo que San Bernardo dice de los monasterios, y muy á propósito:

- 1.º El hombre vive allí puramente.
- 2.º Cae más rara vez en pecado.
- 3.º Cuando cae, es menos gravemente.
- 4.º Se levanta con más facilidad.
- 5.º Camina más cuidadosamente.
- 6.º Descansa con más tranquilidad.
- 7.º Le baña con más abundancia el

rocío de la divina gracia y de los favores del cielo.

8.^o Satisface á Dios y evita el purgatorio más fácilmente.

9.^o Muere con más confianza y alegría.

10. Por último, recibe en el cielo una corona más gloriosa.

«He aquí, — dice el P. Esteban Binet, — el decálogo de la Congregación de Nuestra Señora y las diez prerrogativas que concede á todos los que cumplen fielmente lo que prometen al alistarse en estas santas Asociaciones.»

Y esto se explica fácilmente atendidas las obras que practican los devotos de María en sus Congregaciones. Allí se aprende á vivir y morir santamente, y por pequeños obsequios en honor de María se esperan grandes premios en el paraíso.

Allí se aprende á practicar todas las obras de misericordia espirituales y temporales. Allí oran los unos por los otros, se leen buenos libros, se asiste á piadosas conferencias y arregla uno su vida y conducta sobre las máximas del cielo.

Los congregantes sólo forman entre sí un corazón y un alma por la fuerza de una verdadera caridad; ámanse como hermanos, los más fuertes ayudan á los débiles, y todos esperan bajo la protección maternal de María llegar á la mansión dichosa abierta á todos sus hijos.

Los Sumos Pontífices, desde Gregorio XIII, de gloriosa memoria, que en 1584 erigió la Prima primaria en Roma, han dado mucha importancia á esta fundación piadosa, enriqueciéndola con tesoros de indulgencias.

Aficiónate, hija de María, á las prácticas de esta Congregación, y yo te aseguro que encontrarás en breve el medio más á propósito para alcanzar la perfección y asegurar así tu dicha y felicidad eterna.



INDULGENCIAS

Perdona Dios en el sacramento de la Penitencia los pecados al pecador verdaderamente arrepentido; perdónale la pena eterna que merece por ellos, y le concede legítimo derecho á la corona de la gloria. Pero comunmente no le perdona otra deuda, que llamamos pena temporal, más ó menos crecida á proporción de las culpas, porque quiere su Majestad que, á más del arrepentimiento en el tribunal de la Penitencia, se le dé alguna satisfacción, sin que perdone el más ligero pecado enteramente de balde. Esto se hace por medio de ejercicios devotos, limosnas y mortificaciones en esta vida, ó con atrocísimas penas en la otra. Fuera de estos medios, hay el de las indulgencias. Por la indulgencia plenaria queda toda la deuda temporal satisfecha, tanto, que quien muriera en el mismo instante

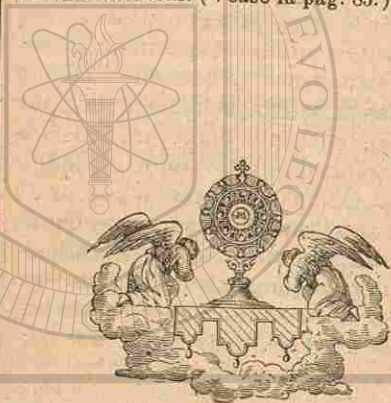
de ganarla iría al cielo sin pasar por el purgatorio. Perdónase por las parciales cuanto se perdonara haciendo las penitencias que prescribían los antiguos cánones de la Iglesia. Ayunar muchos días á pan y agua, vestirse de tosco saco, abstenerse del vino y de la carne, no asistir á diversiones públicas, caminar á pie, y otras mortificaciones semejantes, eran las penitencias decretadas por un solo pecado, y cuanto por ellas se satisfacía haciéndolas, por ejemplo, cuarenta días, se satisfacía ahora ganando otros tantos de indulgencia. ¡Oh, necio el que no procura á tan poca costa satisfacer una deuda que quizá le costará muchos años de vivas llamas! ¡Oh, cruel el que no solicite rescatar con el precio de las indulgencias á las afligidas almas del purgatorio!

Para ganar las indulgencias: 1.º Se ha de estar en gracia al practicar la última obra señalada, pues suelen señalarse varias, como una visita, además de la confesión ó comunión, y en jubileos, limosnas, ayunos, etc. Sin embargo, algunos teólogos enseñan que para ganar indulgencias aplicables á las al-

mas del purgatorio no es necesario estar en gracia.

2.º Se ha de hacer *todo* lo que manda el que las concede.

3.º Se ha de tener intención de ganarlas. Por esto, y para no perder ninguna por falta de este requisito, los cristianos fervorosos hacen cada día esta intención en el ofrecimiento de obras. (Véase la pág. 83.)



ACERCA DE LA CONFESIÓN Y COMUNIÓN

Y DE LA VISITA DE LAS IGLESIAS,
CONVIENE SABER LAS DECLARACIONES
SIGUIENTES:

Vale la confesión hecha la víspera del día á que está concedida la indulgencia. (Clemente XIII, á 9 de Diciembre de 1763.)

La confesión de una vez en la semana basta para ganar las indulgencias que ocurran de una á otra confesión. (Clemente XIII, á 9 de Diciembre de 1763.) Nótese que no dice cada ocho días; por consiguiente, si uno se confiesa el lunes, podrá ganarlas, aunque no se confiese hasta el otro sábado. (P. Maurel, *Cristiano instruido en las indulgencias*, artículo 7.º) Para ganar las indulgencias de una vez al mes, la comunión ha de ser concluído el mes; si se dice *el día del mes que se elija*, se puede hacer en cualquier día dentro del mes, pero la indulgencia no se gana hasta que se hace la última obra. (Idem, art. 1.º)

Cuando la indulgencia se concede en consideración al Santo ó misterio cuya fiesta se

celebra, puede comulgarse la vispera y hacerse las demás diligencias desde las primeras visperas. (Dec. 12 de Junio de 1822.)

La comunión pascual sirve para ganar la indulgencia de aquel día, no siendo de jubileo. (Dec. 10 de Mayo de 1844.)

La misma comunión sirve para ganar varias indulgencias plenarias que se encuentran en el mismo día, pero las demás obras deben repetirse. (Dec. 30 de Agosto de 1847.)

Visita.—¿Hay obligación de entrar y salir de la Iglesia para repetirla? En la práctica puede seguirse con seguridad á los que dicen que no; basta orar tantas veces como visitas hayan de hacerse; así lo dice Monseñor Prinzivalli, secretario de la Congregación de Indulgencias, autor de una *Raccolta di orazioni*, aprobada por la misma Sagrada Congregación.



OFICIO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Tómale, hija de María, como segura prenda del amor y protección de tu Madre. El beato Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, se ocupaba en repartirlo manuscrito á la juventud, obteniendo los jóvenes que practicaban esta devoción singulares favores de la Madre de Dios; y entre otras personas puedo certificarte de una joven, hija de María, que vive aún, la cual, teniendo la costumbre de rezar todos los sábados este pequeño Oficio, ha obtenido de la santísima Virgen verse libre de grandes peligros de alma y cuerpo.

Tiene concedidos trescientos días de indulgencia *vivae vocis oraculo*; y ponemos una fiel y elegante traducción del texto latino: ®

A MAITINES

Ea, labios míos,
Anunciad ahora
De la Virgen Madre
La perenne gloria.

¶ Dignaos, Señora, acudir en
mi ayuda.

¶ Con vuestro poder libertad
me del poder de mis enemigos.

¶ Gloria al Padre, etc. Ale-
luya.

*(Desde Septuagésima hasta la Pascua, en
lugar de ALELUYA se dice: ALABANZAS TE SEAN
DADAS ¡OH REY DE ETERNA GLORIA!)*

HIMNO

Salve, Señora del mundo,
De tierra y de cielos Reina;
Salve, Virgen entre Vírgenes;
Salve, matutina estrella.

Luz en quien Dios resplandece,
De gracia infalible llena,

Ven presurosa, del mundo
A disipar las tinieblas.

Dios en su eterno consejo
Te escogió para que fueras
Madre del Verbo Unigénito,
Por quien hizo cielo y tierra;
Y del Espíritu Santo
Quiso que Esposa perfecta
Fueras también, de la mancha
Del culpable Adán exenta.

¶ Escogióla Dios desde el
principio.

¶ Dióle asiento y morada en
su propio tabernáculo.

¶ Dignaos, Señora, de oír mis
preces.

¶ Y lleguen á Vos mis cla-
mores.

ORACIÓN

Santa María, Reina de los cie-
los, Madre de nuestro Señor Je-
sucristo y Señora del mundo:
Vos, que jamás abandonáis ni

desatendéis á quien os implora, miradme, os ruego, Señora, con ojos misericordiosos, y alcanzadme de vuestro amado Hijo el perdón de todas mis culpas. Acoged benigna este humilde obsequio de alabanza que ahora tributo á vuestra santa é inmaculada Concepción, para que por intercesión vuestra pueda yo alcanzar la bienaventuranza de mano del propio fruto de vuestro vientre, nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en Trinidad perfecta, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

ÿ Dignaos, Señora, de oír mis paces.

℞ Y lleguen á Vos mis clamores.

ÿ Bendigamos al Señor.

℞ Demos gracias á Dios.

ÿ Por la misericordia de Dios descansen en paz las almas de los fieles difuntos.

℞ Amén.

A PRIMA

ÿ Dignaos, Señora, de acudir en mi ayuda.

℞ Con vuestro poder libértadme del poder de mis enemigos.

ÿ Gloria al Padre. Aleluya.

HIMNO

Salve, Virgen sapientísima,
Rico alcázar que asentó,
Para su propia morada,
En siete columnas Dios;
Libre de todo contagio
De este valle de dolor,
Santa aun antes que engendada
Del seno que te nutrió;
Puerta de los Santos, Madre
Del justo y del pecador,
De los Ángeles Señora,
Nueva estrella de Jacob;

Fuerte, guerrera, invencible
Como apiñado escuadrón;
Sé tú del pueblo cristiano
Puerto, refugio y amor.—Amén.

∫ Creóla el mismo Dios en el
Espíritu Santo.

∩ Y la bosquejó en todas sus
obras.

∫ Dignaos, Señora, de oír,
etc. *(Con la oración y todo lo
demás como al fin de Maitines.)*

A TERCIA

∫ Dignaos, Señora, de acu-
dir en mi ayuda.

∩ Con vuestro poder libertad-
me del poder de mis enemigos.

∫ Gloria al Padre. Aleluya.

HIMNO

Salve, Trono salomónico,
Arca de eterna alianza,
Iris que el cielo serena,
De Moisés mística zarza;

Vara de Jesé florida,
Puerta á tu Dios sólo franca,
Piel de Gedeón, panal
De Sansón, que enigmas guarda.

Justo en verdad fué que un Hijo
Tan noble te preservara
De la mancilla común,
Herencia de nuestra raza;
Y que de culpa ninguna
Consentir pudiera esclava
La que El escogió por Madre,
Y á quien Madre el mundo llama.
Amén.

∫ Yo habito en lo más alto.

∩ Y mi trono está sentado en
columna de nube.

∫ Dignaos, Señora, de oír,
etc. *(Con la oración y demás
como antes.)*

A SEXTA

∫ Dignaos, Señora, de acu-
dir en mi ayuda.

∩ Con vuestro poder liber-

tadme del poder de mis enemigos.

† Gloria al Padre. Aleluya.

HIMNO

Salve, ¡oh Virgen!, de Dios Madre,
Templo de la Trinidad;
Tú eres gozo de los ángeles,
Tú de pureza fanal,
Consuelo de los que lloran,
Jardín de deleite y paz,
Palma de la mansedumbre,
Cedro de la castidad;
Tú eres tierra bendecida,
Herencia sacerdotal,
Santa y libre de la culpa
Que llora la humanidad;
Tú eres ciudad del Altísimo;
Tú eres la puerta oriental,
Tesoro de toda gracia;
Tú eres la Virgen sin par. — Amén.

† Como el lirio entre espinas,
† Así mi amiga entre las hijas de Adán,
† Dignaos, Señora, de oír,

etc. (Con la oración y demás como antes.)

A NONA

† Dignaos, Señora, de acudir en mi ayuda.

† Con vuestro poder libertadme del poder de mis enemigos.

† Gloria al Padre. Aleluya.

HIMNO

Salve, Alcázar de refugio,
Torre de David fortísima,
De almenas incontrastables
Y de armas nunca vencidas.
Al ser concebida, ardiste
En caridad infinita;
Tu planta holló del dragón
La soberbia y la malicia.

Tú eres la mujer fuerte,
Tú eres la Judith hinvicta;
Pura Abisag, el David
Verdadero en Ti se anima.
Raquel dió de sus entrañas
Tutor á la gente egipcia;

Pero Salvador al mundo
Dió de las suyas María.—Amén.

¶ Tú eres hermosa, amiga
mía.

¶ Y nunca hubo en Ti man-
cha original.

¶ Dignaos, Señora, de oír,
etc. *(Con la oración y demás
como antes.)*

A VÍSPERAS

¶ Dignaos, Señora, de acudir
en mi ayuda.

¶ Con vuestro poder libertad-
me del poder de mis enemigos.

¶ Gloria al Padre. Aleluya.

HIMNO

Salve, cuadrante que en el sol
Diez líneas retarda el curso;
El Verbo de Dios se encarna
Para redimir al mundo.

Ya desde entonces, menor
Apenas que el ángel puro,

Subir puede el hombre al cielo
Desde este valle profundo.

Brilla en los siglos María
Con rayos de este Sol fúlgido,
Y es su Concepción la aurora
De tan bello Sol preludeo.

Lirio entre zarzas, que pisa
La frente al reptil inmundo;
Luna hermosa, que ilumina
Desde la cuna al sepulcro.
Amén.

¶ Yo hice despuntar en los
cielos una luz inextinguible.

¶ Y como niebla cubrí toda
la tierra.

¶ Dignaos, Señora, de oír,
etc. *(Con la oración y demás
como antes.)*

A COMPLETAS

¶ Aplacado por vuestras pre-
ces, conviértanos, Señora, Jesu-
cristo, Hijo vuestro.

¶ Y aparte de nosotros su ira.

¶ Dignaos, Señora, de acudir en mi ayuda.

¶ Con vuestro poder libertadme del poder de mis enemigos.

¶ Gloria al Padre. Aleluya

HIMNO

Salve, Virgen floreciente,
Que de estrellas te coronas,
Virgen y Madre en un punto,
Reina de misericordia;

Más que los ángeles pura
Y sin mancha, con la hermosa
Veste de oro, tú á la diestra
Reinas del Rey de la gloria;

Dulce Madre de la gracia,
Faro de los que zozobran,
Fulgida estrella del mar,
De náufragos salvadora;

Puerta visible del cielo,
Salud de enfermos; piadosa,
Danos alcanzar, ¡oh Madre!
De los Santos la corona.-- Amén.

¶ Oleo derramado, María, es tu nombre.

¶ Tus siervos te amaron sobre todo encarecimiento.

¶ Dignaos, Señora, de oír, etc. (Con la oración y demás como antes.)

OFRECIMIENTO

Dulcísima María,
Por Ti á Jesús ascienda
Esta sencilla ofrenda
De nuestro pecho fiel.

Tú nuestros pasos guía,
Con Dios intercesora,
Ahora y en la hora
De nuestra muerte. Amén.

¶ Demos gracias á Dios.

Su Santidad el Papa Pío VI concedió, por su Breve apostólico de 21 de Noviembre de 1795, 100 días de indulgencia por cada vez que devotamente y con corazón contrito se rezare la siguiente oración jaculatoria:

Inmaculada fuiste en tu Concepción, ¡oh Virgen María! Ruega por nosotros al Padre, cuyo Hijo Jesús fué fruto de tu vientre, concebido por el Espíritu Santo.

FELICITACIÓN SABATINA

Postrados delante de una imagen de la Concepción, se empieza diciendo:

Ave María purísima,
Sin pecado concebida.

Hecha en seguida la señal de la cruz, y dicho el acto de contrición, se reza el Rosario de la Concepción en la forma siguiente:

Bendita sea la inmaculada Concepción de la santísima Virgen María.

Un *Padrenuestro*, cuatro *Avemarias* y un *Gloria Patri*, y se repite *Bendita sea la inmaculada*, etc.

Un *Padrenuestro*, cuatro *Avemarias* y un

Gloria Patri, y se repite *Bendita sea la inmaculada*, etc.

Un *Padrenuestro*, cuatro *Avemarias* y un *Gloria Patri*.

Concluido el Rosario, se dirá la jaculatoria y oraciones siguientes:

JACULATORIA

Bendita sea tu pureza, etc.
(página 9.)

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN,

SACADA DE LAS REVELACIONES
DE SANTA GERTRUDIS

Ave, blanca azucena de la resplandeciente y siempre tranquila Trinidad; ave, bellísima rosa de la celestial amenidad, de quien quiso nacer, y de cuya leche quiso apacentarse el Rey de los cie-

los: dignaos apacentar nuestras
almas con influencias celestiales.
Amén.

FELICITACIÓN Y SÚPLICA

¡Oh inmaculada María!: yo os
doy mil parabienes, uniendo mis
alabanzas con las de todos los es-
píritus celestes y justos de la tie-
rra, por el gran privilegio de vues-
tra Concepción purísima, y doy
gracias á la beatísima Trinidad
por el gozo que proporcionó á la
santa Iglesia en la solemne decla-
ración dogmática de este admira-
ble misterio. Y por la suma com-
placencia que disteis, en vues-
tro primer instante, al que tanto
se dignó enalteceros, suplicoos
aceptéis estos pequeños obse-
quios en compensación de los
agravios que vuestro divino Hijo

y Vos recibís cada día de los
hombres. Pongo confiadamente
en vuestras manos las necesida-
des de la Iglesia y del Estado, y
os pido por el Sumo Pontífice,
por la exaltación de la fe, des-
trucción de todos los errores,
conversión de pecadores, refor-
ma de costumbres, prosperidad
de todas las misiones católicas,
en especial por el bautismo de
los niños, así de fieles como de
infieles, expuestos á morir sin él,
y por el aumento y propagación
de esta devoción. Suplicoos tam-
bién que concedáis á todos, y en
particular á los que os tributa-
mos esta cordial felicitación, un
grande amor á Jesús y un afecto
filial hacia Vos, una perfecta pu-
reza de alma y cuerpo y el don
precioso de la perseverancia final.
Todo lo dejo en vuestras manos,

y del todo me consagro á Vos; y os suplico, finalmente, que en retorno de esta visita nos visitéis en nuestra última agonía; os lo pido en particular por los que durante este mes se hallen en tan críticos instantes, y os ruego que visitéis y consoléis igualmente á las benditas almas del purgatorio, pero en especial á las de aquellos que durante su vida practicaron esta felicitación. Logremos todos los que aquí nos asociamos para felicitarnos la dicha de asociarnos también en el cielo para ensalzar eternamente el gran misterio de vuestra inmaculada Concepción.

¡Oh María, sin pecado concebida!: rogad por nos, que acudimos á Vos.

ORACIÓN DE SAN BERNARDO

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, etc. (pág. 20.)

Ave María purísima,
Sin pecado concebida.





ROSARIO

La devoción más agradable á la santísima Virgen, la más útil para las almas y la más temida del infierno, es sin duda la del santo Rosario. En él se saluda á la Madre de Dios con las palabras más augustas y gratas á su Corazón; en él medita el cristiano los misterios más sublimes de la vida, Pasión y muerte del Redentor; en él, en fin, se recuerda á la excelsa Virgen sus más grandes dichas y penas. Rézalo, hija de María, con devoción, pronunciando despacio, clara y distintamente las palabras. ¡Dichosa tú si como divisa y distintivo de la tierna y afectuosa devoción que debes profesar á tu divina Madre, no lo dejas un momento de día y de noche; yo te aseguro que alcanzarás favores especiales del cielo, y el mayor de todos, que es la perseverancia en el bien obrar, y después la vida eterna.

Los misterios en que se debe pensar al rezar el Rosario se dividen en misterios de *gozo*, de *dolor* y de *gloria*. Si bien la costumbre general es rezar los misterios de gozo los lunes y los jueves, los de dolor los martes y los viernes, y el miércoles, sábado y domingo los de gloria, hay devotos que meditan los misterios de gozo desde el Adviento hasta la Septuagésima, los de dolor desde la Septuagésima hasta Pascua, y desde ésta hasta el Adviento los de gloria.

MODO DE REZAR EL SANTO ROSARIO

- ✠ *Domine, labia mea aperies.*
- ℟ *Et os meum annuntiabit laudem tuam.*
- ✠ *Deus in adiutorium, meum intende.*
- ℟ *Domine, ad adjuvandum me festina.*
- ✠ *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto.*
- ℟ *Sicut erat in principio et*

nunc et semper et in saecula saeculorum. Amen. Alleluia ó Laus tibi, Domine, Rex aeternae gloriae.

OFRECIMIENTO

Virgen santísima, nuestra Reina y Madre, abrid nuestros labios y purificad nuestros corazones para que á la mayor honra y gloria de vuestro santísimo Hijo podamos rezar digna, atenta y devotamente este santo Rosario, el cual ofrecemos humildemente por la exaltación de la fe católica, por la paz y concordia entre los Reyes y Príncipes cristianos, por nuestras necesidades espirituales y corporales y en sufragio de las benditas almas del purgatorio.

MISTERIOS DE GOZO QUE SE CONTEMPLAN
LUNES Y JUEVES

- 1.º La Encarnación del Hijo de Dios. *Pide en él la humildad.* En reverencia de este misterio rezaremos un Padrenuestro, diez Avemarías y un Gloria Patri.
- 2.º La Visitación de María santísima á su prima Santa Isabel. *Pide en él la caridad.* En reverencia, etc.
- 3.º El Nacimiento del Hijo de Dios en Belén. *Pide en él el desprendimiento.* En reverencia, etc.
- 4.º La Purificación de Nuestra Señora. *Pide en él la pureza.* En reverencia, etc.
- 5.º El Niño Jesús hallado en el templo disputando con los Doctores de la ley. *Pide en él la obediencia.* En reverencia, etc.

MISTERIOS DE DOLOR PARA MARTES
Y VIERNES

- 1.º La Oración del huerto. *Pide en él la contrición.* En reverencia, etc.

2.º Los azotes á la columna. *Pide en él la mortificación.* En reverencia, etcétera.

3.º La coronación de espinas. *Pide en él la paciencia.* En reverencia, etc.

4.º Jesús lleva la cruz á cuestas. *Pide en él la resignación.* En reverencia, etc.

5.º La crucifixión y muerte del Señor. *Pide en él la perseverancia.* En reverencia, etc.

MISTERIO DE GLORIA PARA VIERNES,
SÁBADO Y DOMINGO

1.º La triunfante Resurrección del Señor. *Pide en él la fe.* En reverencia, etc.

2.º La admirable Ascensión. *Pide en él el deseo del cielo.* En reverencia, etcétera.

3.º La venida del Espíritu Santo. *Pide en él el recogimiento.* En reverencia, etc.

4.º La muerte y gloriosa Asunción de la Virgen. *Pide en él la gracia de una buena muerte.* En reverencia, etc.

5.º La coronación de María. *Pide en él la unión con Jesús y Marta.* En reverencia, etc.

Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo, templo y sagra-rio de la Beatísima Trinidad, concebida sin mancha de pecado original.

ACCIÓN DE GRACIAS

Infinitas gracias os damos, soberana Princesa, de los favores que recibimos todos los días de vuestras manos; tenednos ahora y siempre bajo vuestra protección y amparo, y para más obligaros os saludaremos con una *Salve*, etc.

LETANÍA LAURETANA

Kyrie, eleison.— Kyrie, eleison.
Christe, eleison.— Christe, elei-
son.

Kyrie, eleison.— Kyrie, eleison.
Christe, audi nos.— Christe, au-
di nos.

Christe, exaudi nos.— Christe,
exaudi nos.

Pater de coelis Deus, miserere
nobis.

Fili Redemptor mundi Deus, mi-
serere nobis.

Spiritus Sancte Deus, miserere
nobis.

Sancta Maria,

Sancta Dei Genitrix,

Sancta Virgo Virginum,

Mater Christi,

Mater divinae gratiae,

Mater purissima,

Mater castissima,

Ora pro nobis.

Mater inviolata,
Mater intemerata,
Mater immaculata,
Mater amabilis,
Mater admirabilis,
Mater Creatoris,
Mater Salvatoris,
Virgo prudentissima,
Virgo veneranda,
Virgo praedicanda,
Virgo potens,
Virgo clemens,
Virgo fidelis,
Speculum justitiae,
Sedes sapientiae,
Causa nostrae laetitiae,
Vas spirituale,
Vas honorabile,
Vas insigne devotionis,
Rosa mystica,
Turris davidica,
Turris eburnea,
Domus aurea,

Ora pro nobis.

Foederis arca,
 Janua coeli,
 Stella matutina,
 Salus infirmorum,
 Refugium peccatorum,
 Consolatrix afflictorum,
 Auxilium christianorum,
 Regina angelorum,
 Regina patriarcharum,
 Regina prophetarum,
 Regina apostolorum,
 Regina martyrum,
 Regina confessorum,
 Regina virginum,
 Regina sanctorum omnium,
 Regina sine labe concepta,
 Regina Sacratissimi Rosarii,
 Agnus Dei, qui tollis peccata
 mundi, parce nobis, Domine.
 Agnus Dei, qui tollis peccata
 mundi, exaudi nos, Domine.
 Agnus Dei, qui tollis peccata
 mundi, miserere nobis.

Ora pro nobis.

Sub tuum praesidium confugi-
 mus, Sancta Dei Genitrix, no-
 stras deprecationes ne despicias
 in necessitatibus; sed a periculis
 cunctis libera nos semper, Virgo
 gloriosa et benedicta.

¶ Ora pro nobis, Sancta Dei
 Genitrix.

¶ Ut digne efficiamur pro-
 missionibus Christi.

OREMUS

Gratiam tuam, quaesmus, Do-
 mine, mentibus nostris infunde;
 ut qui, Angelo nuntiante, Christi
 Filii tui incarnationem cognovi-
 mus, per passionem ejus et cru-
 cem ad resurrectionis gloriam
 perducamur. Per eundem Chri-
 stum Dominum nostrum. Amen.

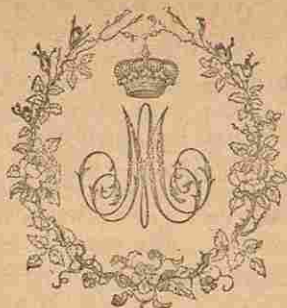
Indulgencias del Rosario.—Benedicto XIII,
 en 13 Abril de 1726, concedió 100 días in-
 dulgencia por cada Padrenuestro *afli-*

ría, bien se rece entero ó parte de él. Indulgencia plenaria una vez al año á los que le hayan rezado todos los días, recibidos los santos Sacramentos el día que se elija. A.

Pío IX, en 12 de Mayo de 1851, confirmó lo de su predecesor, y añadió 10 años y 10 cuarentenas de indulgencia á los que le rezaren juntamente con otros, ya en público, ya en privado. Una indulgencia plenaria el último domingo de cada mes al que lo hubiere rezado al menos tres días en cada semana, confesando, comulgando y visitando alguna iglesia y rogando allí por la intención de Su Santidad. A.

Para ganar estas indulgencias deben estar bendecidos los rosarios y se han de meditar los misterios; mas para las personas de poca capacidad basta, según declaración de Benedicto XIII en 26 Mayo de 1727, que lo recen devotamente.

Letanias de la Virgen.—Por cada vez que se recen estas letanias se ganan 300 días de indulgencia, concedidos por Pío VII el 30 de Septiembre de 1817; y si se rezan todos los días, confesando y comulgando en las cinco fiestas principales de la Virgen, indulgencia plenaria.



CORONA DE LOS DOLORES DE MARÍA

Por la señal de la santa cruz,
etcétera.

Domine, labia mea aperies.
(Como en el Rosario, pág. 361.)

PRIMER DOLOR

LA PROFECÍA DE SIMEÓN

Os compadezco, ¡oh dolorosa
María!, por lo que hubo de afli-

giros la profecía del santo viejo Simeón. Amada Madre, por vuestro afligido Corazón, alcanzadme la humildad y el don del santo temor de Dios.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri, ó una Avemaría.

SEGUNDO DOLOR

MARÍA HUYE CON JESÚS Á EGIPTO

Os compadezco, ¡oh dolorosa María!, por las llagas que sufrió vuestro sensibilísimo Corazón en la huida y estancia en Egipto. Amada Madre, por vuestro Corazón, tan angustiado, alcanzadme la virtud de la liberalidad y el don de piedad.

Padre nuestro, etc.

TERCER DOLOR

MARÍA PIERDE Á JESÚS

Os compadezco, ¡oh dolorosa María!, por las angustias que experimentó vuestro solícito Corazón cuando perdisteis á vuestro amado Hijo. Amada Madre, por vuestro Corazón, tan cruelmente agitado, alcanzadme la virtud de la castidad y el don de ciencia.

Padre nuestro, etc.

CUARTO DOLOR

MARÍA ENCUENTRA Á JESÚS EN LA CALLE DE LA AMARGURA

Os compadezco, ¡oh dolorosa María!, por la consternación que experimentó vuestro maternal Corazón al encontrar á Jesús con la cruz á cuestas. Amada Madre,

por vuestro amoroso Corazón, de tal manera afligido, alcanzadme la virtud de la paciencia y el don de fortaleza.

Padre nuestro, etc.

QUINTO DOLOR

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

Os compadezco, ¡oh dolorosa María!, por el martirio que padeció vuestro generoso Corazón cuando presenciasteis la cruel agonía de Jesús. Amada Madre, por vuestro Corazón, de tal modo martirizado, alcanzadme la virtud de la templanza y el don de consejo.

Padre nuestro, etc.

SEXTO DOLOR

JESÚS MUERTO EN LOS BRAZOS DE MARÍA

Os compadezco, ¡oh dolorosa María!, por la herida que sufrió vuestro poderoso Corazón en la lanzada que desgarró el costado de Jesús é hirió su amabilísimo Corazón. Amada Madre, por vuestro Corazón, de tal manera martirizado, alcanzadme la virtud de la caridad fraternal y el don de entendimiento.

Padre nuestro, etc.

SÉPTIMO DOLOR

MARÍA VE SEPULTAR Á SU HIJO

Os compadezco, ¡oh dolorosa María!, por aquel pasmo que experimentó vuestro amantísimo Corazón al ver sepultar á vuestro

tro Hijo Jesús. Amada Madre, por vuestro sagrado Corazón, excesivamente lleno de amargura, alcanzadme la virtud de la diligencia y el don de sabiduría.

Padre nuestro, etc.

¶ Ruega por nosotros, Virgen dolorosísima.

¶ Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

OREMOS

¡Oh Dios, que visteis durante vuestra Pasión la amantísima alma de la gloriosa Virgen María, vuestra Madre, atravesada por una espada de dolor, según la profecía del venerable Simeón!: concedednos por vuestra bondad que, mientras que celebramos con veneración la memoria de su compasión y de sus sufrimien-

tos, recojamos por los méritos, y por la intercesión de todos los Santos que han permanecido fieles á la Cruz, los venturosos frutos de vuestra Pasión. Vos, que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.





CORONA DE LAS DOCE ESTRELLAS

en honra de las doce gracias más especiales que la Santísima Trinidad concedió á la inmaculada Virgen María, que el gran Padre de los párvulos, San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, dejó escrita de propia mano, y al fin de ella dice: "Deseo que esta devoción á María santísima la practiquen cada día todos nuestros discípulos, para que en premio de esta corta fatiga merezcan su protección en la vida y en la muerte." Y aseguró muchas veces que jamás había pedido gracia alguna á la santísima Virgen con esta depreciación que no la hubiese alcanzado.

AVE MARÍA PURÍSIMA, SIN PEGADO CONCEBIDA

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Alabemos y demos gracias á la Santísima Trinidad, que nos manifestó á la inmaculada Virgen María vestida del Sol con la Luna bajo de sus pies, y una

corona misteriosa de doce estrellas sobre su cabeza. *ñ* Por los siglos de los siglos. Amén.

Alabemos y demos gracias al Padre Eterno, que escogió á la Virgen María por Hija suya. *ñ* Amén.

Padre nuestro.

Alabado sea el Padre Eterno, que predestinó á la Virgen María por Madre de su divino Hijo. *ñ* Amén.

Ave María.

Alabado sea el Padre Eterno, que preservó á la Virgen María de toda culpa en su inmaculada Concepción. *ñ* Amén.

Ave María.

Alabado sea el Padre Eterno, que adornó á la Virgen María con todas las virtudes en su nacimiento. *ñ* Amén.

Ave María.

Alabado sea el Padre Eterno, que dió á la Virgen María por compañero y esposo purísimo á San José. *ñ* Amén.

Ave María, Gloria Patri. Sicut erat.

Alabemos y demos gracias al Hijo de

Dios, que escogió á la Virgen María por su Madre. *R. Amén.*

Ave María.

Alabado sea el Hijo de Dios, que se encarnó en las entrañas de la Virgen María, y en ellas habitó nueve meses. *R. Amén.*

Padre nuestro.

Alabado sea el Hijo de Dios, que nació de la Virgen María, y la proveyó de leche para alimentarle. *R. Amén.*

Ave María.

Alabado sea el Hijo de Dios, que quiso ser educado de la Virgen María en su infancia. *R. Amén.*

Ave María.

Alabado sea el Hijo de Dios, que reveló á la Virgen María los misterios de la redención del mundo. *R. Amén.*

Ave María. Gloria Patri. Sicut erat.

Alabemos y demos gracias al Espíritu Santo, que recibió á la Virgen María por su esposa. *R. Amén.*

Padre nuestro.

Alabado sea el Espíritu Santo, que

reveló á la Virgen María antes que á otro el nombre suyo de Espíritu Santo. *R. Amén.*

Ave María.

Alabado sea el Espíritu Santo, por cuya obra fué la Virgen María á un mismo tiempo Virgen y Madre. *R. Amén.*

Ave María.

Alabado sea el Espíritu Santo, por cuya virtud fué la Virgen María templo vivo de la Santísima Trinidad. *R. Amén.*

Ave María.

Alabado sea el Espíritu Santo, por el cual fué la Virgen María ensalzada en el cielo sobre todas sus criaturas. *R. Amén.*

Ave María, Gloria Patri. Sicut erat.

Por la exaltación de nuestra santa fe católica, extirpación de las herejías paz y concordia entre los Príncipes cristianos y demás necesidades de la Iglesia: Una *Salve.*

Bendito y alabado, etc. ®



MODO DE CELEBRAR

Las festividades de la Virgen y honrarla los sábados y el mes de Mayo.

Los días dedicados á la Virgen son más á propósito para alcanzar favores, porque en ellos hace la Madre de Dios mayores mercedes á sus devotos y en ellos conviene que éstos le hagan especiales servicios, como son ayunar la víspera y confesar y comulgar el día de su fiesta, meditar sus excelencias, abstenerse con mayor cuidado de culpas, imitar alguna virtud suya, sobre todo la que más resplandece en el misterio que se celebra, hacer limosnas y aumentar las devociones y los obsequios en honra suya.

No contenta la Iglesia con haber dedicado más festividades á Maria san-

tísima que á Jesucristo, porque quiere el Hijo ser honrado en su Madre, ha consagrado cada semana el sábado á su veneración, y cada año el mes de Mayo entero, que por eso se llama también Mes de María; y en este día y mes hemos de venerar á la Madre de Dios haciendo más oración y meditación, ayunando si podemos, que es devoción aprobada del Señor con grandes favores, y practicando en honor de María los obsequios que dictare á cada uno su fervor, y, sobre todo, imitando algunas de sus virtudes, que vamos luego á enumerar; entendiendo que cuanto más generosos fuéremos en servirla, amarla é imitarla, será Ella más generosa en favorecernos.

De la devoción del Mes de Mayo en particular quisiéramos poder decir algo más, porque estamos íntimamente convencidos de que por ella se obtienen muchas gracias de conversión para los pecadores, y para toda clase de personas dones y beneficios innumerables. Quien no lo crea, que lo pruebe, y verá con qué real liberalidad y magnificencia premia esta práctica la que se

llama y es Reina de la gracia y dispensadora de las riquezas de Dios.

Libros hay con el título de *Mes de Mayo* ó de *Maria*, que facilitan el modo de honrar á la Virgen santísima durante él; pero sin necesidad de libros, la devoción y amor para con esta Señora, y el deseo de alcanzar los tesoros que á manos llenas dispensa á los que la obsequian, sugerirá á cada cual las *flores espirituales* que le ha de ofrecer.

Es de advertir que la concesión de indulgencia de 300 días para cada uno del mes, y de la plenaria que se gana confesando y comulgando en cualquiera de ellos, no requiere sino que durante dicho mes, en *público* ó en *privado*, se honre á la santísima Virgen con algunos *obsequios especiales, oraciones devotas ó con otros actos de virtud.*

EL MES DE MARÍA EN CASA

MODO PRÁCTICO DE HACERLO.— Quisieras asistir á las solemnes y devotas fiestas que en este hermoso mes de las flores consagran á María santísima sus devotos; pero la enfermedad, tus ocu-

paciones ó las grandes distancias te lo impiden. No te aflijas por eso; también acogerá gustosa y recompensará con generosidad tu amada Madre los obsequios que en casa le hagas.

En la habitación más honrosa colocarás una efigie ó cuadro de la Virgen santísima, y la adornarás cuanto te sea posible con flores y luces; y sola, ó mejor en familia, te postrarás á sus pies, deseando darle alabanzas que le tributan sus fieles y devotos hijos, y aun las que en el cielo le ofrecen los ángeles.

Así postrada, *haz la señal de la cruz*, y despacio y con el debido respeto y atención, di el *Señor mío Jesucristo*, excitando en tu corazón el verdadero dolor de tus pecados, para que hagas en gracia, y por consiguiente con mérito, el Mes de Mayo; y después reza con entrañable afecto de devoción la siguiente

ORACIÓN

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se oyó de-

cir que ninguno de los que han acudido á vuestra protección implorando vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos. Animados con esta confianza, á Vos también acudimos, ¡oh Virgen Madre de las vírgenes!, y gimiendo bajo el peso de nuestros pecados nos atrevemos á parecer ante vuestra presencia soberana. ¡Oh Madre de Dios!, no despreciéis nuestras súplicas, antes bien escuchadlas y acogedlas benignamente. Así sea.

ORACIÓN PARA EMPEZAR

¡Gloriosa Emperatriz de cielos y tierra, Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo! Postrada á vuestros pies

os saludo con todo el afecto de mi corazón, como á Reina y Señora y como á la más digna de todas las puras criaturas.

Llena de *admiración* contemplo vuestras glorias y las maravillas que ha obrado en Vos el Todopoderoso.

Me gozo de veros tan enriquecida con gracias y dones celestiales, tan santa, tan amada del Señor, tan ensalzada sobre todo lo que no es Dios, tan honrada y obsequiada de los ángeles y del mismo Criador de los ángeles.

Desearía tener el conocimiento que de vuestras perfecciones y gracias tuvieron los Santos todos, y el amor y reverencia con que os amaron y obsequiaron; desearía tener mil vidas y mil almas que ofreceros, y que todo corazón os ame, y toda lengua os

alabe, y todo entendimiento conozca y admire vuestras prerrogativas y gracias.

Me pesa de no haber correspondido al amor que vuestro divino Hijo me ha tenido, dándole amor por amor, sino ofensas é ingraticudes por sus innumerables beneficios. Sed Vos mi Abogada para con mi eterno Juez; *pedidle* que mirando mi dolor y arrepentimiento, me perdone mis pecados, me dé su gracia, y después la gloria, por sus infinitos merecimientos é infinita bondad, que yo prometo serle agradecida en adelante, cumpliendo exactamente sus Mandamientos y las obligaciones de mi estado.

Alcanzadnos de vuestro divino Hijo, para mí, para mis padres, parientes, amigos y enemigos, para mis superiores y bienhecho-

res, las gracias de alma y cuerpo que nos hagan conocer, amar y servir á Dios en esta vida, para después gozarle en la otra.



OFRECIMIENTO

DE LA

FLOR ESPIRITUAL DE ESTE DÍA

A MARÍA SANTÍSIMA

¡Oh María, prado aménfimo de las delicias de todo un Dios, huerto cerrado y jardín florido! Postrada á vuestras plantas soberanas os ofrezco la flor espiritual de este día, y por ella os suplico me hagáis participante de la fragancia de vuestras hermosas virtudes, plantándolas todas en mi corazón, al cual os pido, Madre mía, reguéis con el rocío de vuestra divina gracia, para que dé tales frutos de justicia y santidad que sean dignos de ser

presentados en la mesa del Rey celestial, á la que espero sentarme algún día con Vos, y saciarme de la gloria de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo: y para más obligaros, saludo vuestro dulcísimo nombre con las siguientes deprecaciones y Avemarías.

Madre mía amantísima, en todos los instantes de mi vida acordaos de mí, miserable pecador.

Ave María.

Acueducto de las divinas gracias, concededme abundancia de lágrimas para llorar mis pecados.

Ave María.

Reina de cielos y tierra, sed mi amparo y defensa en las tentaciones de mis enemigos.

Ave María.

Ilustre y querida Hija de Joaquín y Ana, alcanzadme de vuestro santísimo Hijo las gracias que necesito para mi salvación.

Ave María.

Abogada y refugio de los pecadores, asistidme en el trance de mi muerte y abridme las puertas del cielo.

Ave María y Gloria Patri.

ORACIÓN PARA ACABAR

¡Soberana Emperatriz de cielos y tierra, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, Madre del Criador, Reina de los ángeles y Madre nuestra! Séante agradables estos mis humildes cultos, y merezcan mis súplicas ser benignamente oídas de vuestro bondadosísimo Corazón.



FLORES Ó ACTOS DE VIRTUD

QUE CONVENDRÁ OFRECER DURANTE EL
MES DE MAYO Á LA SANTÍSIMA VIRGEN

Se podrá escoger una flor cada día, ó bien escribiendo en papelitos los números ó las flores, y sorteándolos, cada uno ofrecerá la que le caiga en suerte.

1. Levantarse de la cama sin dejarse dominar de la pereza, y vestirse con modestia, como si estuviera María santísima presente.
2. Rezar con especial cuidado y devoción las oraciones de la mañana y de la noche.
3. Comulgar un día del mes con singular devoción.
4. Oír Misa con mayor atención y reverencia que la de costumbre.
5. Tener un rato de lección espiritual.
6. Hacer alguna mortificación interior ó exterior; verbigracia: mortificar la curiosidad,

disimular alguna falta que se nos haga, privarse de algún manjar que más nos guste, etc. 7. Dar limosna á algún pobre, ó rogar por la conversión de los pecadores. 8. Guardarse con mayor empeño de cometer pecados veniales deliberados. 9. Refrenar la vista, no mirando objetos malos ó peligrosos. 10. Tener á raya la lengua, no diciendo palabras ofensivas á Dios ó al prójimo. 11. Al dar el reloj, ó varias veces entre día, rezar el Ave María. 12. Tratar con agrado á alguna persona á quien sintamos aversión. 13. Evitar la ociosidad, empleando el tiempo en cosas útiles. 14. Tener un rato de oración. 15. Hacer cinco veces la comunión espiritual, y otras cinco un acto de fe en la presencia de Dios. 16. Hacer por la noche con especial empeño el examen de conciencia, empleando de cinco á diez minutos. 17. Desahacerse de algún objeto ó libro que fomenta la vanidad, la ociosidad ú otra cualquiera mala pasión. 18. Hacer entre día cinco actos de contrición. 19. Visitar y consolar algún enfermo. 20. Rogar por los que están en pecado mortal y por las almas del purgatorio.

21. Rogar por los que se emplean en salvar almas. 22. Pedir á la santísima Virgen nos alcance buena muerte y la dicha de recibir en aquella hora los santos Sacramentos. 23. No decir mentiras deliberadas. 24. Hacer cinco actos de amor de Dios. 25. No hablar en alabanza propia. 26. Extender la devoción de la santísima Virgen. 27. Visitar alguna imagen de María santísima en la iglesia ó en casa. 28. Rezar el Rosario con devoción. 29. Obedecer las inspiraciones de Dios. 30. Llevar con paciencia los trabajos. 31. Rezar siete Avemarías á los Dolores de la santísima Virgen.

INDULGENCIAS. Honrando á la santísima Virgen en público ó en privado, con obsequios espirituales, oraciones devotas ú otros actos de virtud durante el mes de Mayo, se ganan cada día 300 días de indulgencia, y una plenaria al mes, confesando y comulgando en cualquiera de ellos, aunque no se obsequie del modo dicho á María santísima todos los días del mes de Mayo.

IMITACIÓN

DE LAS VIRTUDES DE MARÍA SANTÍSIMA

Las virtudes que practicó Cristo en el mundo para ejemplo nuestro, las dejó al vivo retratadas en su Madre para hacernos más fácil la imitación; porque el espíritu de María es más dulce que la miel, y la herencia que nos dejó, que son sus soberanos ejemplos, más que la miel y el panal, cuya suavísima dulzura facilita la imitación. Ésta desea María ver en nosotros, ésta pide á sus devotos, ésta es la principal devoción con que la hemos de obligar si deseamos tenerla propicia. Este obsequio sólo estima Ella más que todos, porque como Madre amorosa desea que sus hijos se le parezcan en aquello que la hace más hermosa, que es la pureza y santidad.

VIRTUDES

QUE RESPLANDECEN PRINCIPALMENTE EN MARÍA SANTÍSIMA

1. *Amor de Dios*, de que no cesaba jamás, ni velando ni durmiendo; la debemos nosotros imitar levantando frecuentemente el corazón á Dios con actos de amor.
2. *Amor de los hombres*, obteniéndoles bienes y felicidad eterna, á cuyo ejemplo hemos de hacer todo el bien que pudiéremos á nuestros prójimos.
3. *Humildad*, sirviendo á San José, su esposo, á su prima Santa Isabel, después de haber obtenido la suprema dignidad de Madre de Dios, para que los que están en puestos altos no se desdenen de servir alguna vez á los inferiores, por amor de Cristo y de María santísima.
4. *Castidad*, en que excede á los mismos ángeles, convidando á guardar virginidad á quien lo pueda y quiera, con la gracia de Dios, y á todos á guardarse de las ocasiones y peligros

de faltar á la hermosa virtud de la castidad.

5. *Fe*, creyendo las palabras del ángel, el cual le anunció que sería Madre y juntamente Virgen, moviéndonos á creer los misterios divinos, aunque parezcan dificultosos á la razón humana.

6. *Esperanza*, esperando en las tristezas el consuelo de Dios y en las necesidades el remedio, para que no desconfiemos nosotros del socorro divino, aunque nos veamos anegados en un mar de dificultades, tribulaciones y contratiempos.

7. *Paciencia*, sufriendo con silencio y conformidad sus trabajos y los de su Hijo, los cuales los sentía más, enseñándonos á sufrir, siendo culpados, lo que padecía Ella siendo santa é inocente.

8. *Pobreza*, contentándose la que era Reina de los cielos y la tierra con un pobre vestido y grosera comida, para confusión de los que nunca se ven hartos de riquezas.

9. *Mortificación*, usando de aspereza y penitencia sin tener culpa ni re-

beldía de pasiones, para que nosotros, llenos de culpas y con guerra continua de las pasiones, usemos de la mortificación y penitencia.

10. *Modestia*, guardando con gran cuidado los sentidos, midiendo las acciones con la regla de la razón y el decoro, para que su modestia sea el espejo de la nuestra.

11. *Fortaleza*, venciendo todas las dificultades, por hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, porque nosotros seamos fuertes contra nuestros enemigos, á vista de esta mujer fuerte.

12. *Perseverancia*, no descaeciendo jamás en el ejercicio de las virtudes, adelantándose cada día en ellas, para confusión de los que dejamos con tanta facilidad los buenos ejercicios y obras acostumbradas.



RAMILLETE

DE FLORES Y VIRTUDSE CONQUE PUEDES
ADORNAR EL ÚLTIMO DÍA DEL MES EL
ALTAR DE TU PURÍSIMA MADRE.

ROSA.—*Actos de amor de Dios.*

AROMA.—*Examen diario de conciencia.*

AZAHAR.—*Oración mental* (1).

FLOR DEL PARAÍSO.—*Lectura espiritual.*

CLAVEL.—*Comuniones.*

GIRASOL.—*Fidelidad á las divinas inspiraciones.*

VALISNERIA.—*Claridad con el confesor, dándole cuenta de todas las tentaciones, mortificaciones, devociones, etcétera.*

PENSAMIENTO.—*Presencia de Dios por medio de jaculatorias.*

(1) Puedes servirte del *Tratado de oración* del F. Villacastín.

NARCISO.—*Comuniones espirituales.*

TRINITARIA.—*Visitas al santísimo Sacramento.*

AMARANTO.—*Visitas á la Virgen santísima, santos Patronos, etc.*

CLAVELLINA.—*Respeto y compostura en los templos.*

VARA DE JESÉ.—*Rectificar á menudo la intención, haciéndolo todo, labores, paseo, recreación, conversaciones, etc., sólo por Dios.*

JAZMÍN.—*Modestia en la vista, acciones y palabras, especialmente en público.*

MALVA DE ROSA.—*Caridad, afabilidad y dulzura con el prójimo.*

CAMPANILLA.—*Obediencia á los superiores y exactitud en el cumplimiento de las reglas y obligaciones de su estado.*

SENSITIVA.—*Ceder siempre en las contiendas por amor á MARÍA SANTÍSIMA, y no contradecir á nadie, á no ser que resulte pecado ó perjuicio notable de no hacerlo.*

DIEGO DE DÍA.—*Aplicación al trabajo.*

HORTENSIA.—*Evitar la doblez de corazón, no fingiendo ni usando palabras de doble sentido.*

CAMELIA.—*Manifestar agradecimiento á los que nos hacen algún bien.*

ALBAHACA.—*Virtudes pequeñas ú ocultas, como abstenerse de decir alguna palabra que se desea, de mirar ú oír alguna cosa, sufrir la impertinencia del prójimo, etc., por amor de nuestra Madre Maria.*

AMAPOLA.—*Sufrir sin quejarse las enfermedades y trabajos, el calor, frío, viento, etc.*

TOMILLO.—*Limosna espiritual, como visitar enfermos, rogar por los pobres al pedirnos limosna, etc.*

DIEGO DE NOCHE.—*Guardar el silencio por alguna hora, á no ser que la caridad ó prudencia obliguen á hablar.*

JACINTO.—*Limosna á los pobres.*

CRUZ DE JERUSALÉN.—*Ayuno.*

PASIONARIA... } *Mortificaciones corporales á juicio del*
PURPÚREA..... } *directorespiritual.*

SEGUNDA PARTE

NOVENA

Á LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

ACTO DE CONTRICIÓN

A vuestros pies tenéis postrado, ¡ oh divino Salvador mío!, al más indigno de los pecadores, que con horrible osadía ha pisado vuestra sangre, despreciado vuestro amor y olvidado vuestras finezas. Yo he pecado, os he tratado con ingratitude, os he abandonado, es verdad; mas hoy que mi alma se ve alentada y conmovida por esa maravilla de vuestras manos, por esa Criatura hermosísima, que con sólo una súplica desarma el brazo de vuestra justicia di-

1 Escrita por D. Mateo Alcaráz, oficial mayor en la Curia de León.

HORTENSIA.—*Evitar la doblez de corazón, no fingiendo ni usando palabras de doble sentido.*

CAMELIA.—*Manifestar agradecimiento á los que nos hacen algún bien.*

ALBAHACA.—*Virtudes pequeñas ú ocultas, como abstenerse de decir alguna palabra que se desea, de mirar ú oír alguna cosa, sufrir la impertinencia del prójimo, etc., por amor de nuestra Madre Maria.*

AMAPOLA.—*Sufrir sin quejarse las enfermedades y trabajos, el calor, frío, viento, etc.*

TOMILLO.—*Limosna espiritual, como visitar enfermos, rogar por los pobres al pedirnos limosna, etc.*

DIEGO DE NOCHE.—*Guardar el silencio por alguna hora, á no ser que la caridad ó prudencia obliguen á hablar.*

JACINTO.—*Limosna á los pobres.*

CRUZ DE JERUSALÉN.—*Ayuno.*

PASIONARIA... } *Mortificaciones corporales á juicio del*
PURPÚREA..... } *directorespiritual.*

SEGUNDA PARTE

NOVENA

Á LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

ACTO DE CONTRICIÓN

A vuestros pies tenéis postrado, ¡ oh divino Salvador mío!, al más indigno de los pecadores, que con horrible osadía ha pisado vuestra sangre, despreciado vuestro amor y olvidado vuestras finezas. Yo he pecado, os he tratado con ingratitude, os he abandonado, es verdad; mas hoy que mi alma se ve alentada y conmovida por esa maravilla de vuestras manos, por esa Criatura hermosísima, que con sólo una súplica desarma el brazo de vuestra justicia di-

1 Escrita por D. Mateo Alcaráz, oficial mayor en la Curia de León.

vina; hoy, Señor, atraído por María, vengo á Vos, y en presencia vuestra detesto mis iniquidades, me arrepiento de todos mis pecados y reclamo de Vos el auxilio de vuestras antiguas misericordias. Concedédmelo bondadoso, ¡oh buen Dios!, en atención á los méritos y poderoso valimiento de María santísima, cuya Concepción inmaculada pretendo celebrar, muy confiado en que, por sus ruegos, conseguiré el perdón de mis pecados y la gracia inapreciable de vuestro amor.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

Yo os saludo, ¡oh María!, Niña preexcelsa, en cuya casta frente brilla la blancura de vuestra preeminente pureza. Yo os saludo, ¡oh María!, *Candor de la Luz eterna y Espejo sin mancha*¹, alegría del cielo, esperanza de las naciones, refugio salvador del universo. Yo os saludo, Esther candorosísima, exceptuada por un privilegio nuevo de

1 Offic. novis.

2 San Juan Damasceno.

la ley que comprendió á todos los hijos de Adán. ¡Oh tesoro de pureza virginal! ¡Oh Virgen llena de gracia! Mi alma rebosa en alegría, mi corazón palpita de gozo, y todo yo me siento enajenado de júbilo, al contemplaros en vuestra santa Concepción *más resplandeciente que la aurora, más apacible que la argentada luna, más pura que el lirio recién abierto, más blanca que la nieve de las montañas, más gallarda que la rosa, más casta que los ángeles y más perfecta que criatura alguna después de Jesucristo.* ¡Oh María! ¿No un hijo ha de alegrarse por la ventura de su tierna Madre? ¿Y no sois Vos el objeto amoroso de todos mis anhelos y mi dulce Madre en quien deposito todos mis cuidados? Permitidme, pues, que salte de regocijo al veros radiante en un trono de candor, y en medio de aclamaciones angélicas y de cánticos festivos. Todos vuestros siervos celebran con gusto vuestro ser inmaculado, y apenas oyen hablar de vuestra Concepción sin mancha, cuando dejan rodar por sus mejillas lágrimas de incomparable alegría. ¿He de ser yo el

único que por mis pecados no participe de tanta dicha? Es verdad que á vuestros ojos soy un mónstruo de iniquidad; pero qué, ¿las madres en sus festividades no conceden grandes dones á sus hijos desgraciados? ¡Oh tierna Madre mía, dulce prenda de mi corazón! Si yo soy infeliz por la culpa, mi felicidad es indecible por tener una Madre nunca contaminada, nunca sujeta ni por un solo instante al dominio de Lucifer, sino inmune de toda mancha, pura y graciosa como el lucero naciente, y llena de compasión y caridad para con los miserables. Concededme, por tanto, que os alabe por vuestra gracia original, y que lo haga con un corazón limpio y lleno de vuestro amor. Iluminad mi entendimiento, sed el dulce móvil de mi voluntad, soltad mi lengua, abrid mis labios y enseñadme á bendeciros dignamente en el misterio de vuestra immaculada Concepción. Amén.

DÍA PRIMERO

LECCIÓN

“¿Quién es ésta que marcha como el alba al levantarse?..”

(Cant., VI, 9.)

Manchada la raza de Adán con la abominable lepra del pecado, tuvo que arrastrar la insoportable cadena de la más dura esclavitud. Por todas partes resonaba el eco triste de un llanto amargo y desolador, y se escuchaba el ferviente voto de la oración con que el justo pedía ansioso un Salvador ¹. El Señor Dios, movido á misericordia por los males que rodeaban á sus criaturas desleales, se acordó por fin de sus promesas consoladoras, y envió á la Mujer que había anunciado en el paraíso como fuente de todo bien, para que realizara las esperanzas y enjugara el lloro de los desgraciados.

¹ Isa., XLV.

María santísima es esta Mujer consoladora á quien Dios destinó para traer al mundo la felicidad. Esta virgen insigne apareció en el primer instante de su Concepción, como Aurora apacible que marcha delante de Dios llena de esplendor y de gracia. El Señor estuvo de su parte embelleciéndola y ayudándola muy temprano al amanecer de su vida¹ con las riquezas de la justicia original; y, por tanto, ya en el primer momento de su existencia se deja ver *resplandeciente y alegre, nunca nublada, jamás oscurecida ni manchada como los otros hijos de Adán, sino hermosa como la Luna, escogida como el Sol*². María recibió toda la belleza que correspondía á la Precursora del divino Sol de Justicia, Jesucristo Señor nuestro. Apenas esta Beldad matutina alegró nuestro horizonte con su primoroso brillo, y así como el ángel que luchaba con Jacob se dió por vencido al rayar el alba, y dejó al Pa-

¹ Psalm, XI, V.

² Santo Tomás de Villanueva, serm. 3. *De Nativ. Virg.*

triarca llenándole de bendiciones, así también Dios al primer fulgor de María en su gloriosa Concepción calmó la indignación de su justicia y envió á la tierra mil bendiciones eternas de misericordia y de piedad. Por esto los ángeles al ver á María preguntan llenos de admiración: *¿quién es ésta que marcha como el alba al levantarse?*

¿Quién es? Es la que *asciende del desierto* de la nada á la existencia más gloriosa para triunfar del pecado: es la que apoyada en la gracia de su Hacedor viene *derramando* por todas partes las *delicias* de su hermosura: es la Mujer de singular virtud destinada para aplastar con su planta virginal la cabeza de la serpiente maldita: es el embeleso de la eterna Sión, la *lozanta de los siglos*¹, el Raudal de la alegría, la Primavera del divino Edén: es la *Brisa* más pura y deliciosa que refrigeró á las almas con su gracia, repartiéndoles la dulzura de su benigüida²: es la Virgen excelsa cuya Con-

¹ Isa., LX.

² Rec. de San Lor., *De Laud. Virg.*

cepción prodigiosa hace *el misterio fundamental de todas las fiestas cristianas y el principio de todos los bienes*¹; es, por fin, la alborada más alegre que trae consigo los celestes reflejos del día de la justicia: es la aurora más graciosa que llena de fuego divino, liquida los hielos del corazón endurecido, alivia las penas y tribulaciones de los enfermos, dora y enriquece las campiñas de la Iglesia disipando las tinieblas de la ignorancia, viste de colores la mañana de la niñez, infundiendo en el alma el conocimiento de Dios, y enseña el recto camino á los extraviados para librarlos de un precipicio inevitable.

*Salid, por tanto, hijas de Sión, mirad á vuestra Reina: á ella alaban los astros de la madrugada; la Luna y el Sol admiransu belleza, y rebosan en júbilo todos los hijos de Dios*². Venid, almas cristianas, amantes de la hermosura, almas devotas de María; venid á celebrar con gusto el misterio

¹ San Anselmo, *De Concept. B. V.*

² *Intr. Fiest. de la Concep.*

delas gracias, el manantial de las bellezas, el más sublime encanto del Cristianismo. Venid, y por María encontraréis la vestidura de Jesucristo, la caridad y la amistad de Dios. Vengamos todos con apresuramiento y confianza, y por medio de María lograremos ver el día precioso de la gracia, conseguiremos el perdón de nuestros pecados, la extirpación de nuestros vicios, la perseverancia en el bien y la eterna salvación.

Se rezan tres Avemarías, en la forma siguiente:

Dios te salve, candidísima Hija de Dios Padre, Virgen concebida sin pecado original. Dios te salve, María, etc.

*No hay candor, decoro y virtud que no resplandezca en Vos, ¡oh Virgen gloriosa!*¹.

Por tal excelencia, nosotros unimos nuestros cánticos á los acordes armoniosos de la primera jerarquía celeste para alabaros diciendo:

Con los serafines: *Santa, Santa,*

¹ Antífona.

*Santa, María, Virgen y Madre de Dios: llenos están los cielos, y llena está la tierra de la gloria y majestad del fruto de tu vientre*¹.

Con los Querubines: *Santa*, etc.

Con los Tronos: *Santa*, etc.

Gloria Patri.

Dios te salve, purísima Madre de Dios Hijo, Virgen concebida sin pecado original. Dios te salve, María, etc.

Bellísima habéis sido criada y suaves son vuestras delicias, Santa Madre de Dios.

Por este privilegio nosotros, llenos de alegría, unimos nuestras alabanzas á los cánticos de la segunda jerarquía y decimos:

Con las Dominaciones: *Santa*, etc.

Con las Virtudes: *Santa*, etc.

Con las Potestades: *Santa*, etc.

Gloria Patri.

Dios te salve, castísima Esposa de Dios Espíritu Santo, Virgen concebida

¹ San Buenaventura,
² Antífona.

sin pecado original. Dios te salve, María, etc.

*Vuestro vestido es cándido como la nieve, vuestro rostro resplandeciente como el Sol*¹.

Portan insigne prerrogativa os alabamos con la tercera jerarquía, diciendo:

Con los Principados: *Santa*, etc.

Con los Arcángeles: *Santa*, etc.

Con los Ángeles: *Santa*, etc.

Gloria Patri.

¿Quién es ésta que va subiendo como aurora naciente, bella como la Luna, brillante como el Sol?

Esta es la más hermosa de las hijas de Jerusalén.

✠ En tu Concepción, ¡oh Virgen María!, fuiste inmaculada.

℞ Ruega por nosotros al Padre, cuyo Hijo, concebido por obra del Espíritu Santo, diste á luz.

¹ Antífona.

ORACIÓN PARA EL DÍA PRIMERO

(De San Anselmo.)

Vos sois bienaventurada, ¡oh María!,
y poseéis la plenitud de todos los bienes.
Vos sois en verdad la Virgen admirable
y digna de toda suerte de honores.
Vos sois la Mujer bendita entre todas
las mujeres. Vos habéis reparado la
pérdida de nuestros primeros padres y
vivificado su posteridad. Dignáos ha-
cernos participantes de vuestros bie-
nes é introducirnos en el cielo, del cual
sois la dichosa puerta.

Petición. — Gozos y oración final.

DÍA SEGUNDO

LECCIÓN

“Como el lirio entre las
espinas, así mi amiga en-
tre las hijas.”

(Cant., II, 2.)

Es de fe que toda la descendencia de
Adán fué infectada por el aliento ve-
nenoso de la serpiente infernal: de aquí
es que, por más estimables que se pre-

sentaran las hijas del primer hombre,
siempre llevaron consigo la ignominia
de la mancha hereditaria; pero María,
que por un privilegio único fué inmu-
ne de aquella mancha fatal; María, que
cual verdadero jardín de deicias fué
siempre adornada con abundancia de
flores que exhalan la fragancia celest-
ial de todas las virtudes¹; María, en
el primer instante de su Concepción
se encuentra ya más agraciada que to-
das las hijas de Jacob. Estas mujeres
florecieron como rosales perfumados
por sus prendas naturales y sus virtu-
des; mas rodeadas de la llama impura
del pecado, no podían ser sino espinas
desgraciadas entre las cuales floreció
María como la *Azucena más blanca y
pura del jardín de la gracia, como la
Rosa más lozana del paraíso del nue-
vo Adán*². Nunca este Lirio de pure-
za sufrió ni aun la sombra de la altera-
ción más leve: jamás el aquilón del pe-
cado agitó ni un solo instante el follaje
y frescura de esta Azucena bendita.

¹ San Sofronio.

² Combalot.

Ella se presenta en la cándida mañana de la gracia con formas tan elegantes, que embelesan á los cielos; con perfumes tan exquisitos, que la tierra queda embalsamada, y con una blancura tan preciosa, que nada hay en el mundo con que se la pueda comparar. Plantada en la fresca margen de un raudal infinito, ha tomado de allí toda la fecundidad de sus gracias, y desde que existió elevó hacia Dios el cáliz purísimo de su alma para recibir el rocío de las bendiciones divinas.

El Señor colocó en María un piélagos de gracias en su Concepción maravillosa, la formó *imagen suya perfectísima, en la cual, como en una fuente de toda hermosura, tranquila y nunca agitada, se contempla y se alegra perpetuamente*¹. Escogida entre las hijas de Adán, *siempre existió inmaculada desde el principio de su creación, porque estaba destinada para dar á luz al Criador de toda santidad*². ¿Y como la Madre de la Luz

1 San Juan Damasceno. *Or. 1 de N. V.*

2 San Fulberto, *Expobit. Salut.*

indeficiente pudiera haber sido manchada con el horrible pecado? ¿Cómo la Hija predilecta del Altísimo, la *Primogénita antes de toda criatura, la Amiga de Dios, su blanca y única Paloma, su única bella Amada*, había de ser esclava del enemigo? No: jamás, jamás permitió el Señor que su sierva fuese mancillada: nunca consintió que su escogida fuese presa del demonio, sino que la libró de la malicia infernal, la crió *toda pura, sin tacha, sin mancha; toda hermosa y suave, sin delito actual ni original; toda preciosa, toda limpia, sin deformidad alguna de alma y cuerpo*¹; la crió *hermosa sobre todas las hermosas*², esplendente sobre todo el ejército de los ángeles, escogida entre las hijas como el lirio entre las espinas, y *llena de tanta perfección, que sólo Dios puede conocerla*³.

Corramos, pues, atraídos por los encantos de esta Azucena cándida y ru-

1 Claud., serm. 2 *De C. B. V.*

2 Cant., VI.

3 San Bernardino de Sena, serm. 51.

*bicunda: cándida por su virginidad, rubicunda por su caridad*¹. Acerquémonos á María, cuyo vestido de fragancia ahuyenta á los demonios y hace detestar los pecados y los vicios. ¡Cuántos pecadores se convierten en estos días con sólo ver á nuestra Madre purísima! ¡Ah! ¡Qué consuelo siente el desgraciado en su presencia! Y es que aspira el aura pura de su inocencia, *más suave sin comparación que el bálsamo aromático y que la mirra escogida*²: es que, al contemplar este Lirio de gracias, se siente inflamado de amor y de devoción; y es, finalmente, que María reparte los dones de Dios á todos los que la bendicen, contemplan y veneran. ¡Con razón los que lloran hallan sus delicias prosternados ante la Virgen pura!

¡Oh María! Vos sola, después de Dios, sois la única digna de nuestros primeros amores! ¡Qué felices seríamos ahora si desde nuestra infancia os hubiéramos consagrado nuestro corazón!

¹ San Bernardo.

² Eccl., XXIV, 20.

Mas, por lo menos, queremos amaros todo el tiempo que nos resta de vida. Nuestro amor es todo vuestro ¡oh pureza del alma!; nuestro corazón os pertenece para siempre. Purificadlo de los afectos inmundos, limpiadlo por medio de la penitencia, llenadlo de vuestra alegría, y entonces cantaremos dignamente vuestras alavanzas.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA SEGUNDO

(De San Juan Damasceno.)

Yo os saludo, ¡oh María!, esperanza de las naciones: oid los ruegos de un pecador que os ama tiernamente, que os honra en particular, y que coloca en Vos toda la esperanza de su salvación. Yo os debo la vida, Vos sois la prenda segura de mi eterna dicha. Ruégoos que me libréis del peso de mis pecados, que disipéis las tinieblas de mi espíritu, que arranquéis de mi corazón el afecto á las cosas terrenas, que me hagáis vencer todas las tentaciones de mis enemigos, que dirijáis todas las acciones

de mi vida, de manera que con vuestra protección pueda yo llegar á la eterna felicidad del paraíso.

Petición.—Gozos y oración final.

DÍA TERCERO

LECCIÓN

«El ímpetu del río alegra
la Ciudad de Dios.»

(Psalm XLV, 5.)

Si son grandes las obras del Señor, exquisitamente proporcionadas á los fines á que El las ha destinado ¹, ¿cuál será la grandeza de María, la cual fué destinada para la augusta morada del *Esplendor de la gloria*? ¿Qué ornamentos tan estupendos decorarían á la Virgen excelsa? ¿Qué gloria, qué decoro, qué candor, qué gracia no convino á la Madre de Dios? ¿Cuál la formaría el Artífice que la eligió para nacer de Ella? ².

¹ Apoc., XXI, 28.

² Santo Tomás de Villanueva, serm *De Nat. Virg.*

Esta joven hebrea, que á la vez reúne en sí misma los dos estados más sublimes de la mujer, la virginidad coronada de atractivos, la maternidad llena de dulzuras y encantos; esta Madre Virgen, que en medio de sus grandezas ha llenado al orbe de alegrías y de esperanzas; esta Niña casta, cuya virginidad aumenta su hermosura, formando el manantial de sus gracias y embelesos; esta Reina inmaculada, dos veces amable, por ser Virgen y por ser Madre, es el grandioso cuadro, la imagen viva de la omnipotencia de Dios, y la *Ciudad de oro purísimo, resplandeciente como cristal* ¹.

Sus fundamentos están adornados con todo género de piedras preciosas, en donde brillan con toda su luz la esmeralda de su inocencia, cuyo verde apacible jam' s desmereció; la perla de su pureza, cuyo límpido oriente permaneció inalterable; el topacio de su amor para con Dios; el jacinto de su caridad para con el prójimo, y el azulado zafiro salpicado de oro que representa el fir-

¹ Apoc., XXI, 29.

mamento de su alma, adonde jamás llegó la nube del pecado para cubrir su hermosura. El Señor defendió á su ciudad librándola del enemigo, é iluminándola con su claridad ¹. Los dones del Espíritu Santo, como un torrente impetuoso, la embellecen más y más y la llenan de la más pura alegría. En esta ciudad de hermosura se ve un *Cielo nuevo*, exento de toda rebelión; una *Tierra nueva*, nunca sujeta á la maldición de Dios; un Paraíso de delicias, en donde jamás tuvo lugar el drama del engaño. Aquí se ve el *Arbol de la vida, que solo fué digno de llevar el fruto de la salud* ²; la *Vid que extiende sus sarmientos hasta el mar, esto es: sus oraciones, beneficios y ejemplos, hacia los que existen en la amargura* ³. Aquí corre el río de *agua viva y espléndida, que procede del trono de Dios, y que está lleno de las aguas de multitud de gracias para la salud de los mortales* ⁴. Aquí

¹ Apoc., XXI, 28.

² San Bernardo, serm. 3 *De Adv.*

³ Idiot., *De B. V.*

⁴ Juan Picó, lib. I.

se admiran la *Rosa inmarcesible* que llena el espíritu de suavidad, la *Columna elevada en la fe, erigida en la esperanza, fundada en la caridad* ¹, la *Torre escudada para el sostén de los combatientes*, la *Escala de los pecadores*, la *Corona de todos los Santos de Dios* ². Aquí, por fin, se encuentra el *Oprobálsamo de salud* lleno de pureza y de fragancia, la *hermosísima beldad de todas las cosas, la Madre de Dios, ornamento amplísimo de todas las hermosuras* ³. «La Omnipotencia divina,—dice San Buenaventura—*podrá crear un cielo más vasto, una tierra más amplia, un mundo más vistoso y magnífico; pero no podrá jamás hacer una madre más grande que la Madre de Dios* ⁴.

Tal es la magnificencia de María, Ciudad de Dios engalanada con todas las maravillas de su poder infinito y enriquecida con un río de gracias. Tal es la eminente gloria de la Virgen Madre,

¹ San Bernardo, opúsc.

² Ernesto, cap. CXIX.

³ San Jorge de Niconc.

⁴ Opusc. B. V.

asombro del universo, maravilla estu-
penda del Señor.

¿Qué nos resta á nosotros sino des-
viar nuestras miradas de la vanidad,
arrancar nuestros afectos de las ilusio-
nes, desprendernos de los bienes fal-
aces é internarnos para siempre en esta
Ciudad Santa, *en donde brilla á los
ojos del alma una luz á cuya difu-
sión es imposible poner límites, don-
de se oye una melodía cuya duración
no reconoce el tiempo por medida,
donde se exhala un perfume que el
aire no puede disipar*¹, donde uni-
dos más y más al objeto infinitamente
amable, que es Dios, jamás experimen-
taremos hartura de las delicias en que
nos embriague su posesión? ¿Qué nos
resta sino amar á Dios en María y por
María, hermosura perfecta que llena el
vacío de nuestros deseos, que inspira
pensamientos de salud, que enjuga las
lágrimas del corazón y que hace des-
preciar las grandezas mundanas, tan
efímeras como ilusorias?

¡Oh divina María! Vos sois la Ciudad

¹ San Agustín.

de nuestra fortaleza y de nuestro refu-
gio, y dentro de vuestros muros que-
remos combatir para no perecer con
los que os aborrecen. Nosotros os ama-
mos, ¡oh Virgen Madre de Dios!; infla-
madnos con ese fuego divino que os
abrsa y hacednos poderosos para ven-
cer á nuestros enemigos. Dadnos que
despreciemos los respetos humanos
para no atender á las exigencias de un
siglo corruptor, que meditemos en nues-
tro eterno destino, que aspiremos á
nuestra patria celeste, y que un día po-
damos veros y alabaros en la eterna
ciudad de la gloria.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA TERCERO

(De San Alfonso de Ligorio.)

Dios os salve, singular ornamento
del cielo y amparo de la tierra. Dios
os salve, Madre mil veces dichosa del
Rey eterno. Vos, Señora, después de
vuestro Unigénito Hijo, tenéis el impe-
rio de todas las cosas. A Vos todas las
edades y todas las generaciones incli-
nan la cabeza, á vuestros pies se rinde

toda la redondez de la tierra; oyendo vuestro nombre, tiemblan los demonios; descubriéndose vuestros resplandores, huyen las tinieblas, y á vuestro mando se abren de par en par las puertas del cielo; Oh esperanza de los cristianos, después de Jesucristo vuestro Hijo! Oh Reina de misericordia, dulzura de la vida! A Vos suspiro desterrado en este valle de lágrimas: ayudadme, Señora, en mis trabajos; defendedme en mis desmayos, y después de este destierro mostradme al bendito fruto de vuestro vientre, Jesucristo, el cual vive y reina por todos los siglos.

Petición.—Gozos y oración final.

DÍA CUARTO

LECCIÓN

“Ven del Líbano, Esposamia...”

(Cant., IV, 8.)

Hubo una israelita de tan extraordinaria hermosura que, robando el corazón del rey Asuero, desde luego la eligió para su propia esposa, y habiéndola

la vestido y adornado magníficamente, la elevó á la dignidad real y partió con ella el mando de su imperio.

Mas aquella Esther que á los ojos de todos parecía graciosa y amable¹, no era más que una figura imperfecta de la que, más agraciada todavía, se atrajo las divinas miradas del Rey inmortal de la gloria. María santísima es esta cándida Esther de imponderables gracias, que, cautivando el corazón de su Amado, fué escogida desde la eternidad para la casta Esposa de Dios Espíritu Santo.

El Amante divino, para celebrar con esta Virgen pura su augusto desposorio, la ennoblece y adorna con un cúmulo de gracias en que sobrepuja al número de las estrellas; le comunica una plenitud de luz que obscurece al Sol y á la Luna, y una blancura y candor que ofusca el brillo de la nieve, una pureza y castidad que la hacen superior á los mismos ángeles; y después de haberla enriquecido con preeminencias y blasones singularísimos, después de

¹ Esth., II, 15.

haberla admirado como la obra maestra de su Omnipotencia: *Ven, escogida mía*, —la dice,— *y colocaré mi trono en tu corazón*¹; *apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermana mía, y ven*,²: *camina, avanza prósperamente con esa tu gallardía y hermosura*³, *con esos tus labios, lirios que destilan la mirra más pura; con esas tus manos de oro torneadas llenas de jacintos*⁴. *Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven; serás coronada*: y María, dulcemente atraída por las castas caricias del Esposo, se levanta del Líbano de su candor y se presenta á su Amado llena de modestia y de gracia, con la plácida vestidura de la mañana, con sus cabellos ondeantes como un velo de oro, y con los atractivos y encantos de una bella esposa engalanada. Allí, sobre un trono de blancos resplandores, circundado de querubines, empuña el cetro de su virginidad; allí ciñe su frente la corona eternal de su pureza;

1 Antifona.

2 Cant., II, 10.

3 Psalm. XLIV.

4 Cant., V, 13-14

allí sus oídos escuchan epitalamios angélicos de aplausos y alborozo, su espíritu goza con profusión de las más santas comunicaciones con su Dios, y su almase derrite en deliquios del amor más casto y encendido.

Desde el primer instante de su Concepción, desde ese Líbano grandioso de su inmunidad del pecado, desde ese momento feliz, María elevó sus miradas sublimes al Criador, y llena de justicia, de honestidad, limpieza y decoro, apareció como una *Fuente sellada* de donde manan afluentes purísimos, cuyas aguas no fueron enturbiadas por el cieno de la culpa¹: como un *Vergel amenísimo* en donde descuellan el *Cedro de su contemplación*, el *Ciprés de su fama*, la *Palma de su victoria*, la *Rosa de su paciencia*, la *Oliva de su misericordia*, el *Plátano de su perfecta fe*²; como la casta Esposa de Dios Espíritu Santo, Esposa divina cuya hermosura es incomprensible, cu-

1 San Jorge Niconc., *Or. de Obl. Detp.*

2 San Bernardino de Bust., serm. 1 *De Assimil B. V.*

ya gloria es inefable, cuya manificencia es tan alta que *ninguna criatura, después de Jesucristo, puede ser más perfecta ni capaz de mayor bien*¹.

¡Oh María! Vos sois la única verdaderamente hermosa, y el Libro sellado que sólo Dios puede leer perfectamente. Vos sois la Emanación más pura de la divina Omnipotencia, el Vapor blanquísimo siempre elevado á Dios, el Céfito sin el cual nuestra alma no puede respirar ni tener la vida de la gracia. Vos sois la Reina del cielo y de la tierra, y podéis con vuestras súplicas todo lo que Dios puede con su imperio. Jamás los Santos hubieran entrado al cielo si no hubiera sido por vuestro medio. Nosotros, como vuestros siervos, acudimos á Vos, ¡oh Reina sin mancha!, á fin de que nos hagáis reinar con Jesucristo y con Vos allá en las alturas del Empíreo.

Las Avemarías como el día primero.

¹ San Buenaventura, sermón 2 De B. V.

ORACIÓN PARA EL DÍA CUARTO

(De San Epifanio.)

¡Oh María! Vos sois la Esposa amada de la Trinidad beatísima y el tesoro secreto de los bienes que dispensa. Por Vos ha sido Eya levantada de su caída, y Adán restituido al paraíso, del cual había sido desterrado por la culpa. Por Vos y con vuestra protección fué dada al mundo la paz del cielo, los hombres han sido admitidos en la suerte de los ángeles y llamados en el número de los servidores, de los amigos y de los hijos de Dios. Por Vos ha sido hollada la muerte, despojado el infierno, derribados los ídolos, y se ha extendido por toda la tierra el conocimiento del cielo y de vuestro divino Hijo. Dignaos, pues, interesaros en nuestro favor, y estaremos seguros de alcanzar un día el bien inmenso que Vos gozáis en toda la plenitud.

Petición —Gozos y oración final.

DÍA QUINTO

LECCIÓN

“Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.”

(Luc., I.)

¿Qué criatura más digna de admiración, de alabanza, de honor y de gloria puede haber que María, la cual siempre fué el objeto primordial de las ternuras y amor de la Trinidad augusta?

El Padre eterno puso todo su esmero en hermosear á su Hija primogénita con todas las preciosidades de su poder, á fin de preparar á su Hijo divino una morada digna de su grandeza. Al destinarla para que recibiese la dignidad más elevada que puede imaginarse para una pura criatura, la concibió en su mente *toda hermosa y sin manchilla*¹ y la comunicó aquella virtud singular con que habfa de triunfar del demonio y del pecado. Y cuando llegó el

1 Cant., IV, 7.

tiempo de que se cumplieran sus designios altísimos; cuando la humanidad cansada gemía bajo el yugo de Satanás; cuando los desterrados levantaban sus manos al cielo invocando un auxilio salvador, entonces María, más radiante que la estrella después de una noche tempestuosa, apareció en su santa Concepción *decorada con todo el esplendor de las divinas gracias*¹.

El Verbo divino se complació en poner su habitación en el seno santísimo de María, como en un santuario de pureza que llenó de gloria y de virtud. En efecto: María, con la presencia de la *Luz eterna*, quedó *toda resplandeciente del oro de Ofir*², resplandor brillante que jamás se apagará, porque al concebir al Hijo del Altísimo por obra del Espíritu Santo, al ser Madre de Dios *sin el más ligero menoscabo de su integridad virginal*³, al recibir en sí misma los rayos vivificadores del Sol divino, *su pureza se aumentó*

1 San Andrés Cretense.

2 Psalm. XLVI.

3 Grad., *Mis. Visit.*

más, su castidad tomó un nuevo lustre, su virginidad se hizo más inviolable¹. Jamás la linfa de la fuente quedó tan limpia y brillante con los rayos del Sol que la ilumina, ni el rocío tan puro y cristalino con la luz que lo penetra, como María quedó más pura y más hermosa al verse Madre del Resplandor de la gloria. ¡Cuán incomprendible es la gloria de la Madre del Salvador, cuán incomprendible la grandeza de la Virgen Madre! Sus miradas son tan graciosas y encantadoras, sus ojos tan hermosos y tan divinos, que atrajeron al Verbo eterno del solio de la inmensa gloria, y el Verbo se humanó en su vientre purísimo.

El Espíritu Santo extendió también sobre esta Virgen pura los brazos de su amparo y protección; imprimió en su rostro hermosísimo los ósculos más afectuosos de ternura y complacencia; la iluminó con una luz inextinguible, la protegió con una virtud inaudita, y la transformó toda en su amor.

Toda la beatísima Trinidad contribu-

1. San Pedro Crisól., *De Instit.* V.

yó admirablemente para el engrandecimiento de María.

El Padre la destinó para Virgen perpetua, cuya gloria fuese inmarcesible; el Hijo la preeligió para Madre purísima, cuya virginidad fuese inviolable; el Espíritu Santo la escogió para Esposa, cuya alma permaneciera sin mancha. El Padre la eximió de la culpa comunicándole su poder; el Hijo la vistió con la estola de la inocencia, participándole sus méritos, y el Espíritu Santo, llenándola de su amor, *preparó el domicilio de una nueva gracia*¹.

De este modo un Dios trino hizo de María una Niña bellísima, á quien los ángeles admiran; una Virgen insigne, á quien ensalzan los querubines; una Madre intacta, á quien aplauden las estrellas del alba, y á quien por tantas prerrogativas *llamarán bienaventurada toda las generaciones*.

¿Cómo no bendiciremos á quien Dios siempre bendijo? ¿Cómo no amaremos á quien Dios siempre amó?

¡Oh María! Si la primera mirada y

1. San Bernardino de Sena, tomo III.

elevación de vuestra alma á Dios hizo de Vos el Reclinatorio de la Sabiduría infinita, y el Triclinio sagrado de la augusta Trinidad, ¿qué hará otra mirada vuestra en favor de los mortales? Miradnos, por tanto, ¡oh María!; miradnos con esos ojos divinos, y cesarán nuestras desgracias; miradnos de nuevo, y sentiremos sin duda la influencia de vuestro poder, y nuestra alma quedará inflamada de amor y dispuesta para recibir en la santa comunión al Dios tres veces Santo. Disponednos Vos misma, y alcanzadnos que nos acerquemos al sagrado convite con sumo recogimiento, con gran pureza de alma y con encendido amor de Dios. Así lograremos las gracias prometidas al que se nutre con este Pan que da la vida eterna, y habitará con nosotros el Hijo de vuestras entrañas.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA QUINTO

(De San Bernardo.)

¡Oh María! ¡Cuán grande es vuestra gloria! ¿Y cómo seré yo capaz de pon-

derarla? Si os comparo al cielo, Vos sois más elevada. Si os llamo la Madre de las naciones, hago un elogio poco digno de Vos. Si digo que sois Reina de los ángeles, todo prueba que merecéis este título honorífico. Dignaos, pues, ¡oh María!, la más sublime de todas las criaturas, dignaos hacernos participantes de vuestras gracias, pues en este día habéis sido colmada de ellas. Atraednos por medio del olor de vuestros perfumes, haciéndonos imitar vuestras virtudes, que son las que pueden proporcionarnos la entrada á la eterna mansión de los bienaventurados.

Petición.—Gozos y oración final.

DÍA SEXTO

LECCIÓN

"Semejante á una hermosa óliva plantada en medio de los campos."

(Eecl., XXIV, 19.)

Perseguidos por los remordimientos de nuestros delitos, que han traído sobre nosotros las amenazas de la Justi-

cia divina, ¿quien podrá librarnos del castigo que merecemos? ¿Adonde volveremos nuestros ojos para enjugar nuestras lágrimas? ¿Quién aliviará nuestras penas? ¡Ah! Nuestros males no son incurables. María santísima en su Concepción inmaculada, semejante á una hermosa oliva plantada en medio de los campos, nos ofrece una sombra refrigerante de amparo y protección. Esta Oliva misteriosa, que en medio de la Iglesia conservó intacto el verdor de su inocencia y perpetua la lozania de su virginidad, extiende el maravilloso follaje de sus gracias para acogernos bajo el asilo de su caridad y curar nuestras llagas con el aceite balsámico de su misericordia.

La clemencia de esta Madre compasiva es como una lluvia temprana que después del verano de nuestro pecado alegra los ánimos abatidos, suaviza el terreno de los preceptos divinos y difunde en el alma el ambiente puro de la paz de Dios. En María se encuentra toda esperanza de vida¹, porque

1 Eccl., XXIV.

ella es la Virgen gloriosa que jamás se sentó á las sombras de la muerte. Y cuanto María ha sido más noble en su origen venturoso, *cuanto María es más alta y más santa, tanto es más clemente y dulce para los pecadores convertidos*¹. El mismo Dios la consagró por Reina de misericordia ungiéndola con *aceite de alegría*², *derramando la gracia en sus labios* y comunicando á sus ruegos todo el poder necesario para salvar á los pecadores.

Bajo la protección de María, ¿qué es lo que podemos temer? María *nada tiene de austero, nada de terrible; toda es dulzura, toda suavidad. Es compasiva con los pecadores, clemente para los necesitados, piadosa para los que la invocan, dulce para los que la aman*. Se vuelve³ toda ojos para mirar á los desgraciados, toda alas para volar en su auxilio, toda amor y ternura para consolarlos. Y no contenta con todo esto, levanta su voz compasi-

1 San Greg., lib. I., ep. 47.

2 Psalm. XLIV.

3 San Bernardo.

va y dice: *Venid á mi todos los que estáis en trabajo y fatigados, que yo os aliviare*¹. *Venid á mi todos, y veréis que mi espíritu es más dulce que la miel*², *que yo amo á los que me aman*³, *que desde la infancia creció conmigo la misericordia*⁴. *Venid á mí...*
¿Por qué estáis pobres cuando conmigo está la opulencia? ¿Por qué andáis sedientos cuando de mí nacen las aguas de salud? ¿Por qué sois débiles si en mí está la fortaleza? Y si estáis muertos por el pecado, ¡ah! venid pronto, que en mí encontraréis la vida⁵. Venid, no temáis: *ast como una madre tierna acaricia á sus hijos, ast yo os consolare*⁶.

¿Quién no se alienta al escuchar los más gratos acentos de compasión? ¿Quién no se anima al impulso de tantos llamamientos de amor? ¿Quién no se arroja en los brazos de una Madre

1 Matth., XI.

2 Eccl., XXI.

3 Prov., VIII.

4 Job, XXXI.

5 Prov., VIII.

6 Isa., LXVI.

tan tierna y cariñosa como María? ¡Ay! los condenados ya no tienen Madre, y nosotros contamos aún con una Madre llena de ternura que se duele de nuestras miserias, que enjuga nuestras lágrimas, que nos tiende los brazos y nos estrecha en su seno de amor para librarnos de la muerte eterna. ¡Qué felicidad! Arrojémonos, pues, en los brazos de María, para no separarnos jamás de Ella; estemos á su lado, y nada nos faltará; valgámonos de su poder, y seremos eternamente felices.

¡Oh María, dulcísimo atractivo de nuestro amor! ¡Qué lágrimas tan consoladoras derramamos al ponernos bajo los auspicios de vuestra protección! ¡Oh hermosa Oliva refrigerada por la lluvia celeste! Libradnos de los rayos vengadores, calmad la agitación que nos destruye y dadnos la paz del corazón. En Vos está fundada la razón de nuestra esperanza; no nos dejéis perecer mientras tantos pecadores se han salvado por vuestro medio: salvadnos á nosotros también. A Vos suspiramos heridos por vuestro amor.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA SEXTO

(De San Germán.)

¡Oh divina María, Madre mía soberana, y después de Dios mi único consuelo en este mundo! Vos sois el rocío celestial que sólo puede endulzar mis penas. Vos sois la luz que disipa las tinieblas de que mi alma está rodeada. Vos sois mi guía en mis viajes, mi fortaleza en mis debilidades, mi tesoro en mi pobreza, el bálsamo para curar mis heridas, el consuelo en mis lágrimas, el refugio en mis miserias y la esperanza de mi salud. Vos, que como Madre de Dios amáis tanto á los hombres, concededme lo que os pido. Vos, que sois nuestra defensa y nuestro apoyo, hacedme digno de participar en compañía vuestra de esa felicidad de que gozáis en el cielo.

Petición.—Gozos y oración final.

DÍA SÉPTIMO

LECCIÓN

“Como el arco que reluce
entre las nubes de gloria.,,
(Eecl., L., 8.)

En la antigua Ley los pecadores experimentaban frecuentemente, por sus pecados, los rigores tremendos de la Justicia divina. En las Santas Escrituras vemos que la tierra se tragó vivos á Coré, á Datán y á Albirón, por haber introducido el cisma en el pueblo de Dios, queriendo usurpar el ministerio sacerdotal y la autoridad suprema que no les pertenecía ¹. Vemos también que más de cincuenta mil bethsamitas quedaron muertos por haber visto el arca del Señor con poco respeto; que ² David, por sólo haber incurrido en una vana curiosidad, fué castigado con tres días de peste asoladora que hizo seten-

¹ Num., XVI.

² I Reg., VI.

ta mil víctimas¹; ¡y cuántos otros castigos que sería largo enumerar! Mas en el día, ¿quién detiene el brazo de la Justicia divina, provocada constantemente por tantas abominaciones, sacrilegios, impiedades, blasfemias é irreverencias como se cometen? ¿Por qué en vez de sufrir los castigos que merecemos, sólo experimentamos los efectos de la misericordia de Dios? ¡Ah! Es porque hay un Iris que circuye el trono de Dios², y este Iris bellísimo, que es María, la cual asiste de continuo al tribunal divino para interponer su mediación en favor de los pecadores, es quien detiene las sentencias y los castigos que merecemos.

*Pondré mi arco en las nubes, dijo Dios á Noé, y será señal de la alianza que he hecho con vosotros. Lo veré y me acordaré de la Alianza eterna*³. María santísima es este *Arco de eterna paz*, dice San Bernardo⁴, y cuando

1 II Reg., XXIV.

2 Apoc., IV.

3 Genes., IX.

4 Serm. 1 De Nom. V.

Dios la ve en su acatamiento, se acuerda de sus promesas de salvación y contiene el castigo de su justicia.

El profeta Isafas se lamentaba en su tiempo de que, irritado Dios con los pecadores, no había quien se levantara y detuviera su indignación¹; y esto era, dice San Buenaventura, porque María aún no había venido al mundo²; pero desde luego que la Virgen santa fué concebida en el primer instante de su ser, *Hermosa como los pabellones de Salomón*³, apacible como aquellas tiendas de paz, desde ese momento comenzó á rogar por nosotros en el Consistorio de la Trinidad, y al primer aliento que exhaló, más grato que el aroma de las manzanas; al primer sonreír de sus labios nacarados como cinta de grana⁴; al abrir sus ojos divinos y agraciados como de paloma⁵; al emitir su voz dulcísima como el sonido de la flauta en el desierto, Dios se compla-

1 Isa., LXIV.

2 *In spec.*, cap. XII.

3 Cant., I, 4.

4 Cant., IV.

5 *Ibid.*, IV, 1.

ció en la belleza de su Escogida, engrandeció más y más el iris de su hermosura, atendió á sus ruegos, y el ángel de la muerte envainó la espada vengadora, y los espíritus celestes admiraron extáticos los acentos de la inocencia.

Jamás el Señor vió á María con rostro airado, porque ella es la única exenta de la maldición, la única destinada para hacer la felicidad de la tierra y formar las eternas delicias del cielo. María halló gracia delante de Dios, y por eso se presenta en la plenitud de los Santos *como el arco que reluce entre las nubes de gloria* interponiendo por nosotros su mediación, más valiosa que la de todos los bienaventurados.

¿Qué será de nosotros si despreciamos á esta Arca de salvación? ¿Cómo llegaremos á nuestro último fin si no nos valemos del medio que Dios nos ha dado para conseguirlo? ¡Ah! Lejos de nosotros aún la idea de semejante desgracia. María es el *consuelo de nuestra vida* ¹ y *nuestra esperanza en*

¹ Tob., X, 4.

las penas ²; Ella tiene *un poder absoluto en el cielo y en la tierra* ³, y primero perecerán todas las cosas antes que deje de socorrernos cuando la invocamos.

¡Oh Virgen inmaculada, Iris apacible y encantador! Eva perdió la gracia, y Vos la habéis encontrado para ser el consuelo del alma peregrina y la esperanza del pecador arrepentido; por eso en Vos y por Vos nuestro corazón inquieto halla el reposo y el lleno de sus deseos. Por tanto, «no rehuséis vuestro socorro á los desgraciados; dad aliento á los débiles; consolad á los afligidos; rogad por el pueblo; ponéd al clero bajo vuestra especial protección; interceded por todas las mujeres, que os son particularmente devotas; en fin, que todos los que acuden á Vos en sus necesidades, experimenten los dulces efectos de vuestra mediación poderosa.»

Las Avemarias como el día primero.

¹ Jerem., XVII.

² San Bernardo.

³ San Agustín.

ORACIÓN PARA EL DÍA SÉPTIMO

(De San Efrén.)

¡Oh Virgen purísima y sin la menor tacha! ¡Oh Madre de Dios y Reina del universo! Vuestro poder es mayor que el de todos los Santos. Vos sois la esperanza de los escogidos, la alegría de todos los bienaventurados. Vos sois la que nos reconcilia con Jesucristo, la abogada de los pecadores, el puerto seguro de los que están en peligro de naufragar. Vos sois el consuelo del mundo, la redentora de los cautivos, la salud de los enfermos, el gozo de los afligidos, la salvación de todos. A Vos recurrimos, y os suplicamos humildemente tengáis piedad de nosotros.

Petición.—Gozos y oración final.

DÍA OCTAVO

LECCIÓN

“Con la Estrella de la mañana.”

(Eccl., I, 6.)

La vida del hombre es una continua batalla sobre la tierra. ¹ ¡Cuántos peligros tiene que arrostrar! ¡Cuántos enemigos que combatir! ¡Cuántos escollos que evitar para llegar al puerto de salvación! Pero en medio de la borrasca que le agita, tiene, como el náutico, una estrella benigna que con sus rayos fulgurantes le conduce á las playas de la beatitud.

María santísima es este Lucero amigo á quien la Iglesia llama *Estrella de la mañana*, porque permaneciendo pura en el oriente de su Concepción, emite su luz preciosa y radiante para alumbrar á los que yacen sentados en las sombras de la muerte, á fin de conducirlos á la vida.

¹ Job, VII.

Sin la bellissima claridad de María, *¿qué sería de nosotros desgraciados? ¿qué seríamos en medio de las tinieblas del siglo, si estuviésemos privados de su dulce resplandor?*¹. Sumergidos en el tempestuoso mar de la vida y navegando fuera de la nave de la gracia, agitados por las tentaciones y remordimientos de conciencia, sin luz y sin guía, estuviéramos ya á punto de desesperarnos; mas apenas se descubren los fulgores del astro tutelar que nos anuncia la ventura; apenas vemos la brillante candidez de esta Estrella sin tinieblas, cuando ya sentimos dentro de nosotros mismos multitud de consuelos inefables. Levantamos á María nuestros ojos llorosos, y nuestras lágrimas se enjugan con el sentimiento de la esperanza; vemos á María sonriendo de amor y de delicias, y nuestro pecho se inunda de suavidad y de alegría; la invocamos en la tormenta, y cesa la tempestad; la llamamos en el combate, y el triunfo es seguro; pronunciamos su nombre admirable, y los

1 San Buenaventura, *opúsc. B. V.*

ojos ven el espacio despejado, los labios saborean el manjar más delicioso, el oído percibe la armonía más grata, y el espíritu abatido se reanima y remonta su vuelo hasta los cielos.

¡Qué felicidad! Tenemos una Madre que quita de nuestros pechos el hondo desconsuelo que le oprime; una Estrella sin mancilla que nos guía al puerto de la eterna gloria, cuyo solo nombre es un torrente de delicias que nos arrebató, un manantial de alegría que ahuyenta nuestros pesares.

¡Cuántas veces, perdidos en la noche del pecado, hemos sido guiados por el esplendor benéfico de esta Estrella de consuelo, y sólo por su influjo hemos encontrado el verdadero camino, Jesucristo, vida nuestra! ¡Cuántas penas se nos han convertido en gozo solamente con pronunciar el nombre dulcísimo de María! Todos hemos experimentado su influencia en nuestras necesidades, y todos á la vez demandamos su protección en nuestras aflicciones. La joven virgen lleva en su pecho el nombre de María como el muro defensor de su castidad; el guerrero cristiano le pone al

frente en sus combates, como el escudo invencible á sus enemigos; el anciano le contempla en su grata armonía, como el sello final de su esperanza, y el niño balbuciente unge sus labios por la primera vez con la dulzura que emana de este nombre celestial. Todos los cristianos pronuncian reverentes el santo nombre de María, convencidos de que al pronunciarlo todo cambia; los cielos se conmueven de júbilo, la tierra se llena de alegría, y los demonios huyen temblorosos y aterrorizados de espanto.

Invoquemos, por tanto, á María en nuestras penas, y seremos consolados; llamémosla en nuestras dudas, y seremos instruídos; sigámosla con nuestras miradas, y llegaremos á la bienaventuranza. Que nuestro pensamiento jamás se aparte de María; que nuestro espíritu medite de continuo en las bondades de María; que nuestro corazón arda en amor por María; que todas nuestras acciones sean santificadas con el nombre de María; que hasta en la fachada de nuestras casas se lea el nombre de María, para que usando en todo tiem-

po y á todas horas de esta invocación saludable, exhalemos el postrer aliento en los brazos de María, pronunciando su nombre consolador.

¡Oh María! ¡Con cuánta razón vuestro nombre significa la *Estrella del mar*, pues que siempre habéis patrocinado á los miserables y dirigido á los extraviados! Aun las letras de que se compone nos hablan de vuestras piedades, y nos indican que Vos sois nuestra *Medianera*, nuestra *Abogada*, nuestra *Reconciliadora*, nuestra *Iluminadora* y nuestro *Auxilio*. ¡Oh Reina del mundo y Señora de las naciones! Más apreciamos ser vuestros hijos, que dueños de todo el universo; porque en Vos y por Vos todos lo tenemos, y los centros y los reyes, y las riquezas y el oro desaparecen ante Vos. Por tanto, interponed vuestros ruegos, reconciliadnos con Jesucristo, sed nuestra guía y nuestra luz, y auxiliadnos en todo instante.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA OCTAVO

¡Oh María! Vos sois la *Estrella de la mañana*, cuyos divinos fulgores penetran hasta el fondo de nuestra alma. Vos aparecisteis en el primer día de vuestra creación *circundada de variedades* y aplaudida por los astros que unen sus conciertos á la armonía celestial. Por esta gloria os pedimos que disipéis nuestras tentaciones, que reprimáis la fuerza de nuestros enemigos, que nos atraigáis á Vos con los encantos de vuestra pureza, que nos dirijáis con vuestro amable resplandor, y que al entrar á las puertas de la eternidad, Vos, ¡oh estrella sin mancha!, emitáis vuestra preciosa luz para volar á la masión de vuestros devotos.

Petición.—Gozos y oración final.

DÍA ÚLTIMO

"Nada manchado cae en
Ella."

(Sap., VII, 52.)

*Aún no habían brotado las fuentes de las aguas, no estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni aun había collados*¹, y ya María existía en la mente del Altísimo.

Después que todas las cosas fueron creadas, no faltaron figuras elocuentes con que el Señor anunció la Concepción inmaculada de aquella Mujer que siempre fué el sublime objeto de sus caricias. Él la representó, ya en la vara siempre verde y fecunda que, *sin el nudo del pecado original ni la corteza del pecado actual*², saldría de la raíz de Jessé; ya en el bellón de cándida lana que absorbió admirablemente todo el rocío del cielo; ya en el zarzal fresco y lozano que apareció en medio de las llamas sin consumirse, y ya, por

1 Prov., VII.

2 Antífona.

fin, en la nubecita de Elías, que, llena de aguas limpias y cristalinas, ascendió del mar para refrigerar la tierra con abundantes y preciosas lluvias. Las mujeres célebres de Israel, con sus virtudes, retrataron la sacrosanta imagen de María; los Profetas la saludaron muchos años antes de que existiera; las fuentes cristalinas, con sus preciadas linfas, bosquejaron su pureza; los desiertos de Cades levantaron palmeras para vitorear su triunfo, y los campos de Jericó, para encomiar su belleza, brotaron flores preciosas recién abiertas al amanecer.

Mas llegó, por fin, la hora de salud y de ventura, y el día 8 de Diciembre, cerca de cuatro mil años después de la creación del mundo, la noble esposa de Joaquín, la santa y feliz Ana, concibió á María sin la mancha horrorosa del pecado, por especial gracia del Señor. María, pues, como la nubecita de Elías, ascendió del mar de la naturaleza humana; pero ascendió sin llevar consigo las aguas salobres del océano ni el cieno de la culpa; ascendió bañada del esplendor divino, vestida de púrpura y

oro, limpia como el rocío de la aurora, resplandeciente como el copo de nieve, apacible y deliciosa como el efluvió de los aromas: la lluvia de sus gracias es más pura que los espacios celestes. Apareció ya María sobre la tierra, y las huellas de sus primeros pasos han quedado perfumadas de nardo y de incienso; el ejemplo de su vida viene á ser la norma de las costumbres. Eva, al salir del primer sueño entre las flores del Edén, no se presentó tan graciosa como María al salir del aliento de Dios. El Señor *la puso vestidura de salud y la rodeó con el manto de su justicia, como Esposa ataviada de sus joyeles*¹. Apareció María llena de pureza y de gracia, y el cielo y la tierra se unen de concierto para vitorearla y aplaudirla. *Gabriel, su principal custodio*² y los diez mil ángeles³ que la cortejan y admiran, modulan los acentos de la alegría en el tono consagrado á su belleza. La Natu-

1 Isa., LXI, 10.

2 San Idefonso, serm. 5 *Assump. de Virg.*

3 San Greg. Nicom., *Orat de Oblat. Deip. Virg.*

raleza toda se rejuvenece con la presencia de María: el firmamento recupera su primitivo esplendor, perdido desde la maldición de Adán¹, y la tierra salta de regocijo al ver á María, cuyo nombre es inmenso². Los lirios de los valles y los cedros de las montañas la bendicen; las aves le cantan en medio de los bosques; la campana, con toques sonoros, le entona cadenciosa los laudes de la mañana, y las almas devotas la saludan sin mancilla y la veneran juntamente con los cortesanos del cielo.

¡Ah! Cuando una madre cristiana, al oír el toque del alba, se levanta con sus niños á bendecir á María por el cúmulo de sus gracias, á pedirle una mirada de protección para su esposo y familia y á ofrecerle también las primeras acciones de la niñez, ¡qué júbilo tan puro inunda entonces su corazón! ¡Qué esperanza tan dulce siente en el fondo de su alma! ¡Qué emociones de gratitud brotan de su pecho! ¡Y qué amor profe-

¹ San Pedro Dam., serm. *De N. Virg.*

² San Epifanio.

sa á la Religión católica, que presenta en la desgracia una Virgen santa, la cual con su hermosura atrae á los desgraciados para repartirles sus consue-
los!

Alegrémonos, por tanto, y regocijémonos con María al verla agraciada con la gloria del Líbano, decorada con la hermosura del Carmelo, fortalecida con la virtud de Dios. Alegrémonos y regocijémonos con María al contemplarla llena de gozo con la amabilidad de la infancia, llena de encantos con las gracias de la primavera, llena de embelesos con los atractivos de la ternura.

¡Oh Virgen hermosísima! Nosotros os felicitamos tributándoos mil enhorabuenas por vuestra indecible pureza. Bendecimos á vuestro Preservador, y os bendecimos á Vos, que sois la delicia de nuestra vida, la firmeza de nuestra esperanza, la alegría de nuestro hogar, la puerta de nuestra salvación.

Las Avemarias como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA ÚLTIMO

¡Oh María! Vos habéis brillado con una pureza que no pudo existir mayor, fuera de Dios. Vos sois la que habéis plantado con vuestras virtudes un verjel amenísimo como el paraíso. Vos sois la flama divina que enciende á las almas en el fuego del amor de Dios. Vos sois la guirnalda de nuestra alegría y el gozo cumplido de nuestro corazón. Vos, en fin, habéis venido al mundo para hacernos felices. Venid, por tanto, Reina nuestra; venid, amabilísima María. Sin Vos y sin vuestro auxilio, nuestra alma quedará seca y árida como la tierra sin agua. Venid, Niña agraciada; arrebatad nuestro corazón, llevadnos con Vos y participadnos de vuestra gracia.

Petición.—Gozos y oración final.

1 Antífona.

GOZOS

*¡Oh Virgen pura y gloriosa,
Llena de gracia y honor!
Libranos, Madre amorosa,
Del pecado y del error.*

Del contagio universal
Sola Tú fuiste eximida,
Y Tú sola concebida
Sin la culpa original,
Pues tu planta vigorosa
A Luzbel causó temor.

Libranos, etc.

A tus plantas el fulgor
De la Luna se obscurece,
Porque tu alma resplandece
Como el Sol en su primor.
¡Oh Criatura prodigiosa,
Del arcángel estupor!

Libranos, etc.

Revestida de justicia
En tu santa Concepción,
Al mortal la salvación
Por Ti le vino propicia.

¡Oh Mujer maravillosa
Que arrebatas nuestro amor!

Libranos, etc.

De luz pura circundado
Tu rostro bello y sereno,
¡Cuán apacible, cuán bueno
Lo muestras al desgraciado!
Pues tan risueña y graciosa
Proteges al pecador,

Libranos, etc.

Si Raquel con su beldad,
Si Judit con su hermosura
Son de Ti la sombra oscura,
¿Qué será la realidad?
¡Niña inocente y preciosa,
Fiel modelo de candor!

Libranos, etc.

¡Nada más suave se canta!
¡Nada existe más fecundo!
¡Nada más grato en el mundo
Que aclamarte pura y santa!
¡Oh divina blanca Rosa
Que difundes suave olor!

Libranos, etc.

ORACIÓN FINAL

A Vos, ¡oh Madre mía dulcísima!, llena de gracia desde el primer albor de vuestra Concepción inmaculada; á Vos, ¡oh Virgen santa!, *manantial de luz, fuente de misericordia, flor inmaculada de la vida*; á Vos ¹, ¡oh Reina sin mancha, *océano espiritual que encierra la perla celeste* ², *incensario de oro del cual se exhalan los más suaves perfumes* ³, *nuevo Edén donde la pureza hace abrir sus más hermosas flores* ⁴; á Vos, ¡oh cándida y modesta Doncellita!, *que vestida de finísimo lino resplandeciente y blanco* ⁵ *brilláis como el lucero de la mañana en medio de la niebla* ⁶, y desde el cielo de vuestra inocencia derramáis sobre la tierra torrentes de delicias y de gracias; á Vos, ¡oh *Vaso de maravillosa*

1 San Gregorio Nazianceno.

2 San Cirilo de Alejandría.

3 San Efrén.

4 San Basilio.

5 Apoc., XIX.

6 Eccl., L.

*pureza*¹, Paraíso del nuevo Adán, *Cielo vivo y animado*², *Flor de los campos*, *Lirio del mundo*; á Vos, que sois la fortaleza de los justos, la esperanza de los pecadores, el dulce refrigerio de las almas; á Vos mi corazón os rinde el homenaje de alabanza y de amor que os debe, mi alma suspira por Vos, y se llena de alegría por vuestra suerte venturosa. Alegraos, ¡oh Niña preciosísima!, siempre pura, siempre llena de candor; alegraos por vuestra gloria, acordaos que habéis sido feliz para los infelices, rica para los pobres, misericordiosa para los pecadores. Salvadnos, ¡oh consuelo de nuestra vida!, por el privilegio de vuestra Concepción sin mancha, cuyo misterio creemos y confesamos, protestando derramar hasta la última gota de nuestra sangre antes que negar un dogma tan precioso. ¡Oh alegría de las almas, auxilio de los cristianos!, aumentad nuestra fe, fortaleced nuestra esperanza, inflamad nuestra caridad: libradnos, de todo mal, y conducidnos á la eterna patria. Amén.

¹ Prov., XXV.

² San Juan Damasceno.

NOVENA

Á MARÍA SANTÍSIMA DE GUADALUPE¹

(Se empieza el 6 ó el 4, para acabarla el 12 de Diciembre.)

- ✠ Señor, abrirás mis labios.
R. Y mi boca anunciará tu alabanza.
✠ Dios mío, entiendo en mi ayuda.
R. Apresúrate, Señor, á socorrerme.
✠ Gloria al Padre, etc.

SENTIMIENTOS DE CONTRICIÓN

Adorable Salvador de mi alma, ¡cuán bueno, cuán amante y generoso te has mostrado para con este pueblo sacándolo de las tinieblas de la idolatría y de las sangrientas crueldades de los sacrificios humanos, para hacerle vivir en la plena luz del Evangelio y gozar los beneficios de la dulce Religión que fundasté, y amarse sus hijos como hermanos, en vez de destruirse como fie-

¹ Escrita por el presbítero D. Gabino Chávez.

*pureza*¹, Paraíso del nuevo Adán, *Cielo vivo y animado*², *Flor de los campos*, *Lirio del mundo*; á Vos, que sois la fortaleza de los justos, la esperanza de los pecadores, el dulce refrigerio de las almas; á Vos mi corazón os rinde el homenaje de alabanza y de amor que os debe, mi alma suspira por Vos, y se llena de alegría por vuestra suerte venturosa. Alegraos, ¡oh Niña preciosísima!, siempre pura, siempre llena de candor; alegraos por vuestra gloria, acordaos que habéis sido feliz para los infelices, rica para los pobres, misericordiosa para los pecadores. Salvadnos, ¡oh consuelo de nuestra vida!, por el privilegio de vuestra Concepción sin mancha, cuyo misterio creemos y confesamos, protestando derramar hasta la última gota de nuestra sangre antes que negar un dogma tan precioso. ¡Oh alegría de las almas, auxilio de los cristianos!, aumentad nuestra fe, fortaleced nuestra esperanza, inflamad nuestra caridad: libradnos, de todo mal, y conducidnos á la eterna patria. Amén.

¹ Prov., XXV.

² San Juan Damasceno.

NOVENA

Á MARÍA SANTÍSIMA DE GUADALUPE¹

(Se empieza el 6 ó el 4, para acabarla el 12 de Diciembre.)

- ✠ Señor, abrirás mis labios.
R. Y mi boca anunciará tu alabanza.
✠ Dios mío, entiendo en mi ayuda.
R. Apresúrate, Señor, á socorrerme.
✠ Gloria al Padre, etc.

SENTIMIENTOS DE CONTRICIÓN

Adorable Salvador de mi alma, ¡cuán bueno, cuán amante y generoso te has mostrado para con este pueblo sacándolo de las tinieblas de la idolatría y de las sangrientas crueldades de los sacrificios humanos, para hacerle vivir en la plena luz del Evangelio y gozar los beneficios de la dulce Religión que fundasté, y amarse sus hijos como hermanos, en vez de destruirse como fie-

¹ Escrita por el presbítero D. Gabino Chávez.

ras! ¡Bendita sea, Señor, tanta bondad!
¡Alabada sea por todos los siglos tan
grande misericordia! Mas ¿cómo te
hemos correspondido, Jesús, Señor y
Dios nuestro? ¿De qué manera hemos
pagado tu amor y tus finezas? ¡Oh in-
gratitud!, combatida tenazmente tu Re-
ligión y vilipendiados tus ministros,
escarnecidos los que te aman y sirven,
insultado cuanto hay de más sagrado,
cedidos á la herejía tus altares y tus
templos, ó convertidos en usos indignos
y profanos; el pecado paseando por
todas partes su triunfante cabeza, y la
piedad teniendo que recatarse de la vista
de los hombres por no armar contra
Ti las lenguas de los impíos y suscitar
las burlas de los malos. ¡Perdón, Señor!
¡Perdón para este pueblo, más débil,
quizá, que culpable! ¡Perdón para los
desgraciados que tan ingratamente te
ofenden! ¡Perdón para mí, que no soy
lo que debiera, y que con la práctica de
las virtudes había de esforzarme en re-
parar las culpas de mis hermanos! Hoy
vengo á prosternarme ante el altar de
tu Madre sin mancha, venerándola en
esta imagen que encanta mi corazón,

ante esta celestial pintura que recrea
mis sentidos y embelesa las potencias
de mi alma. Por mi dulce Madre, María
de Guadalupe, perdona, Señor, nues-
tros pecados, recibe nuestro arrepenti-
miento y colma á tu pueblo de copio-
sas bendiciones. Amén.

ORACIÓN

Á LA VIRGEN DE GUADALUPE, QUE SE
REPITE LOS NUEVE DÍAS

¿Conque es cierto que allá en un
tiempo feliz para nosotros bajabas, ¡oh
María!, de tu azulado cielo para posar
tus plantas virginales en las pobres ro-
cas de nuestras montañas? ¿Conque es
verdad que eligiendo entre todos á un
hombre fiel y sencillo, le honrabas con
asombrosas confidencias y le recrea-
bas con la vista de aquel semblante
que el Dios Niño miraba con delicia, y
endulzabas su oído con la suave melo-
día de aquella voz que regocija á los
ángeles del cielo? ¿Conque realmente
la Madre de Dios ha tenido la dignación
de visitarnos, como en otro tiempo á la

madre del Bautista, y ha elegido y santificado este lugar para que more en él su nombre y estén en él sus ojos y su amante corazón todos los días? ¡Oh amor verdaderamente de Madre, y de la más tierna y solícita de las madres! ¡Oh Virgen de Guadalupe! Yo quiero que mi corazón se derrita de gratitud y de amor ante tu imagen peregrina; yo quiero amar con toda mi alma á una Madre que tanto me ama; quiero pasar largas horas en cariñosa visita con la dulce Señora que mostró por nuestro pobresuelo tan estupenda predilección; quiero decirle que Ella es mi vida, mi dulzura y mi esperanza; quiero alegrarle que soy de la raza de aquel neófito feliz á quien beatificó desde esta vida con la visión de su hermosura; quiero derramar amargas lágrimas al pie de ese lienzo prodigioso, por los pecados de este pueblo y por los míos; quiero rogar con todo el fervor de que es capaz mi corazón por esta nación olvidadiza y culpable, ingrata y criminal, que es la mía, suplicándote, ¡oh Madrel, por ella, y pidiéndote que le devuelvas la santa viveza de la fe de

sus mayores, el amor ardiente á la Religión, que es su gloria y su vida, y la más plena confianza en Ti, que eres su Reina, su Madre, su tesoro y su encanto. Oye, pues, mis gemidos, mística tórtola del Tepeyac; vuelve á mí esos tus ojos, velados por tu modestia virginal, y mira con ellos las necesidades de Méjico, tu pueblo tan querido; haz fuerza á la divina Misericordia con esas manos que muestras juntas, en ademán de ardiente súplica, para que se derrame abundantemente sobre nosotros; manda á ese querubín, más luciente que los otros por el contacto de tus benditas plantas, que recorriendo con sus alas desplegadas nuestro territorio, reanime por todas partes la luz de la fe divina y el brillo de tu ardiente devoción, y haz que los rayos del sol que te rodean, iluminando mi mente con su claridad, enciendan con su fuego mi corazón y me dispongan así á tratar en esta hora contigo y tributarte el culto del amor y del agradecimiento. Amén.

Una Salve á la Virgen santísima por las necesidades de la República.

PRIMER DÍA

Un sábado era, dulce Madre mía, al día siguiente de la fiesta de tu Concepción inmaculada: era un sábado, día en que la Iglesia te venera, y que toda alma que te ama mira lucir con un aumento de afecto hacia su Madre; y en ese día simbólico, al despuntar la aurora, un pobre neófito bajaba las pedregosas laderas del camino de la ciudad para asistir al Sacrificio augusto que en honor tuyo se ofrecía. Su frente, refrescada por el viento de la mañana; sus ojos contemplando al cielo sin nublados, su paso apresurado por la devoción y el amor, iba pensando seguramente con delicia en su Reina y su Madre, y quizá recitando esa plegaria, que embalsama, como ninguna, los labios que la exhalan, y cuyo nombre significa corona de rosas, porque las palabras del arcángel cien veces repetidas, son como otras tantas flores olorosas que adornan tu cabeza virginal. Y Tú, la Reina del mundo, la Madre del Criador, clavaste con afecto tus ojos mise-

ricordiosos sobre el sencillo Juan, y descendiste de las alturas á visitarle y á conversar con él y á comunicarle los secretos de tu pecho. Mas llega el neófito feliz al pie del monte, y queda sobrecogido al escuchar una música sonora y deliciosa (de una suavidad que arrebatava), y levanta las miradas á la cima y contempla maravillado los espléndidos colores del iris, que en su centro, de una apacibilidad indecible, dejaba ver una hermosísima Señora, que dirigiéndole una mirada de inefable ternura y desplegando aquellos labios benditos que acariciaban la frente de Jesús Niño, lo llama cariñosa por su nombre y le pregunta benignamente adónde se encamina, como complaciéndose en oír de su boca el obsequio que pensaba tributarle. Y entonces, lo que á Bernardeta, en Lourdes, no se diría tres siglos más tarde sino en distintas veces y después de reiteradas pruebas, al neófito ferviente se le revela de una vez sola y al instante: *Sabe, hijo mío, que soy María Virgen, Madre del verdadero Dios.* ¡Qué amor destila la palabra «hijo mío» dicha por Ti,

Reina del cielo, á aquel hombre sencillo ! ¡Qué espléndida revelación la que en breves palabras contiene tu nombre venerado, y tu virginidad perpetua, y tu maternidad divina! ¡Qué amorosa fineza al explicar que se trata del Dios verdadero, pues que aquel hombre, diez años antes, creía aún en dioses falsos y veía adorar en aquellos sitios un ídolo con el nombre de «Madre de Dios», infamemente usurpado por el demonio! Mas luego expresas, ¡oh inmaculada Virgen!, tu voluntad de que se erija en honra tuya un templo, con la promesa de mostrarte allí Madre cariñosa en todas nuestras necesidades, y envías al favorecido Juan al representante de tu Hijo y de la Iglesia en estas regiones, para significar tus amorosos designios. Dime ahora, amada Madre mía de Guadalupe: ¿qué viste en aquel hombre que así lo engrandeciste, y con él conversaste, y pusiste en él tu compasivo corazón? ¿Qué viste en nuestro suelo sino abominaciones idolátricas apenas extinguidas, y feroces costumbres, y sangre humana derramada en los inmundos altares?

Y, no obstante, allí quieres tener tu casa, no tanto para recibir alabanzas y honores, cuanto para mostrarnos tu cariño; no tanto para tomar posesión de este suelo, cuanto para arraigarte en un pueblo desde entonces honrado, y afirmarte en esta nueva Sión y poner tu descanso en la ciudad santificada; aquí quieres elegir y santificar este lugar para que more aquí tu nombre, y estén abiertos tus ojos y permanezca tu corazón todos los días. ¡Bendita sea tanta bondad, ¡oh Madre mía!; ensalzada sea todos los días tan amorosa fineza! Pero escucha, Señora: tu pueblo ha degenerado grandemente, prevaricando de un modo espantoso; muchos hijos tuyos, olvidados de la Religión de sus padres, vomitan torrentes de impiedad y de blasfemia; sólo anhelan por goces materiales; perdido el sentido cristiano, abandonan la luz de la fe para creer en todos los delirios, y aun, ¡oh dolor!, vuelven á llamar locamente á sus reuniones, y en el seno de tus ciudades, al demonio, arrojado de este suelo en tu venida. ¡Luz, Reina mía, para estos pobres ciegos! ¡Piedad

y compasión para estos locos extraviados! ¡Tus hijos son, Virgen de Guadalupe, aunque ingratos y pecadores! Míralos propicia, desata sus cadenas, ilumina su ceguera, aparta de nosotros los males tremendos que nos amenazan, y solicita en nuestro favor la abundancia de bienes de que tanto necesitamos. Amén.

EL AVE MARIS STELLA

¡ Ave, del mar estrella,
De Dios Madre sagrada,
Virgen de Guadalupe,
Puerta del cielo santa!
Ya que el ave del ángel
Escuchas humillada,
Fundas en paz á tus hijos
Y el nombre de Eva cambia,
Al reo sus lazos suelta,
Al ciego da luz clara,
Nuestros males ahuyenta,
Todo bien nos alcanza.
Muestra que Tú eres Madre;
Por Ti nuestras plegarias
Reciba el que ser quiso
Fruto de tus entrañas.

Virgen única en todo,
De todas la más mansa,
Suelta el alma de culpas,
Hazla Tú mansa y casta.
Préstanos vida pura
Y vía segura y llana,
Por ver á Jesús, juntas
Y alegres nuestras almas.
Sea alabanza á Dios Padre,
Y á Jesús honra dada,
Y al Espíritu igualmente,
Trinidad una y santa. Amén.

SEGUNDO DÍA

Aquí vengo, Madre mía de Guadalupe, á saborear con amor y gratitud tus benditas palabras: «Sabe, hijo mío, que soy María» me dices, porque á todos te diriges y en todos piensas cuando al sencillo Juan hablabas en el monte. Sí, Madre mía, mi dulce y tierna Madre; yo sé que eres María, la estrella reluciente del mar tan borrascoso de este mundo; que Tú alumbras bienhechora mis caminos, y brillas en medio de las nieblas, y diriges mis pasos en el bien. Yo sé que eres María, ilumina-

da con luces celestiales, ilustrada con los divinos arcanos y alumbrada con la ciencia más alta: iluminadora con tus sublimes virtudes, y con esa vida preciosa, que es general instrucción de los cristianos. Yo sé que eres María, mar inmenso de gracias y excelencias, que recrean al Señor y admiran á los ángeles, y dejan mudo de pasmo al mortal que te mira como hermana; mar amargo de penas y tormentos, que te hicieron la Madre de dolores y la Reina de los mártires. Yo sé que eres María, la Dueña y la Señora; la Dueña del mundo y la Señora de los corazones, á los cuales cautivas con inauditas finezas; la Dueña de los cielos y la tierra, la Señora de los ángeles y de los hombres; la Dueña del Corazón divino de Jesús, quien te ama y te venera como Madre. Elige, pues, ¡oh Reina y Madre mía!, mi corazón por templo y casa tuya; mora en mí como en sitio de tu agrado, y pon en mí tus ojos de paloma para que vean los males de mi alma, y tu piadoso corazón para que se apiade de las necesidades que me afligen; manda á tus ángeles, que gustosos

te sirven y obedecen, para que inspiren un nuevo celo á los ministros de la Iglesia y se apresuren á levantar en las almas el templo de la fe, en muchas arruinado, y el templo de la piedad, comenzado en algunas. Mira cómo los que nos atribulan se multiplican tristemente, y olvidan las promesas del bautismo, y cierran los ojos á la luz del Evangelio y se alimentan con pestilenciales errores. Pero sabe Tú, ¡oh Virgen de Guadalupe!, que aún somos tus hijos; sabe que tu devoción no se ha extinguido en nuestro pecho, y que este pueblo, aunque con empeño pervertido, es todavía uno de los que más te aman y te honran y te veneran sobre la tierra; sabe que somos tuyos, que nuestro corazón guarda un tesoro de amor y gratitud hacia Ti, su Reina y Soberana; sabe que á Ti llamamos con angustia, como el niño, temblando de susto, llama á gritos á la madre que lo ha llevado en sus entrañas. Muestra, pues, que eres Madre de este pueblo, y que tu divino Hijo Jesús reciba, por tus manos, las pécas de nuestros labios y el arrepentimiento de nuestros corazones. Amén.

TERCER DÍA

Dos veces quieres aparecer en sábado, Virgen de Guadalupe, como para mostrarnos con cuánto gusto descendes á la tierra á recibir los cultos que las almas amantes te tributan. Ansia sentía tu pecho maternal por oír de boca del sencillo neófito el resultado de su misión dichosa. Le hablas de nuevo por la tarde, escuchas bondadosa la relación de su amor entristecido con las dudas del Prelado, y suruego de ser sustituido por persona de más crédito; y entreabiendo los labios virginales, con un acento que bañaba su espíritu de dulzura le dices que agradeces su cuidado y obediencia; que, aunque muchos tenías á quien mandar, convenía que fuese él, y no otro alguno; y que repitiese otra vez idéntico mensaje, prometiendo premiar su diligencia. ¡Oh y cuanto te interesan nuestras almas, y cuánta prisatienes de favorecerlas! ¡Oh y cuán benignamente sufres una repulsa que la humana prudencia sugería! ¡Oh y cuánta generosidad muestra tu

pecho al dar las gracias á un hombre tan humilde por tan pequeño servicio, cuando un ángel se tendría por dichoso al ejercerlo! Bendita seas, Señora y Madre mía, que no te cansas de sufrir nuestras repulsas, ni fulminas castigos ó amenazas contra los que rehusan seguir tus insinuaciones, sino que llena de amor para unos hijos tan ingratos, repites con suave insistencia el tierno llamamiento y tocas de nuevo las duras puertas de nuestra alma, y estimulas nuestro celo con la promesa de premios y mercedes. Muy bien sé, Madre mía, que los que te dan á conocer sacando á luz tus gracias y excelencias, obtendrán la vida eterna, y los que den contigo hallarán la misma vida y alcanzarán del Señor su salvación. Llámmanos, pues, de nuevo, ¡oh Reina soberana! repite tus dulces llamamientos á los oídos de un pueblo culpable é ingrato que, entretenido en vanidades y abrumado por los negocios del siglo, se ha apartado de los caminos de la justicia y ha abandonado al Dios que llenó su juventud de regocijo. ¡Oh Virgen singular para nosotros, pues que á

nación ninguna has honrado en tal manera! ya que te muestras tan mansa, tan apacible y tan amante, haz que, desatados de las culpas que como pesadas cadenas nos oprimen, obtengamos la mansedumbre que nos haga un pueblo de hermanos, y la santa castidad que nos haga aceptos al cielo. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

CUARTO DÍA

Bien sé, querida y dulce Madre, que tienes muchos á quienes mandar; bien sé que hay innumerables almas que volarían presurosas á ejecutar todas tus órdenes, y que se anticiparían, si pudiesen, á realizar tus menores deseos; bien sé que en nuestros tiempos, tan desgraciados y tan tristes, tu dulce amor, como un torrente desprendido de los cielos, inunda la tierra, y dulcemente arrebató los corazones; bien sé que Tú, tú misma, bajando de los cielos, vienes á llorar sobre la tierra los extravíos de una nación culpable, ó á recordarle tu virginal pureza, ó á insinuarle con letras de oro pintadas en el azul

del firmamento, que tu Hijo divino se deja conmover, y que oren con constancia; pero yo nada envidio, pues dijiste que convenía que este pueblo, y no otro alguno, fuese el confidente de tus secretos, el depositario de tus promesas y el heraldo de tus bondades. Viniste al Tepeyac, como á la Saleta, á destruir los pecados del pueblo, y encaminarlo por los rectos senderos; te ostentas como en Lourdes, bajo los signos con que se representa la imagen de tu Concepción inmaculada, vestida del sol, de estrellas adornada, y la luna por escabel de tus plantas; alientas la esperanza prometiendo ser propicia á nuestros males, y en todas nuestras necesidades cariñosa socorremos; y el Vicario de tu Hijo sobre la tierra, al contemplar tu imagen que embelesa y escuchar la narración de tus finezas, exclama con el real Profeta: «No hizo tal con ninguna otra nación, ni así les ha manifestado sus designios.» ¡Virgen de Guadalupe!, haz que al pie de tu altar se reavive la fe de este tu pueblo, y que á la vista de esta imagen celestial se inflame su amor y crezca su re-

conocimiento!; que sus rodillas, dobladas siempre aquí en tu templo, y sus manos juntas y su frente humillada, te desagracien de la ingratitude de tantas almas, y de la irreligión y la impiedad que á tantas otras sumergen en los abismos de la eterna desdicha. Renueva hoy, más que nunca, tus llamamientos; reitera tus instancias; alientanos con tus promesas y apártanos de los senderos del error y de la corrupción del siglo presente, para que veamos algún día regocijados en el cielo el semblante de la Madre, cuya imagen formaba nuestra delicia aquí en la tierra. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

QUINTO DÍA

Era el día del Señor; y el nuncio humilde, después de asistir al santo Sacrificio, diríjese al Prelado, á quien con lágrimas refiere su mandato; mas acompañado á la vuelta por los criados, desaparecen á los ojos de los que le vigilan, como si no quisieras, Madre mía, testigos inoportunos en aquellos terrenos coloquios que trababas con el hijo

sencillo de nuestras montañas. Él te encuentra en la cumbre, donde solícita le aguardabas, y humillado en tu presencia refiere las preguntas del Obispo y cómo pide una señal cierta que, autorizando al legado, testifique la verdad de sus palabras. Tú le agradeces su obediencia con cariño, y le mandas volver al día siguiente al mismo sitio para dar las señales exigidas. Mas en el día siguiente, un deudo suyo enferma gravemente, y los cuidados y atenciones que exige, y las complicaciones que surgen en las familias en estos casos, impiden al neófito el acudir á obsequiar tus amorosas intenciones. Pero Tú, que como Reina del mundo no podías ignorar lo sucedido, ¿por qué no mandas retroceder á la fiebre, antes que hiera al deudo de Juan Diego? ¿Por qué no haces germinar en ese mismo instante las flores prodigiosas, y las envías desde luego al Prelado vacilante para convencerlo é ilustrarlo? ¿Por qué permites que tu fiel mensajero sea mirado como un impostor por los ministros, y delatado como tal al Superior, y mirada su extraña desaparición como

fraude y engaño? ¡Oh Virgen santísima! Aunque los mortales no debemos tratar de escudriñar los arcanos de la Majestad, temiendo ser oprimidos con el peso de su gloria; pero bien podemos tus hijos estudiar humildemente tus obras, para encendernos en tu amor y llenarnos de agradecimiento. No estorbabas, pues, que Bernardino enferme, como Jesucristo no estorbó que su amigo Lázaro muriese, para que fuese mayor y más palpable el milagro de su resurrección, después de cuatro días de sepultura; no envías luego las flores, porque la hora no había llegado todavía, y era preciso esperar á que el sol con sus primeros rayos pudiese antes bosquejar tus contornos, y que las flores pudiesen colorear después tu linda imagen; era preciso que la persecución sobreviniese, para que la verdad apareciese triunfadora; y que el nuncio fuese tratado (como lo fué Jesús tu Hijo) de engañador y de hechicero, para que creciese su mérito, al mismo tiempo que tu gloria apareciese, y no faltase en esta tu obra el crisol de la tribulación que la hiciese más luciente, y la

prueba de la incredulidad que la dejase más firme.

Mas aquéllos dudaban porque nada habían visto; el Prelado vacilaba por prudencia, y sus ministros juzgaban mal, engañados con las apariencias; mas ahora que tres y medio siglos han creído y venerado; ahora que tantas generaciones han visto con sus ojos y tocado con sus manos, una raza incrédula se levanta: abandonando al Hijo, no es extraño que olviden á la Madre, y burles nuestra piedad, y escarnezen nuestra devoción y motejen nuestro celo. Pero lo más triste es que aun los creyentes se entibien, y tus devotos se desalienten, y tus hijos dejen decaer ingratamente el esplendor de tus cultos. ¡Piedad! ¡Piedad para todos, Virgen de Guadalupe! Véngate como madre de tantos pobres extraviados, abriéndoles los ojos para que te conozcan y purificando sus corazones para que te amen. Haz que las burlas de los malos y las blasfemias de los impíos, lejos de amortiguar la fe ó entibiar el celo de tus hijos, nos hagan más fervientes en nuestras oraciones, más asiduos en nuestros

obsequios, más frecuentes en nuestras visitas, para que mientras tantos sacian sus ojos con las mil vanidades que el mundo ofrece cada día á sus amadores, nosotros no nos cansemos de ver y contemplar esta tu imagen embelesadora, que fué siempre el encanto de nuestros padres, y es hoy la más bella y más dulce esperanza de sus hijos. Amén.

Récese muy devotamente el Ave maris stella.

SEXTO DÍA

Al día siguiente caminaba el neófito con diligencia á fin de llevar al enfermo, que se agravaba, los dulces auxilios que la religión para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza, aunque motivada por celestiales intereses, perjudicase á su intento, huye con candidez del sitio de la cita antecedente, y descende por otro sendero menos alto. Mas, ¡oh favor!, ¡oh bondad la tuya, Madre mía!, como la gracia de tu Hijo persigue al hombre en los senderos más escondidos y muchas veces le sale al encuentro, aun

cuando la huye ingratamente, así Tú, con maternal constancia, occurses al encuentro de Juan, no lejos de una fuente, y explicada por él la causa de su tardanza, y contando la enfermedad de su deudo, que le preocupaba, le dices que no tema el riesgo del enfermo; que ya estaba sano, y que volviese á cumplir lo que le habías mandado. Mas como él pidiese las señas que le acreditasen, le mandas subir á la cumbre del monte, y que, cortando las flores que allí encontrara, las recoja en la tilma que le cubre y las traiga luego á tu presencia. Y como la fe sencilla de nada duda ni vacila, él cree firmemente en la existencia de esas flores, que ni el sitio jamás las producía, ni el invierno allí entonces toleraba. Mas el monte, obediente á la insinuación de su Reina, las produce al punto mismo en abundancia; el invierno las respeta maravillado; y las manos del neófito cogen cuantas quiere y cuantas puede abarcar la tilma en que las lleva; y las rosas estaban *frescas y olorosas y con rocío*; y cogiéndolas tú, Señora, con las manos, y volviéndolas á echar en la

tilma, las bendices sin duda y les comunicas alguna virtud prodigiosa con tu contacto, y mandas á Juan las lleve como señales, sin mostrarlas á nadie en el camino ni desplegar, sino en presencia del Prelado, el lienzo que las guarda. Mas entonces, Madre mía, los ángeles formaban los perfiles de tu virginal figura, bosquejados sobre la tilma desplegada por los primeros rayos del sol que asomaba en el Oriente, y cobijaba tus espaldas dejándote con ellos revestida; entonces con el jugo de las flores, como exprimidas, trazaban esos colores de una dulzura indefinible, que ni el pincel humano pudo jamás igualar, ni el nitro de los lagos descomponer, ni el tiempo, devorador de las cosas, destruir. Allí quedó trazada esta celeste imagen, sin que obstase la rudeza del *ayate* para impedir la pintura, ni su falta de preparación para fijarla, ni su rareza y transparencia para perfeccionarla, ni su frágil costura para perpetuarla. Allí se verificó esa maravilla que los ojos atónitos contemplan, que los sabios convencidos proclaman, que los prodigios multipli-

cados acreditan, y que los corazones embelesados veneran.

Mas, ¡oh Virgen de Guadalupe!, ¿qué simbolizan las flores que haces brotar en medio de áridos peñascos, sino las graciosas virtudes que cada día haces germinar en los pobres corazones de tus hijos que te aman? ¿Y qué indica el hacerlas coger y florecer de preferencia en el sitio de tus primeras apariciones, en las cumbres y no en el collado, sino que las virtudes florecen más copiosamente en las almas que tú visitas y en las que desprendidas de la tierra tienen siempre sus deseos y aspiraciones levantadas hacia el cielo? ¿Y para qué descienes cercana á la salobre fuente, sino porque quieres bendecir sus aguas con tu presencia, y hacerlas obradoras de salud y remedio, como la fe y memoria de los siglos transcurridos testifica? ¿Y para qué miran tus ojos, y tus manos palpan aquellas rosas frescas y olorosas, y de rocío cubiertas, que con su jugo imprimían tu imagen, sino para advertirnos que las virtudes, hermoeadas con tu contacto, serán más frescas y más suaves, y que prote-

gidas por Cristo, rocío de los cielos, irán labrando ó imprimiendo tu semejanza y la suya en nuestras almas? ¿Y para qué mandas recatarlas de todas las miradas, sino para advertirnos del santo secreto con que debemos conservar los favores recibidos sin manifestarlos á otros que aquel que en nombre del Señor gobierna nuestro espíritu? ¿Y por qué eliges para esa grande obra la madrugada, y el salir del sol, sino para que entendamos que esa es la más bella hora de cada día, y que en ella debemos hablar con Dios y con su Santa Madre, y ofrecer al Señor las primicias del día, y copiar en nuestros corazones por la oración su perfecta semejanza? Haz, pues, Señora, que no nos cansemos de estudiar esta tu historia, tan llena de amor como fecunda en enseñanzas; haz que los ojos de tantos ciegos se abran á los plácidos rayos de ti, la aurora de los cielos; haz que curen tantos enfermos con las limpias aguas de ti, fuente de gracias; haz que tu hijos sepan dar cuenta á quien conviene, y como conviene, de los favores recibidos, para que, impresa en el cora-

zón tu virginal figura, podamos un día contemplar en los cielos á aquella cuya imagenos encantaba aquí en la tierra. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

SÉPTIMO DÍA

Apenas prometes á Juan en la montaña la salud del enfermo, cuando llena de bondad y misericordia te presentas á éste, que no sabe al principio si es un delirio delicioso de la fiebre el que le hace mirar una beldad tan soberana; pero la calentura, que al punto se retira; la cabeza que se aligera, las fuerzas que se recobran, y el corazón que late con un encanto desconocido, le hacen ver que no es una ilusión lo que le embelesa y le cautiva; y al mismo tiempo escucha, ¡oh Virgen!, tu voz melodiosa, que el mismo Dios oye resonar con agrado, y le muestras tu voluntad de que un templo se edifique en el mismo sitio que al otro Juan manifestaras, y que tu imagen se llamase SANTA MARÍA DE GUADALUPE. La salud completa de aquel hombre, además de su inge-

nua sencillez, dan bastante testimonio de tu bondad de Madre y de la realidad de tu visita; así quisiste premiar la ardiente fe de aquellos neófitos, y recompensar los pasos dados en tu honor y servicio, y elegir, como el Señor, las cosas débiles del mundo para confundir á las fuertes; y á las estultas, para confundir á los sabios; y á los viles y despreciables, para destruir las poderosas. Mas ¿qué quiere decir ese nombre con que gustas llamarte, y que en su dulce y melodioso idioma revelaste al enfermo en tu visita? Si aun en nuestra lengua significa *agua de la fuente*, como manifestando que eres una fuente purísima cuyas límpidas aguas son las gracias que, redundando de Ti, refrigeran, riegan y purifican, ¿cuáles serán sus maravillosos sentidos en el pintoresco dialecto en que te dignaste hacerlo oír la vez primera? Muy bien puede indicar *la que tuvo origen en la cumbre de las peñas*, nombre que recuerda las palabras que de Ti canta la Iglesia tomándolas de un salmo misterioso: *los cimientos de la ciudad de Dios están colocados sobre santas*

montañas, y nombre que recordaría perpetuamente tus graciosas apariciones sobre la cumbre del feliz Tepeyac, juntando así la alteza de tu ser inmaculado, con la dignación de tus visitas á la bajeza de nuestro suelo. O más bien puede significar el nombre de Guadalupe que adoptaste: *la que ahuyentó á los que nos devoraban*, puesto que á tu venida desaparecieron las supersticiones idolátricas, y fueron ahuyentados los demonios, lobos feroces que devoraban á millares las almas, atormentando también no pocas veces á los cuerpos. ¡Oh Virgen de Guadalupe! Hediondas manchas afean hoy á tu pueblo querido: sé Tú la fuente de aguas claras adonde venga á purificar su alma contaminada. Del pozo del abismo se exhalan negros vapores que enturbian la luz de la fe; y del abismo de los vicios se levanta el humo pestilente de la incredulidad y la blasfemia: sé Tú la que apareciendo á nuestros ojos, radiante de luz, en la cumbre de la montaña, desbarates las nieblas y confundas los errores y des muerte Tú sola, una vez más, á la herejía. Los leones rugientes

del infierno, transfigurados hoy, para engañar mejor, en almas de difuntos, devoran como nunca las almas de los vivos y alucinan y engañan á muchos de tus hijos: sé Tú, Señora, la que ahuyentes muy lejos á estas bestias devoradoras que con astucia de raposas devastan y asolan las viñas del Señor. ¡Que ese tu místico nombre de Guadalupe, tan grato á este pueblo que te ama, endulce nuestras penas y amarguras, y embalsame nuestra alma, y purifique el ambiente emponzoñado! ¡Que tu imagen graciosa y querida ocupe por todas partes, no sólo un lugar preferente en nuestros templos, sino también la cabecera de nuestros lechos y las paredes de nuestras moradas! ¡Que tu historia, tan amorosa y tan tierna, sea referida por las madres á sus hijos, y por los hijos de nuestro suelo á los extraños! Y que tu amor inflame nuestros corazones, y que tus glorias y alabanzas no caigan jamás de nuestra boca, en tanto que nuestros ojos te contemplan y nuestros labios, con amor y respeto, besen allá en el cielo tus plantas virginales. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

OCTAVO DÍA

Ya había llegado el mensajero, ¡oh Virgen santa!, á la casa del Prelado; ya había esperado mucho tiempo, y había tenido que recatar las rosas que llevaba de la piadosa curiosidad que quisiera registrarlas, cuando al fin, introducido á la presencia del Obispo, relata su mensaje con la sencillez de la verdad, y añadiendo que lleva las señales pedidas, despliega el *ayate* que recogido lleva, y deja caer por tierra las frescas flores que en él guarda. Pero, ¿qué aparece entonces, Madre mía? ¡Oh prodigio inaudito! ¡Oh maravilla que registran encantados los sentidos! En la tosca tela del neófito, una pintura celestial y divina se presenta ante los ojos atónitos del Prelado. Eres Tú, la Reina de los ángeles y de los hombres; eres Tú, Madre de Dios y Madre mía, la que te dejas ver allí, semejante á la visión del Apocalipsis; el Sol te viste de pies á cabeza con sus lucientes rayos; bordan tu manto las brillantes estrellas, y pisas la Luna, ennegrecida,

con tus plantas, y un querubin con las alas extendidas te sostiene. El traje de las nobles hijas de nuestro suelo te viste, y su agraciado color, moreno suave, tiñe tus manos juntas y tu rostro, de angelical modestia. Las flores de los campos parecen haber cedido sus colores para pintar tu vestidura, y las más bellas mariposas el polvo de oro de sus alas para dorar tu túnica. ¡Oh Madre, Madre, dulce Madre mía! ¡Qué bella y qué graciosa apareces así á las miradas de los que te aman! ¡Con razón de los ojos del Prelado brotan, al contemplarte, ardientes lágrimas de agradecimiento y de ternura! ¡Con razón, como nos cuentan las historias, ha habido un indígena feliz que expirara á los pies de tu imagen, no pudiendo resistir al dulcísimo amor que le inspirara! ¡Con razón, al comparecer ante Ti, se endulzan nuestras penas y se hacen llevaderas las cargas de la vida, y se obtienen fuerzas para sufrir las persecuciones y perdonar las burlas y sarcasmos de la impiedad que nos rodea! Vuelve hoy, pues, á nosotros esos tus ojos misericordiosos, María

de Guadalupe; penetra con ellos en el seno de nuestras ciudades, y en lo interior de nuestras habitaciones, y en lo más íntimo de nuestras entrañas, y límpialo todo, alúmbralo, regocíjalo y purificalo todo con tu aspecto. Muévante á compasión tantos hijos ingratos y culpables; da una mirada á tantos templos arruinados, á tantas sectas levantadas, á tantas místicas palomas arrojadas del arca santa al cenagal del mundo, á tantos ángeles de dulce caridad regando con sus lágrimas el amargo pan del destierro y suspirando por este amado suelo que no olvidan ni un día: á todos mira, Virgen misericordiosa, para que tus entrañas se muevan á clemencia; acuérdate, ¡oh Virgen fiel!, de tu promesa de mostrarte Madre de misericordia en todas nuestras necesidades; muévete á socorrernos en tantos males y á protegernos entre tantos peligros; Virgen poderosa, ampáranos en la vida, acompáñanos benigna á la hora de la muerte, y regocíjanos con tu dulce presencia en la eternidad. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

ÚLTIMO DÍA

¡Con cuánto amor y agradecimiento fué acogida tu portentosa imagen, Madre mía de Guadalupe! ¡Con cuán tierna piedad venerada por el dichoso Prelado que fué el primero en contemplarla! ¡Con cuán santa curiosidad requerida por los fieles para mirarla regocijados, hasta que, coloca en el templo principal y expuesta á todos los ojos, fué acreditada al presentarla al culto público y autorizada de este modo, pues la Iglesia no alimenta la piedad de sus hijos con la ficción ni la mentira! Desde entonces resiste al embate de todos los elementos destructores: ni el polvo que por muchos días recibe la deslustra, ni los rayos del Sol la decoloran, ni el aire cargado de vapores corrosivos la destruye, ni el contacto de millares de piadosos objetos que á ella se juntan la descompone: inmóvil, serena, radiante en el trono que la fe de nuestros padres le erigiera, ve pasar los siglos tras los siglos, siempre constante para protegernos y siempre

pronta para recibirnos y escuchar nuestras quejas. Si alguna vez deja la montaña de su elección para penetrar en la ciudad inundada, no es sino para facilitar el acceso á sus hijos ó para calmar la horrible peste que destruye su raza tan querida; mas transcurrido el peligro, vuelve majestuosa á instalarse en su templo y su altar para recibir allí las plegarias de todos, y mostrarse su Madre verdadera y derramar á torrentes sus misericordias y favores. ¡Oh Madre mía, vida mía, tesoro de mi corazón y encanto de mi alma! ¿Cómo te alabaré, Virgen de Guadalupe, y con qué nuevos acentos cantaré tus maravillas y alabanzas? ¿Qué palabras tan tiernas encontraré en el humano lenguaje que puedan mostrarte la ternura de mi alma y el amor de mi corazón para contigo? ¡Virgen mía! ¡Madre mía! Morena tórtola de nuestros altos montes; azulada paloma del Tepeyac, tierna beldad de encanto soberano, que á Méjico cautivas y enamoras; clara fuente de mansísimas aguas, á cuyas márgenes acuden las almas sedientas en busca de salud y de limpieza; batalla-

dora terrible como un ejército formado en batalla, y capaz de ahuyentar con solo tu aspecto á los que nos devoran; estrella esplendorosa matutina, que en la cumbre de las montañas apareciste un día para ahuyentar la negra noche de los errores; rosa mística de celeste fragancia, que te abriste preciosa en nuestro suelo para ser su honor y su delicia y embalsamarle por siempre con tu aroma; iris radiante de limpios colores que te levantas entre el cielo y la tierra para alentar la esperanza del hombre y recordar al Señor sus promesas de paz; arca colmada de inapreciables riquezas, abierta siempre á todas las necesidades y convidando á todos con tus tesoros; alcázar real de inexpugnables muros en cuyos recintos seguros nos hallamos de los tiros de todos nuestros enemigos. ¡Virgen de Guadalupe, Dios te salve! ¡Mi corazón es tuyo, bien lo sabes; mis ojos no quisieran retirarse nunca de esa imagen que siempre los recrea, sin saciarlos jamás; mi mansión quisiera tener junto á la tuya para vivir y respirar á ti cercano! ¡Piedad, piedad de tu pue-

blo, Madre mía! ¡Méjico te ama siempre, aunque muchos de sus hijos se extravíen y muchos de los tuyos se desalienten! ¡Piedad para ellos, Señora, piedad y misericordia para todos! ¡Que los errores se disipen, que los ángeles de tinieblas huyan amedrentados al infierno! ¡Que los herejes se rindan á la luz de la fe, que los católicos reaviven su celo y se despojen del espíritu del mundo! ¡Que el nombre del Señor sea santificado, y su reino extendido, y su voluntad cumplida en todas partes; y que tu dulce nombre, y tu graciosa imagen, y tu amor y tu culto se aumenten á porfía entre nosotros, para que, purificada nuestra vida y asegurado nuestro camino, juntos nos alegremos al ver á Jesucristo y á Ti, su santa Madre, allá en el cielo. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.





ALMAS DEL PURGATORIO

Es un acto tan santo como provechoso el rogar por las almas del purgatorio, á fin de alcanzar del Señor que las libre de las penas debidas á sus pecados. ¿Qué caridad más santa y agradable á Dios que el librar de los mayores tormentos unas almas á quienes ama, y que deben glorificarle eternamente? ¿Puede haber devoción más cristiana y razonable? Es tu padre, tu madre, tu compañera la que padece quizá por haberte amado con exceso, por haberte permitido ciertos actos contigo nada conformes con la ley de Dios. No las olvides jamás, y para ello haz cuantas veces puedas el siguiente

EJERCICIO

EN SUFRAGIO DE LOS DIFUNTOS

En reverencia de la Pasión del Señor y pensando en ella, se rezan cinco Padrenuestros y cinco Avemarías, y después se dice:

Os suplicamos, Señor, que socorráis á las almas que habéis redimido con vuestra sangre.

‡ Concédeles el eterno reposo.

‡ Y brille para ellos la luz eterna.

‡ Descansen en paz.

‡ Amén.

ORACIÓN

Señor, que sois el Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y vuestrasservas el perdón de todos sus pecados, á fin

de que alcancen por las oraciones de vuestra Iglesia la felicidad por la cual suspiran. Amén.

Indulgencias: trescientos días por cada vez; plenaria una vez al mes por rezarlo todos los días, con las condiciones ordinarias. A. (Pío VII.)

ACTO HEROICO DE CARIDAD

EN FAVOR DE LAS BENDITAS ALMAS
DEL PURGATORIO

Este acto de caridad, tan agradable á Dios, útil á las almas del purgatorio y provechoso á nosotros mismos, consiste en un voto ó eterna donación que se hace de todas nuestras obras satisfactorias en favor de aquellas benditas almas.

A nadie debe imponer el nombre de voto, pues se hace, como se expresa en la fórmula, *sin obligación á pecado*, siendo más bien una cesión voluntaria, un acto heroico de caridad, que un riguroso voto.

FÓRMULA DEL VOTO

Paramayor gloria vuestra, ¡oh Dios mío!, Uno en esencia y Trino en personas; para mejor imitar á mi dulcísimo Redentor Jesucristo, y para mostrar mi sincera esclavitud á María santísima, Madre de misericordia y Madre de las pobres almas del purgatorio, yo... me propongo cooperar á la redención y libertad de aquellas almas encarceladas por deudas de penas á la divina Justicia, merecidas por sus pecados, y en aquel modo que puedo lícitamente, sin obligación á pecado, hago libre y espontáneamente voto de librar del purgatorio á todas las almas que María santísima quisiere que sean libres, y para esto pongo en manos de esta piadosísima Señora

todas mis obras satisfactorias, propias y participadas, tanto en vida como en muerte y después de mi muerte.

Aceptad, os ruego, Dios mío, y confirmad este mi ofrecimiento, que os reitero y confirmo á honra vuestra y bien de mi alma.

Y dado que mis obras satisfactorias no bastasen para pagar todas las deudas de aquellas almas predilectas de la santísima Virgen y para satisfacer las que yo mismo hubiese contraído por mis culpas, que de todo corazón odio y detesto, me ofrezco, Señor, á pagaros, si así os pluguiere, en las penas del purgatorio todo lo que me faltare, abandonándome en los brazos de vuestra misericordia y en los de mi dulcísima Madre María. Sean testigos de este mi voto todos los

que viven en las tres Iglesias, triunfante, purgante y militante.

Pío IX, en 30 de Septiembre de 1852, concede: primero, altar privilegiado para el sacerdote que haga este voto; segundo, que todos los fieles ganen indulgencia plenaria el día que comulguen, y todos los lunes del año puedan sacar un alma del purgatorio por cada Misa que oyeren; tercero, que puedan aplicarse en virtud de este voto todas las indulgencias por las almas del purgatorio, aunque no lo exprese la concesión.

ADVERTENCIAS

1.^a Para hacer este voto no es necesario pronunciar palabras, basta que se haga con el corazón; ni es preciso repetirlo muchas veces.

2.^a En nada se opone este voto al orden de la caridad, que nos obliga á pedir primero por nuestros parientes difuntos, por los hermanos de las cofradías á que pertenecemos, etc.; puesto que una cosa es pedir, á lo cual pertenece el fruto impetratorio, de que aquí no se trata, y otra el sufragar, á lo cual corresponde el fruto satisfactorio; y si

bien es cierto que la caridad también nos pide que ofrezcamos nuestros sufragios en primer lugar por nuestros más allegados, esto no obstante, María santísima conoce mejor que nosotros cuáles son nuestros deberes, y distribuirá nuestras buenas obras entre nuestros parientes, amigos, etc., según el beneplácito divino. Por consiguiente, podemos practicar todas las oraciones acostumbradas, dirigidas á obtener de Dios, de la Virgen santísima y de los Santos cualquier gracia, pues esto no se opone al voto, por el cual sólo se aplica á las benditas almas el fruto *satisfactorio* de nuestras obras, quedando en nosotros siempre el *meritorio*, el *propiciatorio* y el *impetratorio*, los cuales frutos son personales y no podemos comunicarlos á otros.

CONSIDERACIONES PARA MOVERSE

Á HACER ESTE VOTO

I. El que ofrece sufragios por las almas del purgatorio, es honrado con el nombre de redentor, según asegura el

Padre Celada, comentando el capítulo IV de Job.

2. Son las benditas almas del purgatorio esposas muy queridas de Jesucristo, por quien ardientemente suspiran; y es de fe que han de ir á alabarle á la gloria. El mismo amor que Dios les tiene le obliga á castigarlas con aquellas llamas para que se purifiquen y satisfagan á la divina Justicia; pues el que con sufragios procure aliviarlas y abreviar el tiempo de sus terribles padecimientos, hará una cosa muy agradable á Dios.

3. Santa Brígida dice: *Cuando libramos del purgatorio con nuestros sufragios á cualquiera alma, es tan acepto y agradable á Jesucristo, su Esposo, como si El mismo fuese el redimido; y á su tiempo nos restituirá enteramente el bien que hacemos, para que redunde en nuestra utilidad.* Con las cuales palabras se confesó convencido el Sumo Pontífice Benedicto XIII, que murió en opinión de santo, para hacer ratificar, como públicamente se ratificó desde el púlpito, la total donación de sus obras satisfac-

torias en favor de las benditas almas.

4. Este nobilísimo acto de renunciar todas nuestras obras satisfactorias en favor de las benditas almas del purgatorio, ha sido practicado por innumerables personas, ilustres muchas de ellas por su dignidad, doctrina y santidad. Comunidades enteras de religiosos lo han hecho, insignes teólogos lo han defendido, y muchos Sumos Pontífices lo han aprobado y enriquecido con singulares beneficios.

5. Con este acto nada se pierde, antes por el contrario, se gana muchísimo.

6. Santa Brígida testifica en sus revelaciones, que del purgatorio oyó salir una voz que decía: *Sea dada la paga y remuneración á todos cuantos nos refrigeran en estas penas.* Y que otra voz más sonora exclamaba: *¡Oh Dios y Señor!, usando de tu potestad incomprendible, remunera con ciento por uno á cuantos nos socorren con sufragios, consiguiendo subamos á ver la luz de la Divinidad.*

7. La misma Santa refiere que en una ocasión oyó á un ángel que decía: *Bendito sea en el mundo quien con*

oraciones, buenas obras y penitencias corporales socorre á aquellas almas penitentes.

8. San Ambrosio dice: *Que todo cuanto por caridad damos á las almas de los difuntos, se conmuta en mérito para nosotros, y que recibiremos el cien doblado después de nuestra muerte.*

9. Habiendo hecho esta dotación Santa Gertrudis, se le apareció el demonio estando la Santa para morir, y burlándose le dijo: *¡Qué soberbia y cruel has sido contigo misma! ¿Puede darse mayor soberbia que pagar las deudas de otro y no las tuyas? En el día de tu muerte nos veremos. Tú lo pagarás ardiendo en el purgatorio, y yo me reiré de tu locura mientras tú llorarás tu soberbia.* Pero apareciéndosele su divino Esposo Jesucristo, la consoló diciendo: *Para que entiendas cuán grata me ha sido la caridad de que has usado con las almas del purgatorio, desde ahora te perdono todas las penas que debías pagar en el purgatorio; y porque prometí dar ciento por uno, además de perdonarte, aumen-*

taré con liberalidad tu gloria, premiándote la caridad con que hiciste la universal cesión de tus obras satisfactorias á mis amadas almas del purgatorio.

Confíen los que hicieren este voto que, ó no irán al purgatorio, ó estarán en él poco tiempo, fundándose para tener esta confianza en la clemencia de Dios, en las promesas de Jesucristo, en el patrocinio de María santísima y en la intercesión de las mismas almas, redimidas por medio de este acto heroico de caridad, pues son incapaces de olvido y de ingratitud.



CÁNTICOS

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

LETRILLA

*Corazón santo,
Tú reinarás:
Tú nuestro encanto
Siempre serás.*

Venid, cristianos;
Y acá en el suelo,
Como en el cielo,
Vedle adorar.

También nosotros
Adoraremos
Y ensalzaremos
Al Dios de paz.

¡ Jesús amable,
Jesús piadoso,
Dueño amoroso,
Dios de piedad!

Vengo a tus plantas,
Si Tú me dejas,
Humildes quejas
A presentar.

Divino pecho,
Donde se inflama
La eterna llama
De caridad:

¿ Por qué la tienes
Ahí encerrada,
Y no abrasada
La tierra está?

Arroja en ella
Tu hermoso fuego,
Y toda luego
Se inflamará.

¿ No ves que el mundo
Vive aterido
Y endurecido
En la impiedad?

Corazón dulce,
Manso y clemente,
Principio y fuente
De santidad:

Véante mis ojos
Desenajado,
Dueño adorado,
Dios de bondad.

Con lazo amigo,
Con lazo estrecho
Tu amante pecho
Vengo á buscar.

Por Ti suspiro;
Ábrame el seno,
Que en él ¡cuán bueno
Es habitar!

Tú solo puedes,
Omnipotente,
Mi sed ardiente
Refrigerar.

Aquí, Bien mío,
Aquí el postrero
Suspiro quiero
Por Ti exhalar.

*Corazón santo,
Tú reinarás:
Tú nuestro encanto
Siempre serás.*

OTRA LETRILLA

*Con flecha ardiente,
Dueño y Señor,
Abre en mi pecho
Llaga de amor.*

¡Ay Jesús mío!
Mis culpas fueron
Las que te hirieron;
Yo fui, yo fui.

¡Delirio insano!
¡Infausta suerte!
Yo dura muerte,
Mi bien, te di.

Tu amante pecho
No fué el soldado,
Fué mi pecado
Quien le rasgó.

Mi horrenda culpa
¡Ay infelice
Qué es lo que hice!
Le atravesó.

Pero la sangre
De ese costado
Que yo he rasgado
Me ha de lavar.

Porque con ella,
A tu homicida
Salud y vida
Le quieres dar.

Pues de tu pecho
Está, Bien mío,
Manando un río
De inmenso amor:

Yo vengo inmundo,
Lleno de lodo,
Limpíame todo,
Todo, Señor.

Y en esa herida,
Que es franca puerta
Para mi abierta,
Admíteme.

No ya otro albergue
Busco ni quiero;
Manso Cordero,
Recógeme.

En mí ¡qué dicha!
La suave llama
Que en Ti se inflama
Tú encenderás.

Y para siempre
Grato y risueño
¡Oh dulce Dueño!
Mío serás.

DESPEDIDA

DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
AL SALIR DE LA IGLESIA

Salve, Corazón abierto,
Santa y dulce habitación:
Adiós, Jesús de mi vida,
Dadme vuestra bendición.

Salve, Corazón cargado
Con la Cruz de tu Pasión:
Adiós, Jesús de mi vida,
Dadme vuestra bendición.

Salve, Corazón punzado
Con nuestro olvido y traición:
Adiós, Jesús de mi vida,
Dadme vuestra bendición.

Adiós, amante querido,
Dueño de mi corazón:
Adiós, Jesús de mi vida,
Dadme vuestra bendición.

HIMNO

Á LA

PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE MARÍA

CORO

*¡Salve, salve, cantaban, MARÍA,
Que más pura que Tú, sólo Dios!
Y en el cielo una voz repetía:
Mas que Tú... ¡sólo Dios! ¡sólo Dios!!*

1.^a

Con torrentes de luz que te inundan,
Los arcángeles besan tu pie,
Las estrellas tu frente circundan,
Y hasta Dios complacido te ve

2.^a

Pues clamándote *pura y sin mancha*
De rodillas los mundos están,
Y tu espíritu arroba y ensancha
Tanta fe, tanto amor, tanto afán.

3.^a

*¡Ah! ¡Bendito el Señor que en la tierra
Pura y limpia te pudo formar,
Como forma el diamante la sierra,
Como cuaja las perlas el mar!*

4.^a

Y al mirarte entre el ser y la nada,
Modelando tu cuerpo exclamó:
Desde el vientre será INMACULADA,
Si del suyo nacer debo yo.

5.^a

Porque tú, Madre Virgen y para
Del que dijo: ¡Haya luz!, y hubo luz,
Y á tus pechos bebió la ternura,
Y á tus brazos cayó de la Cruz.

6.^a

No pudiste llevarle en tu seno,
Si en tu seno triunfó Satanás.
Tú, la Madre de Dios, en el cieno...
¿Y era Dios y lo quiso? ¡Jamás!

7.^a

Que á tus plantas rodó la cabeza
De Luzbel como rueda el alud,
Y en tu ser natural la pureza,
De ley fué... como en Dios, la virtud.

8.^a

Invocando la España tus glorias,
Dió feliz á dos mundos la ley,
Y voló de victoria en victoria,
Y de cada español hizo un rey.

9.^a

Por tu nombre Lepanto vencía,
Por tu fe dióla un mundo Colón,
Y en Otumba, Granada y Pavía
Inmortal fué por Ti su pendón.

10.^a

Que al sentir de montaña en montaña
Las tormentas de noche rugir,
Se te ve, protegiendo tu España,
De la luna en el disco salir.

11.^a

¡Flores, flores!... que al templo ya viene,
Y en su trono de luz y á sus pies,
Querubines y arcángeles tiene
Más que espigas y granos la mies.

12.^a

Flores, flores las nubes derraman
De la Virgen sin mancha en honor,
Y su Reina los cielos la aclaman,
Y los hombres su Madre y su amor.

13.^a

Ella pide virtudes por palmas,
Corazones por templo y altar;
Para luz de sus ojos las almas
Que pretenden su amor cautivar.

14.^a

Y en las iras de Dios las esconde,
Y le grita al sonar la explosión:
¡Son mis hijos! ¡Piedad!; y él responde:
¡Son sus hijos! ¡Piedad y perdón!

CORO

*¡Salve, salve cantaban, MARÍA,
Que más pura que Tú, sólo Dios!
Y en el cielo una voz repetía:
Más que Tú... ¡sólo Dios! ¡sólo Dios!*



AL DULCE NOMBRE DE MARÍA

ODA

Del Olimpo tu nombre bajando
¡Oh María! en el orbe resuena;
Y la tierra al oirlo se llena
De esperanza, de júbilo y paz.
¿Quién de nombre tan grato pudiera
Sus loores cantar noche y día?
¿Quién pudiera, ¡oh excelsa María!,
Su dulzura divina exprimir?
¡Cuán suave es al hombre, Señora,
Que en sus penas lo implora constante!
Logre, logre mi pecho al instante
Su virtud y eficacia sentir.
Al oído es celeste armonía,
A los labios es miel exquisita,
Para el triste alegría infinita,

Para el justo delicia sin par.
¡Ay! mi pecho en amor se enajena
Cuando invoca tu nombre querido;
Cual escudo por él defendido,
Viviré sin temer el pesar.
Veces mil en dulcísimo sueño
Mi cariño hacia Ti me llevaba;
Con los labios tu nombre llamaba,
Y en mis venas sentía su ardor.
Las mejillas en llanto bañadas,
Despertaba entre célico gozo;
¡Ay qué fuego, qué grato alborozo,
En el alma causaba tu amor!...
Hombres todos, venid á porfía
A sus pies, rodeadla postrados:
Mil suspiros de amor abrasados,
Como rápida flecha envidad.
¡Oh María!, yo ensalce tu nombre,
Lo repitan el ángel y el hombre,
¡Oh María!... y no cesen jamás.

P. RAMÓN GARCÍA, S. J.

Cautiva entre prisiones
De muerte, el alma mía
Sin luz, sin esperanza,
Al cielo se volvió.
El cielo ennegrecido
Sus rayos escondía,
El alma era culpable
Y en llanto prorrumpió.

CORO

*Perdón, Señor, implora
Mi alma arrepentida;
Perdón, luz de mi vida,
Divino Corazón.
Recíbeme en el tuyo,
¡Oh Madre de esperanzal,
Refugio do no alcanza
De Dios la indignación.*

¡Cuán tristes son, Dios mío,
Las sombras de la muerte;
Cuán triste se halla el alma
Sin vuestro dulce amor!
¡Ay! todo me recuerda,
Desde que llegué á ofenderte,
Que todo lo he perdido
Perdiéndote, Señor.

Yo desgarré tu pecho
Con loco desatino;
De Ti, Corazón dulce,
La sangre hice brotar.
¡Oh! ¡ Si acertar pudiera
Mi súplica el camino
Que mis culpas pudieran
En mal hora ocultar!

A vuestros pies acudo
En lágrimas bañado;
Abridme el puro cielo
De vuestro Corazón.
Si en él clemencia tanta
Mil culpas han hallado,
También esperar pueden
Mis lágrimas perdón.

OTRO HIMNO

Á LA

PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE MARÍA

CORO

*¡Oh Virgen sacrosanta,
La más pura y hermosa!
¡Tu Concepción dichosa
Mi voz ensalsará!*

*¡Oh cándida azucena
Bellísima y fragante,
Desde el primer instante
Única pura flor!*

*¡Oh celebrada Reina
De los eternos cantos,
Consuelo de los llantos
Del pesaroso Adán!*

Yo desgarré tu pecho
Con loco desatino;
De Ti, Corazón dulce,
La sangre hice brotar.
¡Oh! ¡ Si acertar pudiera
Mi súplica el camino
Que mis culpas pudieran
En mal hora ocultar!

A vuestros pies acudo
En lágrimas bañado;
Abridme el puro cielo
De vuestro Corazón.
Si en él clemencia tanta
Mil culpas han hallado,
También esperar pueden
Mis lágrimas perdón.

OTRO HIMNO

Á LA

PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE MARÍA

CORO

*¡Oh Virgen sacrosanta,
La más pura y hermosa!
¡Tu Concepción dichosa
Mi voz ensalsará!*

*¡Oh cándida azucena
Bellísima y fragante,
Desde el primer instante
Única pura flor!*

*¡Oh celebrada Reina
De los eternos cantos,
Consuelo de los llantos
Del pesaroso Adán!*

¡Oh bienhechora estrella
De celestial delicia,
Del Sol de la Justicia
Vestida en suma luz!
¡Oh antorcha más luciente
Que el astro al mediodía,
Torrente de alegría
Para placer de Dios!
Saldrás consoladora
Los valles agraciando,
Los cielos alegrando
La frente mostrarás.
Ya los primeros rayos
De luz divina lanzas,
Y el iris de esperanzas
El orbe alegre ve.
Da pronto, dulce Aurora,
Para nacer el vuelo,
Y acordes tierra y cielo
Tu gloria cantarán.

R. G.

CANTICOS PARA EL MES DE MAYO

CORO

*Dulcísima Virgen,
Del cielo delicia,
La flor que te ofrezco
Recibe propicia.*

Los valles alegre
Benéfico rayo
Del sol que engalana
Las flores de Mayo.

Risueñas se abren,
Y el cáliz asoma,
Y esparcen en torno
Balsámico aroma.

Así agradeciendo
Su noble destino,
La gloria publican
Del Dueño divino.

Jazmín, azucena,
Claveles galanos,
De ofrenda servidme,
Venid á mis manos.

Mostrad hoy á gala
Mayor lozantía,
Que va á recibiros
La Virgen María.

El alma, Señora,
Yo, pobre aunque soy,
Con todas mis ansias
Rendida te doy.

Mi afecto sencillo
Recibe amorosa,
Que en solio esplendente
Nos miras piadosa.

Propenso tu oído
Mis voces atienda,
Y admita cual Madre
Tu seno mi ofrenda.

Tu rostro apacible
Mi vista descubra,
Y en tanto dichoso
Tu manto me cubra.

DESPEDIDA A LA VIRGEN

Adiós, Reina del cielo,
Madre del Salvador,
Dulce prenda adorada
De mi sincero amor.

De tu divino rostro
La belleza al dejar,
Permíteme que vuelva
Tus plantas á besar.

A alejarse, ¡oh María!,
No acierta el corazón;
Te lo entrego, Señora,
Dame tu bendición.

Adiós, del cielo encanto,
Mi delicia y mi amor;
Adiós, ¡oh Madre mía!,
Adiós, adiós, adiós.

*¡Oh María,
Madre mía!*

¡Oh consuelo del mortal!

Amparadme

Y guíadme

A la patria celestial.

Con el ángel de María
Las grandezas celebrad;
Transportados de alegría
Sus finezas publicad.

Salve, júbilo del cielo,
Del Excelso dulce imán;
Salve, hechizo de este suelo,
Triunfadora de Satán.

Jardín halle de dulzuras
En mi pecho el Hacedor;
En él brotén flores puras,
Frutos de tu santo amor.

Del Eterno las riquezas
Por Ti logré disfrutar,
Y contigo sus finezas
Mil y mil siglos cantar.

*Noche y día, lengua mía,
Himnos canta con ardor
A la bella, pura Estrella,
Casta Madre del amor.*

¡Oh Señora, fiel Pastora
De los valles del Edén,
Gozo santo, dulce encanto
De los ojos que te ven!

Tu hermosura, siempre pura,
El Señor simbolizó
En la hermosa tierna rosa
Del pensil de Jericó.

Quien implora, gran Señora,
Tu socorro bienhechor,
En el alma siente calma,
Siente plácido favor.



CANTICOS SAGRADOS

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

HIMNO AL ESPÍRITU SANTO

Veni, Creator Spiritus,
Mentes tuorum visita,
Imple superna gratia,
Quae tu creasti pectora.
Qui diceris Paraclytus,
Altíssimi donum Dei,
Fons vivus, ignis, caritas,
Et spiritualis unctio.

Tu septiformis munere,
Digitus Paternae dexteræ,
Tu, rite prommissum Patris,
Sermone ditans guttura.

Accende lumen sensibus,
Infunde amorem cordibus,
Infirma nostri corporis
Virtute firmans perpeti.

Hostem repellas longius,
Pacemque dones protinus;
Ductore sic te praevio,
Vitemus omne nosium.

Per te sciamus da Patrem,
Noscamus atque Filium:
Teque utriusque Spiritum
Credamus omni tempore.

Deo Patri sit gloria,
Et Filio, qui a mortuis
Surrexit, ac Paraclyto
In saeculorum saecula, Amen.

ÿ Emitte Spiritum tuum et crea-
buntur.

℞ Et renovabis faciem terrae.

OREMUS

Deus, qui corda fidelium San-
cti Spiritus illustratione docuisti:
da nobis in eodem Spiritu recta
sapere, et de ejus semper conso-
latione gaudere. Per Christum
Dominum nostrum.
℞ Amen.

HIMNO

Ave, maris stella,
Dei mater alma,
Alque semper virgo,
Felis coeli porta,
Sumens illud Ave
Gabrie. is ore,
Funda nos in pace,
Mutans Hevae nomen.

Solve vincla reis,
Profer lumen caecis,
Mala nostra pelle,
Bona cuncta posce.
Monstra te esse Matrem,
Sumat per te preces
Qui, pro nobis natus,
Tulit esse tuus.

Virgo singularis,
Inter omnes mitis,
Nos, culpis solutos,
Mites fac et castos.

Vitan praesta puram,
Iter para tutum,
Ut, videntes Jesum,
Semper collaetemur.

Sit laus Deo Patri,
Summo Cristo decus,
Spiritus Sancto,
Tribus honor unus. Amen.

DURANTE EL TIEMPO PASCUAL

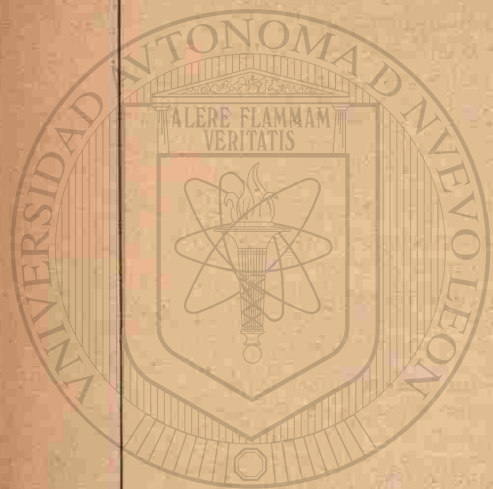
ANTÍFONA

Regina coeli, laetare, alleluia.
Quia quem meruisti portare, alleluia,
Resurrexit, sicut dixit, alleluia.
Ora pro nobis Deum, alleluia.
V. Gaude et laetare, Virgo Maria, alleluia.
R. Quia surrexit Dominus vere, alleluia.

OREMUS

Deus, qui per resurrectionem
Filii tui, Domini nostri Jesu Christi,
mundum laetificare dignatus
es: praesta, quaesumus; ut per
ejus Genitricem Virginem Ma-
riam, perpetuae capiamus gau-
dia vitae. Per eundem Christum
Dominum nostrum.

¶ Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE

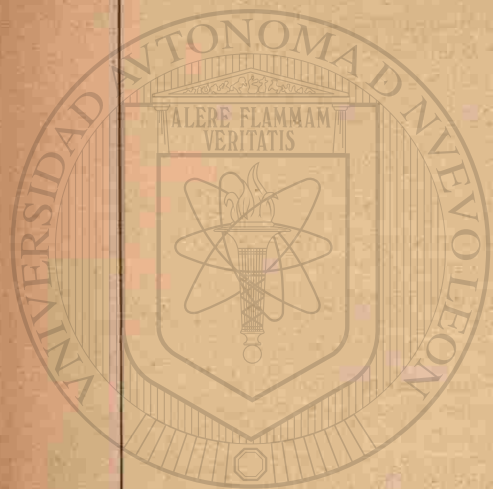
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA

	<i>Págs.</i>
A las almas devotas.....	5

PARTE PRIMERA

ORACIONES É INSTRUCCIONES

Oraciones para hacer la visita a la santísima Virgen María en su Concepción.....	9
Acto de consagración a la Madre de Dios.....	17
Oración a San Bernardo.....	20
Devoción a San Luis Gonzaga.....	24
Aspiración.....	26
Avemaría Purísima, sin pecado concebida.....	27
Espejo de la Hija de la inmaculada Virgen María.....	30
Oraciones a la Virgen María.....	32
Ejercicio de la mañana.....	39
Modo de santificar las obras del día.....	47
Modo de asistir fructuosamente a la santa Misa.....	57



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA

	<i>Págs.</i>
A las almas devotas.....	5

PARTE PRIMERA

ORACIONES É INSTRUCCIONES

Oraciones para hacer la visita a la santísima Virgen María en su Concepción.....	9
Acto de consagración a la Madre de Dios.....	17
Oración a San Bernardo.....	20
Devoción a San Luis Gonzaga.....	24
Aspiración.....	26
Avemaría Purísima, sin pecado concebida.....	27
Espejo de la Hija de la inmaculada Virgen María.....	30
Oraciones a la Virgen María.....	32
Ejercicio de la mañana.....	39
Modo de santificar las obras del día.....	47
Modo de asistir fructuosamente a la santa Misa.....	57

Págs.

Confesión.....	73
Comunión.....	98
Hacimiento de gracias para después de la comunión.....	112
Oraciones enriquecidas con indulgencias.....	122
Acto de amor.....	125
Ventaja de la comunión frecuente.....	126
Meditaciones para todos los días de la semana.....	134
Modo fácil de meditar la Pasión de Jesucristo.....	149
Meditación.—De la gloria.....	153
Lecturas y consejos.....	160
Respeto en los templos.....	165
Varios modos de presencia de Dios.....	182
Consejos a las Hijas de María.....	201
Máximas y sentencias espirituales.....	209
Secretos de la vida interior.....	211
Día de retiro mensual.....	214
Examen.....	215
Modo práctico para prepararse á la muerte.....	221
Oración á Jesús crucificado para obtener una buena muerte.....	234
Del examen particular.....	240
Testamento espiritual de San Carlos Borromeo.....	252
Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola.....	257
Plan de vida del cristiano.....	261
Propósitos y resoluciones.....	264
Quince minutos en compañía de Jesús sacramentado.....	272
Visita al santísimo Sacramento.....	278

Págs.

Acto de desagravio el santísimo Sacramento.....	283
Oración de las Cuarenta Horas.....	286
Visita de las Estaciones en Jueves y Viernes Santo.....	287
Á Jesús crucificado.....	298
Via Crucis.....	306
Adoración de las cinco Llagas.....	319
Recuerdo continuo de la Pasión de Jesús.....	323
A la inmaculada Virgen María.....	325
Sentimientos del alma enamorada de María.....	328
Congregación ó Asociación de la santísima Virgen.....	333
Indulgencias.....	336
Acerca de la confesión y comunión.....	339
Oficio de la inmaculada Concepción.....	341
Rosario.....	360
Letanía Lauretana.....	366
Corona de los Dolores de María.....	371
Modo de celebrar las festividades de la Virgen y honrarla los sábados y el mes de Mayo.....	382
Ofrecimiento de la flor espiritual de este día á María santísima.....	390
Flores ó actos de virtud que convendrá ofrecer durante el mes de Mayo á la santísima Virgen.....	393
Ramillote de flores y virtudes.....	400

SEGUNDA PARTE

	<i>Págs.</i>
Novena a la Inmaculada Concepción de María.....	403
Novena a María santísima de Guadalupe.....	465
Almas del purgatorio.....	502
Cánticos al sagrado Corazón de Jesús... 513	513
Despedida del sagrado Corazón de Jesús al salir de la iglesia.....	518
Himno a la purísima Concepción de María.....	519
Al dulce nombre de María.....	523
Otro himno a la purísima Concepción de María.....	527
Cánticos para el mes de Mayo.....	529
Despedida a la Virgen.....	531
Cánticos sagrados.....	534



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR

OBRAS DE FONDO

publicadas por la

LIBRERÍA RELIGIOSA

A solas con Jesús.—Meditaciones sacadas de los escritos del P. Eymard, fundador de la Sociedad del Santísimo Sacramento, seguida del Camino de la Cruz Eucarístico y de la Misa meditada. Un tomo en 16.º de 96 páginas, encuadernado con bonitas cubiertas, el ejemplar, 0,12 centavos; encuadernado en tela y planchas, 0,30 centavos.

Al pie del Sagrario.—Sentimientos del alma cristiana en presencia de Jesús sacramentado y ejercicios para la santa Misa, Confesión y Comunión. Tercera edición aumentada. Un tomo en 8.º, mide 14 por 8 1/2 centímetros de letra muy gruesa, encuadernado en tela y planchas, 0,50 centavos.

Arcaitas de oro.— Colección de consejos para la santificación y bienandanza de la vida, formada durante los años 1886 á 1891, traducido del francés por el Dr. Antonio J. Parédes, presbítero de la archidiócesis de México. Obra aprobada por varios Cardenales. Arzobispos y Obispos, y honrada con un breve de Su Santidad. Para los que

ya conocen las muchas obritas escritas por el autor de las *Pajitas de oro*, omitimos hacer elogio alguno de la presente, por ser la que anunciamos continuación de aquéllas, ó sea las formadas en los últimos años y que estaban sin traducir al castellano. Forma la obra un tomo en 8.º mayor de 450 páginas, perfectamente encuadernado en tela y planchas.—0 75 centavos.

Devocionario guadalupano, en el que hablará el católico mexicano cuanto pueda desear para dar culto fervoroso á la santísima Patrona de la Nación, compuesto por el señor canónigo Fortino Hipólito Vera, con licencia eclesiástica. Un tomo en 8.º de 632 páginas, encuadernado en piel y cortes blancos, 0,60 centavos; en piel y corte dorado, 0 70 centavos; en chagrín fino, cortes dorados y estuche, 2,50 pesos. Esta obra ha merecido la aprobación y recomendación de varios Ilmos. señores Arzobispos y Obispos de la República mexicana, contando además con muchas indulgencias concedidas por los mismos.

El nardo aromático ante el altar.—Visitas y agradecimientos, dardos de amor y peticiones para honrar por todo un mes al Santísimo Sacramento, escrito por el señor presbítero Chávez, Director local de la Asociación de Hijas de María de Irapuato. Un tomo en 8.º de 200 páginas, encuadernado en tela y planchas, 0,50 centavos.

Historia de una madre, ó sea lo que puede una mujer cristiana por sus hijos; traducida de la octava edición francesa. Obra aprobada con licencia eclesiástica. Un tomo en 8.º de 160 páginas y una lámina de Melania Bonin, encuadernado en tela y planchas, 0,60 centavos.

